La eugenesia, como gloriosa culminación de la medicina / Georg Friedrich Nicolai.

Contributors

Nicolai, Georg Friedrich, 1874-1964.

Publication/Creation

Buenos Aires : SAC, 1957.

Persistent URL

https://wellcomecollection.org/works/bwqjvpwg

License and attribution

You have permission to make copies of this work under a Creative Commons, Attribution, Non-commercial license.

Non-commercial use includes private study, academic research, teaching, and other activities that are not primarily intended for, or directed towards, commercial advantage or private monetary compensation. See the Legal Code for further information.

Image source should be attributed as specified in the full catalogue record. If no source is given the image should be attributed to Wellcome Collection.

wellcome collection

Wellcome Collection
183 Euston Road
London NW1 2BE UK
T +44 (0)20 7611 8722
E library@wellcomecollection.org
https://wellcomecollection.org

georg fr. nicolai

la eugenesia

como gloriosa culminacion de la medicina

editorial SAC buenos aires

SAC

ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES OBRAS DEL PROFESOR GEORG FRIEDRICH NICOLAI

★

"La Circulación Sanguínea"

"El Electrocardiograma en el Sano y en el Enfermo"

"Tratado Didáctico de Electrocardiografía"

"Biología de la Guera"

"La Base Biológica del Relativismo Científico"

"El Mundo Físico y Moral"

"Biología General"

"Procedimientos no Medicamentosos en Cardioterapia"

"El Sentido de la Ciencia"

"Cerebro e Inteligencia"

"Psicogénesis"

"Los Fundamentos Reales de la Sociología"

"Miseria de la Dialéctica"

"Origen y Desarrollo del Trabajo Humano"

"Población"

"Mortalidad Infantil y Natalidad"

"El Mecanismo Psíquico Explicado por Doble Inervación"

"Cómo un Biólogo ve la Filosofía"

"El Poema de Don Quijote"

"La Seguridad Científica"

"Goethe como Educador Político"

"Análisis del Psicoanálisis"

"Ciencia, Libertad y Cultura"

★

Presented by Sir Julian Huxley
C. 1.44

LA EUGENESIA

COMO GLORIOSA CULMINACION DE LA MEDICINA

A LOS AMIGOS DE LA CIENCIA

Queda hecho el depósito que
previene la ley No. 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

PROFESOR DOCTOR GEORG FRIEDERICH NICOLAI

Miembro del Consejo Académico de la
Facultad de Medicina de la Universidad
de Santiago (Chile)

Ex Profesor de las Universidades de
Berlín, Córdoba y del Litoral (Argentina)

LA EUGENESIA

COMO GLORIOSA CULMINACION DE LA MEDICINA

editorial SAC buenos aires

E. Del Valle Iberlucea 2991
LANUS (Argentina)

1957

14616371

WELLCOME INSTITUTE
LIBRARY

Coll.	welMOmec
Call No.	QZ

BREVE NOTICIA BIOGRAFICA

GEORG FRIEDRICH NICOLAI

El Profesor doctor GEORG FRIEDRICH NICOLAI MICHAELIS nació en Berlín el 6 de febrero de 1874. Santiago de Chile le cuenta actualmente como su más insigne residente, no obstante ser, para la mayor parte de los chilenos, un desconocido que trabaja como pocos, aunque en soledad casi completa, para el enriquecimiento del patrimonio cultural de ese país, de nuestro continente y también del mundo.

En las breves líneas de esta noticia biográfica no será posible trazar más que una esquemática imagen del sabio autor de "Biología de la Guerra", "La Base Biológica del Relativismo Científico" y "La Seguridad Científica", a quien, ya hace más de cuarenta años, ROMAIN ROLLAND calificara, al redactar la introducción de la primera de las obras citadas para las ediciones en Estados Unidos e Inglaterra, como "el gran europeo dotado de una fabulosa cultura, a quien nada de lo que es humano le es extraño". Ni será posible siquiera perfilar el enorme cúmulo de ideas propias y geniales con que ha contribuído en bastante más de medio siglo de trabajo creador, a ensanchar y hacer comprensible el cuadro general de la cultura humana, en cuyo ensanche y comprensión el criterio biológico y la metodología científica no son simples recursos verbales sino severas normas de orientación y trabajo, de cuya aplicación frente a los hechos hace depender siempre los respectivos resultados.

En el año 1893 sigue NICOLAI los cursos de Ciencias Naturales en la Universidad de Berlín, y de 1890 a 1894, los de Ciencias Médicas en las Universidades de Königsberg, Berlín, París y Heidelberg. Es en esta última que se gradúa de médico en febrero de 1900 y obtiene el doctorado en la Universidad de Leipzig en el mismo mes del año 1901. En este año y el siguiente completa su curso de Zoología en la misma Universidad. Llega al final de su carrera después de haber estudiado junto a L. HERMAN, E. DUBOIS-REIMOND, CH. RICHET, W. KUEHNE, O. ZURSTRASSEN, EWALD HERING y otros grandes maestros.

Ya en 1900 actúa en la Clínica de Karlsruhe como asistente primero. Más tarde, en 1901, realiza en el Instituto de Fisiología de Leipzig, cerca del último de los maestros antes nombrados una intensa labor de investigación científica. En 1901-02 realiza un viaje de estudios por Asia y Oceanía (Hong-Kong, Manila, Sumatra, etc.). Trabaja en el último de estos años con el Profesor BERNSTEIN en el Instituto de Fisiología de Halle, cuando es llamado por la gran figura de W. ENGELMANN, Director del Instituto de Fisiología de la Universidad de Berlín, con el objeto de realizar investigaciones que le llevarán a apoyar la teoría del origen miógeno de la contracción del corazón. Inicia aquí, con experimentos decisivos sobre electrofisiología, la interpretación funcional de la curva trifásica del electrocardiograma, colocando así la piedra angular de la electrocardiografía moderna y haciendo posible su utilización en Clínica. La primera nomenclatura en esta especialidad le pertenece y tiene la ventaja de ser más racional que la posterior de EINTHOVEN. En el Diccionario Enciclopédico Espasa-Calpe no se reconoce otra, pues fué redactado antes de que la ola de nacionalismo agresivo, que alcanzara gran altura después de 1918, pusiera obstáculos al conocimiento y difusión de su vasta labor científica.

En 1904 realiza estudios experimentales junto a IVAÑ P. PAWLOW en el Instituto de Medicina Experimental de Petrogrado, que continúa después en la Universidad de Berlín, sobre el mecanismo de formación de los reflejos condicionados. Esos estudios le conducen a su nueva y genial idea de que el mecanismo cerebral es el fiel reflejo del Principio de la Causalidad universal, ya que, reaccionando el cerebro conforme a las relaciones regulares y legítimas de un mismo acontecer real de las leyes de la naturaleza que lo han formado y siguiendo ineludiblemente la pauta lógica y

causal de ese acontecer, puede, cual microcosmos, hacerse una imagen adecuada del macrocosmos. En conclusión, que es por ser hijo y depender de la regularidad causal del acontecer del mundo que nuestro cerebro y su lógica pueden comprenderlo, ir laborando el verdadero saber —la ciencia— y hasta prever los acontecimientos que aún deben suceder en el futuro. La maravillosa, útil, y hasta bella, aplicación de esta idea genial suya se puede apreciar a todo lo largo, ancho y profundo de su pensamiento, pero particularmente con mayor claridad en sus obras "La Base Biológica del Relativismo Científico", "Psicogénesis", "El Mecanismo Psíquico Explicado por Doble Inervación" y "La Seguridad Científica".

Asociado al Profesor FITZ KRAUS desde 1908 a 1916, realiza fecundas experiencias sobre la fisiología del corazón, las que le brindan una autoridad inobjetable y fama mundial en ese terreno. Vigorosos testimonios de su labor de esa época son, por un lado, y especialmente relacionado con sus experiementos de Fisiología, su libro "La Circulación Sanguínea" (Manual de Fisiología Humana), y por el otro, sus dos grandes monumentos clínicos: "El Electrocardiograma en el Sano y en el Enfermo" y "Tratado Didáctico de Electrocardiografía". Seguramente fué esta indiscutida autoridad cardiológica, además de la histológica y fisiológica, la que determinó que fuera, hasta la guerra de 1914, médico de familia del Kaiser WILHELM II von HOHENZOLLERN. También en 1908 recibe su título de Profesor de la Universidad de Berlín en mérito a sus investigaciones sobre la fisiología del corazón. En 1910 el Profesor F. KRAUS le propone dirigir el laboratorio de investigación fisiológica recientemente fundado en la Segunda Clínica de la Charité de Berlín, siendo nombrado poco después Profesor de Patología Experimental en la Universidad de esa misma capital. En la Estación Zoológica de Nápoles instala un laboratorio de electrofisiología, en el que intensifica y completa sus investigaciones en Ciencias Naturales.

En la Exposición Internacional de Higiene en Dresden, dirige, con el gran fisiólogo N. ZUNTZ el "Laboratorio Modelo para el Estudio de los Deportes". Además, bajo la protección de AUGUST von KARSEVAL y del PRINCIPE SALONIA-GOTHA, funda en el Estado Municipal de Charlottenburg, la "Asociación para la Investigación Científica de los Ejercicios Corporales", siendo su Director e instalando un gran laboratorio sobre cuyas experiencias acerca del deporte y sus efectos ha publicado diversos ensayos.

Al estallar la primera guerra mundial, 1914-18, redacta el "Manifiesto a los Europeos", que suscriben, además de su amigo ALBERT EINSTEIN, el Dr. OTTO BÜK y el astrónomo WILHELM FÖRSTER, publicado como réplica al famoso manifiesto de "Los 93" sabios representantes de la cultura alemana, dirigido "al mundo civilizado" para apoyar la actitud del KAISER y justificar la acción invasora del ejército alemán. Nicolai prueba en su contramanifiesto el abandono, por parte de los 93 sabios, de la metodología de la ciencia y de su condición de científicos al afirmar o negar supuestos hechos, acerca de los cuales no conocían más que las pobres masas, víctimas como ellos de la sugestionante influencia del aparato propagandístico de las "verdades" oficiales; recuerda a los "buenos europeos" la unidad e identidad de origen y destino de la cultura y la ciencia, y la absurda e inútil criminalidad de la guerra.

Interrumpe entonces su labor experimental, pero cual moderno Prometeo científico entrega a los hombres su alumbradora obra "Biología de la Guerra", que, inexplicablemente, es olvidada por los discernidores del Premio Nóbel de la Paz. De ella y de su autor expresa ROMAIN ROLLAND: "En la ciencia, la obra más grande que haya emergido de estos últimos criminales años es la de un vasto y libre espíritu alemán, GEOR FRIEDRICH NICOLAI. Es ella como el símbolo de la invencible Libertad, que todas las tiranías de esta edad de violencia quieren en vano amordazar; porque ella ha sido escrita en una prisión, pero las murallas no han podido ser tan espesas como para impedir que pasara esta voz que juzga a los opresores y que les sobrevivirá. En efecto —continúa ROLLAND—, NICOLAI, encerrado durante el año 1915 en la fortaleza de Graudenz a raíz de su persistente actitud de oposición a la guerra, redactó, en los ratos de ocio que le dejaba el trabajo de médico asistente de enfermos contagiosos que le estaba asignado, sin ayuda, casi sin libros, "La Biología de la Guerra", la obra admirable cuyo manuscrito felizmente consiguió pasar a Suiza, donde el editor Orell-Füssli de Zurich publicó la primera edición alemana. Las circunstancias que han dado nacimiento a esta obra tienen un carácter misterioso y heroico, que recuerda los tiempos en que la Inquisición de la Iglesia romana oprimía el pensamiento de Galileo". Luego, "Biología de la Guerra" fué editada en todos los idiomas civilizados. La guerra es estudiada por primera vez con criterio biológico en su origen y desarrollo, prediciendo, con su genio y sobre

la base de la generalización del conocimiento ya asegurado de la ciencia, las condiciones de su inevitable desaparición, ya que, aun una catástrofe genocida no haría otra cosa que cumplir, del modo que fuere, con tal predicha desaparición. Muchas de sus predicciones referidas al desarrollo ya se han cumplido en la guerra mundial de 1939-45.

Terminada la guerra de 1914-18, al regresar NICOLAI a Alemania, los pangermanistas no le perdonan su actitud, haciéndole responsable de la pérdida de la guerra por Alemania, arreciando en sus persecuciones hasta el punto de que el Ministerio de Guerra, en virtud de su conducta pasada, solicita el retiro de su "venia docenti", cosa que es rechazada conjuntamente por el Ministerio de Cultura y por la Universidad. La reputación universal del maestro hizo que la Universidad se enorgulleciera, hasta el advenimiento del nazismo, de registrarle oficialmente como Profesor de Fisiología Patológica. Pero la agresividad nacionalista acrece y NICOLAI, junto con su amigo EINSTEIN, abandona Alemania, comenzando la peregrinación que habría de traerle a Argentina.

Estudió y enseñó en, prácticamente, todas las naciones civilizadas de la tierra, por lo que le son familiares sus distintos niveles culturales y científicos y también sus respectivos idiomas.

No obstante, aún comienza para el sabio un afanoso período de enriquecimiento y profundización de sus conocimientos. Sólo su genio, analítico y sintético a la vez, hizo posible que el ya eminente Histólogo, Cardiólogo y Fisiólogo pudiera llegar también a tanta o mayor altura en Matemáticas, Física, Historia Natural, Psicología, Sociología, Filosofía de las Ciencias y hasta Crítica de Arte, cosa harto demostrada en obras como "Los fundamentos Reales de la Sociología", "El Mundo Físico y Moral", "Biología General", "Cerebro e Inteligencia", "Miseria de la Dialéctica", "Origen y Desarrollo del Trabajo Humano", "Cómo un Biólogo ve la Filosofía", "El Poema de Don Quijote", "Análisis del Psicoanálisis", además de muchos otros folletos y ensayos que constituyen verdaderos aportes a distintas ramas de la ciencia.

Cada una de sus obras podría constituir el orgulloso producto de una vida dedicada al estudio de la materia de que se trate, y aun hacer célebre a su autor: cada una de ellas llena un claro existente en la cultura o el saber humanos.

Argentina tuvo el privilegio de contarlo como Profesor de Fisiología en la Universidad de Córdoba desde 1922 hasta 1927, siendo

separado de su cátedra en mayo de este último año, separación que cae como un baldón para la dignidad universitaria de esa casa de estudios.

Se desempeña también como Profesor de Sociología de la Universidad del Litoral, donde sus magistrales lecciones cesan como consecuencia de la intervención del doctor Izzo en 1928.

Pero sus lecciones no se perdieron: fueron recogidas por algunos de sus alumnos, no sólo las directamente relacionadas con sus respectivas cátedras sino también las relacionadas con el método general de la ciencia y el pensamiento científico, cuya comprensión —él ha enseñado— sólo es posible si se tienen en cuenta las "líneas largas" del desarrollo biológico, en el que los reflejos condicionados van preparando en el animal el conocimiento objetivo e instintivo del mundo que le rodea, cuyo mismo mecanismo, al ir haciéndose consciente y más complejo, remata en lo que hoy llamamos el saber científico. Y fué así que la generación que en la década que va de 1920 a 1930 recibió la inspiración directa del maestro, apoyada en su inapreciable bibliografía científica y humanista, supo despertar el interés, la comprensión y el amor a la ciencia entre el núcleo de la generación siguiente, lo que condujo a la constitución, en los comienzos de 1954, de nuestra Sociedad de los AMIGOS DE LA CIENCIA en Argentina, cuya Declaración Constitutiva, redactada por el maestro mismo, comienza con los siguientes párrafos:

> *"La ciencia es la herramienta más formidable de que disponemos para lograr emanciparnos de nuestra propia irracionalidad y de las fuerzas exteriores que nos subyugan. Siempre que el hombre se ha guiado por la ciencia ha mejorado notablemente su vida del momento y su destino ulterior."*

A raíz de los hechos aludidos "ad supra", el eminente maestro se aleja de nuestro país y se radica en Chile, continuando en la Universidad de Santiago sus magníficas enseñanzas como Profesor de Fisiología. Allí se funda el Instituto Psicotécnico que deberá ser dirigido por él, pero los enemigos de la ciencia y la libertad, que acechan, impiden que la cultura chilena se beneficie de su saber, logrando que tal Instituto nunca llegue a funcionar. Poco después del retorno al poder del general Ibáñez debe alejarse de su cátedra, hasta que, en diciembre de 1954, es nombrado miembro del Consejo Académico de la Facultad de Medicina de esa misma Universidad. En 1953 concurre al Congreso Internacional "Ciencia y Libertad",

organizado por el Congreso Por la Libertad de la Cultura y realizado en Hamburgo del 23 al 26 de julio, al que es invitado especialmente. Su discurso pronunciado en este Congreso y el informe presentado al Comité Chileno a su regreso, son publicados en un librito bajo el título de "Ciencia, Libertad y Cultura". En ellos llama la atención sobre la indispensable necesidad de la libertad para el desarrollo de la ciencia y sobre la condición acumulativa de los productos de ésta, lo que convierte a la ciencia en el único elemento progresista de lo que hoy se tiene por cultura, aunque, como él mismo señala, "nadie sabe de veras lo que, en último término, es la cultura". En cambio, el saber asegurado de la ciencia no se pierde jamás, y todos pueden saber clara y numéricamente de qué se trata.

En los años 1952 y 1955 visita nuestro país, honrándonos y regalándonos nuevamente el inapreciable tesoro de su saber enciclopédico. Algún día las generaciones futuras, tal vez nuestros nietos ya, sabrán apreciar cabalmente, envidiando nuestra suerte, cuan pocas veces a una generación le es dable el privilegio de recibir las lecciones directas de un genio semejante.

En su maravillosa y casi permanente juventud —que en el próximo mes de febrero llegará a los 83 años—, no han hecho mella ni la incomprensión ni la adversidad; del mismo modo que en el año 1915 —a los 41 años—, observa atenta y sagazmente todos los acontecimientos que ejercen alguna influencia sobre la humanidad, los analiza con su invariable criterio biológico y actúa sobre ellos para modificar su curso o reforzarlo, lo que le lleva a la redacción de su "Biología de la Guerra", en 1939 redacta su "Miseria de la Dialéctica" y otros trabajos menores en los que analiza las condiciones ideológicas y los recursos económicos y técnicos de los bandos contendientes en la segunda guerra mundial profetizando no sólo acerca de su resultado sino también de la evolución del conflicto y la ubicación alternada de algunos de los contendientes. Enorme cantidad de conferencias, artículos y ensayos, aparecidos en distintas publicaciones, además de algún trabajo mayor editado —por ej. "Cómo un Biólogo ve la Filosofía"—, son el resultado de su permanente preocupación y actividad durante la última conflagración. También durante la guerra se ocupa en discutir la capacidad de la ciencia para darnos una "verdad segura" —o contestaciones únicas, *como él prefiere decir, las que, "por no existir la posibilidad de contestar en otra forma, tienen que ser aceptadas por*

todos los seres razonables"—, acerca de las relaciones universales, de lo que resulta, en 1948, la edición de "La Seguridad Científica". Luego, en 1952, se ocupa del alcance y validez terapéutico y científico del psicoanálisis en su libro "Análisis del Psicoanálisis", para continuar en los años subsiguientes con el examen de la metafísica del "Existencialismo", trabajo este lamentablemente aún inédito. Ahora se halla ocupado en la redacción de la obra que compendiará su visión de biólogo, o, mejor dicho, la lección que surge del vasto cuadro de la biología y que se referirá a la "Filosofía de la Biología". Pero su enorme capacidad de trabajo y su genio creador no se detienen aquí, estando una buena parte de su producción en los últimos años a la espera del editor que ponga en circulación el vasto caudal de ideas nuevas que conforman su pensamiento.

Ahora nuestra Sociedad se honra publicando la primera edición de esta obra de nuestro ilustre miembro honorario. En ella, y como resultado y corolario de la historia de la medicina, prueba la existencia de un nuevo instrumento —la eugenesia— con el que la humanidad puede iniciar ya una verdadera revolución biológica y social, consistente no sólo en sanar física y mentalmente a la especie humana en su conjunto, sino en mejorar la calidad y función de cada uno de sus miembros, con lo que su autodeterminación y el camino de un rápido ascenso sin par en la historia quedaría firmemente abierto para el hombre.

EDITORIAL S. A. C.

I S A G O G E

ISAGOGE

El maestro Jorge Federico Nicolai, en esta su obra "La Eugenesia como gloriosa culminación de la medicina", parece alcanzar la cumbre científica y filosófica de su mente excepcional, madurada por lustros y décadas en la observación meditada, en la investigación científica incesante y en la reflexión cada vez más honda y acendrada de su espíritu depurado hasta su más alta virtud.

Con este tratado se propone, exactamente, lo que él considera como objeto sustancial del entendimiento, que no sería otro que superar en medicina, el propósito de sanar personas enfermas, para llevarlo a curar la humanidad entera, física y moralmente, mejorando su calidad y función.

Para alcanzar los elementos de su demostración, Nicolai acude a la historia de la medicina y si bien la hace nacer, como ciencia, en el instante en que Jenner realiza su primer aplicación antivariólica, la lleva, como resultado de observaciones constantes a las viejas noticias de Imhotep, Hipócrates y Galeno y en verdad, no se puede avanzar mucho en el camino de los descubrimientos y las conquistas del espíritu, si antes no se tiene el balance de lo que precedentemente se descubrió y conquistó para edificar sobre ello o desecharlo para formular nuevos planteos. Es así que la historia del saber, es el primer capítulo de todo trabajo científico, sea para no repetir lo que ya se alcanzó, no indagar sobre lo que

ya se desechó definitivamente, o no incidir en errores en que se cayó en el pasado. Sin contar con que el conocimiento de la historia del saber, madura el espíritu del estudioso, lo desarrolla y amplía, y crea las bases de las nuevas concepciones. Ello justifica la extraordinaria magnitud que adquirieron los historiadores, en el pueblo hebreo, resumidos en el antiguo testamento, en el de la Hélade con Tucídides de Alimcrito, Heródoto de Halicarnaso; Xenofonte del Atica; o en el ciclo de Roma, Polibio de Megalópolis, Julio César romano; Salustio de Ansiterno; Livio de Padua; Tácito de Interamne, Plutarco de Queronea, Suetonio, los posteriores evangelistas. Así la historia del saber era la llave del futuro saber, como lo comprende Nicolai.

Luego el autor anota el salto de la medicina cuando pasa de arte de curar a ciencia médica, potente evolución que ya va señalando los grandes progresos de la mente humana, despojada de toda ayuda divina y emancipada del dogma, cualquiera que fuera su especie. Se ultrapasa el campo de la técnica para alcanzar el de la doctrina. Y así Nicolai establece este gran principio "Ciencia sólo hubo en Europa".

Mil ochocientos años, dice el autor, van desde Arquímedes a Galileo, y ya en Thales de Mileto tuvimos un gran destello. En las letras no ocurría igual cosa, pues en el poema épico se va de Salomón a Homero, de éste a Virgilio y de éste a Dante.

No basta observar, afirma el autor, ni pensar; es necesario saber observar y saber pensar. La observación superficial o pueril y el pensamiento sin profundidad crítica, son expedientes de insustancialidad y de error. No sea que observando que el sol se levanta todas las mañanas en Oriente, deduzcamos que es él quien gira en el firmamento.

La libertad es la voluntad de hacer o de poder hacer, así la libertad está en el que sabe, está en el saber. Y en efecto, ¿qué libertad puede existir en la ignorancia? El ignorante es un esclavo; un esclavo de su ignorancia, y ella lo conduce, gobierna y lo precipita en el error y en la desventura.

Luego, Nicolai nos alecciona con este ardoroso apotegma: "La verdad no se puede encontrar por casualidad". Y cuando aparecería como hallada casualmente pronto se ve que había gran madurez en el descubridor: Arquímedes y su baño; Newton y su manzana. No hay valor más alto que el valor ético de la ciencia, o sea del saber.

Sólo con la ciencia se conquista el saber, sea en el campo de la alta filosofía, que es pensamiento, en el campo de la técnica, que es perfeccionamiento incesante, o en el campo del arte bello que es interpretación integral.

Y expresa Nicolai, ¿cómo un pueblo bárbaro pudo sentir el amor a la ciencia, como fué el árabe? Y pudo llegar aunque sea episódicamente— porque dió libertad a la ciencia: Abul Wafa, Al Bimini, Avicena, Al Idrizi, el grande Averroes.

Con estas premisas no ha de sorprender que Nicolai pronuncie una ardiente diatriba contra Hegel y rinda pleitesía a Malthus el previsor; porque es la ciencia; observación sensorial o experimental fiscalizada por la razón, con lo que se forma la conciencia: "ciencia es la voz previsora", asienta Nicolai. La previsión es imposible; quien vaticina el porvenir es un insensato; pero la ciencia algo puede prever, algo prevenir. La eugenesia es una previsión científica y ella conduce a la esterilización, que la naturaleza, afirma el autor, realiza en grande, inmensa escala.

Y si la ciencia construye y prevé, la ignorancia destruye y es ciega, siempre ciega; y queriendo a veces y sin quererlo otras, su afán es destruir cultura con terrible eficacia, y lo hace inconscientemente pero seguramente. Es por ello indispensable destruir la ignorancia implacablemente. Bien se deduce esto de lo que afirma Nicolai. Pensamos como él: la ignorancia es la furia enemiga de la cultura. Ello se advierte en toda la extensión de los tiempos pasados que conocemos, y del presente que nos rodea.

Impongamos la educación y la instrucción universalmente a todo ser humano; para ello es bastante larga la infancia y la adolescencia; de 6 a 22 años, de tal modo que si esos 16 años se consagran a cultivar el espíritu, ya no habrá ignorantes; todos serán amigos de la cultura y ésta florecerá como un bosque tropical bien regado. ¿Y qué otra cosa puede hacer o debe hacer un adolescente, sea de la primera como de la segunda adolescencia, que dedicarse exclusivamente a su propia formación física, moral e intelectual?

Atento a sus reflexiones, Nicolai señala que la revolución entre los hombres puede tener dos propósitos inconciliables; o es la revolución política que cambia tan sólo a unos hombres por otros, o es la creadora que procura el progreso humano. Sin duda que debería tener nombres diferentes.

Pero la ignorancia trae otras consecuencias. El ignorante no

se interesa por la verdad que anida en los espíritus superiores, ni por la libertad, que es un ensueño sin par y así amparan y aplauden a las dictaduras. Educadlos y así los inclinaréis a la verdad y libertad, con lo que se ennoblecerá el espíritu humano y se asegurará el progreso y felicidad generales.

Malthus, valientemente, dice Nicolai, opone al fatalismo oriental, la responsabilidad, hija del saber, del hombre griego — europeo. La demasiada multiplicación, agrega, conduce a la falta de alimentos, así en los animales como en el hombre. Los animales no pueden en verdad defenderse de esa desdicha, pero no así el hombre dotado de inteligencia, que permite acumular saber. La eugenesia sigue el camino que la ciencia señala.

Nicolai propugna la reducción de la procreación al grado de que no se llegue a más de dos alumbramientos logrados por cada mujer. Esto es sin duda demasiado bajo pues de ese modo la población disminuiría paulatinamente pues dos hijos no harían más que reponer a los padres, pero como no todos los matrimonios son prolíficos y no todas las mujeres llegan a procrear, es visible que las defunciones superarían a los nacimientos. A esta limitación de la natalidad es a la que el autor llama ética biológica, debiendo llegarse a ella por una necesaria evolución del sentido moral. A nuevas condiciones de vida, nueva moral. Dentro de esta moral renovada se llegaría a sustituir el amor al prójimo por un sentimiento más universal: el amor a la comunidad. Se ve así hasta dónde llega el reformismo del pensamiento Nicolaiano: reemplaza el sentimiento por la razón y así se evade del pasado y se proyecta hacia el futuro. Si se considera que el sentimiento es un efluvio primario piensa que es más propio del animal que del hombre, "homo sapiens".

Las previsiones de Nicolai van más lejos y por un lado considera que el proletariado, con poderío creciente, es un factor de atraso por su menor cultura, y por otro lo ve con tendencia a desaparecer por el incremento del maquinismo que llegará a un punto en que la máquina absorberá todo el esfuerzo muscular humano. En efecto, no solamente la máquina va realizando cada vez más el trabajo muscular que tenía a su cargo el hombre, sino que ya se llega a la máquina manejada por la máquina, al avión sin tripulantes y teledirigido, sino que los cerebros electrónicos reemplazan a multitud de hombres en los cálculos y trabajos mentales. Disminuirán las horas de trabajo diarias sin dismi-

nuir los salarios y el ser pensante podrá dedicar más horas a su hogar, al estudio, al esparcimiento, al arte. La "ola de mediocridad" que nos entorpece será sustituída por una progresiva ola de cultura.

El concepto utilitario se le impone vigorosamente y así establece que es moral todo aquello que sirve a la humanidad, y es inmoral lo que la entorpece o destruye: es la moral biológica. La moral social permite y exige métodos eugenésicos.

Peligroso es para el autor, que los pueblos sufran miseria y hambre por defecto de alimentación. Por vivir mal el pueblo se hará comunista y por hacerse comunista vivirá peor.

No le parece al autor que las medidas económicas puedan resolver el problema humano ni intervenir gran cosa en el progreso de la sociedad, el cual se opera solamente por la ciencia y la cultura.

Cuando nos gobierna la razón, no se cierra ningún camino, sino que se abren todos. En efecto, cualquier juicio verdadero procede directamente de la razón; la razón nunca encontrará equivocado aquello que la propia razón confiere; ese y no otro fué el gigantesco descubrimiento de la Hélade.

La previsión del porvenir del hombre, inquieta al autor, pues el aumento de la población mundial se agiganta y no quedan casi tierras por descubrir y colonizar y por ello teme que se postergue demasiado la iniciación del período restrictivo de la natalidad.

Verdad es que no puede asegurarse que el hombre no descubra o invente procedimientos para aumentar la producción alimenticia; pero no se descuenta el porvenir con hiptesis insuficientemente fundadas.

Para Nicolai, la medicina, o por mejor decir la ciencia médica, ha llegado a un momento crítico en que su campo de acción comienza a extenderse a nuevos e inesperados horizontes; ella, por métodos eugenésicos, determinará el destino de la humanidad, a la cual la exhorta a cumplir la palabra de Shakespeare en Hamlet: "sé fiel a ti misma".

Entre las grandes lecciones que nos ofrece Nicolai en este magistral trabajo, aparece esta recomendación sustancial, que si bien repetida por otros estudiosos, en la pluma de este maestro, tiene la sanción de un cerebro privilegiado: El hombre además de ser eficiente en su especialidad, tiene que ser, al menos en cierto grado, una personalidad armoniosa, un hombre cabal. Y si fuera

posible ofrecer ejemplos bastaría presentar al mismo Nicolai, y a dos ilustres amigos suyos, Einstein y Mach, los tres que pueden figurar entre los cerebros de más alta autoridad moral y científica de la humanidad y los tres, al propio tiempo, filósofos en el alto sentido de la filosofía, como gobierno supremo del espíritu,

Los sabios de esta magnitud son los que dan ejemplo de conducta por su valor civil, por su amor al saber que es fruto de estudio y por su devoción a la libertad.

Así dice Nicolai, "creo que el camino de la razón es todavía transitable" y se pregunta "¿se impondrá la razón biológica al idealismo sentimental?"

Esta disposición de espíritu conduce naturalmente al maestro Nicolai a una conclusión como ésta: "Es una rara pero fausta coincidencia de que con la eugenesia puedan realizarse las dos tendencias aparentemente tan opuestas como son el afán a las mejoras de perfeccionamiento intelectual y moral y del otro lado del abismo la invencible ansia de la gran masa que quiere ser feliz". Este abismo es lo que debe suprimirse, el abismo que separa a los que saben de los ignorantes. Ninguna razón puede existir que mantenga este abismo, pues los que saben alcanzaron su saber por el camino de la ciencia, camino que pueden emprender los que no saben, dado que en la adolescencia todos los seres humanos debieron dedicarse exclusivamente a ilustrar su espíritu y fortalecer su organismo, con lo cual, al ser todos los ciudadanos, hombres de alta preparación, usarían todos el mismo lenguaje y se comprenderían recíprocamente.

Nicolai, en esta obra revela como siempre, su excepcional valor moral, la integridad de su pensamiento, y la calidad inalterable de su mente.

N. BESIO MORENO.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Cuando la Sociedad de los Amigos de la Ciencia en Buenos Aires –que es como la de Córdoba (Argentina) una filial de la sociedad del mismo nombre en Santiago de Chile– me pidió consentir en que ella publique como folleto la conferencia que había dado en ocasión de mi recepción como Miembro Académico en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, acepté gustoso, ya que sabía que estas sociedades son de veras entusiastas amigas de la ciencia y, tanto como les es posible, se empeñan seriamente en difundir la ciencia por la organización de conferencias populares y la distribución de buenos libros a precios baratos.

Sólo que creía oportuno publicar el trabajo no como lo había leído sino, más bien, como lo había preparado, pero del cual, por haber resultado demasiado largo, tuve que suprimir mucho, especialmente mucho de lo que tenía que decir acerca del futuro que correrá la medicina desde que está para cambiarse de un arte en una ciencia. La restitución de lo omitido y así la elaboración de una versión ampliada me parecía, sin embargo, necesaria, visto que la infusión de nueva sangre en

el viejo cuerpo de la venerable medicina tradicional –lo que será indudablemente la consecuencia y el significado de su reciente cientificación– conducirá a una nueva época en medicina y la pondrá en condición de extender su campo de acción hasta horizontes insospechados; ella ya no necesita contentarse con sanar enfermos individuales, *sino que puede atreverse a emprender la* tarea más trascendental de sanar física y mentalmente a la humanidad en su totalidad, *y así, mejorando su calidad y función, prepararla a un pronto ascenso sin par.*

Los conocimientos suficientes para intentarlo, aunque sea en el comienzo sólo en forma reducida, los tiene; pero, fuera de esto, hay que comprender que con este nuevo saber cae sobre el médico también una nueva responsabilidad, una nueva ética; ya no es su deber exclusivo el cuidar, como hasta ahora, del interés de su enfermo particular, sino que él, como la humanidad en general está obligado a armonizar los intereses del individuo con los superiores de la colectividad humana. *Con otras palabras, él tiene que entenderse con los problemas eugenésicos que desde los tiempos de GALTON preocupan en tan alto grado a médicos y legisladores.*

Como esta nueva tarea del médico –la de funcionar como guardián de la salud y del perfeccionamiento de nuestra especie– constituirá indudablemente la diferencia esencial que distinguirá la medicina futura de la actual, creí deseable que esta parte, que además debería interesar lo más al gran público, no debía faltar en la versión impresa y, por eso, la añadí de nuevo, insistiendo además en la actual situación político-social que, por una parte, ayuda a la comprensión de la génesis del mal a curar y, por otra, nos muestra la inevitabilidad y urgencia de una curación radical.

Pero, con la extensión que así ha logrado la parte que trataba de los problemas conectados con la eugenesia, el título original que rezaba: "Significado y Utilidad de la Historia de la Medicina Estudiada con un Criterio Biológico-Social", *ya no correspondía al contenido, y lo he por eso cambiado en:* "La Eugenesia como Gloriosa Culminación de la Medicina".

Confieso que las muchas añadiduras y digresiones, indispensables para tratar el problema, aunque no de todos lados al menos lo bastante para ser comprensible, han perjudicado

en cierto grado la homogeneidad de este trabajo. Pero en una cuestión tan controvertida, como lo es actualmente la eugenesia, me parecía que más importante que la concisión y armonía del texto, sería aportar lo más de razones que, eventualmente, pudieran convencer. Para disminuir la dificultad que resulta de la defectuosa disposición del material, he dividido la conferencia en 39 párrafos y añadido un detallado índice de materias.

En todo caso había que elegir: pues, para tratar el asunto de veras sistemáticamente, se debería escribir todo un libro; y esta conferencia no quiere ser más que una exhortación *para llamar la atención a la trascendencia y urgencia del problema; pues para convertir la posibilidad en actualidad fructífera, es imprescindible la buena voluntad y colaboración de todo el pueblo.*

G. F. NICOLAI

INTRODUCCION

INTRODUCTION

INTRODUCCION

Señor Decano, señores Profesores, señoras y señores:

No podía esperar el honor de ser nombrado miembro académico de vuestra Facultad de Medicina, ya que aquí en Chile apenas he hecho algo para merecerlo, por carecer de la oportunidad para continuar mis trabajos propios que son de laboratorio. Hubo también otra razón que justificó mi sorpresa: enterado de que amigos míos trataban —lo que concordaba con aquellos de que me había ocupado en los últimos años— de proponerme como candidato para la cátedra de Historia de la Medicina, debí, cuando uno de ellos me anunció por teléfono que "me habían nombrado", pensar que había llegado mi hora de historiador. Sólo dos días después me enteré de lo que realmente había sucedido. Pero en estos días —precipitados como somos los hombres— pensé ya en mi conferencia inaugural, elegí como tema: *"El Significado y la Utilidad de la Historia de la Medicina"* y comencé aun a trazar un esbozo de lo que diría.

Sin embargo, reconocido mi error, no me pareció mal utilizar el mismo tema también en esta ocasión. Ya sabía que la historia de la medicina puede ser atractiva para el gran público,

pues cuando, durante dos años y en unas 50 clases, la había tratado en cursos privados, una numerosa concurrencia de profesionales y profanos me siguió, con gran sorpresa mía, hasta el final. No será por eso inoportuno exponer una vez brevemente las razones de tal inesperado interés, cuyo motivo apenas podría ser el deseo de conocer propiamente los datos históricos de la vieja medicina, lo que es más bien un tópico reservado a los especialistas; tampoco se puede aprender mucho de medicina por el estudio de su historia. Pero lo que, en mi opinión, la hace atrayente, es que ella está, mucho más que en general se cree, *vinculada con grandes problemas de la humanidad*, en que todo hombre culto está interesado en sumo grado: hay pues que tratarla no como algo aislado sino como *uno de los factores en el desarrollo humano*, en que se reflejan las diferentes fases por las cuales ha pasado la humanidad.

Parte Primera

CORTO RESUMEN DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA

I

Corto Resumen de la Historia de la Medicina

§ 1 Unicidad de la Historia de la Ciencia

Que ella no sirve para aprender medicina, lo comprenderá quien recuerde que —excepto el último siglo, desde que el arte médico ha comenzado a usar métodos científicos— los largos milenios de su historia apenas han producido algo que el médico moderno pudiera todavía utilizar para la técnica de su profesión, si no fuesen algunas reglas y principios empíricos que, sin embargo, buenas amas de casa, acostumbradas a cuidar a los enfermos de su familia, conocen tal vez mejor que muchos de los viejos médicos doctos que, por prejuicios doctrinarios, demasiadas veces los han desatendido.

Además, la historia de la medicina está demasiado desordenada para que pueda servir de buena consejera: como todo *arte empírico* ella andaba zigzagueando entre extremos: a veces, gracias a prominentes personalidades, fué casi racional (aunque, hasta hace poco, nunca científica) para recaer después otra vez en lo irrazonable, descaminada por teorías filosóficas sacadas de las profundidades de una imaginación arbitraria. Esto no puede extrañar, ya que hay sólo *una* historia que se ha desarrollado sistemática y consecuentemente: la de la ciencia, más precisamente, de lo que hoy se llama ciencia exacta. Desde que hay tal ciencia, esto es, desde que los mara-

villosos jonios y luego los no menos maravillosos alejandrinos (con los que la medicina griega había logrado su apogeo) la inauguraron, la física ha continuado desenvolviéndose en lógica continuidad, casi tan orgánicamente como lo hace la naturaleza en su evolución, y tan sistemáticamente como se lo debería hacer en un buen manual. En ella no hay saltos ni atrasos; cada nuevo hecho que se ha comprobado y cada investigador cabalga en los hombros de sus predecesores, y nunca se ha descubierto algo completamente nuevo, algo que no estuviera peraparado por precursores: –NEWTON ha dicho una vez, modestamente, que su ley de gravitación universal no es más que la inevitable consecuencia de las leyes del movimiento de GALILEI, combinadas con las relaciones que KEPLER encontró en el movimiento de los planetas; y EINSTEIN dice de la corrección que añadió a la fórmula newtoniana, no menos modestamente, que ella nació de la combinación de la ley de NEWTON con el concepto del "campo" de FARADAY, sobre la base de unas observaciones más exactas sobre la invariabilidad de la velocidad de la luz. Así es siempre, sólo que los respectivos renovadores no son siempre igualmente modestos. Como toda la evolución posterior del universo, en sus grandes rasgos, estaba potencialmente ya en su formación, así el camino de la ciencia, esto es del descubrimiento de las relaciones en él, estaba más o menos fijado cuando los presocráticos basaban la ciencia en la *necesidad del acontecer;* pues como no hay más que *un* acontecer y *una* naturaleza, no se puede en ella tampoco descubrir más que una y la misma ciencia. Y esta unicidad le da su posición única, ya que así en ella, desde un principio, no puede haber ni subjetivismo ni arbitrariedades, que en todas las demás ideas humanas son inevitables aunque sea verdad que la fragilidad de la naturaleza humana tuvo a veces que tolerar por cierto tiempo también en ella arbitrariedades que, sin embargo, se eliminaron casi automáticamente por una más minuciosa observación del acontecer real.

Por otra parte, todo lo que en la ciencia está a punto de ser descubierto, se descubre también en su debido tiempo.

Hasta se puede a menudo predeterminar cuántos años o decenios habrá que esperar para cierto descubrimiento, por ejemplo, cuándo se sabrá bastante sobre la edad de nuestro universo y el modo de su origen, o cuándo la técnica aeronáutica estará en condición de emprender vuelos a la luna. Esto es así porque también en la historia de la física –que ella misma no es más que una descripción o imagen de la realidad– todo se sigue tan necesaria e incambiablemente como en el desarrollo de cualquier otro fenómeno natural y, especialmente, como en la evolución de los organismos, donde no hay tampoco ni atraso ni precipitación: el hombre no podía nacer sino millardas de años después de la amiba, y no antes de que haya existido durante millones de años los monos.

Puede haber interrupciones en el desarrollo de la ciencia por circunstancias *exteriores*, por ejemplo, por falta de quienes podrían cultivarla, sea por pobreza, sea porque, como en la Edad Media, todo el mundo por pensar demasiado en su dicha personal y en una vida holgada, deja de interesarse en el saber. Pero mientras los demás territorios del saber humano pueden, si el espíritu de la época cambia, adaptarse al nuevo criterio –la historia, por ejemplo, y la misma medicina antes de que se hiciera ciencia, tratadas en *una* época racionalmente, pueden en *otra*, si las condiciones empeoran, continuarse como metafísica, teología, moral, etc., y así lo han hecho–, la ciencia no puede adaptarse a nada que no sea aquello a lo cual no está adaptada por su naturaleza desde siempre y para siempre, esto es: a la *realidad empírica*. No se puede ni siquiera cambiar su rumbo; quien quisiera doblarla y falsificarla, no lograría otra cosa que interrumpirla, hacerla desaparecer. –"Sint ut sunt, aut non sint", dijo de los jesuitas el Papa CLEMENS XIII; y esto puede también decirse de la ciencia:– ella "*es como es o no es*".

Como es sabido, hubo interrupciones, especialmente la grande de la Edad Media que cortó todo; pero justamente ella nos muestra, lo más convincentemente, que la ciencia puede desaparecer de la tierra (de Europa al menos; y en otra parte no la ha habido nunca), mas no romper la inalterable conse-

cuencia de su formación; pues exactamente donde los últimos alejandrinos habían dejado su obra, los hombres del Renacimiento la reanudáron: COPERNICUS repitió con su sistema heliocéntrico lo de ARISTARCOS; VESALIUS continuó a GALENOS, rectificándole, y así era con todo –para la ciencia era simplemente como si el intervalo artificialmente creado por incomprensión o intolerancia, no hubiera existido–; había habido tiempo, pero tiempo sin contenido: algo negativo, un vacío, *una edad media entre dos edades positivas y progresistas*

Particularmente característico es el caso del gran renovador de la física moderna, de GALILEI, que nos hace recordar el viejo cuento de "La Bella Durmiente del Bosque", donde todo lo vivo que había en el castillo quedó, súbitamente, como petrificado en un sueño mágico, en que, como en la Edad Media, nada cambió: el cocinero que estaba por dar al pinche un sopapo, quedó con la mano elevada durante siglos, hasta que, alzado el encanto, da el golpe. Así fué el caso de ARQUIMEDES: cuando gritaba "¡eureka!" por las calles de Siracusa, por haber hallado el principio hidrostático, estaba a punto de dar el golpe destinado a establecer la respectiva teoría, mas no pudo terminar con lo comenzado, porque el legionario romano le mató. Entonces sobrevino el largo sueño medieval. Mil ochocientos años pasaron: en la ciencia no ocurrió nada fuera de que se la olvidó, y, para decirlo así, la elevada mano del iniciador quedó suspendida como entre el cielo y la tierra, hasta que el joven GALILEI de 22 años, como si fuera el sucesor inmediato del viejo griego, diera el golpe: pues él *comenzó* su carrera científica con estudiar a ARQUIMEDES, lo que le condujo a inventar la "Bilancetta", que permite *medir* la fuerza hidrostática. Luego se elaboró la teoría, y la ciencia, simplemente, prosiguió.

§ 2 Fase Popular y Mágica de la Medicina

La historia de la física es continua, necesaria y consecuente; la de la medicina, por haber logrado sólo últimamente el rango de una ciencia, no podía serlo; tenía que ser casual, caprichosa y arbitraria. Había, a veces, quienes dieron con una buena ocurrencia, pero como no podían *comprobar* que era buena –pues sólo con los métodos de la ciencia exacta se pueden comprobar sus afirmaciones–, nadie supo tampoco si era mejor que la rutina acostumbrada, y así se perdió rápidamente de la memoria de los hombres. Esta falta de continuidad, que se nota ya en un rápido vistazo del desarrollo de la medicina, era inevitable, pues ella se basaba, desde tiempos remotos, ya alternativa ya simultáneamente, en dos principios opuestos.

1º – En el sano principio de la *observación.*

2º – En el malsano principio de la *especulación sin observación.*

La medicina es viejísima; más vieja que la humanidad; pues ya los animales, aunque sea sólo por instinto, se comportan de otro modo cuando están enfermos que cuando sanos. En especial actúan como si supieran que el reposo es uno de los mejores remedios: el león enfermo se retira a su cueva, y el perro con una pata rota la levanta y corre sólo con las otras

tres. También cambian su dieta convenientemente, pues comen menos y parecen conocer el efecto de ciertas hierbas (el perro con indigestión come césped).

Los primeros hombres les siguieron en este camino, y fundaron así su semi-instintiva *medicina popular;* se enteraron de que ciertas plantas tienen determinados efectos (laxantes, eméticos, hemostáticos, etc.); de que algunos métodos para tratar heridas o fracturas eran efectivos y otros no; aprendieron en general, a la manera animal, o, como MORGAN precisa, por *ensayos y consiguientes éxitos y fracasos.* Este camino de fiarse en observaciones era sano, cuasi científico, y, en todo caso, bueno, y hubiera podido conducir directamente a una medicina científica, si, ya hace unos diez mil años o más, no hubiese intervenido la especulación, primero en forma mágica, luego en la teúrgica y, al fin, en la propiamente filosófica; con lo que se inauguró la *Miseria de la Medicina.* Los hombres "pensaban" —en sí esto no está mal y era prometedor para el futuro—, sólo que pensar, si no se sabe pensar correctamente, esto es conforme a la realidad, es lo más calamitoso que los hombres pueden hacer. Y veremos luego que la moderna medicina científica se inauguró, expresamente, bajo el lema: *¡No pensar! ¡Observar!*

En su forma primitiva, que no se la debe confundir con la ridícula hechicería, que más tarde se llamaba *magia,* este primer aletazo de la razón incipiente, con que terminó la feliz ataraxia (apatía) del animal y se inauguró la inquietud humana, es interesante e importante para la historia del pensamiento, pero no por eso deja de ser absurdo. Pues, en el período de transición en que el animal, *causalmente condicionado* por el acontecer legítimo de la naturaleza y dirigido por sus instintos, se transformó en el hombre actual, en el "homo sapiens", quien se llama así, justamente porque, hasta cierto grado, sabe *servirse del nexo causal* para dirigir a su vez el engranaje de las fuerzas naturales en un sentido que le parece oportuno, debe haber habido una fase en que el hombre naciente sentía ya el deseo de hacerlo, pero en que le faltaban todavía los *conocimientos positivos* para hacerlo racionalmente. Sin em-

bargo, como ya en ese tiempo era su costumbre de creer en la realidad de lo que deseaba (lo que en alemán se llama "Wunsch-Philosophie": —filosofar según sus deseos—) y con alto concepto de sí mismo que caracterizaba desde el comienzo a nuestra especie racional y consciente, confiando en que poseía las facultades necesarias, intentó lo imposible con medios inadecuados, originando así la fase mágica que durante largos milenios persistió para perderse al fin en los sueños sobrenaturales acerca de poderes divinos.

Este período mágico puede considerarse como un legítimo e inevitable eslabón dentro del desarrollo normal, porque efectivamente se ha formado en todos los continentes casi idénticamente Naturalmente, tal magia no podía dar resultados prácticos; pero la *intención* de forzar las fuerzas de la naturaleza a obrar de tal modo que nos facilitaran la vida, es la misma con que hoy la ciencia cumple parcialmente. Por eso JAMES GEORGE FRAZER, a cuyo bien documentado libro "The Golden Bough" (La Rama Dorada) se debe principalmente el conocimiento y la interpretación de la magia (aunque en Alemania WILHELM MANNHARDT ya había emitido ideas semejantes), la llama *pseudocientífica,* y cree que esta denominación es tanto más justificada, en cuanto la magia, como la ciencia, se basa en un riguroso concepto de causalidad. Los hombres estaban todavía demasiado cerca del animal para poder liberarse de la heredada pauta causal y realista que había determinado todas las acciones del animal instintivo: todavía no pensaban en cosas sobrenaturales y metafísicas que sólo más tarde, con un cerebro ya mucho más potente, aprendieron a inventarse. Pero ya eran capaces de dar con *ideas* sobre causas y efectos, con las que, en su *acción práctica,* ya hace mucho se habían familiarizado.

Ahora se jugaba con la idea; y esto, aunque todavía no era metafísica propia, condujo más tarde a ella. En especial deducían de sus observaciones que *causas idénticas tienen efectos idénticos.* Apenas lo concluyeron racional, sino más bien intuitivamente. Siempre la generalización era como primera aproximación sorprendentemente justa (faltaba sólo aña-

dir "bajo condiciones idénticas"), y hubiera podido ser el comienzo de un tratamiento científico del mundo, si estos primitivos —como egoístas precipitados, cuya primera idea es siempre el trocar todo en lucro— no hubieran ensayado, lo que ha podido lograr sólo en nuestros días una ciencia ya bastante acabada, aprovecharse de ésta su cognición precoz para llevar a la práctica sus deseos extravagantes de que la naturaleza trabaje según su voluntad y en provecho suyo.

En esto tenían que fracasar, pues, aunque, en general, en la interpretación del decurso regular del acontecer habían bastante bien acertado, de las *causas verdaderas* de un determinado fenómeno no sabían nada, y las buscaban, lo que es bien comprensible, en las más llamativas percepciones sensoriales, como por ejemplo, en los colores o en las formas exteriores de los objetos. Así, en medicina, creyeron que todo lo que es rojo, obra como sangre, que todo lo que es amarillo extrae del cuerpo la ictericia (por lo cual, como PLUTARCO cuenta, todavía en el primer siglo de nuestra era los pajareros guardaban ciertos pájaros con ojos amarillos tras una cortina, para que nadie se curara gratuitamente) y que las plantas que tienen ramas anguiformes, son un antídoto contra la picadura de las serpientes, etc.

También estaban convencidos de que, con ejecutar ellos mismos actos simbólicos, forzaban a la naturaleza a obrar idénticamente. La más notable aplicación de este principio, al lado de su uso en medicina, era la "lluvia mágica", ya que una sequía prolongada podía significar la muerte para toda la tribu (por lo cual, en inglés, se ha dado a todos estos magos primitivos el nombre genérico de "medicine-men" o de "rain-doctors"). El doctor de lluvias aspergaba, con un gajo de árbol, agua sobre la tierra, imitando así la lluvia, e imaginándose que con esta lluvia simbólica se forzara también al cielo a continuarla en gran escala. Esta ceremonia con agua, completamente lógica dentro del punto de vista mágico, se ha eternizado, ilógicamente, en las más diversas religiones como agua bendita e hisopo, cuyo uso, en sí inexplicable, se comprende sólo como residuo mágico. Lo mismo se creyó poder ayudar

al sol esgrimiendo teas, encendiendo árboles o aquí en Sudamérica, arrojando flechas ardientes al aire. Esta magia solar se usaba en general durante eclipses de sol, mientras los germanos del norte encendían además, regularmente, sus pinos en la noche del 24 de diciembre, cuando temían que el sol, que cada día había aparecido menos, se apagara completamente. Esta costumbre mágica de festejar así el "natalicio" del sol se ha conservado también hasta hoy. Combatida durante largos siglos como idolatría pagana, al fin resultó demasiado resistente, de modo que en el siglo XVIII, la iglesia la aceptó, mas ahora como símbolo del natalicio de *su* dios solar. Así, el árbol de navidad, con sus velas encendidas, debería recordar a toda la cristiandad que la era de la magia todavía no está superada; y puede ser que nunca llegue a estarlo, aunque en este caso obviamente, tuviera que cambiar aun muchas veces su significado: la realidad (el árbol) queda –las ideas sobre él son efímeras.

También en el campo biológico hay aun muchos recuerdos de los procedimientos mágicos, ya sirvan para dar vida, ya para matar: para fertilizar el campo se usaba, por ejemplo, hasta hace poco, la fertilización de mujeres en muy variada forma, y para matar se fabricaba una imagen de la víctima, y luego se la destruía. Todavía SHAKESPEARE cuenta que se quemó a un brujo que de este modo cómodo quiso matar al rey, y en Escocia y Francia se condenó aun mucho más tarde a hombres y mujeres por tal "crimen". El método lo usaban también, aunque más utilitariamente, los cazadores; pues, si pintaban en las oscuridades de la cueva de Altamira un animal con una flecha en el corazón, la próxima caza tenía que ser coronada por el éxito. El uso médico no era muy diferente; pues si un curandero imita las manifestaciones morbosas que presenta su enfermo, le ayuda; y el padre que se mete en cama cuando su mujer está dando a luz, facilita el parto. Esta llamada "covada", se practicaba en todos los continentes.

Un sinnúmero de tales procedimientos simbólicos y mágicos rodeaban toda la vida de los primitivos desde tiempos

remotos (1); y en ciertos países atrasados lo hacen todavía. Cuán grande influencia sobre el desarrollo del pensamiento humano han ejercido estas creencias y cuán arraigadas estaben en su mente, se ve en el hecho de que muchas de tales estas supersticiones siguen vivas todavía hoy, y no sólo en todos los pueblos atrasados, sino, en parte, también en las capas populares de las naciones más civilizadas (Inglaterra, Francia, Alemania, para no hablar de otras).

Uno podría extrañarse que en tan largos tiempos la gente no se haya dado cuenta de la completa ineficacia de la magia. Pero hoy muchos no se dan tampoco cuenta de la completa ineficacia de las plegarias y procesiones para pedir lluvia, con que, desde el comienzo de la fase religiosa se esperaba poder sustituir los viejos ritos mágicos destinados a atraer la lluvia como un *fenómeno natural.* Y si tal anacronismo ridículo es todavía posible en el siglo XX –¿cómo se puede esperar que pobres salvajes fuesen menos estúpidos? –sobre todo, porque en este caso la estupidez estaba ya suplida por la aparentemente inextirpable particularidad de nuestra mentalidad de tomar sus deseos por una causa suficiente para transformar deseos, sin nada más, en realidades, lo que, más tarde, posibilitó el pensamiento filosófico, metafísico y religioso, y lo hizo sobrevivir hasta hoy (!).

---

(1) El hecho de que todas las prácticas mágicas se hallan también en América en forma idéntica, indica que, unos quince o veinte mil años ha, cuando llegaron los primeros hombres al nuevo mundo, ellas estaban en el viejo mundo todavía universalmente en boga, y que por eso, en éste, la fase religiosa, a lo sumo, podía haber estado en sus comienzos. Sin embargo hay todavía muchos que creen que ella fuese incomparablemente más vieja, y el famoso filósofo AUGUSTE COMTE pretende aún que con la "Fase Religiosa" el hombre hubiese iniciado su carrera; lo que, naturalmente, es imposible, ya que los primitivos todavía no tenían bastante fantasía para idearse algo sobrenatural; al menos los primeros nueve décimos de su existencia nuestros antepasados vivían sin dioses ni demonios.

§ 3 Fase Filosófico-Religiosa

Sin embargo, por potentes que fuesen tales ideas mixtificadoras en nuestra especie, al fin era inevitable que algunos hombres, que eran más inteligentes e instruídos que el vulgo –y estos fueron especialmente los propios doctores en lluvias y medicina (1)–, vieran que con procedimientos mágicos no podían dirigir el mundo. Entonces sobrevino la gran peripecia de la humanidad: la bifurcación en dos grupos opuestos que, aunque no exhaustivamente, se pueden distinguir como el pequeño grupo de los naturales y normales, los *naturalistas* (realistas) y, por otra parte, el grupo mayoritario de los anaturales, *sobrenaturalistas* (más conocido bajo el nombre característico de *idealistas*), que, sin abandonar su credo mágico, se decían: "Si nosotros no podemos influir en el acontecer del mundo, debe haber otros seres más potentes que nosotros que, sí, lo pueden"; opinión que, también por muchas otras razones,

---

(1) Todavía hoy los que practican tales artes "mágicas" suelen ser bastante buenos observadores, y tienen a veces inesperados conocimientos meteorológicos y médicos. Así por ejemplo, un "médico" en Africa Central comenzó, en casos de pneumonía, con sus procedimientos mágicos nunca antes del séptimo día de la enfermedad; a veces, según sus observaciones, más tarde. El sabía, pero... ocultaba su saber. Hizo, evidentemente, lo mismo que hacen los que explotan las supersticiones del mundo

se les impuso (véase cualquier libro moderno sobre el orígen de las religiones.) Pero, además, tenían también una razón personal.

En algunos países avanzados, algunos pocos, presumiblemente de entre los viejos y desilusionados magos, se decían: "si con la magia no logramos nada, hay que *estudiar* el mundo para ver si, conociéndolo mejor, quizás podamos ser más eficaces". Así, continuando el proceso de aprendizaje por el cual los animales, durante toda su evolución, se habían perfeccionado, inauguraron el camino hacia la ciencia consciente, mientras la mayoría buscaba un camino más cómodo. Entre ellos muchos de los muy influyentes doctores de lluvia no querían tampoco perder la fuente de su prestigio y de sus riquezas, pero sí querían cargar a otros con la responsabilidad de sus fracasos (pues cuando su magia no tenía éxito, les podía costar la vida). Por eso anunciaban que *no* fuesen ellos, sino los dioses arriba en el cielo, los que gobiernan las lluvias y hacen sanar y morir a los hombres; nosotros, añadieron, somos sólo los indispensables, pero, por lo demás, del todo inocentes intermediarios. Así podían, aunque ahora como sacerdotes, continuar

---

civilizado. Característico a este respecto es la anécdota que cuenta MARCEL BOLL: un señor MAX RINGELMANN, un rabdomante francés que tenía gran éxito en encontrar agua en el Norte de Africa, dijo, cuando se retiró como rentista, que era universitario y siempre había *buscado con métodos geológicos*, pero usado, además, la vara mágica; pues, según su experiencia, la mentalidad de los industriales y militares era así que, sin tal subterfugio, no le hubieran tomado en serio; además pagaban al taumaturgo incomparablemente mejor que al científico. También es característica la historia de un conocido curandero americano, quien, cuando la policía le pidió cuentas, presentó su diploma de médico y afirmó que siempre había tratado a sus enfermos según las reglas del arte oficial, pidiendo, empero, que por todos los santos no se revelara que pertenecía al gremio, pues en tal caso perdería toda su clientela.

Ya G. P. CARAFFA (más tarde Papa PAULUS IV) ha dicho: "mundus *vult* decipi, ergo decipiatur". Este regocijarse con dejarse engañar, y, si no se encuentra a nadie que lo haga, con engañarse a sí mismo, es otra rareza humana, que IBSEN, en "El Pato Salvaje", ha descrito bajo el nombre muy apropiado de *"mentira vital"*; pues pocos pueden vivir sin ilusionarse y tomar gato por liebre.

cosechando honores y beneficios, pero en caso de fracaso, culpar a los dioses, que, por no existir, no podían defenderse tampoco sino tenían que sufrir en silencio el castigo que, eventualmente, se les imponía (1); y el crédulo populacho estaba contento, ya que se le permitía seguir creyendo que era posible, aunque sólo por plegarias, tergiversar el destino en su favor. Así se inventaron ahora fuerzas sobrenaturales para que cumplieran con lo que los hombres mismos habían reconocido no poder cumplir.

Como estos místicos constituían y constituyen hasta hoy la corriente predominante, no se puede siquiera decir que —fuera de que ahora había el pequeño y prácticamente insignificante grupo de interesados en aprender de la natura— se había mejorado mucho; más bien al contrario: el hombre que, con su arrogancia primitiva (en la que, sin embargo, yacía la adivinación de su grandeza futura), se había preciado de poder dirigir él mismo el mundo, y confiando en su propia fuerza, no pensaba en fuerzas quiméricas de un sobremundo, comenzó ahora, con su cerebro ya menos rudimentario y más apto para hacer una escapada ilícita, a idearse arbitrariamente cosas que no había, y a entregar humildemente el gobierno a los nuevos amos, a los dioses de la naciente fase religiosa, o, lo que apenas hace diferencia, a las construcciones imaginarias de una filosofía irreal.

En todo caso Religión y Filosofía —lo que aun estas palabras tentadoras significasen— modelaban y cambiaban ambas en el mismo sentido al alma inexperta de los pueblos jóvenes, alejándolos subrepticiamente del rumbo que, como seres cuya única arma es la razón, al fin tenían que seguir, quiéranlo o no. Pues la una como la otra los enajenaban igualmente a lo

(1) Todavía hoy, si las procesiones no traen la lluvia deseada, el pueblo *no* castiga a los sacerdotes, sino a los santos, a quienes despoja de su buena vestimenta o los expone a los rayos del sol ardiente: ¡que ellos sientan en su propio cuerpo las molestias del calor sofocante y de la falta de lluvia! Así se procede en Sicilia todavía hoy, aun cuando la policía trate de impedir el escándalo público.

único que los primitivos hasta ahora conocían, y que los había llevado adelante por entre los enredos que encontraban en su camino por este mundo: al mundo material y sensible, que reemplazaban cada vez más por conceptos metafísicos y vagos nostalgias por un futuro más radiante y menos angustioso del que les presentaba el mundo real. Esta tierra de promisión, que no podían haber entrevisto más que en sueños, la interpretaban –igual que todavía PLATON– como recuerdo de los tiempos felices de una desaparecida Edad de Oro. Llenaban así el vacío de su inexperiencia con la mística de ideaciones arbitrarias que, aunque irreales, enriquecían maravillosamente su vida espiritual y les gustaban tanto más por cuanto parecían libertarlos de la necesidad de aceptar el *mundo como es*, permitiendo a cada una de las *individualidades en gestación* figurárselo a su capricho y conforme a su propia personalidad y sus deseos egocéntricos.

Aunque, naturalmente, la gran mayoría no pudiera aprovecharse de esta oportunidad sino, como había aceptado la vieja ideología realista bajo la coerción de la realidad observada, aceptara ahora las diferentes ideologías nuevas bajo la coerción sugestiva de sus sacerdotes y filósofos, ya la *posibilidad* de elegir cada uno su propia imagen del mundo, significaba un enorme enriquecimiento de la vida espiritual y un paso decisivo hacia la libertad en y por las ideas; sólo que el modo arbitrario de figurarse un mundo cualquiera por desfiguración del mundo real no podía ser la solución definitiva, ya que constituía, al mismo tiempo, un grave impedimento de la posibilidad de *conocer* al mundo y de llegar así a la verdadera libertad .Pues únicamente la *libertad de quien sabe*, es compatible con la *necesidad del acontecer*, a que ninguna voluntad humana podrá jamás quitar de en medio. Otra libertad no es siquiera imaginable, ya que es evidente que esta inquebrantable necesidad, la "ananke" de los griegos, que es la expresión de la existencia del Universo y de sus leyes, no puede permitir más que a quien la conoce y respeta pensar en libertad sin exponerse a divagar miserablemente, lo cual para todos aquellos que no la conocen es inevitable. La posibilidad de en-

contrar la verdad casualmente, sin dejarse guiar por las leyes del acontecer, es prácticamente nula, visto que para cada problema hay innumerables soluciones falsas, mas sólo una verdadera.

Pero para quien una vez se ha compenetrado con la idea libertadora de la necesidad y la ha aceptado y amarrado en su voluntad, necesidad y libertad no son sólo compatibles sino hasta idénticas, en cuanto quien conoce lo que es necesario, voluntariamente (se podría, lo que da lo mismo, decir *forzado* por sí mismo, esto es, por su *propio saber*) no elegirá nada que esté en pugna con la necesidad reconocida. Así quien sabe, es incondicionalmente libre; él ha roto la cadena de la necesidad que hace galeotes a los ignorantes, ya que no practica lo necesario por ser esclavo encadenado, sino porque sigue a su propio saber. Y, lo que es acaso más importante; todos los que saben, sabrán, naturalmente, lo mismo, ya que saber significa conocer la verdad, y no puede haber diferentes verdades y así todos tienen que *elegir* también lo mismo; con que el saber (el perfeccionamiento del saber) resulta ser el único camino en que se pueden eliminar las discrepancias entre los hombres cuasi automáticamente para llevarnos a un estado en que haya paz en la tierra. Justamente en esto yace el valor ético del saber y de la ciencia: ella cumplirá con lo que el coro de los ángeles en Belén nos ha prometido.

Pero estos son proyectos del porvenir; volvamos al pasado y a la medicina. De los dos nuevos preceptores que ahora la humanidad tenía, la variedad religiosa era siempre la más popular y, con eso también la más efectiva y, repercutiendo en la medicina, condujo a la creencia de que las enfermedades, que ahora se atribuían a la malquerencia de demonios o dioses, deben por eso tratarse *espiritualmente*, luchando con los demonios y aplacando la ira de los dioses con ensalmos; dos procedimientos aparentemente opuestos que en la práctica a menudo se confundían, ya que no es siempre fácil distinguir entre demonios y dioses, o entre genios faustos y nefastos, lo que habían ya notado los pueblos antiguos, pues "*sacer*" significa en latín ya "*santo*", ya "*execrado*". Así la medicina se llenaba

más y más con elementos teúrgicos, hasta que, casi en todas partes, cayó más o menos completamente en manos de los sacerdotes, que, sin embargo, continuaban usando también los viejos métodos populares.

Tal mezcla de medicina popular, mágica y teúrgica, la encontramos, en el comienzo de la era histórica, en todos los pueblos medio civilizados, y lo mismo entre los actuales pueblos salvajes de toda la tierra, cuando se los descubrió. Que la original medicina popular era siempre preferible, resulta, por ejemplo, claramente, de los diferentes códigos médicos de Egipto, que suelen ser tanto mejores (más racionales), cuanto más viejos.

§ 4 Los Griegos

Pero, mientras en los demás continentes el estado de la medicina, aquí más y allá menos, perfeccionándose con el tiempo, en lo esencial no mostró ningún progreso, en Europa, gracias a los griegos, ella buscaba nuevas rutas. La medicina griega es en HOMERO todavía más bien popular, aunque ya influída por la más vieja cultura teúrgica de Egipto. Hubo ya médicos cuasi-profesionales; pero cada hombre era todavía un poco médico él mismo, y, en especial a los guerreros se les educaba en medicina. Así vemos, por ejemplo, pintado en un vaso, a AQUILES vendando a PATROCLOS con una "espica", tan perfecta y simétrica como hoy los cirujanos ya no se toman la molestia de hacerla. Poco después ASCLEPIOS, quien en HOMERO era todavía un simple médico, se convirtió en un dios, y alrededor del año quinientos antes de CRISTO, la medicina era ya principalmente teúrgica; se la ejercía en los templos (sanatorios) de ASCLEPIOS, y en uno de los más célebres, en Epidauros, se han conservado muchísimas y curiosas historias de curaciones.

Por milagrosas que a veces sean, indican un gran adelanto frente a la medicina de otros países: el usual tratamiento con medicamentos drásticos y con manipulaciones brutales se había humanizado bajo la influencia de la *gracia griega*, y, por otra

parte, lo que obraba en el mismo sentido, los asclepíades habían descubierto la... *psicoterapia,* y curaban a sus enfermos —muy modernamente— con sugestión, y probablemente, también con hipnosis. Sus éxitos parecen haber sido más o menos iguales a los de los psicoterapeutas de nuestros días, sólo que se lograron, como muestran las historias de Epidauros, con más jovialidad y humor, y en muchos menos tiempo del que despilfarran los modernos psicoanalistas; a veces bastaba ya una noche. Pero no se debe olvidar que los asclepíades tenían la gran ventaja de que a sus enfermos no los curaba, como hoy, sólo un *doctor endiosado,* sino que ellos creían que lo hizo un *dios verdadero,* quien se les revelaba en la persona del sacerdote. Esto es, obviamente, mucho más sugestivo para seres religiosos que, también en Grecia, formaban la mayoría de la población, aunque su religiosidad fuese más racional que la de las culturas anteriores de Asia.

Este precoz descubrimiento de la psicoterapia se olvidó luego por dos mil años, aunque involuntariamente casi todos —clérigos y profanos— la usaban, y en algunos casos, también conscientemente, lo que más tarde, médicos que querían mostrarse científicos, llamaban charlatanería.

Pero entonces sobrevino un gran cambio que, aunque fué olvidado también más tarde, nunca se olvidó por completo: el gran reformador HIPOCRATES, o más bien, visto que de su persona no se sabe prácticamente nada, el "corpus hippocraticum", bajo cuyo nombre la biblioteca de Alejandría había reunido los trabajos de varios médicos de la escuela de Cos, que trataron de arrojar fuera de la medicina magia y dioses, y volviendo al empirismo de la medicina popular y del buen sentido, se basaban por primera vez en principios que se pueden llamar *científicos.*

No quiero insistir aquí en el porqué se los podía llamar así —lo esencial es que estos médicos de Cos se empeñaban en dejarse guiar únicamente por su experiencia empírica y por sus observaciones junto a la cabecera del enfermo, las que deponían en muy detalladas y evidentemente objetivas "historias clínicas"—. Aun así, con todos estos grandes adelantos,

no era ciencia en el sentido moderno, ya que a HIPOCRATES le faltaba todavía la base anatómica y fisiológica; al menos no sabía a este respecto más que los cazadores y ganaderos de su tiempo: defecto que, sin embargo, subsanaban maravillosamente los admirables alejandrinos con sus grandes anatomistas y fisiólogos, desde HIEROFILOS y ERASISTRATOS hasta GALENO, con quien la época hipocrático-alejandrina termina.

Después, en Roma, hacia donde el centro del arte médico se había trasladado, la medicina –participando en la degeneración general del espíritu científico de Grecia– se volvió otra vez dogmática y filosófica: se curaba según "sistemas" que se habían inventado a menudo sin base empírica alguna, y se hicieron de año en año más místicos, hasta que en toda Europa se volvió a la medicina pregriega: a la mezcolanza de medicina popular con magia y teología, siendo esta última ahora la dominante. Se curaba ahora con amuletos, reliquias y exorcismos. Grecia parecía haber vivido en vano. Pero, cuando ya se podía dar todo por perdido –no sólo en la medicina, sino en la cultura en general–, sucedió el milagro: la salvación por un curioso y único episodio: el *"intermezzo árabe"*.

§ 5 El Episodio Arabe

Un pueblo todavía bárbaro conquista medio mundo; no estaba preparado para cargar con las grandes responsabilidades que esto lleva consigo, y menos aún para hacer ciencia; y, en realidad, no la ha hecho apenas; pues las "grandes figuras árabes" que se conocen, eran exclusivamente persas y judíos españoles. Sólo AVERROES fué, acaso, árabe puro; y él, aunque trabajara también como médico, no tiene mayor significación como tal, sino su gloria es únicamente filosófica, por haber renovado, por primera vez, desde la antigüedad, el panteísmo monista de los presocráticos, y combatido, como aristotélico, el idealismo platónico y su doctrina del alma inmortal, que, en ese entonces era, por razones religiosas, muy popular. Pero en este curioso y más bien primitivo pueblo, vivía todavía el respeto del primitivo al saber, y hasta los generales amaban, casi supersticiosamente la ciencia, y exigieron, a título de indemnización de guerra... viejos manuscritos griegos (!). Se coleccionó apasionadamente los originales, salvándolos así de su pérdida inminente; y se pagó por las traducciones su peso en oro (a pesar de que se trataba de pergaminos que pesan mucho).

¡Lo más, sin embargo, merecen los hijos del desierto la gratitud de la posteridad por haber *dado a la ciencia libertad!*,

y esto fué suficiente. Mientras en los países donde había florecido la cultura antigua no había ciencia porque se la prohibió, ¡la había ahora súbitamente en Persia y España! Es éste el gran ejemplo que los árabes han dado al mundo: basta con dejar a la ciencia en libertad, y ella surgirá siempre —¡basta, diríamos, con ponerla en la silla, y ya cabalgará!—. No todos pueden *hacer* ciencia, pero todos pueden *ayudarla efectivamente* por luchar para que sea libre — cuando haya en Rusia otra vez libertad, habrá también otra vez ciencia, en vez de tener como ahora la genética de un MICHURIN, de un LISENKO, y cosas semejantes.

§ 6 Avance en Europa y Cientificación

En el período árabe hubo grandes médicos, y ellos han aun *perfeccionado* algo, mas no *superado* de veras a los griegos por la creación de algo esencialmente nuevo, lo que, empero, sobrevino muy pronto, cuando, en el Renacimiento, esta medicina greco-árabe llegó a Europa, donde VESALIUS fundó la nueva anatomía, HARVEY la nueva fisiología, y médicos excelentes, como SYDENHAM en Inglaterra y BOERHAVE en Holanda, aplicaban los nuevos conocimientos anátomo-fisiológicos en la práctica, mientras el francés PARE modernizó la cirugía. Fué un tiempo de gran actividad progresista, y en todas partes hubo adelantos prestigiosos, pero... en el fondo no era más que la continuación de lo viejo: todavía imperaba el principio hipocrático: *"Natura sanat, medicus adjuvat"*, y aunque la ayuda se había perfeccionado, no era el verdaderamente nuevo y revolucionario evangelio libertador, que hiciera del médico ayudante el poderoso jefe, quien, por *conocer* la enfermedad y sus causas, *él mismo podía sanar.* Todavía la medicina no había terminado con ninguna *enfermedad,* ni hallado ningún remedio específico que obrara causalmente; y los mejores, como opio, mercurio y quinina, eran además adaptaciones de la medicina popular. Así se tenía todavía que tratar mayormente al enfermo sólo sintomáticamente.

El día de una superación innegable, que puede tomarse

por el natalicio de la moderna medicina, que pronto se convertirá en ciencia, llegó cuando, en el año 1796, EDWARD JENNER, después de observaciones seguidas durante casi 20 años, vacunaba al pequeño JAMES PHIPPS con la viruela de las vacas, y, seis meses más tarde, le inoculaba viruela verdadera, frente a la cual estaba ahora inmune. Por primera vez se había usado un verdadero específico, atacando la *enfermedad* radical y causalmente, y *terminando* así con una enfermedad, y aun con una de las más mortales; pues en los países en que se vacuna sistemáticamente, este terrible flagelo ya no existe, y millones de vidas se han salvado. El tiempo de la cosecha había llegado, y después de más de dos mil años en que el lema de HIPOCRATES había sido para el médico sabiduría suprema, se lo había superado: ahora el médico no era sólo auxiliar de la naturaleza, ahora se preparaba para ser su maestro conductor.

Todavía no podía sentirse maestro soberano, pues como nada en la naturaleza salta, tampoco su *superación* se logra de golpe, y la "gran novedad" fué sólo el primero, aunque muy importante paso hacia la cientificación de la medicina, y, bien mirado, era aun discutible si del todo se trataba de una novedad, ya que con bastante derecho se lo podía tomar por una indirecta e inesperada aplicación del principio hipocrático de que la "natura sanat": el hombre, por tener la viruela, si no muere, se inmuniza, y JENNER daba a JAMES PHIPPS sólo la oportunidad de inmunizarse de modo natural. En el fondo vale esto para casi toda la moderna terapia: si curamos con sueros y anticuerpos, con vitaminas y hormonas, siempre usamos medicamentos que la naturaleza ha preparado, y con los cuales ella ya siempre ha curado; sólo que en un caso dado no los ha producido en cantidad suficiente (1). En un sentido

(1) Hay nuevos métodos que no caben directamente en esta categoría (como, por ejemplo, la aplicación de sulfas, antibióticos, radioactividad, etc.); pero ellos no son verdaderamente específicos y, aunque prácticamente son de gran eficacia en ciertas enfermedades, es posible que teóricamente, pertenezcan a la clase de los "auxiliares" y que ellos por sí mismos no sanan.

humano el hombre puede, de principio, *superar* a la naturaleza en todo, mas sólo, como dijo BACON, obedeciéndola a ella y a sus leyes, que él no puede alterar. Lo único que puede, es *aplicarlas de tal modo que sirvan para finalidades humanas*. Es ésta la ilimitada grandeza del hombre o... su limitación, según sea el punto de vista que se elija.

El "descubrimiento" de JENNER fué además meramente empírico; se podría aun decir que no ha descubierto nada, sino sólo sabido aprovecharse de una, quizás, viejísima sabiduría popular. En efecto, el gran benefactor de la humanidad tiene en el fondo sólo el mérito de haber dado crédito, y después examinado sistemáticamente, aquello que el talento observador de simples vaqueros sabía desde hace mucho, esto es: que "quien ha pasado la viruela de vaca no puede tener la humana". Ya cien años antes, la duquesa de CLEVELAND que, antes de haber recibido, en concepto de maitresse de CARLOS II, tal título, se llamaba BARBARA VILLIERS y era vaquera, había dicho lo mismo; sólo que los médicos del siglo XVII más conscientes de su dignidad de doctores que JENNER, no se habían rebajado tanto como para tomar consejos de una "profana". Ellos confiaban todavía demasiado en sus "sistemas", y pensaban que lo que no concordara con ellos, no podía ser verdad.

También metódicamente anuncia el librito de JENNER el alba del nuevo día de la ciencia y la victoria de la observación sobre la especulación: su maestro, el gran cirujano JOHN HUNTER, cuando JENNER le contó que *pensaba* que viruela y variola podían estar conectadas, le había dicho: "¡No pensar! ¡observar! – con paciencia y cuidado!"; y JENNER daba entonces a su trabajo como epígrafe los hoy conocidos versos de LUCRETIUS CARUS.

"Nuestros sentidos son los que informan al hombre mejor;

¡Sólo por ellos son discernibles verdad y error!"

Pero pronto –gracias, sobre todo, a los trabajos de PASTEUR, KOCH, EHRLICH y otros– se halló la explicación causal del proceso, y desde entonces se pueden combatir, por primera vez, las enfermedades infecciosas *causalmente,* y muchas de ellas han ya desaparecido. Lo mismo se pueden combatir causalmente las deficiencias de hormonas o vitaminas –y hasta en lo químico se comienzan a sintetizar remedios a base de los radicales deseables y con exclusión de los indeseables; lo que se hace a base de cálculos, a menudo tan complicados que precisan del cerebro electrónico–. En fin, la medicina sabe ahora conscientemente lo que hace: ella ha dejado de ser arte, y ahora es ciencia; y sólo desde ese momento la historia de la medicina podría enseñar algo que tenga valor real y eterno. En todo el tiempo anterior, titubeando entre empirismo y especulación, no podía ser un Norte Orientador; pues nada ni nadie que no ha llegado, como la ciencia, por sus observaciones, a leyes invariables, puede serlo.

Parte Segunda

EL SIGNIFICADO DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA

II

El Significado de la Historia de la Medicina

§ 7 Influencia de las Enfermedades en la Historia Humana

Pero, si la historia de la medicina no sirve para aprender medicina, ¿para qué sería entonces útil? Yo creo que para mucho. En primer término por ser ella una *parte especial de la historia mundial,* y aun una parte *esencial* e importantísima, ya que, por ella, se comprende cada vez mejor que las enfermedades humanas han desempeñado un gran papel en la historia y, a menudo, decidido el destino de los pueblos. Es, por ejemplo, seguro que la cultura grecorromana cayó en gran parte, porque la *malaria crónica había debilitado a Grecia y Roma,* haciendo inhabitables durante largos siglos ciertos lugares, en particular la campaña romana.

Lo mismo las grandes epidemias de la Edad Media —sin paralelo en la historia de Europa, provocadas por la suciedad sin paralelo también (y entre ellas sobre todo la "muerte negra", que a menudo dejaba aldeas enteras sin un solo sobreviviente) eran ciertamente la causa del terrible debilitamiento físico y moral de la población europea y del completo estan-

camiento material y cultural que caracteriza esta época (1), de modo que Europa no podía "*renacer*" antes de que esta indescriptible suciedad —una consecuencia de ver en el cuidado del cuerpo, y aun en los baños, algo condenable— hubiera cesado. Con el mejor aseo, las pestes disminuyeron naturalmente, sin que los médicos (a la sazón singularmente ineficaces) pudieran atribuirse mérito especial en el asunto. Por otra parte, cuando el pueblo se enteró de la completa ineficacia de los métodos espirituales (procesiones, misas, etc., con que la iglesia trataba de combatir el mal), esto ayudó notoriamente a rebajar el respeto por los clérigos, lo que condujo a movimientos heréticos y, al fin, a la liberación renacentista, al menos en aquellos países que desde entonces son conducentes.

En todo el tiempo anterior —desde que la *peste de Atenas* (¿bubónica?), la primera de la cual cuenta la historia de Europa, y quizás la más catastrofal para la cultura, destruyó para siempre la grandeza de la era de Pericles; y desde que la peste antonina (viruela) puso término a la expansión de Roma hacia el este (lo que *históricamente* fué, acaso, de aun más graves consecuencias, las que hasta hoy, y hoy aun más que nunca, se hacen sentir en la continua amenaza que la indómita Asia constituye para la cultura europea)— las batallas, a las que ciertos historiadores atribuyen tan grande influencia sobre la historia, se decidieron menos por la fuerza de los combatientes y el ingenio de sus generales que por la circunstancia, más bien casual, de *en cuál de los ejércitos enemigos se había declarado con anterioridad la inevitable peste* (especialmente el tifo exantemático, que por eso se llamaba también "morbus castrense", la enfermedad de los acantonamientos). Hasta la guerra franco-alemana de 1870 no hubo ninguna conflagración de cierta proporción en que las pérdidas por enfermedades no fueran mayores que las por acción del enemigo.

La rápida extirpación de los indios de Norteamérica, uno

(1) Materialmente vivían los europeos, antes del siglo XVII, peor que los egipcios, y, culturalmente, eran, hasta los tiempos del Renacimiento, inferiores a los griegos.

de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia moderna, por haber abierto el Nuevo Mundo a la agricultura y cultura europeas, se debió menos a la superioridad del fusil sobre lanzas y tomahawks, que a la *viruela* que los conquistadores habían importado, y que, como toda enfermedad nueva, era incomparablemente más mortífera para los que nunca la habían sufrido, y, por esto, no estaban hereditariamente de ningún modo inmunizados. Por otra parte, piénsese en la aparición de la sífilis en el viejo mundo a fines del siglo XV — ¡cuán profundamente ha cambiado toda la vida erótica de los europos y también sus relaciones sociales!

Estos son algunos ejemplos típicos, cogidos al azar, de cómo enfermedades determinan la marcha de los acontecimientos, y ellos muestran que los hechos más notables de nuestra historia —la caída de la cultura antigua; la interrupción casi bimilenaria del progreso; la gloriosa reanudación en el Renacimiento; la rápida conquista del Nuevo Mundo, que dando abundancia, les posibilitó a aumentar su población, elaborar su *nueva cultura* post-renacentista, esencialmente *europea,* y propagarla en toda la faz de la tierra, con lo que, la minúscula pero científica Europa fué capaz, al menos hasta ahora, de hacer frente a las embestidas de la enorme mole de Asia atrasada— que, repito, todos estos más notables hechos de nuestra historia, no son acaso más que consecuencias funcionales de epidemias que, en pro y en contra intervinieron, y de las cuales el hombre era todavía juguete impotente.

En realidad, aun dejando a un lado las epidemias, debería haber pocos sucesos históricos en que la salud del pueblo, su suficiente o insuficiente alimentación, su eventual desnutrición, el efecto del suelo, etc., no desempeñasen un papel preponderante; y será necesario *revisar toda la historia desde el punto de vista médico,* prestando en tales investigaciones atención especial a las *epidemias psíquicas y sugestiones colectivas* que aquí no he mencionado, porque sus efectos en general no se pueden exponer en pocas palabras, pero cuya importancia es ciertamente aun mayor que la de las pestes microbianas. Sólo que a menudo los aficionados a ciertas aberraciones del recto camino, nieguen que se trate de epidemias.

§ 8 La Eficacia de la "Nueva Medicina" Revela el Valor de la Ciencia

En segundo lugar sirve la historia de la medicina, mejor que ninguna otra actividad humana, para *destacar la superioridad del método científico y, con esto, de la ciencia en general.* En la física y, en gran parte también en las llamadas ciencias naturales, la lucha contra el misticismo había terminado ya prácticamente en el momento en que, con el nacimiento de la ciencia, había comenzado. Después de que los griegos y alejandrinos hubieron establecido una vez los principios y métodos de la ciencia empírico-racional, ella progresó, como ya he mencionado, en continuidad. No había lucha; pues aquí la separación nítida de los espíritus se había efectuado inmediatamente, y los que en estas materias hablaban todavía con modales místicos, estaban "del otro lado del río", y, simplemente, no contaban.

En todo el resto de las aspiraciones humanas, la ciencia no ha desempeñado hasta ahora un papel apreciable y, especialmente entre los filósofos, el misticismo de los métodos metafísicos, anticientíficos e irracionales ha sobrevivido aun por más tiempo que en medicina, ya que en la filosofía predomina todavía hoy. Pero, justamente por eso, ella no puede ejemplificar la superioridad de la ciencia, pues, como aquí el espíritu

científico aun no se ha impuesto, no se puede tampoco comparar el estado científico con el pre-científico. Siempre es significativo el que la filosofía sin ayuda de la ciencia no ha logrado resolver ni uno de sus problemas: todavía se discuten los que los griegos han planteado, pero no se puede comprobar que esta falta completa de todo progreso se debe *únicamente* al desprecio filosófico de los métodos científicos; se podía buscar la causa también en otras circunstancias, por ejemplo, en las diferentes calidades mentales de quienes se dedican a la ciencia o, respectivamente, a la filosofía. Y esto parece tanto más probable en cuanto que, desde que el gran reformador de la filosofía que era DAVID HUME, sobreponiéndose a la vieja lucha estéril entre idealistas y materialistas, había "filosofado" como primero sin metafísica, hubo cierto número de hombres que se llamaban filósofos y se esforzaban en hacer filosofía con un espíritu modesto y más bien científico; pero... ellos tampoco han resuelto ninguno de los problemas dejados por los griegos, y su utilidad consistía, a lo sumo, en popularizar los resultados de la ciencia, siguiendo al gran Voltaire, cuyo mayor mérito consistía —a pesar de todo su ingenio propio— de haber divulgado la doctrina newtoniana en Francia.

Además estaban y están en minoría, y los célebres personajes conspicuos fueron siempre los HEGELS o HEIDEGGERS y SARTRES, de modo que no se puede decir que la razón haya vencido en esta profesión: todavía están en inquebrantada mayoría los metafísicos, idealistas y teólogos, entre los que han surgido últimamente como subespecies los existencialistas, que se distinguen de los demás por rechazar *abiertamente* la razón, y que son por eso, según aquellos de sus colegas que todavía admiten la razón, los peores que hubo jamás; lo que es acaso una exageración, ya que también en el pasado los hubo bastante malos. Sea esto como sea, en todo caso la filosofía, como tal, no ha progresado, y su técnica es aun siempre la de PLATON, a quien todavía hoy muchos toman por el más grande de los filosófos.

En la medicina, al contrario, la victoria del principio científico se ha logrado ahora *definitivamente*; pues nadie puede

dudar que las todavía grandes lagunas en nuestro saber se llenan cada año más, gracias a la introducción de métodos científicos, y que los residuos del pasado metafísico que aquí todavía subsisten –el charlatanismo de curanderos (con o sin diploma), que luchan por ilusionar y engañar a su clientela; la Christian Science de EDDY-BAKER; la homeopatía de HAHNEMANN; el freudismo; el vitalismo y otras doctrinas *extracientíficas*– están en minoría y morirán rápidamente, a menos de que sobrevenga la nueva Edad Media, con que nos amenaza lo que pasa en Rusia y Asia. Pero, si este peligro se deja evadir es indudable que nos aproximamos al tiempo en que *una medicina, segura de sí misma y consciente de lo que sabe y no sabe,* puede renunciar a todos los trucos y ademanes de jovialidad y simpatía para con la clientela, los que servían a los viejos médicos para cohonestar su ignorancia y mantener su autoridad. No los necesita el moderno médico científicamente educado, por llevar en sí mismo la única autoridad que vale: *la autoridad del saber.*

Volviendo ahora, desde la altura lograda, los ojos hacia atrás y mirando el camino recorrido, vemos que, durante los milenios pre-científicos de la medicina, había siempre un interminable vaivén y una infructuosa lucha de opiniones divergentes en que, a menudo, se perdió completamente de vista el verdadero motivo por el cual se cultiva la medicina. No es el caso que los médicos, por ejemplo los del siglo XVIII –de los cuales JONATHAN SWIFT, MOLIERE y muchos más, si en el momento no estaban enfermos, se burlaban tan cruelmente–, no supieran más que los primitivos, y hasta más que los médicos griegos; ellos sabían aun incomparablemente más, sobre todo respecto a los fundamentos anatómicos y fisiológicos. Pero en cuanto a la *verdadera finalidad* de la medicina, que, al fin de cuentas, no consiste en ser para los enfermos un consuelo que los haga pasar con más ánimo al reino de donde nadie vuelve, ni tampoco consiste en meros conocimientos teóricos, por perfectos que ellos sean, sobre enfermedades, su diagnóstico y pronóstico, sino esencialmente en sus éxitos terapéuticos, en la posibilidad de *curar a los enfermos, extirpar sus enfermedades,* y así, *prolongar la vida*

de los hombres y hacerla menos penosa; a esta finalidad fundamental no se habían aproximado mucho: la duración de la vida era en el siglo XVIII apenas mayor que en la antigüedad.

Todavía hace poco se podía discutir seriamente si, en total, la medicina había sido más benéfica para la humanidad que nociva. Yo he oído una vez, cuando era muy joven estudiante, una disertación sobre este lúgubre tópico de boca del célebre cirujano ADOLF V. BARDELEBEN, quien, después de una operación malograda, y pocos años antes de su muerte, hablaba con el énfasis amargado de un hombre que, después de una vida gloriosa, siente lo fragmentario de su profesión. Cuando con su bata blanca de médico y su larga barba canosa, desalentado y malhumorado, echó al suelo el ensangrentado cuchillo con que había operado, parecía como un viejo sacerdote que riñe con su dios amado; y cuando algunos en el auditorio reían, los increpó: "¡Ojalá que todos ustedes, cuando sean tan viejos como lo soy ahora, puedan decir, como yo, haciendo el balance de mi actuación médica: *al menos no fuí para la mayoría de mis paciente nocivo sino tan tólo para una minoría*!"; y entonces nos daba una conferencia sobre lo problemático de la medicina.

Era esta una escena impresionante que jamás he de olvidar. Pero... sucedió más de medio siglo ha. ¿Podría alguien decir tal cosa todavía hoy? ¡Ciertamente no! Sería un ridículo anacronismo; pues en el corto lapso de una vida humana (aunque el mejoramiento comenzó ya un siglo antes) la medicina ha logrado lo que durante miles de generaciones anhelara en vano: *ella sana ahora a los hombres, extermina enfermedades y, exceptuando los países semisalvajes, prolonga la vida en forma casi increíble.* Nadie en los países privilegiados necesita ni siquiera pensar en las terribles epidemias de ayer (casi únicamente la *Flu* y el *Polio* molestan todavía; y a este último, si la vacuna de SALK llegara a ser realmente eficaz, habría aun que borrarlo en un futuro próximo). También muchos de los males "incurables" son ahora más o menos inofensivos, y sólo el cáncer y las enfermedades cardíacas cuentan todavía como grandes matadores invictos; pero también para ellos hay esperanza fundada de subyugarlos.

§ 9 Reflexiones Sobre la Prolongación de la Vida

Desde que la mortalidad infantil en todos los continentes ha disminuído substancialmente, y en algunos países, especialmente Australia y Nueva Zelandia, aun prácticamente desaparecido, la expectación de la vida del recién nacido ha aumentado, súbita y grandemente, en toda la tierra; en los países con regulares condiciones higiénicas se ha aun más que duplicado en los últimos cien años (en el promedio mundial debería haberse triplicado), y ha llegado a unos setenta años. La edad máxima muestra un incremento menor; sin embargo, la mayoría de los peritos cree que, en un tiempo no demasiado lejano —aunque no llegáramos a la longevidad de los sequoias de California, ni a la de los legendarios patriarcas bíblicos— podríamos contar con centenarios y hasta bicentenarios.

Una mayor prolongación, que es teóricamente posible (siendo la vida potencialmente eterna), parece prácticamente improbable, y no sería, quizás, ni siquiera deseable, ya que la desventaja que una demasiado *lenta renovación de las generaciones* llevaría consigo, no sería apenas compensada por la ventaja de una duración mayor de la vida individual. Pues el individuo puede hacerse eventualmente más sabio, pero no puede hacerse *otro* que ha nacido: otras, y eventualmente mejores, pueden ser únicamente las nuevas generaciones; y en el

caso límite de una *vida eterna del individuo,* evidentemente no podría haber *ningún progreso del género humano;* y esto es lo que importa si miramos el problema de la longevidad no con egoísmo individual, sino *"sub specie humanitatis"*. Como siempre, si hay dos tendencias favorables opuestas, debe haber un óptimum intermedio; mas sería vano determinarlo sin la experiencia que nos procurará la práctica, cuando una vez haya hombres de algunas centurias. Que esto es alcanzable, parece seguro; y una vez habrá bastantes que estén en condiciones de evocar el pasado de un siglo, aunque —al menos así sería de esperar— sólo entre aquella minoría de seres privilegiados cuyas reconocidas capacidades justifiquen la prolongación de su existencia.

Naturalmente, aun con esta reserva, una larga vida no serviría para nada si, al mismo tiempo, no se pudiera, gracias a un mejor conocimiento de los efectos hormonales, vitamínicos, etc., conservar en estos ancianos seculares el vigor de su juventud y la integridad de sus facultades mentales. Sin eso se producirían sólo tan infelices "cadáveres andantes" como SWIFT los describe en la "Isla de los Inmortales", o como se suele pintar al Judío Errante. En realidad, al menos en ciencia, nadie, y especialmente ninguno de los genios de la humanidad ha producido hasta ahora, algo notable después de los cincuenta años cumplidos. A veces lo han publicado en su vejez, pero siempre lo han conceptuado cuando jóvenes.

A pesar del poco éxito que hasta ahora han obtenido los procedimientos de rejuvenecimiento, parece probable que se lo logrará, y con esto se formaría una *nueva categoría de hombres de una utilidad inapreciable*; hombres con cerebros frescos y plásticos y con una larga experiencia del mundo, como la pueden tener sólo veteranos. En la ciencia no se los necesita apenas; para encontrar aquí nuevas ideas (nuevas combinaciones), es acaso más oportuno el no haberse acostumbrado demasiado a las ilaciones del pensamiento rutinario; al menos casi todas las grandes revoluciones científicas se deben a jóvenes antes de los treinta o, a lo sumo, cuarenta años. Pero en todo el resto de las diligencias humanas, tales "viejos verdes" po-

drían hacer época y realizar lo que nadie realizó antes; pues en todo lo que no podemos reducir a leyes científicas, y donde se puede acertar sólo por aproximación y ensayos, esto es, en todo lo social y particularmente en el arte de arreglar y dirigir la convivencia de los pueblos e individuos, es imprescindible la *"sabiduría de la experiencia"* que se gana sólo en una larga vida, lentamente y después de muchos fracasos. Ya en los viejos actuales ella resulta a menudo utilísima, mas no puede manifestarse en todo su alcance, ya que, cuando, con sesenta o setenta años, uno comienza a poseer la necesaria experiencia, madurez y acrisolación, la disminuída potencialidad de su cerebro (aun sin que ella sea demencia senil) le impide aprovecharse de lo que la vida le ha enseñado. Aquí los futuros "veteranos jóvenes" harán prodigios.

Imagínese a un GOETHE quien, después de presenciar la Gran Revolución Francesa, a la cual, ya en su juventud la juzgaba con mucha madurez política, viviera todavía hoy, de modo que, con su incomparable talento de ver la diversidad de los fenómenos en conjunto y de sintetizarlos en una comprensión del mundo, hubiera podido –durante todo el siglo XIX y durante las consiguientes guerras mundiales– observar cómo lo que se había sembrado en Francia, granaba en Europa en frutos buenos y malos. —¿Qué estupendos consejos podría darnos con un cerebro todavía poderoso?—. Por otra parte, KARL MARX, si le hubiera sido dado controlar con sus propios ojos y con una mentalidad todavía receptiva lo que en Rusia y en el resto de Asia se ha desenvuelto de su célebre Manifiesto, en el que, con tanta ligereza ha reivindicado la dictadura en el mundo –¡y eso por los proletarios!–, ciertamente reconocería su error y... un MARX centenario revocando el pecado de su juventud, sería incomparablemente más efectivo para restablecer la salud pública que un KRUSCHEW reconociendo los ya conocidos crímenes y errores de STALIN, y, tal vez, apenas menos útil que el bicentenario GOETHE dando consejos. No hay duda que tales "seculares" podrían ser los redentores de las angustias de nuestro tiempo, y... los médicos tendrían el mérito de haberlos posibilitado.

Con tales y semejantes "milagros" los médicos han cumplido o están en vísperas de cumplir y, si sólo siguen el trend del siglo pasado y no se dejan seducir por la corriente metafisicante del tiempo moderno, pueden continuar como tales "milagreros". Realmente para el médico que conoce la historia de su profesión y sabe por eso apreciar el inaudito, y en la historia único impulso que los contemporáneos tenemos el privilegio de presenciar, debe ser una alegría el vivir enterándose casi diariamente de un nuevo modo de subyugar las fuerzas enemigas que amenazan aniquilar la vida del hombre.

En todo caso no hay otra esfera en que la influencia benéfica de la ciencia sea tan impresionante como justamente en la medicina: milenios de preparación sin alcanzar nada y, después de su cientificación, la súbita realización, aunque quizás no de todos sus sueños, pero sí ciertamente de los esenciales en que los hombres sensatos habían osado soñar. Así nada es más oportuno que el *estudio de la historia de la medicina para enseñarnos el respeto a la ciencia,* respeto que —sobre todo en nuestro tiempo, en que se desvalorizan todos los valores básicos de la vida— sería sumamente útil volver a restablecer ya que las masas, incluso muchos intelectuales, justamente por haber perdido este respeto al saber positivo, divagan y se pierden en sus diversos sueños utópicos.

§ 10 El Orgullo Cultural de Europa y otras Ventajas Generales

Estos dos puntos deberían ser los más trascendentes con que el estudio de la historia médica puede contribuir a la historia universal: quizás se podría añadir como tercero –aunque haya quienes lo llamarían nacionalista– el énfasis con que el estudio de la historia de la medicina nos muestra –lo que por lo demás se puede comprobar en otras materias también– que *todos* los grandes adelantos que tendían hacia su cientificación, se han logrado desde HIPOCRATES (antes no se podía hablar de ciencia) por europeos o sus descendientes en otros continentes. Se debe por eso decir que *la actual cultura mundial, siendo esencialmente una cultura científica, es exclusivamente europea.* Otros pueblos, especialmente asiáticos (japoneses), trabajan hoy también en las ciencias, pero hasta ahora sólo como discípulos de sus maestros europeos; nunca han dado con una idea verdaderamente original, que abriera nuevos horizontes; son buenos y aun excelentes colaboradores, pero faltan entre ellos todavía los genios científicos.

Recordar a los europeos el hecho de ésta su supremacía cultural, llamarles la atención sobre este otro hecho de que en el momento son los *indispensables puntales de la cultura actualmente vigente*, y vigorizar así un poco su confianza en sí mismos, me parece tanto más necesario en cuanto que grandes partes de la población blanca "inclinan hoy su corazón tras

dioses ajenos" (filosofía hindú y arte de los negros son a *este* respecto equivalentes). Aunque no todos llegan, como THOMAS MANN en su "Elogio a SIGMUND FREUD", a declarar que "la cultura de los orientales es incomparablemente superior a todo lo que Europa ha prestado jamás", muchísimos han olvidado su legítimo orgullo cultural de europeos, sacrificándolo no sólo a la ilusión de una imposible igualdad (o al menos equivalencia) de todos los hombres, pueblos y culturas, sino que exaltan aun como mejores a estas culturas no europeas que, por valiosas que sean en otros respectos, en todo caso, si vencieran, aniquilarían todo lo que Europa ha realizado en el interés del progreso mundial. Esto es peligrosísimo en el momento en que los asiáticos, que con sus auxiliares rusos y africanos tienen una y media vez más territorio y dos veces más habitantes, se preparan para avasallar a los países cultos, destruir su cultura e implantar la de los atrasados, la cultura del cuarto hombre, que es todavía la del segundo.

Contra estos renegados no protestamos como europeos egoístas, sino como cosmopolitas que pensamos en el futuro de la humanidad que, actualmente, no podría avanzar sin la ciencia europea. —¡Ojalá que los modernos semejen en esto un poco a los griegos, que se atrevían a llamar a todo lo no griego bárbaro!—. Hoy saben hasta los descendientes de aquellos pueblos bárbaros que destruyeron a Grecia y Roma, que ellos tenían el derecho de hacerlo, y las generaciones *futuras* —lo mismo sean europeas que asiáticas—, si van a pensar otra vez en la humanidad, dirán que nosotros lo teníamos también, sintiendo, acaso, al mismo tiempo, amargamente, que los europeos del siglo xx hayan dejado de gloriarse de su cultura y de defenderla, como nosotros lamentamos que la antigüedad ya una vez incurrió en el mismo error suicida; pues sólo a quien tiene confianza en sí, ayudan los dioses. "Fortes fortuna adjuvat!", dijo CICERON, traduciendo un proverbio griego.

Además de estas ventajas generales, hay aun otras especiales para los que trabajan en la profesión. Como al hombre le gusta escudriñar en los orígenes de su familia y felicitarse por las simpáticas o valiosas personalidades que hubo en ella,

gustará también al gremio médico saber de dónde viene, y cómo, desde modestos orígenes, ha hecho buena carrera, aun antes de iniciar el salto a la perfección. Le gustará conocer los grandes precursores del pasado, que, a veces, ya luchaban por ideales que hoy están realizándose.

Pero la reanimación del pasado de la medicina no sólo agradará al médico, sino que le puede ser también útil. Aunque no le enseñe apenas algo sobre la *técnica de su trabajo*, le puede enseñar mucho sobre su *significado*, que consiste en cómo ella se ha vinculado y se vinculará en el futuro con el acontecer humano en general, principalmente preguntándose si ella ayuda o, eventualmente, perturba (retarda) el ascenso de la humanidad. Esta importantísima cuestión, de cuya contestación depende en último término el *valor* de la medicina, se aborda mejor, estudiando su actuación en el pasado, esto es, genéticamente. En medicina, tal consideración retrospectiva da frutos singularmente abundantes, ya que los médicos eran siempre en extremo polipragmáticos. Es esto muy natural, pues creyendo uno que está en juego su vida, el más miedoso enfermo no teme someterse a un tratamiento médico, por extraño que le parezca; y aun lo pide. Así se permitió a los esculapios de todos los tiempos hacer los experimentos más arriesgados en la carne viva de sus pacientes, lo que les brindaba la magnífica oportunidad de acumular una experiencia enorme; así se ha probado prácticamente todo lo que se podía probar, y apenas habrá algo en la naturaleza muerta y viva, por peregrino o asqueroso que sea, que no haya servido una vez como medicamento. Sobre todo si se encontraba algo nuevo y raro —una nueva planta, una nueva substancia química, etc.—, y si no se sabía qué hacer con ello, lo primero que se ensayaba era probar si los enfermos lo resistían (aunque hoy se suelen hacer primeramente ensayos en el cuerpo vil de animales). Así el tabaco, la electricidad, la radioactividad, en nuestros días los productos de la fisión nuclear y muchas otras cosas, antes de usarse industrialmente, se usaban en medicina.

Si ahora revisamos lo mucho que de este modo se ha ensayado más o menos al acaso, se reconocerá fácilmente lo que

luego se ha acreditado y lo que no; y por mucho que, en la medicina del pasado, los resultados negativos prevalezcan, justamente de los errores reconocidos se puede siempre aprender bastante. Así, por ejemplo, el hecho de que, de los muchísimos métodos que durante cierto tiempo se practicaron con entusiasmo, y de los más variados sistemas que en su época se aceptaron ciegamente, punto menos que todos fueron abandonados muy pronto por falsos, nos podría enseñar a ser menos confiados y ponernos más en guardia contra las novedades que hoy cada día se proponen.

Ya CESAR dijo que los hombres –él pensaba especialmente en los galos– son "rerum novarum cupidi", amantes de lo nuevo; y así son también los médicos. Lo más moderno les parece a muchos lo mejor. Oí una vez en un país (que paso en silencio, ya que podría haber sucedido en muchos otros, aunque, quizás, no con igual probabilidad) una conversación cuyo contenido puede, un poco caricaturizado, resumirse así: "Tengo un excelente remedio" – "Yo tengo uno mejor" – "No lo creo; ¿de dónde lo sacaste?" – "De la Presse Medicale de marzo" – "¡Entonces sí me rindo; el mío es sólo de febrero!"

Un poco más de excepticismo sería, en todo caso, deseable y lo tendrá quien sabe que de los muchos remedios que, en toda la tierra y en el transcurso de los milenios, los viejos médicos han propuesto, en los que ellos y sus contemporáneos han creído, apenas uno que otro resultaron al fin no ser más bien *dañinos*. Peor es aun con el centenar de teorías sobre el origen y naturaleza de las enfermedades que se han ideado durante largos siglos. De todas ellas –a partir de la *doctrina humoral* de HIPÓCRATES (para no hablar de las fantasías de los tiempos anteriores) hasta el *brownianismo*, que quería explicar todo por la *excitación*, y todavía en el comienzo del siglo XIX contaba con bastantes partidarios– ninguna tenía realmente valor alguno: ellas aparecieron, desaparecieron y reaparecieron, hasta que, al fin, murieron definitivamente. De todo este superfluo gasto de erudición y de ingenio, prácticamente no ha quedado nada.

Aunque sea innegable que hoy nuevos medicamentos y

nuevas teorías se elaboran con incomparablemente mayor cuidado y con más sentido crítico que antes, no se debe dejar de ser cauteloso, ya que en la clínica no es como en física, donde a veces una afortunada observación basta. Lo orgánico reacciona, por su naturaleza más compleja también más caprichosamente: para probar una observación clínica, y aun más un tratamiento clínico, se necesitan años y decenios, pues ¿quién nos garantiza que lo que ahora parece excelente, no tenga efectos secundarios y ulteriores que son pésimos? Momentáneamente, por ejemplo, en Estados Unidos, donde las vitaminas se habían usado con el mayor entusiasmo y en la más grande escala, se habla mucho ya de los peligrosos efectos de la *"hipervitaminosis"*; y de una de las últimas "conquistas" anunciada con mucho bombo y pasajero éxito: la clorofila como medicamento, dice A. H. CORWIN, el químico de Johns Hopkins University, que, "fuera de su rol en la fotosíntesis, la clorofila no vale ni lo más mínimo". Por otra parte, no se puede negar el curioso hecho, que tal vez Vds. mismos han observado, de que todos estos *realmente excelentes remedios* que en los últimos años se han descubierto –aunque sigan siendo buenos–, en los primeros tiempos de su aparición 'obraban aun mejor", lo que, naturalmente, no se debe a que hayan perdido su *"virtud curandi"* sino... a que en el comienzo su eficacia se sobreestimó. La clínica es mañera y traidora, y en ella se debe ser doblemente cauteloso –recuérdese que uno de los mejores y más exactos investigadores, ROBERT KOCH, falló cuando, con su tuberculina, se arriesgaba sobre el resbaladizo terreno de la clínica.

En todo caso, más cautela, más objetividad y reserva frente a los anuncios de novedades –en los que no sólo los investigadores desempeñan su rol, sino, y quizás aun más, también los intereses de las grandes fábricas farmacéuticas– sería muy útil, y podría sacarse de las experiencias del pasado.

Así se podría decir aun mucho sobre las ventajas que se deducirían del estudio de la historia de la medicina, pero no quiero quitarles más tiempo, pues con lo dicho creo haber mostrado que ella no es sólo un hobby de especialistas –aun-

que en manos de algunos, que la tratan sin relacionarla con los problemas generales, podría parecer así—, sino que merece el interés de círculos mayores: y esto es lo único que me he propuesto con este resumen bastante superficial.

HEGEL ha dicho que lo único que la historia nos puede enseñar, es que no nos puede *enseñar nada*. Esto, como todo lo que este individuo dudoso ha dicho, es un evidente disparate, una imperdonable generalización del innegable hecho de que él, como siempre, no ha *aprendido nada*. No quiso aprender por principio, pues la imputación de que él tuviera que aprender algo parecía atentatoria a su presunción de sabe-lo-todo, quien lo sabía todo, de antemano y de por sí. Así sabía también de antemano que la historia no nos puede revelar otra cosa que la sabiduría hegelina de que ella es la realización de una idea única (como él decía, la realización del espíritu absoluto). Tal absurdo, naturalmente, tenía que sacarlo de su propio ingenio; en la historia no lo podía encontrar, y algo semejante no hubiera podido hallarlo en ninguna parte, puesto que la realización de una idea presupondría un propósito, que es inimaginable en la naturaleza, que obra determinada más ciegamente.

Además, para hablar de la realización de una idea, se deberá ante todo mostrar que hay tal idea, y, tanto que sepamos, hay ideas sólo en cerebros pensantes, esto es, prácticamente sólo en hombres y en eventuales seres racionales en otros planetas, mientras que una idea absoluta no es más que un engendro completamente arbitrario del espíritu hegelino. Pero aún si, por acaso, tal cosa rara existiese, ella no podría *realizarse* a menos que la realización fuese compatible con las leyes que rigen todo el acontecer, de modo que toda la palabrería sería, cuando mejor, una circunlocución superflua del hecho conocido de que en el universo se cumplen.

Pero afortunadamente —para el hegelismo— la idea absoluta y previsora no existe o es sólo otro nombre para un dios omnisciente, en cuyo caso, ya por definición sus ideas o voliciones serían inescudriñables, lo que permite al feliz inventor del espíritu absoluto decir siempre —lo que aun suceda— "esto

es una realización de mi espíritu absoluto", sin que se le pudiera comprobar lo contrario.

Por otra parte es evidente que las ideas que se producen realmente en los cerebros de seres racionales, no son el prototipo del acontecer mundial: es posible que en las lejanías del universo se hayan desarrollado inteligencias más potentes que las nuestras y que pueden prever un poco mejor el futuro, pero omniscientes no son tampoco. Y que aquí en la tierra nuestra rudimentaria inteligencia humana es incapaz de prever algo con su razón pura, esto es por mera combinación de ideas sin la ayuda de la observación empírica, está comprobado por la milenaria historia de la filosofía que con tal procedimiento nunca ha logrado acertar lo más mínimo.

Pero la vanidad de los esfuerzos de lograr algo con la razón pura no impide que la *historia* de estos vanos esfuerzos sea muy instructiva; pues el ensayo de hallar algo por especulación (con meras ideas) ya no es una mera idea sino un acontecimiento, un hecho, y de los hechos se puede siempre aprender algo, p. ej., la verdad importantísima de que con la especulación no se puede enriquecer nuestro saber, sino sólo con métodos científicos. Pero esto, naturalmente, no quiso aprender este último de los filósofos en gran estilo, ni quienes ambicionaban elaborar sistemas universales.

Ni siquiera en el desarrollo de la naturaleza bruta, donde un malintencionado, torciendo sofísticamente las palabras podría eventualmente interpretar la *realización de la ley* como el *cumplimiento de una idea*, lo que, empero incluiría, además, la admisión *de un propósito*, sería lícito hablar de tal cosa, y menos en el de la humanidad, donde la arbitrariedad de un propósito, y la arbitrariedad de nuestra razón imperfecta no permiten una continuidad consecuente, fuera acaso en la ciencia, por cuanto ella no quiera ser más que una descripción y reconstrucción de la realidad y así se somete voluntariamente a la ley.

En todo caso, la historia de la medicina enseña algo importante, y justamente, porque en ella la ciencia sólo recientemente comienza a imponerse a los conceptos místico-filosóficos,

podemos aquí, mejor que en ninguna otra materia, apreciar el valor relativo de la especulación; pues en la medicina presenciamos ahora la victoria de la ciencia y lo que tal victoria lleva consigo. Vemos con nuestros propios ojos que la milenaria lucha de los principios opuestos (observación y especulación) no ha terminado, como la dialéctica quiere, en una síntesis, sino en la victoria incondicional de la observación científica. La lucha (1) no era además lo esencial en el asunto, sino más bien la triste necesidad de deshacerse de las trabas que la inercia mayoritaria pone siempre a todo lo que los avanzados han concebido. En realidad se trataba de un fenómeno evolutivo, de lenta transformación de un arte empírico en una ciencia racional. Pero, obviamente, esto no sería tampoco en el sentido del viejo taumaturgo ni en el de sus modernos discípulos, que, con él, creen poder comprobar que la única ciencia verdadera es la metafísica.

---

(1) Hay también una verdadera lucha en la ciencia; pero en ella no se enfrentan físicos con metafísicos (lo que nunca tiene objeto), sino que, en campos marginales, los físicos luchan entre sí, todos con las mismas armas de observación, por ideas y por la interpretación de los hechos, que todos con igual respeto reconocen como los únicos jueces árbitros.

Parte Tercera

LA ETICA PROFESIONAL DEL MEDICO

III

La Etica Profesional del Médico

§ 11 La Relatividad de la Moral y su Evolución desde lo Individual a lo Social

La ética médica consiste en un conjunto de reglas cuya observación la profesión exige, aunque no sean exigencias de la ciencia. Aquí no se puede prescindir del pasado; pues, siendo lo moral siempre el residuo de experiencias sociales anteriores que los hombres han juzgado útiles, y cuya utilidad no desaparece, si algo nuevo nos fuerza a verla bajo nuevo aspecto, ella, la moral suele ser, y con razón, sumamente conservadora, lo que, naturalmente, no debe degenerar en una idolatría ciega, que aceptara una tradición, simplemente por el hecho de ser una tradición, y aunque entretanto se haya vuelto perjudicial. En todo caso es tarea de cada nueva generación la de entretejer los resultados de sus nuevas experiencias entre las viejas fórmulas tradicionales; y si en la práctica se quiere tener éxito con tal rejuvenecimiento, se debe hacerlo con un mínimo de fricción y sin ofender demasiado las inveteradas costumbres, y eso, no sólo por razones prácticas sino que se puede proceder

así sin cargo de conciencia, ya que justamente las *tradiciones morales* de los pueblos —en contraste con las morales catequizadas— son casi siempre valiosas, por ser naturales y relativamente poco influídas por especulaciones teóricas posteriores.

En Europa la moral está todavía regulada oficialmente por el Decálogo que, hace cuarenta siglos, fué formulado en Babilonia. A pesar de que nuestra moral sea muy diferente y, sobre todo, mucho más complicada que la de los babilonios y también que la de los hebreos, por cuya intervención fué llevada a Europa, el viejo código no es todavía anticuado; y esta rara longevidad, que vió nacer y perecer tantos códigos, esta facultad de poder mantenerse por tanto tiempo y adaptarse a las más diversas condiciones y costumbres en guerra y paz, en producción y comercio, en lo social y en la ciencia, se debe, en mi opinión, a que el viejo rey conquistador no lo ha inventado, sino que en él sólo ha *codificado costumbres y prescripciones populares*, que eran mucho más viejas y que, en todas partes se han establecido en forma más o menos idéntica, y representan, como tales, los *principios básicos y naturales de la convivencia humana*, y pueden así considerarse como cuasi-eternas.

Naturalmente, tal como estaba formulado en el texto de un código, sus detalles no podían ser más que transitorios, y en el transcurso del tiempo tenían que sufrir, de vez en cuando, modificaciones o, más bien, interpretaciones nuevas; pero éstas se introducían tan subrepticiamente, que los pueblos apenas lo notaban: ¿quién se da cuenta de que todo el maravilloso arte religioso, y aun todo el arte profano es un *pecado* contra el segundo mandamiento (suprimido además arbitrariamente en el catecismo de la iglesia católica); pues Dios no ha sólo prohibido (como reza el catecismo de los protestantes) de que se haga una imagen de él (lo que tampoco es correcto, ya que, en este caso, Jehová no se menciona a sí mismo personalmente); pero sí dice en tres pasajes bíblicos categóricamente: *"no harás para ti escultura ni imagen alguna de cosa que está arriba en los cielos, o abajo en la tierra"*; es decir, él prohibió simplemente *todo* arte. Este interdicto ha quedado siempre letra muerta, pues, a despecho de la triple condenación la

biblia se vanagloria que en el templo salomónico había "figuras de leones, bueyes y querubines" pero también de palmeras y flores; sólo que el fariseísmo de los viejos judíos todavía creía necesario usar un ardid para poder tener, impunemente, tales imágenes prohibidas en su templo: no las hicieron ellos mismos, sino que hicieron hacerlas por los esclavos paganos de los sidonios, que además *"sabían labrar mejor"* (1), y a quienes el rey HIRAM había dado en arriendo al rey SALOMON por veinte mil coros de grano anualmente (algo como cuatro mil hectólitros). Los islamitas eran los únicos de la familia de JHWE, que tomaban las palabras de su padre en serio; mientras los cristianos, que no tenían paganos que labraran mejor que ellos mismos, *olvidaban* simplemente el segundo mandamiento de su Dios o, como FREUD diría, lo *reprimían.*

Así sucedió con todo el decálogo: cada época reprimió lo que no le agradaba y añadió a su vez nuevas prohibiciones que creían oportunas, sobre todo, desde que las comunidades entusiastas de inspirados de los primeros tres siglos se habían transformado en una central burocrático-jerárquica para la mediación de la salud eterna. Las necesidades del momento se imponían, y el fervor pío de los que querían cumplir con la ley original al pie de la letra, se comprendió cada vez menos —¿qué, piensen ustedes, le pasaría al pobre diablo quien, hoy en día, basándose en el primer decreto divino dado ya en el paraíso, pretendiera que, como hombre, fuese por orden divina el señor omnipotente de su mujer?— si escaparía con sólo ser llamado monstruo y ogro antediluviano, podría quedar contentísimo. Pues hasta a las ordenanzas de su Dios no se puede

(1) Esta era, probablemente, la verdadera causa del por qué los judíos intercalaron la prohibición de las artes plásticas en la ley de HAMMURABI: ellos no sabían en ese entonces practicar ninguna y, como no les gustaba confesarse inferiores a los otros, dijeron: no la practicamos por razones religiosas. Es esto un truco que, en una u otra forma, usan los más de los hombres; así dice, por ejemplo, el mal ajedrecista, que lo más instructivo es "revocar sus jugadas", con lo que se aprende a jugar mejor y... con ello (lo que se comprende implícitamente) también el pobre jugador gana al menos de vez en cuando.

obedecer, si en el instante no están de moda: unos tres siglos ha, uno no estaba seguro de su vida, si se negaba a quemar brujas, y hoy arriesgaría su cabeza, si lo ensayara. Tan completamente se han olvidado las viejas leyes que a menudo el contraventor no repara en haberse hecho culpable: con orgullo luchan sacerdotes modernos por los derechos de la mujer y declaran públicamente que no ven en ella la propiedad exclusiva de su padre, marido o hermano, y no la cuentan tampoco entre vacas y burras, sin pensar que tal modernismo está en flagrante contradicción con el decálogo y en especial con su noveno mandamiento.

En el transcurso de los siglos se ha interpretado, con la abierta o tácita aprobación de la iglesia, a toda la decena en forma muy diferente, conforme a que, respecto a mujeres y esclavos, propiedad y matrimonio, familia, derechos de padres e hijos, etc., nuestras ideas hayan profundamente cambiado. En general y a lo largo, la vida se impuso siempre a la tradición, aunque a veces la lucha entre ambas condujo a nuevas construcciones ideológicas, harto atrevidas y revolucionarias, y eso, hasta en problemas que parecían a los doctores de la ley los más importantes: así, por ejemplo, el monoteísmo del primer mandamiento se pudo sólo salvar con la declaración de que padre e hijo son una y la misma persona, aunque JESÚS en Getsemaní expresamente declare que su voluntad es diferente de la del padre. Todos estos cambios, empero, por radicales que parezcan, podían introducirse alternativamente sin menoscabo del profundo sentido del decálogo que no consiste en tales contingencias de la época, sino en que él tiene —ya lo he mencionado— un valor para siempre como la primera formulación de los principios fundamentales de una ética social que se debe a la intuición natural de los pueblos, y corresponde a las exigencias de toda convivencia humana, las que son hoy no otras como eran en Babilonia. Como la Iglesia ha siempre cambiado así el decálogo, no se comprende bien por qué ella ahora se siente tan gravemente ofendida, si, una vez, la ciencia insinúa que, después del siglo XIX que ha cambiado las condiciones de la vida acaso más que todos los siglos desde que

se introdujo la agricultura, se ha hecho necesaria una nueva interpretación del venerable texto.

Sin embargo, en todos los cambios que se dejan verificar en el decálogo, es reconocible un trend: *una moral más bien individualista se ha hecho cada vez más social.* Tal transformación es comprensible: cuando el rey HAMMURABI codificó las costumbres de los babilonios, la tierra estaba relativamente vacía; pues la población era, probablemente, bastante menos que un décimo de la actual, y en ella se contaba como propiamente hombres, en el fondo, sólo a una mínima parte, a los patriarcas, a los poderosos padres de familia; mientras su numerosa *familia* que comprendía a todo su *clan* (a sus hermanos menores con su eventual parentezco y a sus propias mujeres con toda su descendencia) y a sus esclavos y sus demás rebaños de animales, sobre quienes tenía la jurisdicción absoluta de vida y muerte, apenas contaban: no eran más que *"propiedad"*, un conjunto de miembros pasivos de la sociedad.. Los pocos individuos activos, que con su "Gran Familia" formaban además una autónoma unidad económica, vivían entonces como pequeños reyes cuasi-independientes (fuera de que, acaso, pagaban impuestos), sin mayores contactos con sus vecinos y menos aun con otros pueblos (excepto en ocasión de guerras). Para tales "patriarcas" era muy natural pensar individualmente y tener una moral individualista.

En realidad la "Gran Familia" amenazó con disolver y atomizar la sociedad humana que ya se había concretado en las usanzas de las primitivas tribus, y estaba a punto de asumir formas estatales. En una lucha secular, cuyas primeras fases se reflejan claramente en la legislación romana, pero que todavía hoy no ha terminado (pues todavía en muchos países las "grandes familias", molestan bastante), el Estado se impuso lentamente y refrenaba cada vez más la influencia de la familia que, con su egoísmo familiar hubiera roto los lazos de la comunidad y así privado a la humanidad de su mejor arma para progresar En esta fase del individualismo desenfrenado y perturbador se elaboró y fijó el decálogo que claramente corresponde a la voluntad del patriarca (del pater familias), de

mantener su poder absoluto, y que, por eso, resultó obviamente inadecuado, desde que se comenzó a recordar otra vez las necesidades de la sociedad y a pensar en forma más social.

Este cambio se acentuó cuando la "Unión de Naciones" a la cual se había desarrollado las Civitas Romanas, evidenció sus grandes ventajas y, por eso los evangelios, que en este tiempo se escribieron y que denotan algo del espíritu de Grecia, en cuya lengua están redactados, se empeñaron en reformar y suavizar la legislación del Sinaí del punto de vista moral. Pero, aunque luego las necesidades sociales se hacían sentir cada vez más, la reforma no pudo continuarse, ya que, muy pronto, la desaparición de toda cultura hizo ilusorios tales esfuerzos; al contrario, la ley se petrificó cada vez más burocráticamente, y más en el sentido como se había interpretado en el viejo testamento; de modo que hoy la reglamentación oficial de nuestra ética es del todo anacrónica y, verbalmente no corresponde en absoluto a las condiciones actuales que exigen una incomparablemente mayor consideración de las relaciones sociales, que era necesario o aun sólo conveniente en los tiempos del cautiverio de Babilonia.

Pues hoy, toda la tierra, empequeñecida por la técnica, está densamente, aun demasiado densamente poblada, y en íntimo contacto entre sí. El joven GOETHE podía todavía decir que el ciudadano alemán podría con toda tranquilidad fumar su pipa aunque en la *Lontananza de Turquía* los pueblos se pelearan, pero ya de viejo dijo que Oriente y Occidente no son separables. Hoy Turquía pertenece al *Próximo Oriente*, y todos saben que también lo que pasa en el *Extremo Oriente*, en China, en Rusia o en otros países asiáticos, repercute en Europa, en América y hasta en el último rincón de la tierra. Sabemos todos que no sólo *estamos en peligro si arde la casa del vecino* (HORATIUS), sino también si arde cualquier parte del mundo; y este reconocimiento nos ha forzado a pensar en la totalidad para poder fumar placenteramente nuestra pipa. Con esto la moral individualista ha perdido su utilidad, y nuestro *egoísmo* nos aconsejó modificarla en un sentido más social. No era *casualidad* que el siglo XIX en el que esta unidad

mundial por primera vez se reveló, era también el siglo del socialismo; era más bien *necesidad.* Pues hasta ahora el hombre está todavía determinado y no puede determinarse a sí mismo; esta tan propicia autonomía esperamos justamente poder crearla con la eugenesia.

Quien tiene que viajar en un tranvía repleto de bote en bote (lo que hoy en muchas ciudades puede suceder), donde no puede moverse y está apretujado de todos lados, pierde la sensibilidad particular que le califica como individualidad, y se siente humillado y adocenado, como si no fuera más que una parte pasiva de la masa común. Y este es el caso del mundo: él está repleto, y en él viven los hombres demasiado apretados (por otros hombres o por las instituciones que son forzosamente anti-individualistas y, cada vez más, militaristas); ellos no tienen libertad de acción, o como los alemanes dicen más significativamente: *libertad de codos* (para abrirse paso); y así pierden también su individualidad y se sienten masa. Lo bueno en este mal asunto es que el individuo aprende así a pensar en forma social; lo que, empero, podría también aprender si usara su razón, en forma más digna y sin perder su individualidad.

La sobrepoblación es entre los factores que nos han llevado a la crisis actual, uno de los más importantes y, como veremos, lo que hace que una reforma rápida sea lo más imprescindible y urgente; y en ella la medicina está doblemente interesada —como *causa* y como eventual *reparo.* La población es comparable a un lago que queda en equilibrio si tanto afluye como efluye; pero cuyo nivel baja si más efluye que afluye, y sube si el aflujo es mayor. Así también la magnitud de una población es el resultado de la relación del aflujo (nacimientos) y del eflujo (muertes).

Aquí yace la culpa de la medicina (que sin embargo se podría llamar también su mérito). La medicina que, durante milenios, era impotente para combatir la muerte (en tiempos de HAMMURABI la vida media era apenas de unos 15 años, en el siglo XVII era de 17 años), desde que se ha hecho científica, la ha combatido con gran éxito (la vida media es ahora

de unos 70 años). Ella ha así disminuído considerablemente el eflujo; pero como ella (o respectivamente la sociedad) al mismo tiempo, por combatir eficazmente la enorme mortalidad infantil, ha aumentado también el aflujo (los nacimientos), resultó inevitable este inaudito incremento de la población que en 150 años se ha triplicado, para lo cual antes necesitaba por término medio unos 50 ó 60 mil años.

Con esto se ha desequilibrado y desquiciado la humanidad y esto no *puede* continuar: hoy viven en la oecumene unas 20 personas por Km^2; si el actual incremento (1,2% por año) continúa, ya en mil años tendrían que vivir *treinta hombres por metro cuadrado* (!), lo que, como nadie puede dudar, es materialmente imposible. Algo debe por eso hacerse y la moderna medicina que ha reconocido que quien dice A, debe también decir B, y que quien disminuye las muertes, debe también disminuir los nacimientos, trata ahora de recuperar el equilibrio perdido con métodos eugenésicos, especialmente con una disminución de la natalidad por esterilización obligatoria de ciertas personas. Contra esto se obstinan muchos por razones tradicionalistas, argumentando que ello significaría matar a los aún no nacidos, lo cual estaría prohibido por el quinto mandamiento.

Será por eso bueno exponer las relaciones que existen en la naturaleza entre la vida y la muerte, para demostrar que para todos los seres multicelulares la muerte es una inevitable y, además, utilísima necesidad, y que los métodos eugenésicos en ningún caso (ni siquiera si se quisiera llamar a la esterilización una matanza) aumentan el número de las muertes sino sólo las hacen menos dolorosas y más humanas.

§ 12 Necesidad de la Muerte y el Quinto Mandamiento

La vida, por ser comparable a un reloj que se da cuerda a sí mismo, es de principio eterna y, una vez iniciada, debería, salvo accidentes, continuarse para siempre; y, en realidad, lo hace: es inconcebible que mi vida, o la de cualquier otro ser vivo se haya interrumpido jamás, y así todo lo que vive ahora, debe haber vivido sin interrupción desde que la vida se inició en la tierra, de modo que todos los que estamos reunidos en esta sala, tenemos la misma edad de unos dos mil millones de años. Esto suena ridículo; pero, pensándolo bien, se verá que no puede ser de otro modo; pues la vida, una vez interrumpida, ya no puede reanudarse, al menos no lo puede bajo la forma de un hombre o de un animal, sino, a lo sumo, en la forma en que históricamente ya una vez se ha iniciado en la tierra, esto es, como molécula viva que, entonces precisaría otra vez dos mil millones de años para evolucionar hasta un hombre. Esta inmortalidad práctica de la vida, que comenzó cuando en nuestro planeta se condensó el agua, y durará hasta que el agua otra vez desaparezca, la observamos realmente en los *unicelulares*, en el *plasma germinativo*, en los *genes* y, eventualmente, en algunos *elementos del protoplasma celular*: aquí cada organismo vivo se divide en dos partes también vivas, ellas se dividen a su vez y así hasta lo infinito; ellos no conocen la *muerte natural*, crecen por bifurcación como un árbol, de

cuya ramificación uno u otro ramo puede destruirse por accidentes, mientras el árbol sigue creciendo hasta que una vez la vida terrestre se extinga.

Una muerte natural o normal hay sólo entre los metazoarios y tampoco aquí la palabra muerte describe la situación satisfactoriamente, sino que necesita una aclaración: pues, aunque sea verdad que todos los antepasados de un hombre han muerto y él mismo morirá, no es menos verdad que toda su ascendencia han vivido desde que había vida en la tierra; pues el huevo, del cual cada uno de ellos se originó, ha vivido ya en su madre —como parte de su plasma germinativo—, y llegó a ella, también viviendo, de la abuela, y así hasta la amiba. Los metazoarios se desarrollan con un *cambio de generaciones* y, especialmente, los hombres viven unos 20 a 40 años como plasma (o huevo) y luego unas horas hasta un siglo como hombres; mas nunca hubo el más pequeño período en que no hubieran sido vivos; lo que se ha interrumpido no era la vida, sino sólo su memoria que, evidentemente no puede pasar por el estado plasmático, en el que no hay substancia nerviosa. Nuestra individualidad no depende de lo somático sino de lo psíquico.

Este único árbol de la vida que, con sus ramificaciones se extiende a cada uno de las miríadas de individuos crece y crece continuamente, digamos como un manzano, y, como éste, produce periódicamente excrecencias (manzanas o individuos) que se desprenden del árbol, crecen a una magnitud relativamente grande y al fin mueren, unos después de haber producido descendencia (con que se continúa la respectiva rama del árbol), otros sin haberlo hecho (con que la respectiva ramita ha terminado definitivamente).

Pero si la vida por su naturaleza es eterna —¿por qué entonces tienen los individuos que morir?— ¿Es esto, realmente, una inalterable necesidad? Esto, con los conocimientos actuales, no puede contestarse con un categórico sí o no. Habría que ensayarlo y ver hasta dónde se llega. Es acaso ya demasiado decir que tal inmortalidad individual no me parece en pugna con las leyes generales, y que así al menos la *posibilidad*

existe de realizarla una vez artificialmente. También las famosas experiencias de ALEXIS CARRELL, quien,, en explantaciones, ha mantenido vivos a pedacitos del corazón de gallina indefinidamente, hasta que él mismo muriera en 1944 (esto es, durante mucho más tiempo de lo que una gallina jamás ha vivido), hablan en pro de esta posibilidad. En todo caso es seguro que se podrá prolongar la vida incomparablemente más allá de sus límites actuales. Pero aun en el caso todavía problemático de que la fisiología de los animales permitiese la indefinida prolongación de su vida, el problema no estaría resuelto; pues se debe además preguntar si la realización de tal posibilidad fisiológica sería compatible con los principios generales de la vida y con su progresiva perfectibilidad, sin la cual ella apenas tendría un sentido. Y a este respecto hay que decir que, vista la forma en que la existencia de los individuos multicelulares está entretejida en el acontecer general, la muerte es, desde el punto de vista teleológico, para ellos una cuasi-necesidad, principalmente por dos razones, que aquí nos interesan:

1. — *Para garantizar la vida continua de la especie* — Pues dada la enorme velocidad del crecimiento orgánico (una bacteria que se propagara sin trabas, llegaría en menos de cuatro días y medio a llenar todo el volumen del universo)(1), sin la muerte natural cada especie se multiplicaría tan rápidamente que pronto, muy pronto, los alimentos que están a su disposición, serían agotados, con lo que toda la *especie* tendría que extinguirse por el "accidente" del hambre. La muerte natural de muchos individuos la pone a salvo de este extremo.

2. — *Para posibilitar la evolución de las especies* — Pues sin la muerte, con la que una generación cede su lugar a la siguiente, que será un poco diferente y, eventualmente, mejor

(1) Un simple cálculo lo muestra: una bacteria (de 1 mikrón cúbico) se dobla cada veinte minutos, esto es, en 4,5 días 324 veces. Su número final es por eso $= 2^{324} = 10^{108}$ micrones cúbicos $= 10^{71}$ km^3, lo que es unas 100 veces más de lo que se da al volumen del universo, algo como $(10^{25}$ Km$^3)^3 = 10^{69}$ Km^3.

adaptada, la vida tendría que ser estacionaria, pues pronto el crecido número de 'inmortales" no permitiría nuevas generaciones; todo quedaría como es, y no habría evolución.

Para evitar estos dos peligros, hay que eliminar continuamente, en una u otra forma, una cierta parte de la población. A primera vista, la muerte de los viejos, que ya han vivido su vida, nos parecerá natural, pero justamente ella no sirve para nada; pues como los viejos ya han procreado, su muerte no puede influir en la próxima generación y no puede disminuirla. Necesaria es, al contrario, la llamada *mortalidad infantil,* más precisamente la mortalidad de jóvenes antes de haber procreado (1), cuya eliminación, sin embargo, puede hacerse de dos maneras: o por *matanza de los jóvenes ya nacidos* o por *restricción de los nacimientos,* lo que es en todo respecto preferible. La naturaleza puede también restringir la natalidad y, en la evolución animal, lo ha hecho en forma espectacular (véase § 23, pág. 168); pero no puede hacerlo sino con lentitud orgánica, en tiempos geológicos, de modo que prácticamente, para eliminar los excesos del momento, ella tenía que recurrir siempre a la matanza (lo que es una de las razones por la cual se la llama cruel). El hombre, empero, puede aplicar ambos métodos con la misma eficacia inmediata, lo que le da la grata posibilidad de reemplazar la matanza natural por la restricción humana, oportunidad de la cual él debería tanto más gustosamente aprovecharse, en cuanto sabe que lo que él no ha restringido, la naturaleza matará: el resultado será el mismo; sólo que él lo logrará con menos gastos y en forma menos chocante (2).

---

(2) Lo que aquí comprendo como mortalidad infantil, esto se la muerte antes de haber procreado, es mayor de lo que la estadística comprende como tal; pues ella cuenta sólo las muertes en el primer año.

---

(1) También es de considerar que hoy (sin que se lo pueda impedir) la restricción se practica ya en gran escala: comenzaron con ella las dinastías, desde donde llegó paulatinamente al pueblo. Pero, por hacerlo en secreto y así sin control, se lo hace en forma arbitraria y desarreglada, de modo que lo que podría ser útil, es ahora más bien nocivo. Un arreglo público sería en el interés de todos.

La eliminación, en ningún caso eludible, es indudablemente más humana si el hombre la hace por restricción de la natalidad; pero, como veremos, ella podría también hacerse en forma más racional; pues el hombre con su inteligencia previsora, es capaz de elegir, hasta cierto grado, a quienes hay que eliminar (lo que la naturaleza ciega no puede) y, por supuesto, hará la selección tal que ella resulte más útil para el futuro de la humanidad. Por increíble que sea, iglesia y moral tradicional rechazan esta evidentemente humanitaria intervención de la inteligencia. Este debe ser un mal entendido, y creo que consiste en una inadecuada interpretación del viejo HAMMURABI, cuyo quinto mandamiento: "Tú no matarás" toman por sacrosanto.

El quinto mandamiento es sacrosanto, porque lo es la vida misma y todo lo que se hace para servir a esta vida que, para nosotros, es la condición preliminar de todo lo que poseemos. Por tomar parte en este *Servicio a la Vida,* el quinto mandamiento no podrá olvidarse nunca y figurará en la ética de todas las generaciones futuras, aunque... interpretado según su mejor saber. Pues la exclusividad de restringir todo a la prohibición de matar se debe sólo a la ignorancia: —no se conocía otra medida para amparar la vida humana que la *negativa* de prohibir la abierta destrucción violenta de la vida de un hombre por uno de sus prójimos, y, en caso de poder atrapar al asesino, castigarle. Pero, cuando luego se llegaban a conocer las verdaderas necesidades y condiciones vitales —las que la moderna ciencia comprende algo mejor que judíos semibárbaros— hubiera sido tiempo de ampliar la vieja ley y darle un suplemento *positivo* y más adecuado a la realidad y a nuestro saber.

Durante demasiado tiempo se lo ha desatendido, y en gran parte por respeto al *verbo,* que, según su criterio más que nada ético, concentra sus esfuerzos en castigar crímenes que comete un hombre, mientras hoy se sabe que en este evidentemente necesario "Servicio a la Vida" la cuestión del homicidio por hombres desempeña un papel espectacular pero mínimo. En Alemania por ejemplo, entre un millón de personas

el homicida "Hombre" mata a unos cinco por año, mientras que el homicida "Alcohol" mata más que *doscientas veces* más; y hay aun otros de tales "homicidas" aún más peligrosos, a quienes se debería exterminar. Es imposible, perjudicial y hasta criminal no tomar en cuenta tan enormes y para la vida tan fundamentales cambios en nuestro saber y, con el mismo derecho con que en su tiempo JESUS, quien a pesar de las muchas curas milagrosas que se le atribuyen carecía de conocimientos biológicos, generalizó y amplió todo el decálogo desde el punto de vista *ético*, nosotros tenemos hoy que ampliarlo desde el punto de vista *biológico*, deber al que se sustraerían sólo criaturas desprovistas de todo sentimiento ético y hasta de toda compasión (amor) para sus prójimos.

En esta reforma debe también el quinto mandamiento interpretarse de nuevo dándole un sentido más amplio, más útil y, obviamente, más correspondientes a las intenciones del viejo legislador, quien quiso también garantizar la vida en su totalidad, pero ignorando cómo hacerlo, tenía que bastarse con prohibir lo que le pareció lo más atentatorio. Así el quinto mandamiento en forma científica rezaría aproximadamente como sigue: Tú respetarás la vida humana como sagrada, no harás *nada* que directa o indirectamente pudiera perjudicarla, pero harás *todo* lo que, según tu leal saber y entender, es necesario para que la vida en su totalidad crezca y progrese, con el mayor número de individuos que fuese compatible con su prosperidad.

Sobre esto no puede haber desacuerdo, y la cuestión puede ser sólo de lo que se comprende como vida —¿la del individuo o la de la comunidad?— pues de tal decisión depende en sumo grado la aplicación práctica de la ley; y si la vieja ética individualista pensaba apenas más que en la vida individual, a la que quería poner a salvo, ya con añadir "quien mata *debe* ser matado", expresaba que la prohibición no era absoluta, y que no era la intención del legislador garantizar la vida —como hoy muchas almas sentimentales lo interpretan— a los que tienen cara humana, sino que él atribuye expresamente a la sociedad el *derecho* y el *deber* —al cual ninguna comunidad ha renunciado jamás— de eliminar, y hasta por la muerte,

a los elementos antisociales, aunque con esto pensara únicamente en aquellos a que se llamaba criminales, y cuya ejecución se tomaba como castigo.

Pero hoy con una ética más social tenemos que pensar también —y tal vez aun más— en la vida de la humanidad total, a que hay que poner a salvo, y con esto, naturalmente tenemos que eliminar a todos aquellos elementos que, aunque no hayan asesinado directamente a nadie, emponzoñan e inficionan mortalmente la vida de la sociedad; y lo haremos con el mismo derecho con que, hasta ahora, se ha eliminado a los que mataron a individuos —aun con mayor derecho, ya que sabemos que, por ejemplo, padres que sufren de debilidad mental y arruinan a *miles* de sus descendientes, son objetivamente mucho más dañinos que el asesino que mata a una o a pocas personas. Y en cuanto a la cuestión de la culpabilidad, sería mejor olvidarla; pues en verdad los dos son en general igualmente culpables o, mejor dicho, igualmente inocentes: el débil mental y el asesino han nacido ambos con un cerebro defectuoso que les incapacita para ser miembros útiles en la sociedad. Hay una diferencia entre ellos, que debe también influir en su tratamiento: el asesino perjudica a la sociedad por sus *acciones*, y se le debe eliminar *personalmente*, mientras el débil mental, si no es al mismo tiempo un criminal, la perjudica sólo por su *descendencia* y puede por eso seguir gozando de su vida, si sólo se le priva de la posibilidad de procrearse.

Se ve así que la nueva ética eugenésica no está, de ningún modo, en contradicción con el decálogo: ambos sirven a la vida y ambos comprenden que, en el propio interés de la vida, la eliminación de ciertos individuos es indispensable, aunque estos individuos sean hoy otros que lo eran antes. Se puede estar seguro que para el biólogo, que dedica su vida al estudio de la vida, ella no es menos sagrada que para el teólogo, y que él nunca se opondrá al quinto mandamiento, al cual, por lo contrario, quiere hacer más eficaz adaptándolo a las nuevas condiciones y a nuestro nuevo conocimiento. Su sentido queda tan sacrosanto como era siempre, sólo que se ha comprendido, lo que además la ley mosaica ha comprendido también, que

su aplicación literal y en forma absoluta, es hoy como siempre irrealizable y conduce a consecuencias contradictorias, y esto menos porque hasta hoy ninguna autoridad, incluso la iglesia (hasta cuando tenía autoridad para hacerlo), ha renunciado al derecho de *matar legalmente* a todos aquellos cuya muerte creía oportuna, que porque todos nosotros somos a este respecto forzosamente culpables. Pues siendo el número de los que, en una época determinada, pueden coexistir en la tierra, rigurosamente limitado, cada uno, ya por el hecho de nacer, ha privado de la posibilidad de vivir a uno de los innumerables gérmenes que continuamente tienen que perecer. Hay que recordar que toda mujer casada o no, produce durante su vida unos 360 huevos, esto es, hombres en potencia, y que la totalidad de las mujeres produce algo como 8 millardas por año, de los cuales 99,6 % perecen. y sólo 00.4 % llegan a ser hombres. Se ve que muchos son los llamados y pocos los escogidos, y que cada uno de los pocos privilegiados (1 entre 250) debería decirse: si yo no hubiera nacido, otro de mis 250 competidores lo hubiera hecho, y yo por mi nacimiento soy objetivamente la causa de que este desconocido ahora no viva.

Aunque apenas haya quien nos encuentre realmente culpables por haber tenido la suerte de nacer, siempre un sofista tergiversador podrá decir que *impedir una hominificación* sea virtualmente un homicidio. Pero, llámeselo como quiera, en todo caso es exactamente lo que la eugenesia quiere hacer también: impedir que cierta clase de hombres nazca (!). Los dos casos son análogos y, si nosotros somos inocentes, la eugenesia con su prevención lo es también. y si ella falla contra el quinto mandamiento, todos somos culpables. Pero hay más: JEHOVA ha ordenado además que "quien mata sea matado", por lo cual la iglesia, si viera en la supresión de nacimientos un crimen, para ser fiel a su vieja ley, debería ejecutar a toda la humanidad, y si no se atreve a pronunciar tal edicto (y es de esperar que no se atreva) no puede incriminar tampoco a la pobre eugenesia: —o a ambos o a nadie—. La discriminación sería ilógica e injusta.

Tales argumentaciones meramente formalistas, que serían

en su lugar más bien en disputas metafísicas, son de poco peso; mucho más importante es la diferencia real de que la eugenesia no impedirá más que aquellos nacimientos donde hay la sospecha fundada de que resultarían individuos indeseables (lo que significaría una *mejora* del material humano), mientras nosotros se lo hemos impedido a uno cualquiera y así, tal vez, a uno mejor que nosotros y aun a un genio (lo que sería indudablemente *en contra* del interés de la humanidad). Fuese esto como fuera, incomprensible queda ¿por qué se quiere prohibir a la ciencia algo que cometieron todos los que hasta ahora han nacido y que lo tendrán que cometer todos los que nacerán en el futuro? (1).

Pero dejemos la cuestión de mayor o menor culpabilidad. El hecho es que hasta el momento en que la ciencia eventualmente encontrara un medio de reemplazar las muertes prematuras de los jóvenes por algo mejor, (2) ellas, por molestas que fuesen, constituían una necesidad biológica, no sólo para nosotros, sino para todos los seres vivos. Pues en todas las especies mueren (y tienen que morir) antes de que hayan cumplido con su función normal de procrear, muchísimos de los que han

---

(1) Ni siquiera es la augenesia algo absolutamente nuevo, sino sólo la bastante tardía aplicación a la humanidad de algo que para los animales domésticos, ya unos quince siglos ha, el ingenio práctico de los pueblos bárbaros, en este caso sin preocupaciones morales, ha encontrado, y que ha resultado utilísimo: pues en el fondo son las mismas medidas de selección eugenésica de permitir sólo a los mejores padres la perpetuación de la raza, y de excluir a los demás por esterilización; desde entonces se las ha usado siempre, reconociendo cada vez más su gran utilidad. Lo nuevo es sólo que se quiere proporcionar las grandes ventajas, de las cuales hasta ahora no han gozado más que los animales, también a la humanidad.

---

(2) Esto es, si se lograra transformar los genes mismos a voluntad (hacer de los malos genes buenos). Ya hoy se puede transformarlo artificialmente, más no a voluntad. Teóricamente aun esto sería posible, aunque, para llevarlo a la práctica, necesitaría un mucho mejor conocimiento de los procesos químicos dentro de los genes.

ya comenzado a vivir. Esta mortalidad infantil es en la humanidad aun relativamente insignificante y llega, hasta entre salvajes, raras veces a 75 %, mientras que en el reino animal es *siempre* mayor de la mitad y a veces mucho mayor; en los animales inferiores el número de los sacrificados suele aun ser prácticamente igual a la totalidad de los nacidos: así por ejemplo, de los millones de huevos que contienen los desoves que produce un pez-hembra durante su vida, mueren, en el promedio, cuasi-exactamente *todos menos dos* (véase § 23 pág. 167 donde se dan los detalles y explicaciones).

Los animales soportan tales desagradables necesidades inevitables con la estoica paciencia de su ignorancia inconsciente, y los hombres, aunque dotados de razón, hicieron hasta hace muy poco lo mismo. Pues acostumbrados a la frecuente muerte de niños y jóvenes, tomaron tal desgracia por una fatalidad, por algo normal y natural, si no lo atribuían a la inescudriñable voluntad de su respectivo dios, a la cual había que resignarse. Atribuirlo a la providencia (divina) no habría siquiera sido muy equivocado, si como tal se hubiera comprendido la existencia de un armonioso equilibrio que, conforme con las propias leyes de la naturaleza se restablece automáticamente por sí mismo y, con esto realmente, desempeña el papel de un guardián tutelar y "providencial"; sólo que es ahora "escudriñable". Si no lo hubiesen transferido a lo sobrenatural, habrían acaso aun podido reconocer que las muertes eran necesarias, y que no se podría siquiera suprimirlas impunemente. Pero... todavía no se sabía nada de MALTHUS ni de DARWIN, y así quedaba todo bien arreglado en un nivel natural (o animal) de la ignorancia: los hombres seguían viviendo, despreocupados e indolentes, en el temor de Dios, y la muerte seguía, tenía que seguir cuidando de que la población no se saliera de los límites de lo posible. Fué un estado, tal vez indigno de seres racionales, pero... los hombres lo tomaron por la revelación de una razón sobrenatural, y estaban contentos; y el estar verdaderamente contentos, por cualesquiera de los medios que se lo haya logrado, sería, quizás, lo mejor que los hombres, como en general son, pudieran pedir, y sería de todos modos lo mejor para la

sociedad que, con un pueblo contento, podría desarrollarse y progresar; mientras ahora las tontas –y al menos por el momento utópicas– aspiraciones de las masas malcontentas lo estorban continuamente.

Por desgracia, estar completamente contentos no se lo permite a los hombres su naturaleza. Pues por ser al menos semi-racionales, pueden imaginarse todo lo que apetecen y, por ser egoístas, lo quieren también poseer. Siendo así insaciables en sus deseos, están siempre por leguas en adelante de la posibilidad de realizarlo. Esto, sin embargo, está en gran parte compensado por el inefable goce de abandonarse a los "daydreams", a estos fantásticos ensueños en que, semidespiertos, anticipamos la visión de un maravilloso futuro, en que todo sale a pedir de boca. Y ¿por qué no?; no se sueña en general nada que sea directamente imposible: el mendigo *puede* hacerse millonario, y uno *puede* encontrar la más primorosa muchacha, y hasta un insignificante *puede*, favorecido por las circunstancias, ganarse una corona o una gloria eterna. Todo esto ya ha sucedido, y la ley de las probabilidades nos enseña que la fortuna *puede* ya mañana llamar a cualquier puerta. Por eso ¿por qué no gozar de una dicha soñada?

§ 13 El Miedo a la Muerte y la Idea Consoladora de la Inmortalidad

Pero hay una cosa que no se deja superar ni siquiera en sueños normales, y ella es... ¡la muerte! Los animales no la conocen, no saben que una vez morirán, y en su dichosa ignorancia pueden vivir despreocupados y felices. Pero al hombre le está otorgado el triste don, del cual ya CASANDRA se quejó, de poder ver y representarse el futuro que, empero, no puede evitar; él conoce su destino de que un día tendrá que dejar la bella y deliciosa usanza de vivir; y este saber da a toda su vida la nota trágica de vanidad e inconstancia que tienen todas las cosas humanas. Pues el lema de los Camaldulenses —"Memento mori"— nos recuerda que con la muerte, que es ineludible para todo lo que ha nacido, termina todo y nada queda, ni siquiera un recuerdo. Esta realidad la conocen demasiado bien todos los mortales: pues en todo pueblo hay un proverbio que dice lo mismo que el castellano: "contra la muerte no hay cosa fuerte". Pero ¿cuándo los hombres han respetado la realidad? Y, efectivamente, hay algo en el hombre que es más fuerte que la muerte, y es esto su concupiscencia egoísta: los hombres *quieren* vivir y por eso vivirán, y si no pueden lograrlo por las buenas, lo lograrán por las malas; y, como sabían que en la realidad real, esto es en la tierra, no lo pueden lograr, lo ensayaban, según la mala costumbre de seres semi-racionales, de modo filosófico, reemplazando la rea-

lidad real por una soñada en el más allá; en esta *"tierra de nadie"*, donde ninguna realidad puede oponer su veto, ellos pueden sin ningún temor a que se les pruebe lo absurdo de su argumentación, mantener que en su realidad imaginaria no haya muerte para la noble especie de los hombres, de cuya nobleza están tan convencidos que muchos de sus filósofos nos aseguran no poder imaginarse siquiera la posibilidad de un orden mundial que no tomara por sacrilegio el dejar perecer cosa tan preciosa; y en este *no-poder-imaginárselo* ven una de sus "Pruebas de la Inmortalidad".

Este privilegio suyo de la vida eterna conceden a menudo también a sus dioses (sólo los de los griegos y germanos son mortales), pero a ningún otro animal. Para hacer tal anomalía algo más creíble, PLATON, con su habilidad singular de inventar lindas historias para justificar sus diversas extravagancias, nos cuenta esta vez que la anomalía se debe a que los animales tienen sólo *dos* almas (una en el pecho y otra en la barriga) mientras el hombre tiene además una tercera en la cabeza, y eso, una inmortal. Si lo de la trinidad y duplicidad de las almas fuese verdad, la explicación podría pasar, pero el irreflexivo lector, sorprendido y deslumbrado por la explicación tan elegante como inesperada, no se da cuenta que la explicación es aun menos fundada que la afirmación original y... le cree a PLATON (1).

---

(1) Este truco sofista de explicar algo increíble por algo igualmente o aun más increíble (al que se podría llamar el truco de la cadena), es psicológicamente muy eficaz. El carácter de la cadena aparece muy patente en la explicación de cómo la tierra puede flotar en el espacio sin estar sostenida. —¡Bueno, Atlas la sostiene! — y a él ¿quién le sostiene? — ¡una tortuga! — ¿y a ella? — ¡un elefante! — y así enseguida. Los hindúes, casi tan hábiles como PLATON, pero mucho más aburridos, han prolongado la cadena con unos treinta eslabones. Hoy se lo usa sólo en chistes: un coronel pregunta al teniente: ¿cuántas reses hay en aquel rebaño? — "ochenta y siete", contesta el teniente sin vacilar — pero ¿cómo podía Ud. contarlas tan rápido y exactamente? — "fácilmente; ¡yo conté las piernas y las dividí por cuatro!" — Ah, sí, ya lo veo, dice el coronel, y se queda contento. En realidad, el elemento de sorpresa es lo más efectivo en el truco, y, por eso, PLATON con sus dos eslabones sale mejor que los hindúes con sus treinta.

Los pueblos todavía no adoctrinados habían visto en los animales siempre sus iguales y parientes, a menudo aun sus venerados abuelos y hasta sus dioses y, casi siempre, seres más sabios. Lo que, sin embargo, no les impedía comérselos, ni tampoco los obligaba a tomarlos por inmortales. Pues la costumbre, que en parte se ha mantenido hasta los tiempos modernos, de degollar los animales del difunto, en especial su caballo favorito, para que ellos le sirvieran también en el más allá, no prueba que se les concedía inmortalidad por derecho propio; es más probable que se tratara del habitual egoísmo humano: el difunto, que también en el cielo quiso tener todas sus comodidades, los llevaba como su *propiedad*, como llevaba también sus armas y utensilios, sus mujeres y esclavos, a quienes igualmente se degollaba, pues nunca se menciona que animales salvajes fuesen inmortales, y si los indios de América encuentran en los cazaderos eternos rebaños de búfalos, éstos no estaban allí para *vivir*, sino, al contrario, para que hubiese algo para cazar y matar.

Se ha llamado ilógico que el salvaje, que en los animales vió más bien seres superiores, no les quiso conceder la inmortalidad que él mismo reclamaba para sí. Pero el salvaje es mucho menos ilógico que los pueblos posteriores ya adoctrinados (él *sabe* sólo menos); y en este caso su utilitarismo egoísta es perfectamente consecuente: como buenos consejeros o como dioses, los animales podían ayudarle y serle quizás aun más útiles que en su calidad de bestias de carga y, por eso, los dotaba de las facultades respectivas; ¡mientras que para dotarlos de inmortalidad faltaba todo motivo egoísta! El quería vivir eternamente, pero ¿qué le importaba adónde, al final, iría a parar un animal?; sobre todo si él una vez llegaba a estar en el cielo, donde (por definición) no había todas estas dificultades angustiosas para cuya neutralización uno necesita buenos consejeros y dioses benévolos.

Así el platonismo, que, por dar únicamente al hombre un alma, extra e inmortal, de hecho no había cambiado nada en la creencia popular, aunque el haber hecho de ella un dogma inconmovible le dé acaso el derecho de reclamar el

honor de haber aislado al hombre del resto del mundo por un infranqueable abismo, dándole, gracias a la misma alma extra, a la que llamaba hasta theíon (divina), una posición en absoluto única e infinitamente encima de todas las demás creaturas. También esto correspondía maravillosamente, al menos en lo que atañe a su motivación, a las esperanzas del hombre común y a su vanidoso egocentrismo, que ahora apareció establecido doctrinaria y definitivamente. No puede, por eso, sorprender que el platonismo se difundiera rápidamente, sobre todo, desde que su popularización en el cristianismo lo había puesto en contacto con las masas populares. Todo el mundo estaba feliz de verse ahora autorizado a adherirse a una teoría tan consoladora (a la cual antes sabios y filósofos habían siempre llamado engañosa y demagógica, mantenida sólo por los que frecuentaban los misterios) de que el hombre, en contraste con los animales, no muere cuando muere, sino que con su alma sigue viviendo, y que lo de la putrefacción de su cuerpo no tiene importancia. Los pueblos no veían ningún inconveniente en confesar su creencia en el alma inmortal; pero, a decir verdad, no estuvieron nunca de veras conformes con la renuncia a su cuerpo, que ella incluía. Ellos, por no ser filósofos, no podían tan fácilmente como PLATON hacer desaparecer toda dificultad con ayuda de la dialéctica, sino que se decían instintivamente que, sin cuerpo, la prolongación de la vida después de la muerte sería aun más imposible y... apenas valdría la pena.

Pero PLATON y sus secuaces eran implacables, y, ni siquiera se bastaban con creer que ésta era una buena y oportuna ocurrencia (lo que, por ejemplo, respecto a su efecto consolador, se les puede conceder), sino creían además que, con inventar tal absurdo podían forzar a la naturaleza a *realizarlo*, y que así realmente habían logrado la vida eterna sin haber hecho otra cosa para lograrla que pensarla! (1). Era

(1) DESCARTES más tarde creía deber restringir la fuerza creadora de las ideas a las *ideas claras* ("todo lo que se puede pensar con perfecta claridad, dice, debe de existir — por ejemplo, Dios"). Pero

una recaída en la vieja magia, sólo que ahora aparecía completamente *transferida a lo irreal*; pues los viejos magos, que también se habían imaginado poder forzar a la naturaleza a actuar como ellos lo deseaban —aunque se propusieran siempre cosas menos extravagantes—, creían al menos necesario efectuar ellos mismos un acto (simbólico) en la realidad para provocar en ella una reacción. Notable es que el autor del Génesis era todavía de la misma opinión: él toma, como era usual en su tiempo, a los hombres como mortales, porque ADAN no había comido más que del árbol de la *ciencia*, y que Dios había conseguido echarle a tiempo fuera del huerto de Edén, antes de que pudiera comer también del "árbol de la *vida*". Este modo de ver las cosas es pura magia; pues, como los árboles viven más tiempo que los hombres, la opinión de que, con incorporarse algo de ellos, se prolongara la vida, estaba muy difundida en ese entonces y se encuentra también en otras religiones, ya que, naturalmente, no sólo los judíos querían vivir para siempre. Pero este resto de realismo de los tiempos mágicos se ha entretanto perdido; y hoy una parte, de ningún modo insignificante de la población mundial cree que puede sobrevivir a la muerte sin más ni más, sin árbol de vida, ni otro remedio cualquiera.

En todo caso, cuando, bajo el imperio de AUGUSTUS, comenzó el siglo de la 'Pax Romana", también la gente común estaba ahora convencida de que la promesa filosófica era verdad y que se había superado la tan molesta muerte, y jubiloso canta el apostol PAULUS, como portavoz de esta esperanza popular: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón — dónde, oh sepulcro, tu victoria?".

---

probablemente contaba la idea de la inmortalidad entre las claras! — y ¿por qué no? — Yo también la puedo pensar claramente — pero a mí esto no me hará inmortal. Estos filósofos son de veras envidiables como los únicos que pueden entregarse, sin restricción, a su egoísmo innato; pues lo que éste aún apetece, ellos necesitan sólo pensarlo con claridad, y entonces ya lo tienen. Hay empero, respecto a esta gente, un provebio chino que es digno de ser tomado en consideración, y que reza: "Los hechiceros mueren en la calle", lo que, ciertamente, no quieren y no harían tampoco, si su hechicería fuese algo más que música celestial.

Era una de las "mentiras vitales" de las cuales habla IBSEN y, acaso la primera que se había conceptuado semi-conscientemente. Durante miles de años, almas crédulas la han repetido; pero hasta hoy no ha dado ni el más mínimo fruto práctico: los modernos temen a la muerte más que los antiguos, éstos más que los primitivos y éstos más que los animales (1) ¡Se ve que también la mentira vital no tiene pie! — Y no se objete que los hombres se suicidan y los animales no, pues esto no prueba nada: el hombre se suicida o *por razón*, sabiendo por previsión razonable que en el futuro ya no puede vivir sin penurias que juzga insoportables (por ejemplo, si tiene un cáncer inoperable), o *por ser mentalmente enfermo*, mientras que los animales no tienen razón ni sufren de enfermedades mentales (en un sentido humano). Sea esto como sea, el hecho es que el temor a la muerte es universal, y el filósofo de Sanssouci afirmaba sólo una perogrullada cuando, enfadado con sus soldados que sólo a regañadientes atacaban, los apostrofó: "¡Vos condenados pícaros! — ¿Queréis acaso vivir eternamente?"; pues esto lo quieren no sólo condenados pícaros, sino todos, hasta los filósofos más idealistas y los Santos más santos —éstos sobre todo; ya que uno de los motivos más comunes para hacerse Santo, es ciertamente la esperanza de la bienaventuranza eterna—, y, como Santo, de una calificada.

(1) Esto vale en general. Realmente el temor a la muerte depende en gran parte de circunstancias exteriores: en tiempos turbulentos, por ejemplo, cuando la vida es insegura y muchos mueren, los hombres se acostumbran, y el temor disminuye; mientras en tiempos en que hay mayor seguridad, él aumenta. Positivamente lo puede superar sólo la razón, reconociendo no sólo la inevitabilidad de la muerte sino también su utilidad para la evolución progresista de la humanidad, apelando así a su utilitarismo. Muriendo, cada hombre, también el más superfluo, presta un último servicio a la sociedad, cediendo su lugar a un nuevo miembro, que, en épocas progresistas, en el promedio será mejor.

§ 14 Papel de la Inmortalidad en la Vida, y en Filosofía y Religión

Esta era la forma cómo los hombres se arreglaban con la muerte, cuya amenaza era lo que les amargaba más la vida: era una mezcla de indiferencia por impotencia con la presuntuosa esperanza de que a ellos por ser tan importantes en el universo, ya los sacaría de apuros unas fuerza sobrenatural. Vale la pena ocuparse de esto, ya que el antiquísimo antagonismo entre su *experiencia* de que en la naturaleza todo lo vivo muere, y su *deseo* de no morir a pesar de todo, era quizás la primera ocasión en que el hombre se daba cuenta de un tal antagonismo entre su deseo y la realidad, ofreciéndole así por primera vez la grata oportunidad de recurrir a la intervención de lo sobrenatural, lo que luego daba a las generaciones siguientes la pauta para todas sus demás ocurrencias metafísicas que las enajenaron cada vez más de la confianza natural que sus antepasados, incluídos también los humanos, habían puesto en el saber; confianza que los hombres hasta hoy no han recuperado, aunque puedan ver que la escapatoria metafísica no les ha servido, ni en este caso ni en otros, para nada, pues temen la muerte más que antes, lo que acaso *no* harían, si, confiando en su saber, se hubiesen acostumbrado a la idea de su necesidad.

Pero ¿cómo hubieran podido, estos primitivos apóstatas del saber, dar con algo mejor? La idea de la necesidad (ananke) se le ocurrió sólo al pueblo griego en tiempos de los presocráticos (1), y antes del glorioso hallazgo de este concepto, no hubo nada que contrabalanceara su tan natural deseo de sobrevivir. En esto los pueblos de la tierra eran unánimes (muy raras veces, decían los primeros misioneros, encontramos a pueblos en que ni siquiera "la verdad de la vida eterna haya brotado"). También estaban todos firmemente convencidos, *tenían* que estar convencidos, de que sus deseos se realizarían; pues, como dice DEMOSTHENES, en su tercera peroración olímpica: *"cada uno cree lo que desea"*, con que expresaba la verdad que, para el no-naturalista, tal filosofar según sus deseos es una cuasi-necesidad psicológica; lo que la historia de la humanidad ha ampliamente comprobado. La misma comprensión de la debilidad y sugestibilidad humana muestra SHAKESPEARE cuando hace decir a HENRY IV: *"Thy wish was father, Harry, to that thought"* (tu deseo era padre de esta idea). También THOMAS de AQUINO, el filósofo oficial de la ortodoxia católica, declara que el *deseo de vivir* es el padre de la idea de la inmortalidad, y, de la existencia de tal deseo deduce, ingenuamente, de modo filosófico, la realidad de un alma inmortal; pues dice: (Summa theol. I, 75, 6) "intellectus naturaliter desiderat esse semper. Naturale autem desiderium non potest esse inane. Omnis igitur intellectualis substantia est incorruptibilis".

Para el intelecto es natural el deseo de existir siempre: un deseo natural no puede ser frustrado (ser inane). Ergo: la substancia intelectual es incorruptible (inmortal).

---

(1) Aunque, quizás, este concepto "científico" del mundo existía "in nuce" ya en el espíritu de los pueblos nórdicos; pues la mitología griega como la germánica conoce, como representantes de la necesidad a las Moiras, o respectivamente a las Normas, que "tejen" el destino de los hombres y de los dioses que así, en contraste con los dioses omnipotentes de las culturas asiáticas, están sujetos a la Ananke, que aparece como suprema reguladora del acontecer mundial.

Esta vieja sabiduría psicológica greco-shakespeariana-tomista nos da la clave de muchas lamentables rarezas humanas, y explica, por ejemplo, por qué tantos hombres relativamente inteligentes, aunque, por lo visto, sepan pensar lógicamente, no lo hacen, porque su alma eudaimoníaca (viendo el sumo bien en la satisfacción de sus apetitos) no lo permite, sino que los impulsa aun a modificar sofísticamente la lógica según sus deseos. En esta alteración de la realidad por razones psicológicas tenemos que ver el origen de religión y filosofía, como también el motivo de conservarlas, y sería bueno que todos lo sepan.

Pero los primitivos, que no lo sabían, creían todavía con la mayor ingenuidad y de buena fe en la inmortalidad, sin sospechar que con esto dieron un ejemplo que luego resultaría fatal para los siguientes milenios. Hasta hoy nos resentimos de ese primer desliz; pues, como él es casi inevitable para todos los que tienen una psicología primitiva, y que, por eso, no hubo prácticamente ningún pueblo que hubiera resistido a la sugestión de creer, al menos pasajeramente, en un tan lisonjero futuro, nos dicen ahora, como el ya citado THOMAS, que tal "*consensus gentium*" (conformidad mundial) *comprueba* que algo de verdad debería haber en todo eso, aprovechándose así de la ignorancia de quienes no lo podían saber, para perder también a los que ya podrían saberlo. Naturalmente es esto pura palabrería: "*consensus*" no es aquí, como en la ciencia, la consecuencia de que en la naturaleza no se puede descubrir más que la única y siempre idéntica realidad que hay, y así una prueba de la verdad, sino sólo la consecuencia de que la han inventado hombres con la misma idiosincrasia psicológica rudimentaria.

A pesar de que todos estuvieran convencidos de sobrevivir la muerte, obviamente, ignoraban en qué forma llevarían a cabo tal fantástica hazaña; pues como nadie tenía experiencia en lo de sobrevivir, sus ideas sobre este punto no podían ser más que arbitrarias y tenían, por eso que ser tan discrepantes y contradictorias como sucederá siempre, si unos debutantes se atreven a opinar sobre algo de que no tienen experiencia

alguna. Esta falta de conformidad, empero, no les impidió a estos grupos de novicios el creer tan categóricamente en lo suyo como si hubiesen egresado de una escuela filosófica. Hubo quienes pensaban en pasar su vida en el más allá como animales (lo que piensan hindúes todavía). Otros esperaban poder hacerlo bajo aspecto humano, pero también entre ellos había grandes y hasta hoy no superadas diferencias. Sin embargo, en la evolución de la doctrina sobrevivista se puede, en general, distinguir tres (o cuatro) fases, aunque la cuarta, a pesar de ser el término natural de la serie, ya no pertenezca propiamente a ella:

1. — La del *optimismo* primario e ingenuo de los bárbaros.
2. — La de la *resignación* de los semi-civilizados, que aún no se atreven a explotar de lleno sus facultades especulativas.
3. — La del *optimismo secundario y especulativo de la* filosofía en su apogeo.
4. — La de la *indiferencia* de la ciencia, que sabe que no tiene nada que ver con tal problema.

Los *bárbaros,* todavía bastante arrogantes, pensaban simplemente poder continuar su vida terrestre en otro lugar más propicio y con más libertad para entregarse a sus ocupaciones favoritas (beber y guerrear en el Walhalla de los germanos; cazar en los eternos cazaderos de los indios de América, etc.). Más tarde, cuando la gente era ya semi-civilizada, y por eso algo más escarmentada y menos ingenuamente atrevida, se resignaba a la más bien triste perspectiva de sobrevivir (con excepción de los más potentes de la tierra, en Grecia de los más grandes héroes que, eventualmente, llegarían a los campos elíseos) sólo como *sombras infelices* (el lejano Imperio Mortuorio de los egipcios, el Hades de los griegos, el Scheol de los judíos, etc.). Entonces intervienen los *filósofos* en el asunto: como siempre, creen esencialmente lo mismo que las masas populares; pues ¿de dónde sacarían nuevas creencias, para

lo cual, ya que no quieren buscar lo nuevo en la realidad, necesitarían genio *inventivo*? (1)—, pero lo desfiguran especulativamente, trocando la intuición natural en una doctrina artificial, con lo que siempre pueden volver al optimismo más bárbaro. En este caso, al menos en Europa, creyeron poder lograrlo con la teoría de que el hombre no fuese, como en general se aceptaba, un individuo, esto es, una unidad biológica, sino un compuesto de dos en absoluto diferentes entidades: del cuerpo, con el cual vivía como los demás animales, pero que era vil y despreciable por ser perecedero, y, por otra parte, del alma inmortal, que constituía el privilegio exclusivo de nuestra especie.

Era esta hipótesis, por extraña que sea, quizás el único expediente para salvar lo de la inmortalidad. Pues, visto que, ya en ese entonces, nadie podía negar que el cuerpo muerto pronto desaparecería completamente (el lindo cuento del

---

(1) El espíritu inventivo, si existe del todo, es muy raro en la humanidad. Naturalmente la ciencia no lo necesita, pues ella no inventa nada —¡Ojalá que no lo haga!—; y todo lo nuevo que continuamente aporta no lo ha *inventado* sino *hallado* (descubierto) en la naturaleza, donde lo hay realmente. De los religiosos, filósofos, poetas y otros artistas se podría ya con mayor derecho decir que inventan, pero sus llamadas invenciones son en general *combinaciones arbitrarias* de elementos que, en último término, proceden también de la realidad de la naturaleza, aunque, a menudo sean ya alterados por la subjetividad de su mente. En todo caso, el hecho de que nuestro mecanismo psíquico no opera más que con *combinaciones de reflejos condicionados* que, a su vez, dependen directa o indirectamente de la realidad, hace a toda ideación que no fuese condicionada (y, con esto, todo invento de veras libre y espontáneo) ya de antemano imposible.

Si, por ejemplo, se dice que los pueblos se han inventado la inmortalidad, esto es prácticamente justo e innegable (pues la inmortalidad no es un hecho y debe, por eso, ser un invento). Pero la palabra "inventar" describe mal el mecanismo de la *génesis* de este nuevo concepto, la que, como siempre, consiste en la combinación de dos reflejos (ideas) que se habían formado con necesidad, aunque sean interpretados erróneamente cómo en este caso. Los dos reflejos que se combinaban eran: 1º la idea de no querer morir, la que los primitivos encontraban en sí mismos como consecuencia necesaria en seres cuyo instinto de

indestructible *"hueso de la resurrección"* lo inventaron los escolásticos sólo mucho más tarde), era imprescindible inventarse algo otro que se prestara mejor a la teoría sobrevivista. En especial había que cuidar que este algo no fuese perceptible con ninguno de nuestros sentidos; pues sólo así se podía evitar que adversarios escépticos demostraran que, al fin, este nuevo portador de la inmortalidad desapareciera lo mismo que el cuerpo. Asi se llegó forzosamente al alma. No fué PLATON quien inventó esta tan oportuna hipótesis; esto ya lo había hecho ANAXAGORAS con su teoría del "Nous" (espíritu). Pero era PLATON quien la aderezaba hasta que era utilizable para la sobrevivencia individual (lo único que al pueblo interesaba). Al mismo tiempo la revistió de una belleza tan poética que ella, todavía hoy, a muchos les hace olvidar la falta de fundamento. En todo caso la hipótesis comenzó a difundirse mayormente sólo con la creciente influencia que ejercían las

---

autoconservación se ha hecho consciente; y 2º —va según el esquema que, mucho más tarde, DESCARTES ha hecho célebre— esta otra idea que es común a todos los primitivos y niños, quizás también a los animales superiores y ahora otra vez a muchos filósofos, de que sus ideas corresponden a realidades. Esto es, naturalmente erróneo; pero fácilmente explicable en seres que todavía no saben distinguir claramente entre la realidad *subjetiva* de sus ideas, y la realidad *objetiva* del acontecer universal: ellos sienten la una en sí mismos, y experimentan la otra en el contacto con el mundo ambiente —y entonces confunden las dos "realidades", como si se tratara en ambos casos del mismo concepto—. En todo caso esta confusión les permite, mejor dicho, les obliga, a exteriorizar todos los *deseos* suyos como un credo dogmático, reclamando para él validez universal.

Más tarde las religiones que nacieron de esta generalización injustificada, se mostraron cada vez menos fecundas en nuevas ideas, y en los dogmas de las religiones modernas no hay nada que fuese de veras original; casi todo remonta a las ideas de la magia o de las religiones primitivas. Se podría acaso exceptuar el Nirvana; pero él debe su posición particular y su aparición tardía sólo a que su base instintiva, el *"tædium vitæ"* (el estar harto de la vida) es patológico: él fué desconocido entre los primitivos y no pudo generalizarse más que en tiempos de degeneración, en pueblos despóticamente maltratados.

ideas de este gran soñador que ha quedado el más célebre de los promotores de la inmortalidad.

Como es sabido, PLATON con su poesía ha quedado victorioso en su lucha contra las sobrias verdades de DEMOCRITOS, del llamado filósofo "ridens", quien, sonriéndose de todas las debilidades humanas, rechazó también tal construcción dualista del ser humano, diciéndoles a quienes la recomendaban: 'lo que vos llamáis alma, es también de naturaleza material y hecho de átomos". Pero al hombre de la calle, que quería sobrevivir tal como era, y aun especialmente con su cuerpo que le procuraba los más estimados placeres que conocía, la doctrina esotérica de PLATON no le agradaba tampoco (aunque bien por otras razones que a DEMOCRITOS) y, por eso, cuando más tarde los primeros cristianos popularizaban las ideas platónicas, tenían que modificarlas, haciendo concesiones a las creencias del pueblo, cuyas simpatías querían captar mejor que él, para poder destronar al PLATON original. Así (probablemente sin darse cuenta de lo que hacían, ya que no eran lógicos calificados) introdujeron en su doctrina y más tarde también en su credo, una patente ambigüedad que hasta hoy no han ensayado aclarar: por una parte hablan de la inmortalidad del alma, como si fuesen platónicos auténticos y, por otra, de la resurrección de la carne, que ya hace mucho se había reconocido imposible. Sólo los filosóficamente más preparados gnósticos —con su tendencia general de hacer respetar, también en el cristianismo, la sagacidad más profunda de los sabios griegos acerca de ideologías religiosas, y de renovar la doctrina de los evangelios en el sentido de los misterios griegos— habían comprendido que la doble solución del problema de la sobrevivencia era en absoluto inadmisible, quedaron también en este particular fieles a PLATON y protestaron enérgicamente contra toda idea de una resurrección carnal.

Los partidarios de la inmortalidad dualista volvieron además, lo que cuadra con su concepto materialista y es lógicamente menos chocante, a la sugestión bárbara de que el Edén celeste fuese para intensificar las prácticas predilectas

de la tierra, las que ahora consistían, oficialmente, en cantar y adorar a aquello con lo que los parroquianos tenían que conformarse, aunque en su corazón pensaran sobre el asunto más bien como mahometanos, cuyo dios tenía siempre una idea menos austera de las delicias paradisíacas.

Tales divergencias son inevitables, ya que verdades divinas no pueden precisarse con la misma exactitud que verdades reales: por eso —en característico contraste con la ciencia única— ¡hay aun más religiones que filosofías, y en ellas, *tantas* sectas!; además de que, en el fondo, cada uno comprende la suya —en el caso de que la comprenda del todo— a su modo personal. Las iglesias, que no quieren perder sus feligreses, suelen hacer la vista gorda, y son, a este respecto, hoy más liberales que en general se cree y, en todo caso, mucho más liberales que la ciencia, que nunca permitiría que ni siquiera un GOETHE, quien exigió para sí tal licencia, se explicara la ley de NEWTON "a su manera". No obstante podría sorprender que, en una cuestión que es prácticamente tan fundamental (1) como la de la sobrevivencia, no se haya podido llegar a la uniformidad; pues aunque en el credo, y también en iglesias de aldeas, se hable de la "Resurrectio Mortuum", en la sociedad y en discusiones teológicas serias se refiere más al alma inmortal. Pero, aunque no se haya logrado la unificación, se ha establecido cierta separación de los espíritus o, respectivamente, de las clases: la versión platónica parece haber quedado preponderante entre filósofos, profanos reflexivos y sacerdotes instruídos; mientras el pueblo común se ha formado su propia, confusa y supersticiosa histo-

(1) Lo fundamental consiste en que el principal *método educacional* de la iglesia, que siempre operaba con el gran miedo que la gente tenía a los horrores del infierno, se derrumbaría lastimosamente si la versión platónica se impusiera. Pues como es materialmente imposible torturar con fuego a un alma incorporal, ¿qué podría en el futuro frenar la maldad de un creyente?

ria, bastándose, sin preocuparse de sutilezas, con la simple primitiva de que, después de morir, se sigue viviendo, y eso, en el comienzo, en su fría tumba, desde donde, empero, se les permite salir por cortos ratos y "re-venir" como espectro o, como el francés dice más característicamente, como "revenant", para recrearse con espantar y molestar a sus conciudadanos. La segunda parte de la historia es ya más sofisticada: ahora el difunto deja su tumba para siempre y se traslada hacia el valle de Josafat, donde, según el dictamen pericial de los más eruditos de las tres religiones que toman por su dios a JAHVEH, el tribunal tiene que reunirse, mientras los pintores, que piensan más en lo pintoresco, suelen colocar la escena en las nubes.

Después de una solemne, pero evidentemente muy sumaria vista de su causa (ya que se habla del *día* del juicio), llegan tropas de ángeles y diablos y le transportan hacia su morada definitiva que es, según las circunstancias, el fuego del infierno o la bienaventuranza del cielo, donde entonces el pobre tiene que pasar el resto de la eternidad tan bien como pueda. No hay algo intermedio; pues el purgatorio es, como prueban ya las misas de réquiem, ciertamente prerresurreccional, lo que debe sorprender puesto que así no se sabe sobre qué el *"ignis purgatorius"* podría operar.

Según DANTE, cuya autoridad en cosas infernales nunca se ha discutido seriamente, se hace también el apartamiento *definitivo* en ovejas y cabritos, inmediatamente después de la muerte y sin ningún juicio (final), pues él encuentra a sus contemporáneos ya distribuídos, y bastante arbitrariamente distribuídos, pues todos los amigos suyos están en el cielo y todos sus enemigos en el infierno. Todo esto, si fuese así, indicaría que el tratamiento de los difuntos en el más allá es defectuoso y anárquico; y se reconoce inmediatamente que no lo han inventado pensadores, sino los infelices pueblos medievales.

Sin embargo, a esta versión, al menos a su primera parte,

se adhiere también –naturalmente que sólo después de su conversión– el una vez famoso escritor ALDOUS HUXLEY quien, en una de sus últimas novelas, en forma muy edificante y con una infinidad de detalles horrendos, que hasta a un medieval asombrarían, describe cómo el cadáver de un ateo lentamente se pudre, y cómo, a la par de su progresiva descomposición corporal, su alma, ayudada por algunos espiritistas filántropos, con quienes queda en comunicación, se purifica hasta que logra la verdadera fe "sans phrase" y, así, puede pasar a la Gloria de Dios. Si este dictamen huxleyano corresponde a la actual doctrina autorizada, será difícil decirlo, ya que la iglesia nunca ha declarado sin ambages, ni siquiera cuál de los modos de sobrevivir ella prefiere –la anímica o la corporal–, sino que parece pedir de sus fieles que crean en los dos, lo que, evidentemente, no es fácil, excepto acaso, para los más impertérritos creyentes.

Sea esto como sea, es muy probable que el temor a la muerte, mas no, como el Génesis cuenta, el afán de saber, fué la causa del *verdadero* pecado original que luego contaminara a toda la humanidad. Pues, en fin, el afán de saber sólo a un incorregible oscurantista le parecerá criminal, y nunca podría perder al género humano. Mientras sería muy comprensible que fuera el *miedo* el que alentara a un infeliz a que, huyendo de la angustiosa realidad, buscara, por primera vez en la historia de la humanidad, asilo en el hospitalario y siempre complaciente reino de la metafísica y, con este primer apartarse del justo camino, iniciara la era metafísica, y, con ella, la perdición de género, que, aunque, tal vez, no sea eterna, en todo caso ha sido milenaria. Puede ser que esto, como el sarampión, sea una enfermedad, para niños más bien inofensiva, por la cual cuando niños teníamos que pasar. Pero en adultos es el sarampión, y lo mismo la metafísica, una enfermedad bastante peligrosa; y tiempo sería de dejar este placentero mas pernicioso pasatiempo; sobre todo porque justamente en este caso (pero también en todos los otros casos) se ha visto, por una parte, que el recurrir a lo sobrenatural no

sirve para nada y, por otra, que el saber sirve siempre y nos da armas eficaces también contra la muerte, prometiéndonos poder arreglárnoslas con ella en forma más satisfactoria, ya que, hasta cierto grado, somos ya hoy dueños del nacer y morir.

Lo que no podemos cambiar es el hecho de que en la tierra en ningún caso pueden existir muchos más hombres que ahora viven. A lo sumo, nos dicen los peritos, se podría (si no se descubriera un método para sintetizarlos) producir alimentos para algo más del doble (6 millardas), lo que, sin embargo, con el incremento actual de la población (1,2 % por año) se lograría en menos de 80 años.

§ 15 La Humanidad en la Encrucijada

Estos son los principales hechos que se deben saber para poder juzgar la actual situación crítica del mundo; –y ahora los pueblos pueden elegir: o crear *artificialmente* (con la esterilización obligatoria) un estado en que relativamente pocos vivan felices hasta edades en que probablemente se hartarán de la vida, o continuar con el estado actual al que, erróneamente, se llama *natural,* en que con la creciente población la vida debe ser corta, y la lucha por la existencia se hará de año en año más dura, hasta que –en muy poco tiempo– se muestre que la continuación de la vida se ha hecho directamente imposible.

Y, entonces ¿qué hacer? Pues bien, como a pesar de las misérrimas condiciones en que acabarían por vivir en pocos siglos, nadie querrá morirse de hambre, estos reacios, si no dan con aniquilarse en una mutua matanza, serán forzados, como si fuesen animales sin voluntad, a hacer exactamente lo mismo que hoy han rechazado, cuando podían hacerlo como hombres libres y conscientes de su responsabilidad, esto es, ellos tendrán que recurrir a la restricción de la natalidad.

Hay que tomar a la naturaleza por *maestra* si queremos *conocerla,* mas no esperar que ella nos dé la pauta inmejorable para la conducta de nuestra vida, como la tienen que aceptar los animales que, efectivamente no pueden hacer otra cosa que conformarse con lo que ella hace con ellos. Mientras al

hombre le sería materialmente imposible imitar en sí a los animales y entregarse como ellos sin más ni más a la naturaleza, pues, por mucho que se lo haya ensayado, no se desembarazará de su razón: el hombre puede ser *peor* que un animal (lo que es una valorización subjetiva), mas nunca *como* un animal (lo que significaría un dictamen objetivo). Y en caso de que se dijera: quiero *buscar* con mi razón cuál es *la "vida natural de un hombre"* o, respectivamente, cómo debe vivir un ser racional para vivir conforme con lo que exige su naturaleza, esto no sería tal vez tan malo; pero hay que confesar que hasta ahora lo ignoramos y sólo sabemos que para tal forma de vida no hay un parangón en la tierra (ya que, fuera de nosotros, no hay nada de racional), y, ciertamente, tal "vida natural" no correspondería a la conducta que nuestros padres han desarrollado "naturalmente", esto es, sin una suficiente intervención de la razón. Pues, aunque suene paradógicamente, *lo natural para el hombre no es vivir a lo natural, sino usar de su razón!* De lo contrario —¿para qué se le ha dado?—. La naturaleza no nos salvará; pues, cuando más se la estudia tanto mejor se reconoce que ella no es la bondadosa madre como, personificada en la imagen de la KYBELE, de la Gran Madre de Frigia, se la veneraba en la antigüedad. Sabemos hoy que esto no puede ser así, y que ella no puede ser la guardiana cuidadosa para con sus hijos, en la que también el hombre pueda confiar; ya que, como tal, no tiene existencia real, sino que no es más que una ficción poética que se ha inventado para representar el *de veras insensible, ciego y fatal conjunto de las leyes universales* que nadie, y menos ella misma, puede cambiar ni por amor ni por compasión. Así, quien la tomara por sensible debería más bien llamarla *maestra;* pues, por fecunda que sea como productora de la vida en general, creando esta vida exuberante que vemos pulular en todo rincón por escondido que sea, individualmente no se interesa por ninguna de sus creaciones. Ella ha llamado a la vida a innumerables especies, pero sólo para extinguirlas tarde o temprano, y, por lo común, cuando están en la flor de su vida, para reemplazarlas por otras nuevas. De este triste

destino no se salvará nadie, que no sea la humanidad que, con su razón, puede prever el inminente cataclismo, eventualmente tomar medidas profilácticas y, entonces, sobrevivirlo gracias a su recurso artificial.

Afortunadamente la cuestión de cómo hacerlo, ya está, aunque sólo a grandes rasgos, resuelta, y se trata sólo de si la humanidad quiere usar su razón para eludir un mal que se puede claramente prever. Ahora le toca al pueblo ocuparse del asunto, y lo hará; pues es una regla general que los hombres apenas toman un problema en serio antes de que la ciencia ya haya encontrado una solución (la que entonces, después de una primera resistencia obstinada, ellos suelen también aceptar bastante pronto). El mundo está en el momento, como HERAKLES, en la encrucijada; y esta vez se trata de ¡Vida o Muerte! –lo que probablemente acelerará la aceptación.

"*Tertium* non datur" – otra (tercera) solución no hay, ya que el problema de la sobrepoblación, que hoy presenciamos en forma *aguda,* no es un fenómeno excepcional, sino que es uno general que, en forma *crónica,* ha existido siempre en toda la animalidad donde acaso, ya a menudo, era la causa de la extinción de una raza. Pues, como el acto generador es un placer para todas las clases de animales, ellos lo ejecutan tantas veces como pueden. Y aunque la naturaleza ha restringido grandemente la prolifidad de la mayoría de ellos por intercalar, entre los períodos de celo, largos intervalos en que su sexualidad está durmiendo, todos ellos producen *siempre* algo más de descendientes de los que, en las condiciones dadas, pueden vivir; de modo que luego la naturaleza tiene que aniquilar gran parte de los jóvenes. Pero esta mortalidad en masa no significa un superfluo despilfarro de vidas; pues sin este arreglo de muchos nacimientos y muchos muertos, la *selección natural* no sería posible y, sin ella, no habría ni evolución ni progreso! Evidentemente en la naturaleza el progreso importa más que la vida individual. Y si POMPEYUS ha dicho " πλεῖν ἀνάγκη ζῆν οὐκ ἀνάγκη " (navigare es necesario, vivere no), la naturaleza nos enseña algo más trascen-

dental y fundamental, a saber: "progresar es necesario, vívere no". El desarrollo se hace objetivamente, como si, subjetivamente, el progreso fuese el *Leit-motiv*, el punto central en el reino de los organismos, al cual se debe subordinar todo, hasta la vida que se derrocha siempre en forma estupenda. Con este principio la animalidad ha evolucionado –inconsciente, mas maravillosamente– desde la amiba hasta los monos; y nosotros tenemos que continuar el rumbo, conscientemente, aunque, quizás, con un derroche menor de vidas.

Pero hay que considerar también otro aspecto del asunto: la sobrepoblación no era únicamente la causa de la muerte prematura de muchos jóvenes (lo que, acaso, sería soportable) sino, aparentemente, también la de la extinción de especies y, a menudo, de especies que representaban la vanguardia más avanzada de su tiempo; pues la paleontología muestra que, muchas veces, animales que, en su época, eran los más *numerosos* súbitamente desaparecen; y no se puede rechazar la idea de que la sobrepoblación era la causa. "Era un mal ajuste entre natalidad y mortalidad", dice el investigador, y... pasa; y nadie llora la muerte de los que, en su tiempo, constituían la última perfección de la evolución. También por nosotros nadie llevará luto.

¡Bueno! eran seres irracionales que no tenían defensa y anduvieron a ciegas hacia su perdición; a seres racionales, sin embargo, esto no les debería suceder; sería, por decir así, contra el "Leitmotiv" de la naturaleza, que ella misma, por ser irracional, en un caso concreto, no puede imponer, pero que los seres racionales que ella ha producido (y ¿por qué no decir con *"finalidad objetiva"*? –compárese lo que digo sobre este término en mi "La Seguridad Científica") podrían imponer, realizando así un progreso cósmico. La naturaleza ciega e irracional ha trabajado durante dos mil millones de años para realizar al fin el "milagro" de la razón en la tierra; y ahora este glorioso producto final se resigna a la fatalidad de morir por sobrepoblación, tan pasivamente como lo hicieron los seres irracionales. Sería una lástima el contrariar así, por pura terquedad, el esfuerzo de tantos años; pues, con la ventaja que

tenemos sobre los demás animales, somos en el momento insustituibles; duraría al menos millones de años (si lo lograra jamás) hasta que en otra especie se efectuara el aparente milagro de la racionalización de lo bruto por segunda vez y, aun con esto, estaría sólo a la altura en que nuestros antepasados humanos han comenzado como semi-brutos. Tal interrupción de duración geológica, a cuyo lado todas las Edades Medias que hubo, parecen efímeras, significaría una Edad Media demasiado terrible para ser admisible, y salvarse de ella a todo precio es, indudablemente, obrar en el sentido de toda la evolución.

§ 16 El Problema de la Eugenesia en la Actualidad

El problema de la sobrepoblación ha existido siempre; pero como por mucho tiempo la naturaleza lo resolvió a su modo, no ha cobrado actualidad antes de las postrimerías del siglo pasado, cuando la cientificación de la medicina, en la súbita e inaudita disminución de la mortalidad, comenzó a dar sus primeros y tan gratos frutos, entre los cuales, sin embargo, había uno amargo: el triste reconocimiento de que la alta mortalidad de antes había sido uno de los factores reguladores para mantener el equilibrio de la sociedad, el que, sin eso, se rompería, porque en cada momento la población estaría lista para lozanear, y también para cubrirse de malezas. Con este reconocimiento se inició también la lucha entre la moral tradicional y la que está por venir.

Sin embargo, la ciencia, fiel a su papel de ser la voz previsora, había dado el grito de alarma con la debida anticipación: ya un siglo antes, cuando el aumento anómalo de la población apenas se notaba y a nadie le parecía amenazante, sino a muchos más bien como un augurio de prosperidad futura, el gran sociólogo ROBERT MALTHUS, reconociendo que la grandeza de un pueblo no está en su *número* sino en su *calidad,* predicó la restricción de la natalidad para evitar la inminente desgracia de una sobrepoblación, que señaló con

todas sus terribles consecuencias de guerras y crímenes, miseria y hambre, esto es, precisamente con todo lo que hoy tenemos que padecer. Pero, como los profetas judíos y la Casandra griega, él dió voces en el desierto, porque –también esta vez– el fanatismo tradicionalista no quiso prestar oídos a los sabios consejos de la ciencia, y no lo hizo tan siquiera por *razones*, por malas que fuesen, sino únicamente por resabios morales.

MALTHUS es en cierto modo padrino del darwinismo (el mismo DARWIN dice que la lectura de los "Principles of Population" le enseñaba el papel que desempeña la lucha por la vida en la evolución orgánica), mas, por no ser naturalista, no podía abarcar el principio en todo su alcance biológico, y así quedó reservado a la escuela darwinista, especialmente a FRANCIS GALTON la tarea de completar la obra del sociólogo, demostrando que, además de *disminuir el número* de descendencia, era indispensable –ya que la disminución de las muertes eliminaría también la vieja selección natural– *mejorar su calidad* por una oportuna *selección artificial*!; sin eso, la moderna sociedad podría quedar expuesta a degenerar (panmixia darwiniana).

El conjunto de las medidas que sirven ya para limitar la natalidad, ya para excluir en la masa hereditaria, los genes indeseables, por esterilización de los portadores, se llama, desde GALTON, *"Eugenesia"*. Que lo uno como lo otro es urgente, lo saben hoy los peritos, y los países más avanzados han por eso comenzado ya a llevarlas a la práctica, aunque sea parcialmente. Sin embargo, siendo nuestros conocimientos de la herencia humana todavía bastante fragmentarios, no se puede hablar de una técnica definitiva de las esterilizaciones eugenésicas; hay que bastarse con esterilizar a los casos más peligrosos y, en general, puede tratarse sólo de ensayos, para lo cual Norteamérica por tratarse de una Unión de 48 Estados, en muchos respectos independientes (un autor moderno los llama aún las 48 Américas), se presta excepcionalmente bien a tales ensayos preliminares, que por eso allí se ejecutan en relativamente grande escala. En algo más de la mitad de los Estados se han promulgado leyes de esterilización de muy va-

riado contenido; en algunos Estados se esteriliza a alcohólicos, en otros a imbéciles, a criminales o a portadores de ciertas enfermedades heredables; en algunos Estados la esterilización es obligatoria, en otros se necesita el consentimiento del enfermo, que se busca lograr por persuasión médica. Así se acumulan datos e informaciones, para luego, cuando se sepa lo que se ha acreditado y lo que no, dictar la definitiva ley federal.

Pero tampoco aquellos países que no tienen la audacia de la iniciativa yanqui, no necesitan quedarse con los brazos cruzados; ellos también, como ya hace mucho he recomendado, pueden cooperar haciendo obligatoria la elaboración de historias clínicas familiares (lo mejor sería hacerlas sobre una base internacional), las que en un tiempo relativamente corto (cuatro o cinco generaciones) podrían procurarnos un material valiosísimo— tal vez más valioso que el que resultará de los esperimentos prácticos— para poder entonces atacar, sistemáticamente y con perfecto conocimiento de causa, el problema del saneamiento de la herencia humana.

Tales historias familiares las ha mandado hacer también el nacismo, menos con fines eugenésicos que por razones político-racistas para descubrir y luego matar judíos y, eventualmente comunistas. Esto era odioso, pero... no tenían nada que ver con nuestro problema. Desgraciadamente el solo hecho de que HITLER se haya mezclado en la eugenesia, la ha desacreditado en vastos sectores de la población mundial. Aunque habrá quienes, en este *"no querer seguir a un HITLER"*, vean un signo de *moralidad* popular, en realidad el negarse a hacer algo útil porque un malvado ha hecho algo semejante, es sólo un signo de una inteligencia defectuosa, como lo sería abstenerse de usar un remedio utilísimo como la morfina, porque un criminal ha abusado de ella para envenenar a la gente.

Parte Tercera (α)

UNA DIGRESION POLITICA

III (a)

Una Digresión Política

§ 17 Rol de la Concupiscencia en la Humanidad

La necesidad de hacer algo por la salud pública se reconoce mirando las desgracias colectivas que cada vez más afectan a la sociedad moderna, y así se precisa aquí una digresión hacia la política, para demostrar cómo las dificultades de naturaleza biológica están conectadas con las sociales, que, creciendo en todo el siglo pasado, al fin culminaron en el actual peligro comunista que, sin embargo, se comprende mejor si se lo llama con el más propio nombre de *"rebelión de los atrasados"*, ya que del comunismo marxista, que en su tiempo daba el nombre, ni siquiera en Rusia, se nota todavía mucho; en todo caso no es él quien suministra la fuerza propulsora que, en contra de la cultura europea y de sus nuevos planteles en Norteamérica y Australia, ha levantado a todo lo que es atrasado en Asia y Africa, y tiene también buena acogida en algunos países mal ajustados de Europa y especialmente en América al sur del Río Grande. Esta gente, unos tres cuartos de la población mundial, obedece menos a teorías que a su primitivo instinto de concupiscencia que, ya hace unos diez mil años sedujo a los atrasados de antaño, a los pobres nómades de las estepas y desiertos, a asaltar a los que eran los avanzados de la época, a los agricultores avecindados

que en las primeras ciudades que hubo en la tierra, habían acumulado cultura y riqueza. Los salvajes salieron, entonces como hoy, en busca de la presa con el grito de guerra: "¡matemos a los vientres perezosos (γαστέρες ἀργαί), a los pingües ciudadanos para que seamos nosotros los ricos y cultos!", pues los salvajes, que no saben lo que es cultura, creen que pueden robarla como roban oro, y hoy también máquinas (1). Estos ataques de los incultos contra los cultos, que comenzaron una vez que hubo, con la primera cultura, la primera acumulación de riqueza, esto es en los primeros años del tiempo histórico, se han perpetuado hasta nuestros días (aunque entretanto se hayan añadido aun otras guerras por otros motivos); pero hasta hoy las masas no han aprendido nada mejor y todavía no se han dado cuenta de que todo esto era un lamentable error — que la promesa de oro estaba vacía, y que con haber destruído cultura y civilización, no habían ganado nada sino quedado los mismos pobres diablos de antes, aun después de haberse "robado cultura". Pero el hombre cree en lo que desea, y así, la propaganda rusa, para azuzar a los incultos a la "guerra santa contra los ricos y cultos", puede usar aun siempre la misma fraseología de hace milenios, sólo traducida al francés, lengua en la que el sarcasmo de MARX ha dado a la palabra honorífica de ciudadano un matiz despreciativo; y así el lema reza ahora: "¡Matad al bourgeois gras", sobre todo al yanqui y al inglés, pues ellos son los más ricos y entonces vos, los postreros, seréis los primeros y señores de la tierra y de su futuro!". Lo último, desgraciadamente, puede llegar a ser verdad: aunque los proletarios nunca gobernarán la tierra, pueden arruinarla por siglos o aun milenios; pueden repetir lo de los esclavos bajo SPARTACUS, que nunca lograron tomar Roma, pero eran al menos uno de los clavos para su ataúd.

(1) Los rusos modernos han perfeccionado y sistematizado este "robar cultura", en cuanto en sus anuncios de prensa pretenden que casi todo lo importante que los hombres jamás han inventado o descubierto se debe en realidad a inventos y descubrimientos rusos. Pero perfeccionar una tontería, la hace sólo más solemne.

Apelar a la concupiscencia era hace diez mil años eficaz, cuando tal prédica condujo a las primeras guerras en que ignorantes destruyeron cultura, menos por odiarla que por amar el oro; y así lo es todavía hoy. Pues hombres son hombres, quienes, antes de haber aprendido a ser *razonables*, no pueden avanzar tampoco en su *moral*. Y que la concupiscencia es la raíz de todos los males, lo decía ya el apostol PAULUS —cuando todavía se recordaban las ruinosas sublevaciones de los esclavos que, persiguiendo los mismos fines que los viejos nómades y los modernos comunistas, fueron el comienzo del fin de Roma y de la cultura antigua —muy característicamente, él lo dice en una carta en que exhorta a los esclavos a "tener a sus señores por dignos de toda honra" y de "quedarse contentos con tener sustento y con qué cubrirse". Pues, aun cuando los cristianos, ya desde el comienzo, teorizaban sobre la igualdad de toda criatura ante Dios, ellos eran también "prudentes como serpientes", y sabían al menos que, aquí en la tierra, hay una jerarquía, y que se debe atar corto a los subordinados si no se quiere que perturben el "consagrado" orden de la sociedad. Como sus discípulos modernos, los comunistas rusos, ellos eran maestros en lograrlo: no hubo rebeliones antes de que ya alboreara la primera luz del Renacimiento.

Aunque el apelar a la concupiscencia sea siempre eficaz, el inaudito éxito con que esta vez los maquinadores lograron la sublevación universal de los atrasados hasta en los últimos rincones de la tierra, no se explica sólo por la propaganda soviética, por hábil que ella fuese; se necesitaba la presencia de circunstancias auxiliares para posibilitar esta "*entrada de las masas en la historia*", que constituye quizás, el fenómeno más trágico de nuestro tiempo, en el que no faltan los sucesos infaustos. Entre las causas accidentales que favorecían eficazmente la prédica revolucionaria, hay una de naturaleza psicológica y otra material. Psíquicamente las masas fueron preparadas para su gran hazaña por las *ideas democráticas*, que desde el comienzo del siglo pasado, más exactamente, desde la Revolución Francesa, en todo el mundo se impusieron cada vez más hasta que al fin se consideraban como axiomas intan-

gibles; y ya BISMARCK, quien con todas sus fallas políticas, era un inteligente intérprete del alma popular, ha dicho que el *liberalismo es el abono* (1) *para el comunismo*. Esto resultó desgraciadamente verdad, aunque teóricamente las dos doctrinas son contradictoriamente opuestas, Pero ¿qué le importan al pueblo teorías y doctrinas? — él ve sólo el lado práctico del asunto y se dice: "ya que me han dado algo, me darán aun más". Así sucedió realmente y tenía que suceder; pues potencialmente, con el voto popular que, desde un principio, el Estado democrático había aceptado como base ideológica de su razón de ser, y al que únicamente la "democracia" rusa tuvo bastante habilidad de sustraerse, él había ya entregado todo el poder a la mediocridad de las masas, y tenía sólo que esperar hasta que ellas lo usaran. Así él mismo les había sugerido la idea de ser *realmente el factor preponderante en la sociedad*. Luego, cuando se les concedió más y más (en parte simplemente por caridad cristiana o laica), ellas no lo tomaron por tal, sino que vieron en esto un signo de la debilidad de la clase superior y una prueba de su propia fuerza (ya que MARX les había enseñado que el capitalismo no renuncia a nada voluntariamente, y que se le debe arrancar todo con la célebre lucha de clases. Así, en el transcurso de un siglo lograron los en el comienzo muy tímidos, la suficiente confianza en sí mismos para atreverse a *pensar* en el salto definitivo al gaznate de la burguesía.

Empero, esta centenaria preparación psicológica no basta; pues el hombre del pueblo es por naturaleza, costumbre e instinto, un ser tranquilo, humilde y modesto, que sólo se rebela si se lo irrita artificialmente, sea prometiéndole demagógicamente cosas imposibles, o privándole de lo necesario y haciéndole la vida materialmente insufrible. Con un mínimo de tacto psicológico se podría estar con él en muy buenos términos.

---

(1) En alemán es aun más gráfico, pues "*Vorfrucht*" quiere decir las simientes que se siembran para preparar el suelo para la simiente principal.

Así, a pesar de toda la prédica marxista, la sociedad hubiera acaso podido salir una vez más librada, pues la moderna técnica hubiera podido sin la menor dificultad alimentar abundantemente a toda la gente, hasta en los más atrasados rincones, vestirla regiamente, y, además, divertirla tanto que, hasta el más insaciable de los modernos proletarios quedaría harto de ello: ya los emperadores romanos sabían que, en cuanto fuesen capaces de dar a la masa *"pan y circenses"*, podrían dormir en santa paz. Todo ésto lo hubieran podido hacer si... se hubiese tratado de la población de 1800 o de una que hubiese crecido normalmente. Pero la población mundial que, hasta ahora necesitaba cada vez veinte o treinta mil años para *duplicarse*, desde 1800 se ha algo como *triplicado;* y frente a este descomunal exceso, que, sin una adecuada intervención médico-legal, seguiría ciertamente en el mismo ritmo, hasta el más optimista de los técnicos modernos tenía que rendir las armas, y confesar que no se puede alimentar a la humanidad suficientemente, y menos divertirla.

§ 18 Dos Clases de Revoluciones

Con esto, la crisis de la sobrepoblación entra en la política como una de las causantes de la actual era revolucionaria; pues el hambre es la mejor propagandista de revoluciones populares, y si el hambre es mundial, la revolución debe serlo también. El hambre o, en general, la necesidad, que, como dice el refrán, "hace maestro", es, quizás, el motivo más eficaz para intensificar las actividades humanas, sean ellas buenas o malas, , con esto, él está también tras toda revolución: en las buenas, creadoras y progresistas, esto es, en aquellas que aumentan el *poder productivo* de la humanidad (como sucedió por ejemplo en la revolución agropecuaria del neolítico, o en la revolución industrial del siglo pasado), la necesidad de satisfacer las necesidades de la sociedad despierta el *genio inventivo*, el que entonces salva la dificultad y, al mismo tiempo, hace progresar la cultura. Pero malas y superfluas suelen resultar las revoluciones meramente políticas, en que la desesperación del hombre ha servido a lo sumo para instigar los apetitos egoístas de individuos, partidos o clases. Como ellos no son genios inventivos no pueden tampoco tratar de *aumentar la producción de las riquezas*, sino sólo de *cambiar su distribución*; con que, la comunidad como tal, evidentemente, no gana nada.

Aunque sea seguro que una distribución más adecuada que la actual sería deseable, esto no se logra por revoluciones; pues una larga experiencia ha demostrado que siempre —antes y después de las revoluciones— *la misma clase de hombres*, y eso los más hábiles (y no los más inteligentes, honestos y socialmente útiles), se quedan con la parte del león, como corresponde a la naturaleza humana, que no cambiará por actos de violencia, sino por una mejor comprensión de la verdad innegable de que una distribución *justa* (1) es la mejor garantía para la felicidad de la totalidad y de cada una de sus partes. Debemos hacer lo posible para que tal fausta comprensión se establezca lo más pronto; pero, hasta que esto se logre, tendremos que vivir, probablemente, en un mundo en que la justicia no es perfecta, esto es, no basada exclusivamente en consideraciones sociales. Fuese esto como fuese, en todo caso revoluciones políticas no acortarán el tiempo en que todavía los "hábiles" pueden aprovechar la credulidad de los débiles que no pueden vivir sin dioses, o, si ya no creen en los celestes, sin hombres endiosados. Pues revoluciones políticas no han cambiado jamás algo esencial, sino... sólo la persona del amo.

Estas dos clases de revoluciones, las creadoras y las políticas, se las debe distinguir claramente en principio, si se las quiere juzgar objetivamente según su valor social. A menudo, empero, son mixtas, como lo es en especial la actual. Otra vez pasa la humanidad, a causa de su súbita multiplicación, por una crisis de alimentación, la cual, como antaño en la revolución agrícola, ha despertado, por una parte el genio inventivo, de modo que la producción de comodidades de toda

(1) Como distribución justa no entiendo una que da a cada cual lo que merece, y menos aun una igualitaria (que en este sentido sería, quizás, la más "justa"), sino la más conveniente para el progreso humano; naturalmente que, en atención al momento psicológico de que la sociedad no puede funcionar bien si sus miembros no están contentos, se debe considerar especialmente las necesidades de los débiles, incapaces de ayudarse a sí mismos.

clase ha aumentado unas cien veces desde la Revolución Francesa, pero, por otra ha agudizado, también como antaño, la concupiscencia de los atrasados en tal grado que constituye, como ahora ya casi todos conceden, un peligro para la continuidad de nuestra cultura.

Pues como es sólo natural que, "ceteris paribus", cultos viven mejor que incultos, éstos, que no quieren más que aniquilar a los explotadores ricos y no se preocupan de la cultura que les es incomprensible e inaccesible, en la realización de su propósito tienen que atacar con ineludible necesidad la cultura y, eventualmente, aniquilarla, aunque de ningún modo lo quieran, y aún al contrario, estén convencidos de ser ellos mismos los portadores de una nueva y mejor cultura. Pues los actos más violentos en contra de la cultura se han cometido siempre en nombre de ideales mal comprendidos: los nómades de los primeros tiempos históricos, que asaltaron las sedes de la cultura, estaban convencidos de que la vida sedentaria y ordenada en ciudades era una corrupción de la vida libre del salvaje indómito; los bárbaros que destruyeron la cultura antigua no lo hicieron únicamente para enriquecerse, sino, en parte, también en defensa de su vida bárbara, y porque creyeron realmente que Roma era la "gran prostituta", enemiga del género humano, como la llama el autor del Apocalipsis; y los atrasados de hoy, aunque sea sólo por ser catequizados así, hablan aún directamente de su "nueva cultura revolucionaria y redentora". Estos son los grandes ejemplos clásicos de la historia; pero lo mismo se ha repetido a menudo en todas partes en escala más reducida.

El buen pueblo, con su envidiable ingenuidad, se imaginaba siempre luchar contra la corrupción y por la libertad de poder seguir sus instintos. Era éste un error: el hecho, al cual no se le ha dado la atención que merece, es que, en realidad, las masas, por iniciativa propia nunca se han batido por otra cosa que no sea lo que en Grecia llamaban *tiranía* (pues todos los tiranos han llegado al poder por una sublevación de las masas en contra de la libertad de una ciudad) y que en la jerga moderna llaman dictadura, siéndoles, por lo demás, a las

masas completamente indiferente si el terror fuese rojo, negro o blanco, y si lo dirige un ROBESPIERRE o un STALIN, un SAVONAROLA o un TORQUEMADA, un MUSSOLINI, un HITLER u otro de los muchos dictadores que, repudiados por las clases cultas, pero a pedido de los bajos instintos de la calle y con su aplauso entusiasta, últimamente han surgido en todas partes, como prueba segura del cada vez creciente poder de la calle. Como los pueblos valorizan en el dictador *sólo* al hombre fuerte, a cuya arrogante confianza en sí mismo toman por una expresión de su divina autoridad providencial que les pueda evitar la molestia de pensar, es superfluo, y en el fondo sólo desorientador el querer distinguir varios matices entre las dictaduras Se trata siempre del mismo hombre fuerte (o brutal), quien aquí se llama comunista y allí nazi. Lo mejor sería llamarlo "comunazi", pues ambos son un poco *comu* y un poco *nazi* (el nombre común lo usaba ya en el año 1935, en el prólogo de mi libro "Miseria de la Dialéctica", cuando la política del Soviet todavía no era tan abiertamente nacionalista como lo es hoy; pues la semejanza es patente también en muchos otros respectos). Hoy el más ciego puede ver que todo esto es así, y que las capas bajas, y únicamente ellas, quieren a los dictadores; pues no se puede nombrar a ninguno que no hubiera ascendido con ayuda del proletariado, y no hubiera sido resistido por las capas superiores. Se puede a estas conexiones llamar bueno o malo, mas no se puede negar su existencia, como lo hacen los más de los "demócratas" cuando vociferan contra los dictadores y quieren dar todo el poder al pueblo; pues entonces tendrían únicamente dictaduras..

§ 19 El Exito de los Marxistas

Es verdad que el más grande éxito lo tienen hoy las dictaduras rojas, que, con el conservantismo verbal de creyentes, pretenden todavía inspirarse en el comunismo marxista. Aunque en los primeros días de la revolución rusa la mística veneración de que gozaba el nombre de MARX haya contribuído mucho a la victoria del bolchevismo sobre sus rivales revolucionarios, que eran socialistas de otra índole, la influencia de lo específico en la doctrina marxista era siempre escasa y hoy casi se lo ha olvidado, junto con el nombre del bolcheviques, con que los partidarios de LENIN querían identificarse con los viejos socialdemócratas alemanes, pero que ya hace mucho, apenas se usa. Si se quiere dar a los oligarcas del Kremlin un epíteto especial para designar su matiz dictatorial, hoy en día la palabra apropiada sería más bien nazi (nacionalista y patriotero), siendo el comunismo apenas más que un pretexto, lo que vale aún más para la revolución mundial; pues en ella obran motivos más "humanos" e inmediatos que la hacen más peligrosa de lo que pudiera ser la revolución económica que MARX soñaba más bien como un asunto científico, cuando la elaboró teóricamente en su escritorio. MARX era un pensador original, quizás demasiado filántropo, pero de ningún modo brutal; su mala suerte fué sólo ser un mal psicólogo,

incapaz de representarse cómo el hombre de la calle *silbaría la melodía* que había escrito más bien como *música de cámara* para un círculo de sobrios economistas. En parte, sin embargo, fué su propia culpa el que su obra cayera en manos inadecuadas, pues... él era ambicioso: no le bastaba ser un modesto escritor científico (como tal nadie le hubiera negado sus méritos), sino que él aspiraba al rol de un reformador del mundo. En detrimento suyo y del mundo se le aceptó como tal; su popularidad era enorme, y al lado de DARWIN influía lo más poderosamente sobre el espíritu del siglo. Así cayó él, la primera víctima de su popularidad; y, ante la historia, tiene ahora que asumir la responsabilidad de todo lo que los pueblos han hecho con la obra de su vida.

En efecto, el peligro que significa la actual demagogia comunista para el mundo entero y su cultura es el mayor que jamás haya habido. Pues, mientras, por lo común, los pretendientes populares basaban su propaganda sobre los instintos más bien particulares y regionales (religiosidad del pueblo, odio y envidia a moros y judíos, nacionalismo, xenofobia, etc.), y por eso con su prédica nunca podían traspasar las fronteras de su territorio, los demagogos rojos, con su teoría supermaquiavélica de que en política nada, fuera de la moral, es vergonzoso, osan explotar abierta y directamente la concupiscencia, el instinto básico (1) de la humanidad, que es casi ubicuo y permite así su *aplicación internacional a todos los débiles*. Los débiles en toda la tierra que, con su propia fuerza, no pueden forjar su fortuna, y sintiendo así instintivamente que en una organización basada en la justicia social, que valoriza a cada uno según sus méritos, ellos quedarían siempre a la zaga, se entregan en cuerpo y alma, incondicionalmente, a quienes les prometen que redimirán a todos los que sufren

(1) Concupiscentes a su manera son también los fuertes e inteligentes; pero el objeto es diferente, y la concupiscencia asume en ellos la forma de *neofilia* (afán de saber y de experimentar algo nuevo), y es en esta forma, uno de los instintos más útiles y más adelantadores de la humanidad.

bajo la supremacía de aquellos que, por iniciativa propia, habían logrado levantarse y hacerse respetar, y, quizás aún, temer. Los pobres atrasados de Asia y Africa se vieron ya como herederos de yanquilandia y del common-wealth británico, por evidente que fuera que el tentador quisiera él mismo recoger la herencia. En esto, empero, podría engañarse; pues si Rusia consiguiera su objeto de debilitar al Occidente, en tal grado que éste ya no pudiera contener a Asia, el Imperio de los Zares sería el primero a quien se comerían los conquistadores mongoles.

Con la teoría del marxismo todo esto tiene poco o nada que ver (1), y ella fué mezclada con la *revolución de 1917* sólo porque LENIN —este insuperable técnico de la *táctica* revolucionaria y fundador de la modernísima variación del socialismo, del socialismo específicamente ruso, basado en absolutismo y terror— insistió, durante toda su vida, en ser, a pesar de todo, un marxista. Esto, sin embargo, no es lo esencial; pues LENIN no venció como marxista —al contrario, como tal fracasó y adoptó, después de algunos años caóticos, el Socialismo del Estado, al cual MARX siempre había combatido— sino que él ha vencido únicamente porque, independientemente del valor eventual de sus escritos teóricos, era un político prác-

(1) MARX tuvo todavía la fe del cosmopolita y creía que, en el interés del internacionalismo, las naciones avanzadas tienen el incontestable deber de conducir a las atrasadas, que a su vez tienen el deber de conformarse con esto. Y cuando, en el año 1848, los actuales satélites de Rusia (Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia) levantaron sus aspiraciones nacionales, los trató con soberano desprecio: "¿Qué quieren, escribió, estas pequeñas naciones muertas desde mil años, sin lengua ni cultura propias? — ¿quieren ellas hacer retroceder la historia por un milenio?". Pero por desgracia, justamente esto es lo que los modernos "marxistas" realizarán con su propaganda antiimperialista. Es triste, mas no puede sorprender; ya lo he dicho: ¡*el marxismo* es hoy sólo un pretexto! Aun menos pueden hacer profesión de *fe socialista*; pues visto que el internacionalismo, esto es, el credo de que el interés de la humanidad como tal tiene que orientar todas nuestras acciones, es la base imprescindible sobre la que se podría erigir un verdadero régimen socialista, los rusos —después de renegar de la fe de sus padres socialdemócratas, de

tico, que con rara maestría sabía manejar los instintos y pasiones, no sólo de las masas, sino también de los hombres superiores. El había nacido con lo que los ingleses llaman "leader-ship".

Esta su extraordinaria sabiduría política nos hace comprender su victoria de 1917 en Rusia, donde el viejo régimen había caído, y todo el pueblo estaba en efervescencia febril, esperando a quién entregarse; mas no explica el *súbito recrudecimiento del movimiento revolucionario*, que desde entonces perturba toda la tierra, y ya comienza a despertar, hasta en los más serenos, el temor de que el conflicto actual entre los cultos e incultos pudiera desquiciar el orden y la cultura del mundo. Pues nunca fué la rebelión tan universal y el conflicto tan grave y tan alarmante en toda la historia del hombre, desde que los rebaños animales tomaban la estructura de tribus humanas.

En las páginas anteriores he hablado de los factores psicológicos que acaso han contribuído a hacer posible esta rebelión de las masas; ahora quiero enumerar estos factores otra vez más sintéticamente.

1) *La sistemática educación para acrecentar la concupiscencia de las masas*, la que comenzó en la segunda parte de la Revolución Francesa (BABEUF), y se continuó en todo el siglo pasado. Ya MARX decía que el mayor obstáculo para el progreso humano serían obreros que vivieran felices y con-

---

tildar el cosmopolitismo de pecado en contra de la "línea del Partido", y de renovar el nacionalismo patriotero y paneslavista de sus padres zaristas— ya no tienen el derecho de atribuirse este "epitheton ornans"; y el hecho de que entre ellos el Estado es el único empresario no les da este derecho tampoco, ya que el deseo de monopolizar comercio e industria era, desde los tiempos de los babilonios, el deseo común de todos los gobiernos que querían esclavizar a sus súbditos (léase en Génesis 47, 13-26, la linda historia de cómo JOSE, por monopolización del comercio de cereales, esclavizó a todos los egipcios), y para MARX era este "*Socialismo del Estado*" —propagado en su tiempo por el economista FRIEDRICH LIST, y practicado ahora por los rusos— el enemigo número uno.

tentos; los socialdemócratas alemanes combatían las leyes sociales, por miedo de que ellas contentaran al proletariado y aplacaran su odio; y los comunistas, para agudizar esta propaganda y aplicarla también a pueblos enteros y difundirla entre *todos* los atrasados de la tierra, fundaron la *Liga Antiimperialista.*

2) *Las ideas democráticas,* que, en su consecuente evolución, con necesidad tenían que terminar con entregar el poder a la mayoría, esto es, a las masas. Esta evolución era desde la Revolución Francesa previsible, pues GOETHE la ha previsto (véase mi "GOETHE como Educador Político"), pero fuera de él, casi nadie la previó.

3) *La pusilanimidad y consiguiente debilitación de la clase culta* (como individuos y como pueblos); por un humanismo erróneamente interpretado, ella ha perdido su orgullo cultural y con esto la voluntad de guiar, en caso necesario, también por la fuerza, a los que no saben guiarse a sí mismos. Así abdicaron de sus prerrogativas naturales y olvidaron que "noblesse obligue", y que, por eso, quisiéranlo o no, tenían que ser, como mayores, los tutores de los menores. Con tal grave falta a sus deberes más elementales, no puede sorprender que estos menores (individuos y pueblos) perdieran todo respeto y osaran echar el guante a quienes creían sin fuerza, exigiendo que se les tomara por iguales, y hasta por superiores; pues, si no se les creyera dotados de una sagacidad sobresaliente, la promesa de entregar al proletariado la dictadura del mundo sería el acto de un loco o de un criminal (1). Espe-

(1) MARX no era loco ni criminal; no creía tampoco en la superioridad del proletariado. Sólo que su famosa promesa era lo que, eufemísticamente se llama un "circunloquio": los proletarios tendrían que delegar el poder al partido, y el partido, claro está, era KARL MARX mismo. Así es que, en realidad, soñaba con un papel a lo STALIN, obviamente, con menos sangre y terror — algo así como el rey-filósofo de PLATON. Se debe empero dudar de que hubiera podido realizar tal "pio desiderio", ya que las dictaduras tienen la desagradable particula-

cialmente en la atrasada Rusia, donde, contra toda previsión, todo el alboroto se inició, es evidente que la debilidad de los gobernantes que, vencidos en una guerra aniquiladora, habían perdido todo su poder militar, fué el factor decisivo, sin el cual no hubieran triunfado ni KERENSKI ni LENIN-TROTZSKI.

4) *La renovada adoración de la violencia,* que ya se evidencia claramente en las teorías sociológicas (erróneamente llamadas darwinistas) que ven el sentido de la historia en las luchas raciales (GUMPLOWICZ, RATZENHOFER, etc.), pero que ganó influencia práctica sobre las masas, sobre todo desde que se estableció en el Soviet un poderoso foco subversivo. Pues la sola existencia del Soviet y los éxitos del ejército rojo infundieron ánimo a los atrasados, ya que las masas del mundo entero ven ahora en Rusia la fuerza concreta que las respalda en sus exigencias, y les da la confianza que necesitan para la acción. Este prestigio del Soviet fué singularmente aumentado por la *falta de resolución en el campo de los aliados,* que durante largos años, dejaban a los rusos hacer lo que querían: usar la violencia donde les convenía y tomarse impunemente todos los territorios que apetecían, mientras ellos mismos (los aliados) no tomaban nada y cautelosamente respetaban los derechos de los vencidos. Y esto, naturalmente, se interpretó como tales cosas son interpretadas siempre por el vulgo: que el Occidente, por no atreverse a ser brutal, era débil; que el Oriente, por poder permitirse todo, era todopoderoso, y, lo que es peor, que con esto estaba en su derecho. Pues todavía creen las masas, instintiva y firmemente, en el *"derecho del más fuerte".*

---

ridad de que en ellas, aunque los *proletarios,* como en Rusia, estuviesen privados de todos sus derechos políticos, la influencia de la calle es enorme. Pues, como los dictadores nunca podrán apoyarse en los sectores inteligentes de la población, que siempre tendrán cierto interés en defender su libertad, ellos tienen que adular los instintos de la calle. Con lo que se explica que prácticamente nunca uno de los muchos dictadores que la historia conoce fué un hombre inteligente y moralmente superior; pues... uno tal no adula a la "calle".

"Fuerza y violencia son", como dice FR. SCHILLER, "para los débiles de todos los tiempos, *gigantes y cuasi dioses"*, y así el Soviet, con cada acto brutal, se hizo solamente más gigantesco a los ojos de sus admiradores. Ciertamente STALIN se degradó ante la historia con sacrificar a su ambición hecatombes de los más valiosos bolcheviques; mas a los ojos de los pueblos ganó sólo mayor gloria; pues los pueblos cuentan la gloria según el número de los muertos. Ya en la Biblia leemos que, unos tres mil años ha, fué así: para expresar que DAVID era más merecedor del trono que SAUL, dice (SAMUEL, I. 18, 7): "Y cantaban las mujeres que danzaban y decían: SAUL hirió sus miles, y DAVID sus diez miles". En la historia profana no era, como todos saben, de otro modo, y para ser festejado por el pueblo, no se necesitaba ni siquiera ser rey o caballero: a todos los bandidos que por cierto tiempo lograron escapar a la justicia, se les rodeaba con una aureola de admiración popular. Típicos ejemplos son ROBIN HOOD en Inglaterra, RINALDO RINALDINO en Alemania y STENKA RAZIN en Rusia, todos los cuales viven todavía en el folklore. Especialmente los "románticos" del siglo pasado tenían gran predilección por tales héroes. Hasta en nuestros días se puede observar el comienzo de la formación de tales leyendas con ocasión de los bandidos sicilianos, que los pueblos veneraban en la persona de STALIN sobre todo al criminal, ha recibido entretanto una inesperada confirmación. Pues el anuncio de KHRUSCHEV de abandonar el ídolo muerto y de renunciar para el futuro a métodos criminales, no ha mejorado, como él esperaba, la reputación del Soviet, sino al contrario lo ha perjudicado en las filas del partido —¡los pueblos no quieren dechados de virtud!

§ 20 El Gran Cambio Después de 1914

Los mencionados cuatro factores psicológicos eran, sin embargo, eficaces durante todo el siglo pasado, y producían también cierta tensión que se aliviaba de vez en cuando con estallidos locales, pero en las postrimerías del siglo todo parecía tranquilizarse: la creciente prosperidad general, y en especial la de los obreros, cuya vida comenzó a ser digna de un ser humano y en algunos países hasta buena, transformó, en casi todos los países, con excepción de la atrasada Rusia, a los exaltados partidos revolucionarios más y más en reformistas conciliantes; el mundo vió el futuro con optimismo y esperaba una era de razonable progreso y felicidad. Había en todas partes una atmósfera de seguridad y se confiaba en la justicia y libertad democráticas.

Entonces vino, como un rayo en tiempo sereno, la catástrofe de la guerra del 14. Se había hablado de ella, se la había aun preparado, pero casi nadie había creído de veras que tal "anacronismo" podría realmente suceder. Pero sucedió y, lo que era aun menos de esperar, desde este momento todo el mundo ha cambiado, y tan radicalmente que nadie de los que hoy tienen menos de sesenta años apenas puede imaginarse cómo eran los tiempos felices antes del 14. La paz había desaparecido de la tierra y, con ella, la confianza mutua en-

tre los hombres. También entre las naciones creció la desconfianza: se cerraron las fronteras y se introdujeron de nuevo los pasaportes, ya casi olvidados (yo he viajado por toda la tierra sin tal documento; y si a uno se le ocurría pasar unos días en París o Roma, tenía sólo que tomar el tren). La libertad de viajar —como símbolo de la libertad que gozaba el hombre en general— era irrestringida. Sólo Rusia exigió pasaportes, pero a Rusia se la tomaba en esos tiempos por una inverosímil reminiscencia anacrónica del pasado.

Hoy vivimos en todas partes un poco así como antes en Rusia zarista. Aunque la sensación de la seguridad no haya desaparecido en el Occidente tan completamente como tras la cortina, también del lado de acá los hombres, que una vez se sentían dueños libres de su destino, se sienten ahora aplastados por un inexorable hado, al que desesperan poder cambiar. Naturalmente, esto no vale para todos: hay hombres que se mantienen fuertes, libres y optimistas; pero ellos notan con lástima que son excepciones en este nuevo mundo de resignación a un fatalismo semi-voluntario, que recuerda la Edad Media. También ha aumentado el número de los criminales y de los mentalmente anormales; la moral ha bajado; los modales de la sociedad se han avillanado; los hijos han perdido el respeto a los padres; la familia se disuelve, y, en fin, el mundo, a pesar de todo el progreso técnico, marcha hacia atrás. Lo único bueno es que los hombres apenas lo sienten, porque ignoran lo que era un mundo al menos medianamente feliz, de modo que las condiciones de vida en la irónica utopía de ALDOUS HUXLEY, en que no hay *nada* de verdadera libertad, podían parecer a los españoles tan excelentes a su gusto que creían recomendable cambiar el título "Brave World" (Un Mundo *Valiente*) en... "Un Mundo *Feliz*". Las exigencias que hoy se reclaman con respecto a la libertad son, en efecto, muy reducidas.

¿Por qué ha sobrevenido todo esto tan súbitamente después del glorioso siglo XIX en que la humanidad ha progresado acaso más que en todos los siglos anteriores juntos? — y ¿por qué justamente en este momento? La guerra no era la causa;

ella era sólo el primer síntoma alarmante de lo que estaba para venir —¿por qué entonces?— exteriormente todo parecía bien y el auge inaudito de la ciencia y de la técnica, que casi diariamente regalaba a la humanidad nuevas comodidades, parecía prometer una larga era de progreso, prosperidad y relativa felicidad.

Bueno; en gran parte esto se debe indudablemente a que los hombres no se habían adaptado a la enorme masa de nuevas conquistas que se abalanzaban sobre ellos; ellos habían perdido el contacto con la nueva realidad; no habían podido digerirla socialmente, ni usufructuar de las grandes posibilidades que la técnica les había ofrecido para intercalarlas debidamente en su vida, y crear así el nuevo orden social que ellas exigían. Los hombres no podían comprender este nuevo mundo cuya complejidad los desorientaba, los espantaba y desequilibraba, de modo que se encamaban en sí mismos, y muchos querían volver al buen tiempo del pasado menos complicado; muchos aun hasta a la Edad Media.

Así me expliqué la caída después del siglo glorioso, cuando en 1917 escribí mi "Biología de la Guerra", y creo todavía que, en lo esencial, debía ser así. Pero mirándolo ahora retrospectivamente resulta que también este desacierto frente a la demasía y extrañeza de lo nuevo existía ya hace mucho, al menos desde la segunda mitad del siglo pasado, sin que durante todo este tiempo causara el desconcierto general que hoy pone en tela de juicio la continuidad de la cultura. Debe haber habido una razón especial para que la peripecia, tan inesperada como rápidamente, se haya verificado alrededor de 1914. No se lo puede explicar únicamente por las aludidas causas psicológicas, aunque ellas, evidentemente, hayan preparado el terreno para que la humanidad pudiera cambiar en forma tan espectacular.

Si ahora, con conocimientos de cómo se ha desenvuelto lo que entonces se inició, nos preguntamos otra vez lo qué era la última gota que hizo desbordar en 1914 el vaso lleno, debe llamar nuestra atención la coincidencia, que apenas era casual, de que justamente en aquellos años los peritos del

mundo entero comenzaron a enterarse de algo realmente terrible y que de breve acabaría con todos los sueños de prosperidad continua, esto es, del hecho de que MALTHUS, el calumniado profeta, tenía razón, y que los datos estadísticos no dejaban la más mínima duda que muy pronto la tierra no podría alimentar a su crecida población.

Este anuncio, como todo reconocimiento honesto de la verdad, hubiera podido ser útil, y aun salvador, en cuanto, en un mundo racional debiera conducir a tomar medidas para restituir el equilibrio. Pero las instituciones oficiales, en su ceguera, desmentían la noticia. No podían suprimirla, pues ella cundía en todas partes, aunque no tanto en su forma auténtica de un hecho indiscutible, sino en forma vaga, alterada y contradictoria, rodeada, y en parte reemplazada, por otras noticias fantásticas y alarmistas; de modo que ella no podía aclarar nada, sino al contrario confundía aun más. Sin embargo, los pueblos sabían perfectamente que los muchos niños tenían algo que ver con la miseria: lo prueba el hecho de que en aquellos años se ensayaron en diversos países las primeras huelgas de madres que, sin embargo, fracasaron.

Sucedió como ya los antiguos sabían que sucede en tales casos: el Gran PAN había pasado y levantado su misterioso grito de alarma que los hombres no comprendían, sintiendo sólo que era algo aterrador; y entonces todo era revuelto, barullo y... pánico. Como en el siglo X, cuando también se había anunciado el fin del mundo, se propagaban los más diversos rumores de catástrofes y aniquilación del mundo, o al menos de Europa: algunos contenían un núcleo de verdad, otros eran simplemente extravagantes y caprichosos. El KAISER hablaba del *"peligro amarillo"*, y los autores de libros de "science-fiction" de la *"explosión de la tierra por fuerzas intra-atómicas"*, ya mucho antes de que hubiera la primera bomba atómica, a la que luego se le transfirió la peligrosidad; se hablaba de la degeneración de la raza blanca, y SPENGLER se hizo famoso con anunciar el *"Ocaso del Occidente"*, del cual H. G. WELLS daba una versión más realista en su "War in the Air"; por mucho tiempo estuvieron de moda las ton-

terías que hablaban de los marcianos con sus discos voladores y había aún muchas otras profecías de aniquilación que han logrado celebridad menor (1).

La acumulación de todos estos espantajos, en destacado contraste con las utopías optimistas del tiempo anterior, significó la exteriorización de un presentimiento cuasi-intuitivo de que la humanidad corre un peligro tremendo, presentimiento que se exteriorizaba también en que ahora se comenzó a tomar más en serio el mensaje de R. MALTHUS de hace más de un siglo. Tenemos por eso que añadir como otro factor ayudante a la rebelión de las masas:

5) *La Crisis de la Sobrepoblación*, que impide proveer a las crecientes masas con lo necesario en grado suficiente, las lleva a la desesperación y así las echa en brazos de los agitadores revolucionarios.

En sí la consecuencia natural de que los grandes éxitos de nuestra lucha contra la morbilidad y la mortalidad hacen crecer la población no es un mal, y no hubiera debido nunca llegar a ser una calamidad pública, ya que en el control de los nacimientos se tenía el remedio para contrarrestar el desagradable corolario de una de las más gratas conquistas sociales de nuestro tiempo. Sólo por la mala voluntad de los que se negaron a usar el remedio necesario, se convirtió en un mal que, por la terquedad de los adversarios, asumió tales dimensiones que es ahora el mal central de nuestro tiempo, y, como tal, el factor que al fin fué decisivo para el actual motín de los atrasados.

También hay que considerar que, mientras los otros factores son psicológicos, aquí se trata de un hecho objetivo con consecuencias objetivas, y que en esto consiste, prácticamente, la gravedad del caso.

---

(1) El primer libro que habla de una invasión de los Marcianos no era el de WELLS sino el del kantiano KURD LASSWITZ ("Entre dos Planetas"), que apareció ya en las postrimerías del siglo pasado. Dicho sea de paso que él era también el "inventor" de la *máquina de tiempo*; también aquí WELLS era sólo el segundo inventor.

§ 21 Efecto Político de la Densidad de las Poblaciones

El hecho innegable es que algunos países están, en todo caso relativamente sobrepoblados, pues, como lo muestra la tabla, en la que están anotados los números de habitantes por km² en el año 1953 (¹). Las diferencias son muy grandes:

(¹) El número de habitantes por km² no es barómetro muy exacto para expresar la *densidad efectiva* que ejerce presión y puede eventualmente oponer dificultades. Mejor sería relacionarla con la superficie habitable (la llamada Ecumene), o con la que es apta para la agricultura (la antártida que, por ejemplo, no figura en la tabla, es prácticamente inhabitable, y en ella sería ya *un* habitante por km² demasiado). También para Chile —con sus Andes y con la cordillera de la costa, con su desierto en el norte y sus glaciares en el sur, donde casi únicamente el estrecho valle central es habitable, y donde la falta de lluvia en el verano agrava la agricultura— el número de ocho habitantes por km² evoca la ilusión engañosa de un país vacío que necesitara un aumento de su población. Para compararlo, por ejemplo, con Francia, el número de 40 o aun más, sería más adecuado, pues también el grado de desarrollo de la técnica agropecuaria, la presencia de materias *exportables*, la industrialización del país, etc., deberían considerarse si se quiere conocer la verdadera presión que ejerce la densidad sobre el bienestar del pueblo. Sin embargo, sería muy circunstancioso y además, bastante arbitrario, el calcular así la densidad *efectiva*, mientras el número por km² se determina fácil e inequívocamente, y, si se tienen presentes sus limitaciones, es también bastante instructivo para proporcionarnos una visión total.

con respecto a los continentes, la relación de las densidades va de 1,1 a 80 (1 a 73), y, mientras en cuatro la densidad es menor de la mitad de la densidad mundial (18 por km²), en los otros dos (Asia y Europa) es 2,7 y 4,4 veces mayor; y estos dos, como todos lo saben, son las regiones cuyas dificultades y pendencias perturban ahora al mundo.

Entre los países la diferencia es aun mayor (1 a 414), y es característico que entre los países más poblados se encuentran, fuera de algunas islas y Estados enanos, los países más industrializados, casi todos de Europa. Esto es muy natural, pues únicamente con sus productos industriales de primera calidad y, por eso, necesarios para los demás países, pueden comprar los alimentos que les faltan. También es característico que entre ellos no se encuentran ni Estados Unidos ni la U. R. S. S. que, al contrario, tiene una población muy escasa (20 y 9). Esta escasez junto con su gran extensión, les da un alto grado de autonomía y, con esto, su enorme potencia y, al mismo tiempo, les *garantiza*, si la actual distribución territorial persistiera, el ser los países más ricos de la tierra (lo que en Estados Unidos ya se ha *realizado* y en la U. R. S. S. está sólo *postergado* por la organización inadecuada que los bolcheviques han impuesto al país por excluir la iniciativa individual).

CONTINENTES		*ALGUNOS PAISES, POBLADOS*			
		escasamente		*densamente*	
Tierra	18	Canadá	0,9	Italia	156
Australia	1,1	Kongo	5	Alemania Orient.	161
Sudamérica	6	U.R.S.S.	9	Alemania Occid.	199
Africa	7	Noruega	10	Japón	232
Norteamérica	9	U. S. A.	20	Inglaterra	290
Asia	48	España	56	Holanda	308
Europa	80	Francia	77	Territorio del Sarre	374

Entre estos países sobrepoblados, el caso de Alemania (y también el de Japón y China) es muy instructivo (y el de la India lo sería si ella se hubiera acostumbrado un poco más a su todavía nueva soberanía); pues así se explica, al menos en parte, su actual agresividad, y muestra con un ejemplo concreto, cómo la sobrepoblación conduce a la guerra: las pequeñas naciones no pueden ser mayormente agresivas por falta de poder, y los grandes Estados —U. S. A. y U. R. S. S. gracias a su propio territorio, e Inglaterra gracias a sus colonias— no tienen ningún razón económica para serlo; Norteamérica y el British Commonwealth *no lo son* tampoco, y los rusos *lo son*; no lo son por razones económicas, sino únicamente —lo que no se les podría tomar a mal, aunque fuese objetivamente un error— por su ideología: ellos creen (o creían) en la superioridad del comunismo, y querían por idealismo, agraciar a la humanidad con hacerla comunista, aunque sea contra su voluntad (también las guerras napoleónicas comenzaron bajo la sugestión de que Francia estaba obligada a regalar a las naciones atrasadas los beneficios de la Revolución Francesa). No niego que entre los alemanes hubieran también tales ideas (ellos querían beneficiar al mundo con su "*orden*" y con su "*imperativo categórico*"), pero esto no explica su cambio brusco después de los tiempos de sus grandes humanistas.

Para explicárselo es necesario recordar que Alemania (y también Japón y China) eran entre los países potentes, altamente industrializados y sobrepoblados, los *únicos* que apenas tenían colonias, hacia donde mandar el exceso de su población y desde donde aprovisionarse de los alimentos y las demás materias primas que necesitaban; y las pocas colonias que Alemania y Japón tenían les fueron quitadas. Para colmo, los grandes territorios vacíos (U. S. A. y U. R. S. S.) prohibieron (muy razonablemente desde su punto de vista nacional) la libre inmigración. Los dos países se vieron así más o menos encerrados en sus estrechas fronteras que no permitían la expansión de la cual se sentían capaces. Esta traba se hizo notar doblemente molesta cuando se produjo el súbito aumento de la población mundial en la segunda parte del siglo pasado.

Los alemanes han sido, desde largos siglos, por su cultura, pero especialmente por su actividad y su asiduidad (que se mostraba otra vez en su rápida rehabilitación después de la última guerra perdida) uno de los pueblos más útiles para el progreso de la humanidad. No digo que su situación encerrada les daba el *derecho* de volverse, desde los tiempos de BISMARK y del KAISER, cada vez más agresivos, armar la guerra y tratar por medio de ella de romper sus cadenas, en vez de tratar de lograrlo luchando pacíficamente por una mejor organización del mundo bajo un gobierno internacional, pero *sí* ella *explica* tal intento insensato: ellos tenían que sentirse arrinconados y, por eso, estimulados a recuperar su *"lugar al sol"*, como decían; y que esta sensación subjetiva de estar arrinconado como un oso, que entonces tiene que defenderse en una lucha a muerte, era *objetivamente* una de las razones que sedujeron al pueblo alemán a lanzarse a esta hazaña desesperada, me parece indudable. Semejantes motivos deben haber desempeñado su papel también en Japón y China, aunque no me atrevo a juzgar su psicología asiática que conozco menos que la de los alemanes.

Pero la causa prima de todo estaba en la falta de cabida para un pueblo como consecuencia de la sobrepoblación; y así tenemos aquí un ejemplo clásico para la afirmación de MALTHUS de que la natalidad irrestringida (que el gobierno alemán había aun intencionadamente aumentado), tiene que conducir a guerras (y miserias). Conociendo la causa, deberíamos saber cómo subsanar el mal; lo sabemos también, pero lo lamentable es que, fuera de poder hacerlo con la eugenesia tan impopular y malquista, ni la sobrepoblación ni la miseria general que resulta de ella, se dejan quitar de en medio tan pronto como fuese deseable; probablemente ni siquiera por la calamidad de una guerra atómica a fondo, en contra de cuya aplicación se formularían además serias protestas morales. Así, al menos hasta que se note el efecto de una política demográfica racional, el mundo se ve privado del mejor y quizás único remedio para deshacerse, ya de la amenaza de guerras futuras, ya del peligro comunista; pues sólo si se pudiera dar a todo el

mundo un standard de vida más elevado, se podría esperar que se calmara la actual irritación de las masas mundiales. Que tal medida sería eficaz lo indica la estadística, que demuestra que en los diferentes países, la virulencia del contagio comunista es proporcional a la pobreza del respectivo pueblo, por lo cual los peritos son unísonos en recomendar sociedades contra la pobreza de los atrasados, lo que es más fácilmente dicho que hecho.

No se puede negar que U. S. A., siendo casi el único país del cual se puede todavía decir que tenga algo más que lo estrictamente indispensable, hace lo que puede; pero hay demasiados solicitantes, ya que, cuando se divulgó que se distribuiría dinero a los atrasados, países muy altaneros, que todavía ayer se gloriaban de su cultura y riqueza, pugnan ahora por probar su atraso. En fin, los EE. UU. (con el 5 % del territorio mundial y el 6 % de sus habitantes) no pueden mantener a toda la tierra; pues en tal caso, cada yanqui adulto debería mantener a unos cincuenta atrasados, y esto excede hasta las fuerzas del país más rico (1). Por eso los sabios resolvieron

---

(1) Se repite la vieja anécdota de MEYER ROTHSCHILD con el pobre judío que le pidió ayuda, aduciendo que Dios manda que los ricos compartan su riqueza con los pobres. ROTHSCHILD le daba un Thaler (Dólar), y cuando el mendigo protestaba que esto no era compartir, añadió: es aun más de lo que te corresponde, si yo quisiera compartir con todos los pobres. Aplicándolo numéricamente a U.S.A. y los que hoy son o quieren ser atrasados, resultaría aproximadamente lo siguiente: En Norteamérica viven los obreros unas cinco veces mejor que el promedio de los atrasados, con otras palabras, ellos pueden gastar un dólar cuando los otros pueden gastar veinte cents; y de los atrasados hay en la tierra unas doce veces más. Si se distribuyen las disponibilidades igualmente a todos, un simple cálculo muestra que todos deberían bastarse con 26,5 cents.; esto es, los atrasados no vivirían apenas mejor, pero los americanos vivirían también miserables y no podrían cumplir con su tarea de hacer cultura y de defenderla. Y ¿la moral de la historia? La caridad no sirve, o al menos no sirve más que para aquéllos que no quieren vivir de limosnas sino de su trabajo, y sólo cuando, por un accidente, en el momento no pueden hacerlo, buscan ayuda para restablecerse.

que se debía bastar con ayudar a los respectivos países a desarrollar su propia producción (agrícola e industrial). También esta idea es indudablemente filantrópica y *altruísta*, esto es, contraria a los intereses de los que ayudan, ya que, si el plan tuviese éxito, perderían sus mercados. Además no es economía sana, ya que en una economía sana cada país produce sólo lo que, según sus condiciones geográficas, etc., puede producir mejor, para poder, con lo que así gana, procurarse lo que le falta. La idea no les gustaba tampoco a los atrasados, que esperaban dinero y recibieron una intimidación de trabajar más. Se sentían engañados y se enojaban aun más con los americanos; lo que será siempre el resultado, si se quiere hacer bien a los que no lo merecen. Lamentablemente, con esto, también se empeoró la causa anticomunista, pues, como están las cosas actualmente, quien odia a los yanquis, está ya a medio camino oriental. El otro día me decía un sudamericano, a quien no quiero comprometer: el yanqui es para nosotros un peligro mayor que el comunismo.

Pero supongamos que la idea del aumento de la producción tuviese cierto éxito; ¡sería como una gota en el mar!, pues hoy se sabe con toda seguridad que MALTHUS tenía razón cuando dijo que la población, si no se la controla, crece más rápidamente que la posibilidad de alimentarla. Así por ejemplo, los peritos nos dicen que actualmente en el mundo faltan un 10 % de alimentos, y que se necesitan diez años para suplir este déficit. Suena consoladoramente; sólo que no se debe olvidar que, con el aumento actual de la población mundial, ella será en diez años un 12,2 % más numerosa, de modo que el déficit será aun mayor (en un 11,1 %).

Más dramático y más impresionante resulta el asunto si se mira a un plazo algo más lejano: Si la relación entre natalidad y mortalidad queda como es hoy, y no, como es de temer, empeora aún más, al fin de nuestro siglo (cuando acaso algunos de los pueblos atrasados hubieran logrado satisfacer las necesidades de su población de hoy), habrá por lo menos mil setecientos millones de bocas más que quieren ser

llenadas (esto corresponde a la actual población de América, Europa, Africa, Australia y de la mitad de Asia). Cada experto sabe, y cada profano lo comprenderá, que, con la más refinada técnica, con algas, levaduras y con todo lo que, además, los optimistas han ideado, ésto no puede lograrse en cincuenta años, y que por eso, a pesar de todo el desarrollo que los atrasados alcanzarían en cincuenta años, su hambre y su miseria se habrán sólo acentuado más, con lo que será también mayor su odio contra los cultos... si los hubiera todavía, es decir, si no hubieran desaparecido, ya hace mucho, por la inevitable e irresistible rebelión de las multitudes hambrientas.

Es una perspectiva poco agradable, pero nadie y nada podrá salvar al mundo si no se restringe radicalmente la natalidad o —lo que es la alternativa por cierto aun menos edificante— se aumenta la mortalidad. Pues si ella fuese tan grande como en la Edad Media (cuando la duración promedio de la vida era menor de veinte años), no habría entonces problemas, pero... tampoco cultura. Y de esto no se podría entonces culpar a los comunistas, sino que la responsabilidad caería en los occidentales cultos: ellos tenían a su disposición suficientes datos precisos para saber cómo dirigir racionalmente nuestro destino, y... no lo han hecho.

Se ve que la situación política exige lo mismo que exigen las consideraciones morales; y la eugenesia, esto es, la intervención racional de los principios médicos o biológicos como reguladores y orientadores en el confuso desorden de los acontecimientos, se ofrece como único remedio para nuestro pobre mundo, que, sin eso, parece irremediablemente fuera de quicio y condenado a desjuntarse.

§ 22 La Etica Griega y la Necesidad del Orgullo Cultural

El peligro de que algo semejante acontezca, no debe desestimarse y está aún singularmente aumentado porque cada vez más gentes desesperan (en general por razones morales o estéticas) de que nuestra *cultura científica,* tan altamente desarrollada, pueda remediarlo. Grato es que al menos el mundo comience a comprender que el peligro existe, y que en todas partes se habla de la posibilidad del derrumbamiento de la cultura europea. Pero hablar no basta, hay que *hacer* algo. Pero — helás! — como la mayoría no confía en la *ciencia* y, por eso, no quiere tampoco que algo *razonable* se haga, los atemorizados, que no saben qué hacer, se sujetan a la corriente popular que les parece la vencedora y se resignan con un fatalismo que ya parece oriental: —¡que venga el comunismo, y que venga el gobierno mundial de Asia!

Ambos están en marcha; pues si se hace el cómputo de los países que están ya en manos de la revolución mundial (o, mejor dicho, la revolución asiática, pues Asia es ya hace mucho su representante preponderante), añadiendo aquellos que están en inminente peligro de caer en sus manos, resulta que, en la hora decisiva, la cultura puede contar, con cierta

seguridad, con un cuarto del territorio mundial y un cuarto de sus habitantes. Es evidente que este cuarto de la humanidad frente a esta triple superioridad numérica no se puede defender ni mantener más que por la superioridad de su cultura, y eso, de su cultura *material*; pues de la cultura moral del hombre superior se reirán los bárbaros cuando le tengan atado al poste de los tormentos. Por suerte, a este respecto, la proporción es inversa, pues el Occidente en quien se puede fiar, dispone de una industria unas cuatro veces más potente que la de Oriente.

Esta superioridad técnica junto con una más rica capacidad inventiva garantizaría a los cultos la victoria si Europa tuviese todavía *"den Willen zur Macht"* (la voluntad de que venza la cultura y luego también mande), de la cual habla NIETZSCHE. Pero esta preciosa virtud viril parece, a lo sumo, poder prosperar en el clima de Norteamérica; en los demás países, demasiadas gentes, aunque todavía no estén directamente registradas como carne de cañón para los planes ambiciosos de las dos *"china-towns"* de Peiping y de Moscú (1), están ya en las redes de la resignación fatalista oriental en que los arrogantes orientales las tienen cogidas, paralizando así de antemano toda resistencia. Hay que extirpar lo que es un cuerpo extraño en la carne de Europa activa y, al mismo tiempo, todas estas modernas virtudes *femeninas* que nos han llegado como séquito de la religión asiática, dando a nuestra enervada voluntad de nuevo la olvidada virtud *masculina* de los griegos. Pues ella –la *"andreía"* o la *"areté"*– lleva su nomber de *"anér"* (el hombre masculino, fuerte y firme) y aun de Ares, el dios luchador de las batallas.

---

(1) Kitai Gorod, lo que quiere decir chinatown, es el viejo nombre que lleva todavía hoy el centro de Moscú, como recuerdo del tiempo en que Rusia estuvo bajo el yugo mongol; situación que los kremlistas, que últimamente ya han expresado su admiración al zar IVAN EL TERRIBLE, aparentemente no temen, sino que buscan restablecer.

Esta clase de virtud no cuenta hoy con muchos partidarios, ya que la gente cree que ella es incompatible con un honorable humanitarismo. Esto es ciertamente un error; pues se puede estar seguro que los griegos, que han *creado* la cultura europea en contra de las viejas culturas asiáticas, sabían mejor lo que ella significaba y exigía que sus epigones, cuya orientación está profundamente influída por haber sido educados los europeos, durante más de cincuenta generaciones, exclusiva o, como hoy se dice, totalitariamente, en las doctrinas de una religión asiática. Empero, aun sin la referencia a los griegos, se comprenderá de sí mismo que una humanidad que ha perdido la voluntad –y con esto también la posibilidad– de defenderse virilmente y así, junto con la cultura, salvarse a sí mismo, no es más que una palabra vacía y un sentimentalismo impotente. En tiempos como los que corren, no se debe ser sentimental, sino audaz y valiente; pues ya el viejo HIPOCRATES, célebre por su gracia, que hacía de él de *veras* el primer médico *humano*, ha dicho: "Quae medicamenta non sanant, *ferrum sanat*, quae ferrum non sanat, *ignis* sanat!"

El médico no debe ser sentimental, y el médico de la humanidad, el sociólogo, no lo debe ser tampoco, y menos cuando, como hoy, los males del presente, para que no se propaguen en el futuro en forma peor, necesitan del hierro y del fuego, esto es, que ellos exigen categóricamente las más radicales medidas higiénico-sociales, a las que el moderno HIPOCRATES no puede ni debe sustraerse bajo el pretexto de que ellas no corresponden a la *ética* médica del viejo. Pero muchos, y entre ellos, por increíble que sea, hasta los médicos, están fríamente dispuestos a sacrificar millones de vidas *sanas* y el futuro de la humanidad por añadidura, a fórmulas de una moral que se ha vuelto contraproducente y asocial. Con razón WILLIAM VOGT, en su libro "Road to Survival", en el que discute, desde el punto de vista de la agronomía, la posibilidad de sobrevivir la actual crisis de la alimentación, en la pág 48 les echa en cara su incomprensible hipocresía que quiere matar a los fuertes para salvar a los débiles: "Muchos médicos

—dice— estructurando su ética según la de un médico de hace dos mil años, quien, naturalmente, ignoraba las condiciones del mundo moderno, creen todavía que es su *deber el conservar con vida a tanta gente como les sea posible*, y no ven siquiera cuán gravemente comprometen su *integridad intelectual* con negar a los que saben que un número demasiado grande significaría la miseria para todos y puede conducir a su destrucción total, el *derecho moral* de amoldar, con su mejor conocimiento de los hechos, el viejo código a las necesidades actuales".

§ 23 La Etica Hipocrática y el "Sistema de los Dos Hijos"

El criterio de la ética hipocrática que se había formado en un mundo medio vacío, era en un tal mayormente adecuado, lo que no impide que en un mundo sobrepoblado sea insostenible e... inmoral. Los adversarios de MALTHUS afirman lo contrario y pretenden que fuesen ellos los que defienden lo natural y normal con aceptar a los niños en el número que vengan por la voluntad de Dios, quien, además, hubiera mandado "multiplicarse y henchir la tierra". Muestra esto claramente la incompatibilidad de los criterios: el hombre griego-europeo, con el sentimiento de su responsabilidad que le da su saber, quiere forjar activamente él mismo su suerte, mientras el fatalismo del oriental se sujeta pasivamente a una voluntad ajena.

Mas, sin embargo, importan los hechos; y quien se ocupa de ellos tiene que reconocer que el reproche de que la ciencia haya *disturbado el orden establecido* por dios (o, eventualmente, por la naturaleza) significa una tergiversación de los hechos o, por lo menos, su interpretación en absoluto equivocada, ya que en realidad, justamente la restricción de los nacimientos no quiere más que *restablecer el orden natural* que, desde miles de millones de años, existe en toda la tierra, y que sólo *nuestro siglo está socavando*, bajo el aplauso de igle-

sias, militaristas y anti-malthusianos en general. Pues este orden natural consiste precisamente en la omnipresencia del *sistema de los dos niños* (1) que ellos calumnian tan furiosamente como anormal y atentatorio; pero que, mantenido por la colaboración de muchas correlaciones bastante complejas, gobierna la reproducción en toda la animalidad con una rigurosidad cuasi-matemática; sólo en cortos períodos puede, de vez en cuando, una u otra especie excederse un poco (2), lo que sin embargo, en seguida tiene que compensarse en un período en que ella tiene menos de dos hijos, porque la demasiada multiplicación ha conducido (lo que no puede ser de otro modo) a una falta de alimentos y, con esto, a un aumento de la mortalidad. En seres pequeños que se reproducen rápidamente, como en melolontas o conejos, tales alternaciones de la frecuencia se han observado ya hace mucho, de modo que se habla de años de ratones, etc.

Que esto es en general así lo prueba el hecho de que, a la larga, en todas las especies, el número de individuos queda prácticamente constante, lo que no es posible más que con el sistema de dos hijos; pues, si una especie tuviera en el promedio aún sólo tres que a su vez llegarían a procrear, ya en cien generaciones (lo que conejos podrían lograr en unos

---

(1) Más precisamente se diría: "de dos niños utilizables". Pues no tiene sentido que cada matrimonio tenga dos hijos, sino que la *totalidad de los nacidos disminuída por el número de los que mueren antes de la pubertad* sea, más o menos igual al *doble de todas las mujeres púberes* (el número real de los nacidos depende así del grado de la mortalidad infantil). ¡Además, tampoco aquí, nadie habla de igualdad! —por lo contrario— los sanos deberían tener más hijos, los con taras hereditarias, ninguno.

(2) Si una nueva especie se ha formado, o si una vieja llega a una nueva región donde hasta ahora ha faltado, en el comienzo puede eventualmente (esto es, si encuentra condiciones favorables) multiplicarse más rápidamente, hasta que se haya puesto en equilibrio con su nuevo ambiente. Desde entonces tendrán otra vez sólo dos hijos. Esto sucedió en forma espectacular, p. ej., con el turón en Europa, con los conejos en Portosanto y Australia, y con el gorrión en toda la tierra.

cuarenta años) su número alcanzaría casi a un trillón (3,2.1017) y su masa cubriría toda la tierra en una altura de 2,3 metros; y algo semejante no ha sucedido nunca y evidentemente no puede tampoco suceder.

El sistema de los dos hijos es así para todo lo que vive la ley universal, a que nadie escapa impune: para mantener el equilibrio las mujeres deben de tener en el promedio al menos dos hijos, pero todos los que nacen de más deben de morir antes de la pubertad. Vale por eso la ecuación:

x (nacimientos) $-$ y (muertos) $=$ 2 sobrevivientes

Esta ecuación tiene un número infinito de resoluciones, p. ej.:

1.000.000	nacimientos	—	999 998	muertos	= 2	sobrevivientes
1.000	„	—	998	„	= 2	„
10	„	—	8	„	= 2	„
2	„	—	0	„	= 2	„

Como las hembras en todas las especies producen siempre más de dos hijos (y hasta millones), en la naturaleza todas las relaciones se encuentras realizadas, mas no distribuídas al azar, sino que, en el decurso de la evolución, se muestra un claramente visible trend, y uno que resulta ser racional: en el comienzo cada hembra tuvo millones de descendientes de los cuales, sin embargo, casi todos habían nacido *superfluamente*, ya que todos menos dos tenían que morir antes de haber cumplido con su función normal de procrear. Con el tiempo disminuyó (aunque muy lentamente) el número de nacidos y, con eso, naturalmente, también el de los muertos, aproximándose así el caso ideal ($2 - 0 = 2$), en el cual ya no habría muerto alguno, y todos los nacidos podrían vivir su vida normal y serían utilizables.

Este ideal no se ha logrado todavía; ni siquiera, por razones que en seguida expondré, en el hombre quien, como último eslabón en la serie de los organismos, tendría el mayor derecho de realizarlo, terminar el trend y vivir luego sin el lastre de los millones que anualmente sus mujeres tienen que parir inútil-

mente, tanto más, en cuanto, como veremos, la disminución de las muertes va a la par del creciente desarrollo psíquico de los animales; otro trend que otra vez designa al único ser racional que hay, como favorecido pretendiente para la ecuación: $2 - 0 = 2$.

Estos dos trends justifican ampliamente a la eugenesia; pues ella quiere únicamente ayudarnos con su restricción, para cumplir lo más pronto con éste su cometido natural, con que una vez, aunque sólo en un muy lejano futuro, cumpliría en todo caso, aún sin que intervenga en lo más mínimo la inteligencia humana. La eugenesia no quiere más que continuar el trend de la evolución y *acelerarlo*. Y para hacer esto, tiene indudablemente todo el derecho; pues, con esto, atiende sólo a la *"Voluntad"* de la Natura, que ésta nos ha revelado en los trends. Procediendo así, la eugenesia comprueba que sigue lealmente el camino de la ciencia: — como buena aprendiz de la naturaleza se empeña en aprender de ella para luego usar lo aprendido en provecho de la humanidad entera. Quienquiera que se proponga obstaculizar tal loable propósito, es un enemigo del género humano, sean sus motivos los que sean.

*
**

Veamos ahora en unos ejemplos cómo este desarrollo se presenta en la realidad: en los animales inferiores *debe* de haber numerosísimos nacimientos puesto que ellos, por ejemplo los peces, echan sus huevos simplemente al agua, donde casi todos sirven de alimento a otros peces, se precisa un desove de *millones* de huevos para que dos sobrevivan. Con el tiempo se mejoró el cuidado de la cría, con lo que cada vez bastaban menos hijos para mantener el equilibrio; y en aves y mamíferos el número podía ya reducirse a unas decenas. Pero en los quinientos millones de años, en que esta evolución de los vertebrados se realizó, hubo bastante tiempo para que la fecundidad de las especies pudiera adaptarse a las nuevas condiciones, y el número de los hijos decreció inversamente al cuidado con que se protegió a los jóvenes. Este paralelismo

se interrumpió con la aparición del hombre, quien, con su razón, llegó rápidamente a protegerse a sí mismo y a su progenie incomparablemente mejor que sus antepasados inmediatos. Y en este corto tiempo (millares de años en vez de millones) su fecundidad no podía adaptarse (por que ella no depende, como el cuidado, de su razón, sino que puede sólo cambiar orgánica esto es lentísimamente). Así, el excedente de los nacimientos era en el hombre, ya desde el comienzo, siempre *relativamente* mayor que en ningún otro animal; en efecto, hoy bastarían dos hijos, y tres serían demasiado, pero la fecundidad humana todavía es más o menos igual a la de otros primates. No hay duda de que, con el tiempo, también el hombre se adaptará por *vía natural*, sólo que tendríamos que esperar probablemente millones de años; y como ésto no nos sirve para nada en nuestra calamidad actual, tenemos que adaptarnos, por buenas o por malas, *artificialmente*.

El hombre tenía siempre demasiados niños, pero esto no hizo mayor daño porque, ya desde muy pronto, el hombre tomó prevenciones en contra de su numerosa prole (prohibición del matrimonio entre jóvenes, votos de castidad, castraciones religiosas, infanticidios, abandono a la intemperie de guaguas ([1]) etc.), y, en especial, se "inventó" la guerra, esta institución propiamente humana, ya que ella se ha formado

([1]) El abandono habitual de los niños inoportunos es, evidentemente, del todo equivalente a su matanza; pero en sociedades ya no completamente salvajes, por las mismas razones sentimentales —que motivaron más tarde la quema de heréticos (ya que la Iglesia no quiso comprometer su "aborrecimiento a verter sangre") y que son muy semejantes a las con que hoy se combate a la eugenesia— ya los semibárbaros lograban persuadirse de que el abandono, en que, quien quiere liquidar al niño, no mata directamente, fuese "más humano". Naturalmente, antaño como hoy, lo inverso es verdad. En todo caso, el abandono de niños se encuentra muy frecuentemente en todas las mitologías, lo que indica que fué una vez casi universal; y él se usa todavía hasta en países civilizados como China. Yo mismo he acompañado a un misionero en un pequeño pueblo chino, quien, por la tarde, solía andar por el campo para recoger aquellas guaguas abandonadas que aun no habían muerto para hacer de ellas cristianos.

únicamente entre nosotros, quizás porque tal aniquilamiento de vidas era imprescindible para restablecer el equilibrio que nuestra razón había quebrado. Si hoy presenciamos otra aguda crisis de la sobrepoblación, esto se debe otra vez a nuestra razón, en especial a la *cientificación de la medicina*, la que otra vez ha conducido súbitamente a una incomparablemente mejor protección de la vida humana. Pero esto que podría ser una bendición para la humanidad, puede resultar una maldición, por lo menos si el hombre del siglo XX no se muestra a la altura de sus antepasados salvajes con sus sabias medidas prohibitivas, y si no se introduce racionalmente las correspondientes compensaciones eugenésicas. ¡Por suerte! la crisis ha venido cuando ya sabemos cómo combatirla. Pero esto no es meramente casual: es uno de los secretos de una organización, el que en ella surjan remedios, al menos suficientes para evitar lo peor, al mismo tiempo que las amenazas; lo que, en el fondo, no es más sorprendente que, cuando hubo granadas con más fuerza de percusión, hubo siempre también blindajes con la correspondiente resistencia.

Sería absurdo querer continuar con las reglas de un juego que ya no se juega más; hay que crear un nuevo equilibrio entre la moral y las condiciones de vida; por lo cual los tradicionalistas no necesitan alarmarse; el decálogo quedará mayormente intacto, y, en especial, el respeto a la vida no será disminuído, sino más bien aumentado. Sólo que se interpretará el quinto mandamiento con un criterio más amplio y más elevado: el hombre moderno siente la obligación de respetar no sólo la vida del individuo, sino además la de la sociedad y de la humanidad entera, dando, en caso de que surja un conflicto insoluble entre ambos criterios, preferencia al criterio social. Pues hemos comprendido lo que significaba la palabra de ARISTOTELES de que el hombre es un ζῶον πολιτικόν, "un animal social", que, sólo como tal y, por eso, sólo con una *ética social* puede sobrevivir ("social" se comprende, naturalmente, no en el sentido de una sofisticada teoría económica, sino en su sentido biológico).

§ 24 Transformación de la Moral en el Ejemplo de la Alimentación

Todavía hay muchos – y entre ellos, naturalmente, todos los que toman la moral humana por un don divino – que rotundamente niegan la posibilidad de una ética biológica, ya que, como ellos con cierta razón dicen, sólo una de origen sobrenatural podría ser eterna e inmutable, lo que, como sin razón dicen, fuese imprescindible para una moral que les sería aceptable como decente. Al contrario, la moral no puede siquiera ser eterna, ya que tiene que ser *adecuada para la época;* además, si fuese eterna, no podría desarrollarse y nosotros seríamos todavía caníbales.

Se podría objetar que justamente la moral biológica, y lo mismo el derecho natural (el "Jus Naturale" que los mismos filósofos de todos los tiempos – ya en la antigüedad, aún en la Edad Media y, sobre todo, desde el Renacimiento – han buscado tan afanosamente) por derivarse ambos, más o menos directamente de la naturaleza reclamara vigencia eterna.

Esto es, indudablemente, hasta cierto grado así; mas sólo *negativamente*, en cuanto es obvio que de todas las muchas morales que, fuera de las ya usadas, los hombres podrían aún eventualmente idearse, antes de que el género desaparezca, son siquiera discutibles sólo aquellas que están conformes, o al

menos, son compatibles con los, por su naturaleza, inalterables y *eternos principios de la vida* y de la convivencia entre seres gregarios. Ya hemos visto que la más bien instintiva moral del pueblo suele corresponder más o menos a este postulado mínimo, y que únicamente las extravagantes y sentimentales argucias de una teología y filosofía divorciadas de la realidad, están a menudo en pugna abierta con las condiciones de la vida.

Las disposiciones *positivas* pueden ser muy variadas, y deben serlo según lo que los pueblos, en las sucesivas épocas de su desarrollo, se proponen, ya que la necesaria coincidencia entre moral y vida se la puede lograr de muy diferente modo e, históricamente, las sucesivas morales se distinguen principalmente, por aprobar métodos cada vez más racionales para satisfacer las *mismas* exigencias de la vida; pues lo que aún haga la mayoría de una sociedad forzada por la *necesidad*, siempre lo tomará, gracias a su inevitable presunción humana por sumamente moral.

Expliquémoslo en un ejemplo: la exigencia más fundamental de la vida es el procurarse los necesarios medios de subsistencia. Ahora bien, en la naturaleza los organismos se han desarrollado, por mutua adaptación automática, en tal forma que, normalmente, cada especie puede comer bastante: los herbívoros encuentran su hierba, y los rapaces su presa; los grandes se comen a los pequeños y son comidos por los aún mayores, etc. Todo está en orden, y se llama a este estado el *equilibrio del mundo orgánico;* pero se lo podría también llamar *su moral*, ya que los hombres lo llamarían así, cuando creyesen haberlo logrado voluntariamente por su propio esfuerzo. Por mucho tiempo han creído además que tal sintonía de todo con todo en nuestro mundo se debiese a la intención moral de un dios benévolo y aún... especialmente filántropo.

A veces, sin embargo, a consecuencia de accidentes como sequías o heladas, se rompe el equilibrio y hay escasez de alimentos. Entonces los animales, que obedecen pasivamente a sus instintos, que, a su vez, no están preparados para casos excepcionales, no tienen apenas recurso, y no les queda sino

morirse, aunque algunos pocos, en tal ocasión, ya suelen comerse a sus congéneres y sobre todo a su cría. Lo hacen por hambre y no por virtud; pero, si fuesen conscientes de lo que hacen y tuviesen un concepto de moral, con toda seguridad llamarían, ya a su morir de hambre, ya al comer a su cría, acciones morales, como lo hacen nuestros caníbales que hasta pretenden hacerlo por razones religiosas.

Pero entre los hombres, que ya eran conscientes y podían buscar escapadas artificiales, lo que antes era excepción, se hizo costumbre universal: cuando en una tribu salvaje (o aún mucho más tarde en un buque) no había nada que comer, a los ya avisados se les ocurrió como lo más indicado usar como alimento a una parte del grupo, en lo posible los menos valiosos, los niños, viejos y débiles (eugenesia cruda y brutal). Y a esto llamaban ahora realmente moral y estaban tan convencidos de su moralidad que casi todos los pueblos lo incluyeron, como sacrificio humano, en su *rito religioso*, con que continuaron más tarde, aunque no hubiera hambruna. Objetivamente, del punto de vista de la sociedad y de las leyes de la vida, no se puede ni siquiera tomar a mal a estos pobres salvajes que consideraban a su método como moral; pues sin proceder así todos hubieran muerto, mientras, con el sacrificio de algunos, podían, eventualmente, salvar la continuidad de su sociedad. Todavía hoy, si el general, para salvar el ejército, manda una compañía hacia una muerte segura, él y sus jefes lo llaman "moral militar".

Más tarde, cuando la gente era ya un poco menos salvaje, pero todavía no había llegado el período que los sociólogos designan como bárbaro, ella daba también con otras ocurrencias menos mortíferas (sin que por eso dejaran completamente los métodos aprobados en la fase anterior, los que ahora, como suele suceder con costumbres anticuadas, se habían petrificado en ritos religiosos). Se les ocurrió, p. ej., la idea bastante buena y relativamente racional de *trabajar* (en agricultura y ganadería), procurarse con este método, mucho más eficaz que caza y recolección, un excedente de alimentos y guardarlo como reserva para tiempos de escasez. Ahora el canibalismo,

aunque se lo practicaba todavía, ya no era virtud suprema; y vino el día en que trabajo y asiduidad, economía y previsión recibieron tal predicado; cual gran sabiduría depositaban en la mundialmente famosa fábula de la hormiga y del saltamontes.

Todavía hoy todos los niños tienen que leer esta fábula que se tomaba por sumamente moralizadora, aunque en el fondo no se debería permitir la lectura, ya que entretanto había cambiado la moral oficial otra vez, y la hormiga que, con no ayudar al pobre saltamontes, había probado carecer del ahora imprescindible amor al prójimo, ya no representaba el símbolo de la moral suprema sino que no era más que una criatura egoísta al estilo antiguo, aunque en realidad, naturalmente, ni hormigas ni hombres habían cambiado esencialmente su comportamiento moral; pues, ya lo he dicho, siempre quedan bastantes residuos anacrónicos de las fases anteriores, y el egoísmo previsor se practica y... se estima hoy como antes; de modo que el recomendar la vieja fábula es sólo un grato resto de sinceridad.

El hecho, empero, es que hace muchos miles de años el mundo creía haberse enterado de que, para que la sociedad *subsista,* no basta sólo el cuidarse a sí mismo, sino también a los demás que también quieren y deben comer. Y, cuando los hombres comprendieron esto y, con ello, *la necesidad* de cuidar de los otros, perdieron su fe en que únicamente el trabajo (la actividad) ennoblezca al hombre y, según su costumbre de hacer de la necesidad una virtud, proclamaban como suma moral el *amor al prójimo* (lo que de ningún modo es idéntico con el *amor a la comunidad,* que en la realidad le substituía).

Mientras el amor al prójimo (esto es a todos los seres humanos *individualmente* considerados), a pesar de ser predicado extensamente por todas las iglesias cristianas, nunca se ha anidado en la mentalidad de los hombres como un sentimiento intuitivo y, por eso, tampoco pudo ejercer mayor efecto en el decurso de la historia, el amor a la comunidad, él sí, fué y es de importancia enorme para los grandes sucesos universales. Pero... él tampoco quedó inalterado: con la creciente

civilización y, sobre todo, con el creciente poder de la técnica que, achicando la tierra, permitió la formación de cada vez mayores entidades afectivamente reunidas, en que una activa y efectiva ayuda mutua era posible, él ha cambiado, en las sucesivas fases, varias veces su contenido: en un principio abarcaba la familia, luego al clan, la ciudad, el estado local, y hoy la nación, comenzando sin embargo a extenderse ya a federaciones, sobre todo, si son ideológicas como hace poco las religiosas y hoy las políticas (de Europa y de Asia), y una vez (esperámoslo al menos) incluirá toda la humanidad que habrá comprendido que, sin fusionarse en una mancomunidad insoluble, no puede cumplir con su misión de dar a todo el mundo lo suficiente de comer y vivir en una forma digna de seres racionales. Así el amor a la comunidad ha pasado por diversas fases, y en cada una de ellas se condenó el amor de la fase anterior como antipatriótico *egoísmo colectivo,* y el de la fase siguiente como aún más antipatriótica afectación de ilusos. Pero, como los tres patriotismos — el del pasado, el del presente y el del futuro —coexistían siempre y tenían cada uno apasionados partidarios, esto tenía que conducir a continuas guerras y revoluciones que eran tanto más infructosas, en cuanto los que luchaban por la nueva fase (los únicos que eventualmente tenían el derecho de luchar), por no *saber* cómo era el futuro, estaban siempre divididos y, por eso, eran impotentes. Por fortuna! la totalidad de la humanidad constituye un límite infranqueable, y si por eso el mundo haya una vez llegado al *patriotismo mundial,* al menos *estas luchas* tienen que cesar.

El amor al prójimo que, como fenómeno aislado y como acentuación consciente del instinto social en ciertos individuos privilegiados, debe haber existido siempre, es, como doctrina religiosa, relativamente joven, pero significativo para todo el segundo período de la fase religiosa que, lo que es muy curioso e instructivo, en todo el viejo mundo se inició al mismo tiempo, en el siglo VI a C., cuando en Grecia XENOPHANES inventó el *único* y esférico dios, pues síncrono con él, vivían en China LAOTZE y CONFUTSE, en India BUDA, y en Judea el llamado PSEUDO-JESAIAS, todos los cuales combatieron las reli-

giones populares y politeístas y predicaban, el mismo tiempo, el amor al prójimo. Esta coincidencia temporal indica que ya en esta época remota había una notable correlación cultural en todo el viejo mundo. Poco después, con el invento de las ideas eternas por PLATON se preparaba también el terreno para la venidera era cristiana; pues el Occidente, gracias a la altura de su cultura (griega), resistió por cierto tiempo a la ola asiática. La nueva orientación relegaba a segundo plano a las ingenuas, pero más realistas, religiones populares, que ahora eran reemplazadas por abstractas construcciones teológico-filosóficas, las que luego se consolidaron en las cuatro religiones mundiales (taoismo, confucianismo, budismo y cristianismo) que otra vez eran populares (aunque ya no sobre una base intuitiva, sino sobre una doctrinaria) y en que bien pronto reaparecieron también las viejas formas divinas del pueblo. Sin embargo, en todas las cuatro quedó, como residuo de la intervención filosófica, la doctrina del amor al prójimo, que los pueblos, por propia iniciativa no hubieran incluído jamás, ya que no la sentían como fuerza activa y determinadora de sus acciones, y no la sienten todavía hoy, salvo en pequeñas minorías selectas (1).

(1) Especialmente en las religiones asiáticas las ideas de los fundadores se han perdido casi completamente, y los pueblos han vuelto a un politeísmo muy numeroso y a las supersticiones más primitivas.

§ 25 El Amor a los Débiles y la Reacción de NIETZSCHE

Aunque así este amor al prójimo en la práctica haya tenido que fallar, él no ha dejado de gobernar, teóricamente, todavía las actividades de los hombres: de veras casi nadie siente el deseo de ayudar a *todos* sus prójimos y, en realidad, se ayuda a lo sumo a sus connacionales y correligionarios (como en la fase anterior); pero así todos opinan, y sea aún sólo por sugestión, que fuese su *deber* de sentir así; y éste, en realidad no sentido sentimiento (que, como tal apenas puede ser más que sentimentalidad) impone al segundo período de la fase religiosa su sello característico. Por mala suerte, nadie comprendió la práctica sabiduría de ZOROASTRO, quien, en la Flauta Mágica de MOZART (que además de su valor musical, es también notable como obra del Esclarecimiento) dice a Tamino: "no quiero compelerte al amor"; pues esto es imposible, como WIELAND ya había dicho veinte años antes. Se puede forzar palabras, mas no sentimientos. Tratar de hacerlo a pesar de todo, es peligroso y cuando, en tiempos modernos, el contraste entre doctrina y práctica se hizo más y más consciente, ha sólo conducido a angustia y sentimientos de culpabilidad. Como aún así los contemporáneos no quieren molestarse personalmente, se alivian con votar *"leyes sociales"*, cargando así al Estado con la ayuda. Esto es, y era sobre todo, indudablemente bueno y aún necesario, sólo que no se lo

debería exagerar para que no degenerara en lo que hoy se conoce como *"política obrerista"*, y ella no es buena sino *demagogia anticultural;* pues el proletariado no es la única clase que hay que tener en cuenta, y ni siquiera la más valiosa ni la más importante en y para la sociedad.

Pero el proletariado (a que comprendo aquí como la masa de los trabajadores manuales) forma la clase más numerosa, que así, si fuese unida, en una organización democrática, podría, por sí sola, llevar el timón de la legislación, y puede, lo que en la práctica tal vez aún más importa, ya hoy, con su voto, ser decisiva para la elección de diputados, senadores y... dictadores (!). En todo caso, el proletariado es hoy el gallito de la política mundial: casi en todas partes todos los partidos lo adulan y alientan de esperanzas *irrealizables*; pues en ninguna sociedad el obrero manual gobernará jamás: el proletariado puede una vez desaparecer, transformándose sus miembros en trabajadores mentales (lo que sería satisfactorio y es posible desde que las máquinas pueden cargarse con el rudo trabajo); pero, en tanto que hay obreros manuales, en toda sociedad estarán, y deben estar, en posición subalterna; pues es el espíritu el que tiene que conducir.

Pero tales consideraciones son hoy más bien inoportunas: todo el mundo se hace el desentendido y ve un ogro desalmado en quien "no tiene corazón" por la gente humilde! —¡como si hubiera todavía gente humilde!—. Casi parece que se quiere, ya aquí en la tierra, hacer de los últimos los primeros, lo que JESUS, prudentemente, dejó prometido sólo para el cielo. Pues en muchos países viven los obreros ya mejor que los maestros y otros intelectuales, lo que significa un intolerable trastorno de la jerarquía de los valores humanos y ha conducido a que muchos ya no quieran reconocer valores de ninguna clase, tomando a la humanidad por una masa uniforme en que no hay superiores ni inferiores, sino sólo iguales con los mismos derechos (de los mismos deberes no se suele hablar). Es decir, se ve a la humanidad, como estábamos acostumbrados a ver a un rebaño de ovejas, que en realidad tampoco son iguales, ni siquiera intelectualmente, aunque a este respecto sus dife-

rencias sean mínimas en comparación con las entre hombres.

Que tal igualación y desconsideración de los valores a que nuestra especie debe su grandeza, es mala e incompatible con la esperanza de progresar, que ella debe conducir a una proletarización de la sociedad, a un desprestigio y luego a un descenso de cultura y civilización y, al fin, a la destrucción y a la caída de la humanidad hacia el nivel de salvajes, los comprensivos observadores comprenden cada vez más y ven también, siguiendo en esto a NIETZSCHE, quien primero levantó el grito de alarma, de que la culpa fuese, en gran parte, de nuestra moral tradicional y sentimental, que no quiere adaptarse a la realidad de las condiciones actuales; y que hay que robustecer y vigorizar (dándole un poco más de virilidad). Se tenía que reconocer que con amor al prójimo y con altruísmo y filantropismo, aun en el caso de que ellos estuviesen vivos en la mayoría de los hombres, no se salva a la sociedad; ya que, queriendo ayudar a todos igualmente, se ayuda en efecto sólo a los débiles y estúpidos que, sin ayuda, no pueden vivir; mientras se perjudica a los fuertes e inteligentes, que no necesitan y ni siquiera quieren que se los apadrine, pero ahora están en peligro de ser aplastados por la masa de los mimados mediocres, artificialmente cebados. Es natural y normal tener compasión de los débiles; pero la voz del corazón es raras veces un buen consejero, y si se la sigue sin discriminación y sin consultarse con la cabeza, se cría, en nuestro caso, mediocridad a costa del valor, y se pierde así al género.

NIETZSCHE era a este respecto radical y, despiadadamente, aconseja a "empujar a quien cae, en vez de sostenerle". Pero, ¡por fortuna! ya no precisamos de tales medidas heroicas; pues con la eugenesia, aunque ella misma sea una parte de la nueva moral viril, se logrará el aumento de los valiosos sin brutalidad alguna Sea esto como sea, es imperioso contener, en una u otra forma, la ola de mediocridad que, favorecida por nuestro tiempo mecanizado, nos amenaza con hundirnos. Para hacerlo, no necesitamos olvidar la compasión que nos hará hacerlo, en lo posible, sin causar sufrimientos, pero que no puede dispensarnos de la obligación de escudri-

ñar, cómo, en cada caso, nuestra ayuda a individuos repercutirá en la totalidad del organismo social.

Con estas ideas que, aunque sean todavía esporádicas, se encuentran cada vez más en la moderna literatura, se prepara otra vez más un cambio de nuestra moral: ¡comenzamos a comprender que no podemos efectivamente ayudar a nuestros prójimos –y especialmente no a la totalidad de ellos– más que haciéndolo *razonablemente!*, y con esto se comprenderá también que *nuestra suprema moral*, esto es, la mejor pauta para hacerse un miembro útil en la humanidad, consiste en seguir *no* a nuestros sentimientos, por excelentes que sean (en general suelen ser descaminadores), sino *únicamente a nuestra razón* que, con antelación, puede juzgar lo que ocasionará con sus medidas.

Estamos muy lejos del salvaje quien, obedeciendo a su instinto de autoconservación, discurre cómo asegurar su sustento mejor. Por muchas etapas hemos llegado al hombre comprensivo que piensa en ayudar a la comunidad de todos sus hermanos. Eran muy diferentes métodos que, en este camino, nuestros antepasados europeos encontraban y que tenían que aceptar y han aceptado. En otros continentes se encontró aún otros; pero todos servían igualmente, aunque tal vez no igualmente bien, a satisfacer la misma necesidad biológica de alimentarse y, cuando el pueblo vió que, para este efecto, resultaban ser útiles, los llamó –por decirlo así, como signo de su aprobación– morales. Y si hoy, con razón criticamos muchos procedimientos del pasado como falsos y aún inmorales, no lo hacemos por ser más morales (lo que apenas somos) sino por tener una más potente razón, y ver correlaciones y necesidades que los salvajes no podían ver, porque no sabían bastante de biología.

Hoy nuestros conocimientos biológicos son más vastos; pero la nueva moral del futuro saldrá, como todas las anteriores, de una *Crisis de la Alimentación*. El saber ha aumentado; pero los motivos humanos para aplicarlo son los de siempre.

§ 26 La Moral Biológica y el Derecho Natural

Esto se puede generalizar: los hombres tratarán siempre de *arreglar los asuntos de la vida según el grado de su comprensión,* de tal modo que puedan vivir lo más cómodamente; y las costumbres que así habían elegido por razón y utilitarismo, llamarán su moral, palabra que, derivándose del latino *"mores"* (costumbres) significaba originalmente *"conforme con las costumbres"*. Dándole su nuevo sentido ético, el pueblo sólo añadió que valorizaba todas sus costumbres, como si fuesen como exteriorización de su propia acción, benemeritorias. Esto –lo mismo el atribuir a su dios de haber dicho, cuando miraba a las jornadas de su creación, que lo encontrara todo muy bien– no es hipocresía sino, simplemente, presunción, la que es sólo natural en un ser racional que, por ser consciente de lo que hace, *tiene que haber comprobado* también todo lo que hace. Esto no es siempre enteramente justo (y de ahí las morales equivocadas); pero a menudo y justamente en este caso, el pueblo tiene hasta cierto grado razón con su presunción; pues, como un acto directamente antibiológico nunca puede ser útil y por eso tampoco será llamado moral, todo lo que hombres no doctrinados han una vez llamado moral, estaba, de un modo u otro, vinculado con las leyes y condiciones de la vida. El error vino únicamente cuando se buscó su moral por especulación.

Así, hablar de una moral biológica no es arbitrario sino

hasta demostrable como una realidad biológica; ya que toda moral que una vez se aceptó, tiene su origen en el deseo de satisfacer una (bien o mal comprendida) *necesidad biológica.* Para la necesidad de alimentarse lo hemos visto; pero lo mismo vale para toda necesidad biológica, y el eventual progreso de la moral no se hace por razones morales sino por mejor comprensión de las relaciones biológicas y de otras condiciones que determinan nuestra vida en la tierra. Si se quiere describir, muy sumariamente este progreso, en una fórmula sucinta, se puede decir que él se debe a la creciente comprensión de que para quien vive en una sociedad, la *propia felicidad depende de la felicidad de los demás*, verdad, para la cual puede servir como testigo clásico ROBERT OWEN, cuando de hecho comprueba que su fábrica gana más si los obreros ganan más y viven mejor. Esto era egoísmo, pero era también comprensión de las correlaciones y, con esto, también... moral biológica.

Hemos visto que todo lo que los hombres creyeron que ayudaba a la vida, en nuestro caso especialmente a la alimentación, lo llamaron moral; y se puede añadir que todo lo que perjudicaba a la vida, así p. ej., la destrucción de alimentos, era conceptuado como inmoral, como lo muestra la vieja leyenda según la cual Vineta, un rico centro comercial en el Báltico, fué hundido en el mar, porque sus mercaderes, por lucro y para aumentar el precio del pan, habían hundido dos buques con cereales.

Así es con todo y lo será siempre así: lo que sirve a la vida de la humanidad es moral, y lo que la destruye o perjudica, es inmoral; con que la moral biológica es la verdadera, única, explicativa y... *eterna* base de la moral humana, y nos da la pauta según la cual debemos de decidir lo que para nosotros debe ser moral y lo que no lo debe ser. Pero al mismo tiempo se ve que ella no es eterna en el sentido de las morales religiosas en que, por ser impuestas por un dios omnisciente, ninguno de sus especificados mandamientos puede ni debe cambiarse jamás; mientras que la eternidad de la moral biológica se refiere sólo al estar siempre de acuerdo con los

principios inalterables de la vida como ella en el momento se presenta. Con esto no sólo permite el cambio sino lo exige; pues, como la vida y sus condiciones evolucionan, la moral de la vida, que consiste, justamente, en la adaptación a estas cada vez nuevas condiciones, *tiene* que evolucionar parejas con ella. Como la vida misma la moral biológica no puede ser nunca estacionaria, ya que, en el fondo, ella no representa más que la cada vez vez mejor comprensión de arreglarse con la vida para cumplir con nuestra misión de perfeccionarnos como totalidad y como individuos. Si quedara estacionaria, mientras la vida avanza, ya no podría servir a la comunidad y, así, dejaría de ser moral.

También el camino en que hay que lograr esta finalidad, nos está prescripto y consiste en la obligación ineludible de desarrollar nuestra razón para poder, con su ayuda, adaptarnos cada vez más íntima y más rápidamente a las condiciones exteriores de la vida que, gracias a la misma razón cada vez más potente, en el futuro cambiarán aún con mayor velocidad de lo que lo han hecho en el siglo XIX.

Ya ARISTOTELES prueba que sabía algo de esto y presuponía la existencia de una moral biológica, cuando llama al hombre animal social. Pues con esto no dice únicamente que el hombre vive y tiene que vivir en sociedad, sino también que debe de cargar con la responsabilidad que tal situación lleva consigo, esto es, que no adopte una moral meramente individualista (lo que en sí para todo animal, y también para el hombre sería lo natural), sino una que esté, además, conforme con las necesidades de una sociedad. Ciertamente, satisfacer en su moral, amén de las necesidades que reclama el individuo (y sobre todo el humano), también las de la sociedad, no es fácil; pero esta es la tarea específica que el hombre tiene que proponerse, en que tiene que vencer, si quiere cumplir con su misión, y en que puede mostrar si es de veras el "ser racional" que él se cree, superior al animal, para el cual no hay problema, ya que se adapta a todo automáticamente por instintos.

Ya de principio es evidente que moral (comportamiento

social) ni entre animales, ni entre hombres, puede nacer más que en una sociedad; pues a quien vive aislado, ninguna consideración a otros seres (sin la cual no hay moral) le impide seguir con su inalterado y exclusivo egoísmo innato. Nadie puede, por eso, llegar a ser moral, si no vive en sociedad, y no ha adquirido primeramente sentimientos sociales; y si ARISTOLELES declara que el hombre es un ser social por *naturaleza y origen* (lo que es realmente así, ya que ha heredado su calidad social de sus antepasados), dice también que el hombre, como lo hacen todos los animales gregarios que, por diferente que sea el grado de su desarrollo, siguen en su comportamiento todos a los mismos principios básicos, saque su moral de su propia naturaleza gregaria (esto es de su organización biológica), mas no de especulaciones metafísicas de filósofos moralistas.

Pero, aunque la pauta nos sea prescrita, el hombre consciente no puede hacerlo a la manera del animal instintivo. Esta diferencia la conoció muy bien el estagirita y llama por eso al hombre "órgano poiós", es decir, capaz de elaborar él mismo sus instrumentos, sus medidas auxiliares con que opera, con lo que indica en qué la moral humana debe de distinguirse de la animal: ella no puede ser pasiva sino que el hombre órgano poiós debe creársela con sus propios medios que, en este caso, obviamente, no pueden ser más que su cerebro y su razón. Con estas premisas y conociendo además, por el estudio de la naturaleza, las imprescindibles condiciones de una sociedad en general y, por otra parte, las condiciones de nuestra propia organización biológica, y especialmente las de su calidad psicológica, hay que buscar la moral que, reuniendo nuestra existencia con el mundo exterior en una unidad armoniosa, permitiría al hombre estructurar su sociedad él mismo, como conviene a un ser órgano-poiós.

Por evidentes que sean estas conclusiones, ni ARISTOTELES ni sus sucesores podían liberarse completamente de la idea ingenua y antropocéntrica de que nuestra moral, como parte de nuestra tan extraordinaria alma, fuese ella misma algo tan extraordinario, que no pudiera haber crecido de una raíz

terrestre, sino precisaría una base metafísica, como el pueblo, PLATON y la academia al unísono afirmaban; con que, naturalmente, su derivación de las leyes naturales, que son las mismas para todo lo que vive, estaba tildado de herejía, y visto que nadie quiso cometer tal pecado no se les ocurrió siquiera que, acaso, la *verdadera* moral natural fuese la misma y con las mismas reglas para hombres y animales, y que sólo la *motivación* fuese en ambos casos diferentes, en cuanto que en los animales las reglas de su conducta se han formado inconsciente e *instintivamente*, esto es, directamente por la naturaleza, mientras que en la humanidad, por haber ella perdido sus instintos sociales y con ellos la verdadera ética de la vida, habría que *reconstruirla conscientemente*. Es verdad que esta moral humana, aunque su contenido no sea otro, por ser consciente, tiene para nosotros una nueva significación, otro valor ético diríamos, ya que nosotros atribuímos valor ético sólo a actitudes conscientes y desde el punto de vista humano lo hacemos con toda razón, pero objetivamente hay que decir que, como lo muestra un examen comparativo de sus conductas, nuestra moral resulta inferior.

El malentendido se debe, como muy a menudo, a una confusión verbal, usando la misma palabra en diferente sentido, esto es, como *forma* o como *contenido*: como ética se comprende, por una parte, una regla objetiva o, respectivamente, una acción que se cumple visiblemente en tiempo y espacio, y, por otra, un sentimiento o motivo que, escapando a la observación exterior, es reconocible sólo a la conciencia de quien obedece al motivo. Si una abeja se sacrifica por su colmena, y un hombre por la humanidad, es objetivamente el mismo acto, pero subjetivamente son cosas totalmente diferentes: la abeja *no* actúa éticamente (en el sentido humano), no puede hacerlo, ya que, no conociendo el nexo causal y así ignorando las consecuencias de su acción, no cabe siquiera que está sacrificándose, con lo que su acción, que poetas han llamado *"abnegación heroica"*, carece de todo valor ético, aun de toda significación ética, y se reduce a un reflejo, como en nosotros el parpadear si algo se acerca al ojo.

Hombres actúan a veces también como animales, por ejemplo, los soldados que, insensibilizados pasajeramente por el alcohol y así embrutecidos y reducidos a un estado animal, se lanzan contra una batería enemiga con el mismo *"desdén a la muerte"* que muestra la abeja. Pero el verdadero hombre que, por darse cuenta de las consecuencias de sus acciones, sabe a qué peligro se expone, y a pesar de esto va hacia adelante, muestra una verdadera, esto es, una *consciente "abnegación heroica"*. Su acción puede ser objetivamente ética o no, es decir, útil para la humanidad o no —esto depende de las circunstancias objetivas en cada caso—, pero siempre, ya que él obedece a su ley moral, será una acción moral, y tanto más moral cuanto más claramente *el actor sabe* lo que arriesga. Sin embargo, la diferencia existe únicamente en la valoración subjetiva; objetivamente obedecen todos a invariables leyes de la naturaleza: la abeja a su instinto, el soldado embriagado a la desconexión de los centros corticales por el alcohol y el hombre superior a la configuración de su cerebro, ya adaptado a las necesidades de una sociedad de seres racionales.

Esta diferencia respecto a la moral entre animales que no saben y el hombre que sabe, es el punto más profundo, pero hasta hoy no bastante reconocido, para comprender lo que es el principio en que se fundamenta la moral *humana*: el hombre es y puede ser moral en un sentido humano únicamente porque como ser racional conoce las consecuencias de su acción. Sin saber (ciencia), hasta la idea de una moral (en el sentido humano) es inconcebible, de lo que sigue que la grandeza de su moral, que ya hoy eleva a algunos sobre el animal, no se debe al desarrollo de una específica "facultad moral" que una vez se ha admitido, pero la que ni hombres ni animales poseen, sino únicamente al *crecimiento y mejoramiento de su saber*.

Sin embargo la razón no llegó inmediatamente a este fin; pues primeramente, por producir el *egoísmo consciente* destruyó los instintos sociales que, como adaptaciones útiles para la sobrevivencia de las especies, se habían formado según el

mecanismo general del progreso animal. En este período, que todavía no está superado más que parcialmente, el hombre era objetivamente más inmoral que ningún animal; como GOETHE dice: *"el hombre usa su razón para poder ser más bestial que todas las bestias"*. Sólo cuando su saber había aumentado bastante para entrever que continuando de esta manera, la humanidad acabaría comiéndose mutuamente, se comenzó a pensar en una revisión de sus modales morales que, desde un principio, tenían que tender a una *reconstrucción racional de los perdidos modales instintivos del animal.* Si acaso, logrando esto, se podría eventualmente sobrepasar la "moralidad natural", tendrán que resolverlo generaciones futuras. En todo caso el hombre se ha diferenciado esencial y efectivamente sólo por su mayor razón, mas no por su mejor moral. Y esto es importante que se sepa, también prácticamente: pues, por ignorar que nuestra moral depende incondicionalmente de nuestra razón, se ha ensayado desarrollarla independientemente, y por eso ella no se ha desarrollado, como debería haberlo hecho, es decir, a la par del saber. Sabemos incomparablemente más que los primitivos, pero no se puede decir que, objetivamente, somos mucho más morales. Para llegar a una moral que así corresponda a nuestro saber, hay que entender, de una vez para siempre, que esto no se puede lograr por sermones que la recomiendan, sino únicamente por una educación racional que aumenta el saber y la comprensión de los hombres y mejora sus facultades intelectuales.

Era por ignorar esta dependencia que los milenarios esfuerzos de aclarar lo del *derecho natural*, que, en el fondo, tiene que ser idéntico con la moral biológica, no podían tampoco tener éxito. Los filósofos teólogos de la Edad Media lo complicaban aún más enseñando que Dios había implantado en el hombre, y únicamente en él, la noción del derecho natural, lo que es también verbalmente una contradicción, ya que entonces el llamado derecho *natural* sería *sobrenatural.* Mientras los filósofos laicos, especialmente desde HUGO GROTTUS (siglo XVII), confundieron el derecho natural con el racional, lo que también es desorientador; pues, aunque para todos los

que ven en la naturaleza su única maestra y no quieren aprender más que de sus hechos, el *acabado* derecho racional debe de ser objetivamente idéntico al derecho natural, queda la diferencia esencial de que sólo en el hombre el derecho puede estar basado en la razón. Los filósofos no lo entendían así, sino que en ellos siguió aún obrando siempre la esperanza de los escolásticos, de poder comprobar lógicamente que *su* moral, la que en *su* tiempo era válida como derecho establecido, pudiera y debiera derivarse como consecuencia necesaria de sus construcciones lógicas; lo que, a ojos vistas, presupone también una moral eterna e inmutable; pues sin eso, la misma reconstrucción lógica tendría que conducir, en otro país y tiempo, a resultados diferentes; y esto está en contradicción con el concepto de la lógica.

Todos estos conceptos (de diferentes derechos y morales) hay que distinguirlos escrupulosamente y no usarlos más que rigurosamente definidos, sin lo cual la discusión se termina en insolubles contradicciones. El derecho natural por ejemplo, ya por su nombre, no *"puede ser otro que aquel derecho que la naturaleza enseña al hombre"* (1) y entonces no puede ser divino, ni otro en la humanidad como lo es en todo. Mucho puede enseñarnos, a este respecto, ya el majestuoso orden que vemos en todas partes del cosmos, más aún las leyes o reglas que coordinan las actividades y costumbres de las diferentes espe-

(1) La frase se encuentra, quizás por primera vez expresada tan categóricamente, en el libro, también en otro respecto relativamente moderno "De Justitia et Jure" (1593), del jesuíta español LUIS MOLINA. Aunque él también relaciona el derecho en último término con Dios, lo hace sólo indirectamente y como causa prima que ha puesto en movimiento al mundo; aproximadamente como más tarde NEWTON creyó también poder arreglárselas con la tradición, a la que no quería ofender. Por eso combatieron a MOLINA los tomistas severamente y casi como herético, aunque no lograron extirpar a los molinistas. En todo caso la frase es inexpugnable, como algo que se comprende por sí mismo, y en el fondo, es sólo una amplificación de lo que está ya en la palabra; pero parece que su autor la ha aplicado también razonablemente. Es lamentable que ella no llamara mayormente la atención de los juristas y filósofos.

cies tan perfectamente, que puede resultar –ya por la lucha, ya por la ayuda mutua– este maravilloso y complicadísimo equilibrio que permite la coexistencia de las innumerables formas que pululan sobre la faz de la tierra; un equilibrio que, con toda su razón, los hombres, respecto a sus razas y pueblos, sus creencias y convicciones, hasta ahora, entre sí no han logrado. Pero lo más instructivo será para nosotros el estudio de este arreglo en las múltiples sociedades animales; sólo que no se debe olvidar que lo que los animales hacen inconscientemente por instinto, hombres pueden sólo hacer conscientemente, esto es, aprendiéndolo como saber y comprendiéndolo como útil y necesario.

Si entendemos así el derecho natural, entenderemos también por qué el específico problema de la moral humana consiste en equilibrar y armonizar los intereses del individuo con los de la sociedad; pues este problema no existe en la animalidad, donde apenas se puede hablar de individualidades. Y como el primitivo, a pesar de eventuales residuos de instintos sociales que ha conservado desde su estado animal, y que son realmente reconocibles en la vida de las tribus, ya pensaba casi exclusivamente según su esquema egoísta, lo que luego se hizo cada vez más patente, la evolución de la moral tiene que consistir sobre todo en contrarrestar este egoísmo, y eso, para educar a los hombres a fin de que *comprendan* que hoy, más que nunca, su existencia individual es inseparable de la de la colectividad: ellos deben comprender que trabajan *para sí mismos y sus hijos, si piensan tanto en los intereses de la sociedad como en los suyos.* Esta simple e innegable verdad hay que inculcarla a las masas hasta que tal comprensión se arraigue en ellas *como cuasi instintiva,* y así las capacite para hacer desaparecer el inveterado y molesto antagonismo entre lo social y lo individual. Pues el consciente egoísmo al cual, junto con el fortalecimiento de la noción del "Yo", seres con una razón rudimentaria tenían que crear, no se lo podrá eliminar más que por una razón más perfecta. Sólo cuando esto se haya logrado, el hombre puede ser otra vez *"objetivamente tan moral"* como lo es el animal.

§ 27 La Moral Social Permite y Exige Métodos Eugenésicos

Desde los tiempos de HIPOCRATES la relación entre el individuo y la sociedad se ha alterado fundamentalmente, y el no haber tenido debidamente en cuenta este hecho es, en último término, el origen de todos los conflictos morales que conmueven nuestro tiempo: la ética médica que el "juramentum hippocraticum" enseña fué sumamente individualista, pues el alambicado egoísmo hipócrita que se había iniciado y después culminado en el ascetismo hindú, que, divorciado del mundo real y negándole todo valor, no piensa en otra cosa que en su propia salvación eterna, y se preocupa, simbólicamente, sólo de su propio ombligo (1), comenzó ya a influir

---

(1) Se puede estar muy agradecido del gran filántropo ALBERT SCHWEIZER, que es además tan enciclopédico que podría ser doctor en todas las facultades, por haber expuesto, debida y acertadamente, este carácter egoísta y asocial en la religión hindú, a la que en general los modernos le atribuyen un valor moral bastante alto. Sólo parece olvidar que también en el centro de su religión, que hoy han aceptado los más de los europeos, está la salvación eterna del individuo en el cielo, en vez de la salvación de la humanidad en la tierra. A este respecto la religión del Oriente y la del Occidente son de la misma calaña, aunque sea verdad que el apartarse de esta tierra y de los deberes sociales tenía su origen en la India, y que Europa la ha recibido sólo secundaria-

en el sano y robusto espíritu griego, y la *nueva moral social*, que deja de pensar únicamente en sí y, entregándose, con comprensión de las necesidades del Cosmos, y a su funcionamiento universal, encara resueltamente la realidad humana y trata de resolver todo "sub specie humanitatis", tenía que esperar hasta que hubiera pasado la autosuficiencia eudaimoníaca de la Edad Media.

HIPOCRATES vivió cuando PLATON escribió su libro del Estado, en que —muy prudentemente— limita el número de ciudadanos a 5.040 (este número curioso no significa nada, es un juego pueril de la mística de las cifras, y se ha elegido por ser la facultad del número sagrado de siete: $7! = 1 \cdot 2 \cdot 3 \cdot 4 \cdot 5 \cdot 6 \cdot 7 = 5.040$). El número es menor que el de las familias que en ese tiempo vivían en Atica e indica acaso, que el autor temía ya las consecuencias de una sobrepoblación, y recomendó por eso esta limitación voluntaria a 5.040 familias, como una medida preventiva, aunque sin precisar cómo mantenerla en el futuro. Evidentemente, él no daba mayor importancia al asunto, ya que los atenienses, viviendo, como más tarde Roma, en gran parte de los subsidios de sus colonias y aliados, no sufrían demasiado bajo la presión de la población. Si hubiera podido adivinar las dificultades con que tropieza nuestro tiempo, se puede tener por seguro que el sobrio observador, libre de toda sentimentalidad (que era PLATON cuando, como aquí, tiene que tratar de realidades, y no se ocupa de sus "ideas") habría propuesto medidas preventivas y eugenésicas, que forzosamente hubiesen sido incomparablemente más brutales y atentatorias a la moral de hoy que las que se piensa introducir actualmente, y también que las que, en ese entonces, se practicaban en Esparta.

---

mente como préstamo asiático, ya que este autoendiosamiento, natural en orientales, dada su inclinación a ilusionarse con sueños fantásticos de una Jerezarda, cuadra mal con la naturaleza más realista de los antiguos pueblos europeos. Pero, con aceptar el regalo, se han hecho culpables y, con guardarlo hasta hoy, han perdidos dos milenios: —era un "Danaum fatale munus", un funesto obsequio, como dice SENECA.

En principio PLATON aprueba la eugenesia, ya que incidentalmente recomienda ciertos primitivos métodos eugenésicos, bastante osados y semejantes a los que usan los criadores de ganado, por ejemplo, cuando dice que "a un hombre superior ninguna mujer tenga el derecho de negarse". Mas no lo trata sistemáticamente, lo que se puede lamentar, pues si el "divino PLATON" se hubiera declarado en principio y abiertamente partidario de la *"cría racional del género humano"*, como lo hace en este caso aislado, la resistencia de los tradicionalistas sería hoy mucho menor, ya que, en el fondo, todos ellos son platónicos en lo que se refiere al idealismo vulgar de los diálogos, mientras que del realismo parcial de los escritos políticos no quieren saber nada. Es la desgracia de las masas que, si una vez toman algo de un hombre superior, toman infaliblemente lo erróneo. Pero PLATON no tenía ocasión de ser más explícito, ya que el problema, que es para nosotros tan grave, para él apenas existía. También esto es lo usual, pues como en general los problemas importantes del presente son nuevos (1) y, por eso, no pueden tener sus análogos en el pasado, los tradicionalistas, que quieren orientarse en lo que fué, nunca pueden arreglárselas con el tiempo en que viven. Es ésta la causa que explica por qué ellos desempeñan *siempre* un tan triste papel, aunque intelectualmente no sean ni siquiera subnormales.

Sea esto como sea, en todo caso, hoy en día el cuerpo médico, y cada uno de sus miembos por su parte, tienen la sagrada y perentoria obligación de tomar cartas en el asunto de la "nueva ética", en cuyo programa está, indudablemente en primera fila, la cuestión de la legalidad de los métodos eugenésicos. Esta obligación moral es para ellos tanto más categórica, en cuanto que, desde MALTHUS, sabemos que en la

(1) Pues, si fuesen viejos, ya se hubieran resuelto, visto que la voluntad elemental de vivir, que a los más sufridos les es innata, al fin y al cabo rompe las trabas que, con su falta de perspicacia, los tradicionalistas les han puesto.

demasiada densidad de la población mundial reside la principal causa de que la tierra, que para un número reducido de hombres podría ser un *Eden de felicidad*, nos ha parecido siempre (con escasas excepciones en tiempo y espacio) un *valle de lágrimas y de amarguras*. Y desde que se sabe, además, que se puede cambiar tal situación, se lo debe hacer.

*
**

Al lado de este problema fundamental de la eugenesia, hay aún para el médico muchos problemas éticos que debe ahora resolver bajo un nuevo punto de vista. En primer lugar debe tratar de sacar en claro si tiene el deber, o aun sólo el derecho, de *defender exclusiva e incondicionalmente los intereses del enfermo* que se ha confiado a él (lo que correspondería al "juramentum hippocraticum"), o si debe *subordinar el caso individual al interés superior de la salud pública y la higiene social*. La decisión será diferente según el criterio con que se juzga la relación del individuo a la sociedad, y esto depende, a su vez, como en todo lo moral, del grado de nuestro saber positivo; lo que se muestra, por ejemplo, muy claramente en la cuestión del *secreto profesional*. Por respetado que éste haya sido durante largos siglos, desde que se *sabe*, por una parte, que un sifilítico, o uno que padece de una enfermedad bacteriana, puede infectar a centenares de personas, y aun provocar una epidemia, y por otra, que se pueden evitar todas estas consecuencias por medidas adecuadas, el Estado no sólo ha eximido al médico de su deber de discreción en estos casos (lo mismo que en los casos criminales), sino que aun le *fuerza* por la ley a lesionarlo por declaraciones obligatorias; lo mismo que puede eventualmente ordenar el tratamiento forzoso del enfermo, su hospitalización, su aislamiento, etc.

En otros asuntos quizá aun más graves, no hay todavía una regulación legal; especialmente puede cada cual, impunemente, echar tantos niños como le guste. Ni siquiera la ley ampara en forma suficiente a un médico que, sabiendo naturalmente que un matrimonio con una imbécil hereditaria puede

significar la desgracia de millares de sus descendientes y causar enormes daños a la sociedad (véanse las célebres historias familiares de los "Jukes" y los "Kallikaks"), quiere cumplir con su deber de "*guardián de la salud*"; pues, si cuando se entera que una de sus pacientes, una muchacha de regular aspecto, pero imbécil, está por casarse, y a pesar de su consejo se obstina en ello, él comunica el estado de cosas a la otra parte contratante, advirtiéndole el crimen social en que va a participar engendrando niños con una imbécil, ella puede eventualmente entablarle con éxito un pleito por indemnización de daños y perjuicios. Siempre hay algunos países que prohiben a los imbéciles y a otras categorías peligrosas el casarse. Esto, empero, no sirve de mucho, ya que, si una enferma tal produce niños extraconyugalmente, no se la castiga siquiera, y la esterilización forzada, que sería la única arma eficaz existe en muy pocos países progresistas de Europa y Norteamérica.

Hay muchos problemas, en los cuales la relativa valorización del individuo y de la sociedad son decisivos para la resolución que un médico debe tomar. Entre ellos se ha contado, por ejemplo, la cuestión de si, para salvar a la madre, se puede sacrificar la vida del niño por nacer o si, eventualmente, se debe proceder inversamente. Se ha alegado que la salvación de la madre corresponde al criterio individualista, y la del niño al social, porque así se afianza la continuidad de la raza. Pero, además de que hoy la "sectio caesárea" casi siempre permite salvar a ambos, la conservación de la madre debería, desde ambos puntos de vista, ser preferible; pues, como la Antígone de SOFOCLES dice: "en tanto que los padres vivan, puede siempre haber nuevos niños, cuya vida gana importancia mayor sólo después de la muerte de éstos".

Más pertinente es ya la disyuntiva administrativa de si se debiera, contando con recursos limitados, distribuirlos más o menos igualitariamente entre todos los tuberculosos o usarlos preferentemente para los que tienen la probabilidad de sanar (esto es, prácticamente, para los jóvenes), y abandonar a los incurables a su triste destino. Este dilema se hizo sentir desde que hubo un seguro social; y es un hecho memorable

el que los gremios obreros, donde ellos mismos —como en Alemania— administraban los hospitales, han resuelto, con rara comprensión, sano sentido común y hasta heroísmo, dar todo a los que pueden sanar y nada a los casos desesperados. Lo hicieron aun en disidencia con muchos médicos que, por razones morales, no osaban ser tan radicales. En todo caso, esta resolución heroica ha ayudado mucho para ganar la lucha contra la tuberculosis, y nos puede servir de magnífico ejemplo para demostrar que la verdadera caridad para con los sufrimientos de la humanidad está mejor servida por el realismo práctico que por el sentimentalismo.

Parte Tercera (b)

DIGRESION HACIA LO SOCIAL

III (b)

Digresión hacia lo Social

§ 28 Sobreestimación del Factor Económico

Estas son algunas de las dificultades que ponen en duda si la moral es todavía adecuada para resolver los nuevos problemas que han surgido en nuestro tiempo. Pero para resolver problemas morales hay que tener una moral, y no se puede pretender con toda franqueza tener una, antes de haberse cerciorado de su base, esto es, antes de haber decidido el archiproblema de la humanidad: de si el individuo o la sociedad (especie) es lo que importa más. Para los animales no hay duda: sus instintos los impelen a comportarse como si tomaran la especie por lo más importante. Los que viven aislados, pueden (si se exceptúa el cuidado de su cría) bastarse, en lo general, con seguir a su instinto de autoconservación, mientras que los gregarios necesitan además instintos "altruístas", que los fuerzan a considerar los intereses de su sociedad y, eventualmente, sacrificarse por ella. En todo caso, el animal no tiene nunca que escoger entre dos motivos, ya que sus acciones están determinadas instintivamente. Pero el hombre tiene que elegir, y el resultado de su elección, su código moral, depende en gran parte de su concepto general del mundo y

será muy diferente según que el hombre como tal se considere como la finalidad absoluta de nuestra existencia o sólo como un eslabón en el rodaje de la sociedad, a la que hay que sujetar todo. Este archiproblema, sin embargo, no se resuelve objetivamente con la ciencia, sino sólo subjetivamente con la conciencia, lo que hace que, en este asunto tan trascendental, un acuerdo universal parezca aun lejano, si es que lograra alcanzarlo del todo. Siempre creo que consideraciones biológicas y psicológicas pueden ayudar grandemente a orientarnos.

En general, el interés del individuo y el de la sociedad se toman por fundamentalmente opuestos uno del otro. En cierto sentido es así, y durante toda la historia el antagonismo se ha acentuado cada vez más, por hacerse más profunda la significación del uno y de la otra, y por ganar ambos más y más en importancia para la vida, hasta que hoy, el antagonismo entre el concepto individual y el social está en el fondo de todos los problemas actuales: aquí luchan el *verdadero* liberalismo (que no está liquidado) y su gran adversario, el *verdadero* socialismo del futuro.

Pero con comprobar el antagonismo no se puede haber dicho la última palabra. Individuo y sociedad son valores imprescindibles, y hay que lograr, por lo menos en la práctica, un equilibrio entre ambos, en tal forma que, por un lado la mediocridad de las masas no pueda oponerse al libre despliegue de los individuos superiores y socialmente más útiles, y que, por otro, un mal orientado individualismo de un tipo asocial no tenga la oportunidad de contravenir las necesidades de la colectividad, sino sólo pueda ayudarlas. Encontrar tal fórmula equitativamente distributiva y comprensivamente reunidora sería, en el momento, acaso más útil a la humanidad, que hallar la fórmula que EINSTEIN buscaba con tanto empeño, con la que esperaba unificar los campos métrico y electromagnético, por importante que esto sea.

Efectivamente, desde el Renacimiento, muchos se ocupan teóricamente de la solución del problema social. No han logrado gran cosa, en parte porque hombres piensan siempre

primeramente en el dinero —en la "auri sacra fames" de VIRGILIO, en la condenada hambre de oro, o como hoy se dice eufemísticamente, en "lo económico"— y porque así ven el problema, que es esencialmente biológico-psicológico, con ojos de banquero, como si la vida no fuese más que una operación bursátil. Aunque tal modo de ver no sea tampoco indigno de ser tomado en consideración, él es ciertamente el menos interesante, sobre todo en la forma en que los marxistas lo presentan. No digo que es del *todo* indiferente si el Estado o los particulares son oficialmente propietarios de los medios de producción —así, por ejemplo, el Estado parece como empresario industrial, en general, menos ventajoso que los particulares (1)—. Pero en todo caso, es unilateral y, en sus consecuencias, funesta la afirmación del viejo predicador con su barba de patriarca, como le llama WELLS, de que la economía y la propiedad sean los *únicos*, o aun sólo los *principales* factores que determinan el rumbo de la historia y dan a hombres y clases poderío, y que, por eso, con la estatización de fábricas y negocios, desaparecerían los viejos factores naturales que, entre hombres y naciones, deciden sobre la riqueza y pobreza, libertad y esclavitud, superación y explotación de los individuos, o que aun sólo se allanaría su *desigualdad*, que antes se aceptaba por sumisión a la voluntad divina, y que hoy se tiene que aceptar como consecuencia ineludible de la distribución de los genes con que se ha nacido. Quien tuviera la idea prepóstera de querer igualar a los hombres (lo que sería

(1) ¡Hay excepciones! — lo superfluo, por ejemplo lo que a nadie le sirve de inmediato, aunque a la larga pueda resultar útil a la comunidad, se deja mejor a la iniciativa del Estado: ni el reunir las maravillas del Louvre ni las de Versailles, ni tampoco el fabricar las armas nucleares, los particulares hubieran podido hacerlo igualmente bien. Pero el Museo de Louvre y los jardines de Versailles sirven hoy de recreo a los parisienses y al mundo entero, y... las bombas atómicas constituyen la única, aunque precaria, seguridad de Occidente.

contraproducente, ya que cada sociedad necesita, para funcionar bien, el máximo de diversidad y diferenciación), debería tratar de hacer iguales los *genes* de los que nacen (lo que se podría lograr con métodos eugenésicos, pero, desgraciadamente, sólo con la supresión de los más valiosos; pues, si se quisiera conservar éstos y suprimir a los mediocres, que ya hoy en todo el mundo son más o menos iguales entre sí, se debería exterminar, prácticamente, a toda la humanidad, con lo que la medida hubiera malogrado el propósito). Más insensata es aún la esperanza de poder lograr tal objetivo por transacciones financieras, que, aun saliendo bien, no pueden cambiar a los hombres ni física ni psíquicamente. Y una tal *transformación del hombre es, indudablemente, el factor decisivo para la evolución del género, pero también para la formación de nuestras relaciones sociales,* que son sólo la consecuencia y la expresión exterior de tal renovación interior. Pues cada generación tiene el orden social que merece, y para el cual está capacitada.

Siendo esto así ¡qué diablos le importa a la humanidad y a los hombres si el Estado o los particulares hacen los negocios!, y especialmente ¡qué les importa a los proletarios, en cuyo interés, como dicen, han puesto en escena todo el espectáculo histórico de la revolución rusa! Ellos, los pobres de espíritu, justamente por su falta de espíritu, no eran, desde que hay una sociedad humana, no son hoy, ni en la democracia de U. S. A. ni en la otra de la U. R. S. S., y no podrán ser nunca otra cosa que los *objetos pasivos de la política de hombres más activos y más eficaces.* Esto, como ineludible consecuencia de sus diferentes dotes innatas, tiene que ser así, llámese la sociedad patriarcal o feudal, capitalista, comunista o de cualquier otro nombre: quien no puede dirigirse a sí mismo, debe ser dirigido. Pero, naturalmente, por eso no hace falta que se le maltrate; según el concepto platónico se le debería aun favorecer en lo que se refiere a lo *material,* para indemnizar al infeliz que no conoce la sensación voluptuosa de la *actividad espiritual creadora.* Esto lo hará, además, todo gobierno *de*

veras aristocrático (gobierno de los mejores); y no sólo para calmar la inquietud de las masas populares (lo que ya se ha hecho siempre), sino ahora también por el principio del "noblesse oblige". Se ve que para los pobres de espíritu la forma del gobierno bajo el cual viven, es relativamente indiferente: se los puede tratar bien o mal, cualquiera que sea el régimen, y si se hace lo uno o lo otro, esto no depende de la naturaleza del régimen, sino sólo de la naturaleza de los que lo manejan: de la comprensión social de sus hombres conspicuos y del grado en que se sienten conscientes de su responsabilidad frente a los que tienen que guiar.

§ 29 Los Resultados Aclaratorios del Experimento Ruso

En todo caso, la cuestión de si la "estatización" del comercio y de la industria es aconsejable, no es un problema de principios, sino una cuestión puramente *técnica*, que no puede resolverse más que por una experiencia empírica, investigando cuál de los regímenes produce más y mejor, y es, en general, de mayor provecho para el progreso humano. Durante mucho tiempo toda comparación era imposible, ya que los muchos experimentos comunistas –desde el comunismo de los apóstoles hasta la Commune de París– fueron demasiado efímeros para permitir conclusiones, de modo que, desde PLATON hasta MARX, se discutían los "sistemas" con la completa libertad que da sólo la ausencia de todo hecho real que pueda orientar. Afortunadamente hay ahora el inapreciable experimento ruso, que, por suerte (al menos para la ciencia) pudo continuarse durante 38 años, y así, a pesar del deplorable secreto del KREMLIN, permite una comparación que, aunque el dictamen de los observadores imparciales quizás no se pueda tomar por definitivo, muestra al menos inequívocamente que, hasta ahora, los EE. UU. producen más, mejor, con menos esfuerzo humano y más rápido, y están siempre adelantados con sus novedades, mientras Rusia, a pesar de sus favorables condiciones geográficas, especialmente su gran riqueza de

carbón, que la predestinan para la industrialización, lo ha logrado, comparativamente, con inesperada lentitud (1). El resultado es que en América los proletarios viven incomparablemente mejor que en el "país de los proletarios", siendo por eso los más contentos del mundo y por eso también los menos revolucionarios (lo que de Rusia y de sus satélites no se puede decir). Esto puede generalizarse: en toda la tierra se comprueba el hecho de que, "*ceteris paribus*", el standard de la vida del proletariado es inversamente proporcional al grado de la influencia que ejerce el comunismo, sin que se pudiera decir cual de los dos es causa y cual el efecto; en realidad se trata de una relación funcional: por vivir mal el país se hace comunista, y por haberse hecho comunista se vive peor.

El hecho estadístico es intangible; sin embargo, no está excluído que esto se deba menos a la diferencia entre los sistemas que a la cualidad de los hombres que trabajan con ellos (basta mirar la fotografía de los personajes conspicuos para darse cuenta que, aunque sólo en el promedio, las frentes de los occidentales son mucho más altas y anchas). Además, no se debe olvidar que los métodos totalitarios y terroristas del Oriente, su falta de libertad y legalidad, la mayor corruptibilidad de su burocracia y su inexperiencia (cosas que, de ningún modo son inherentes al socialismo, y ni siquiera al comunismo), constituyen un serio handicap, de modo que la inferioridad económica del Estado socialista puede ser mucho menor que la que sus fallas bajo el régimen actual indican, y no se debe tanto al principio económico como a circunstancias acompañantes.

No se puede negar la *posibilidad* de que el socialismo valga más que el Soviet, aunque quede en pie el que algunas

(1) Imitar es más fácil que crear; por eso la industrialización de los respectivos países se logró tanto más rápidamente cuanto más tarde se hizo: Alemania necesitó *menos* tiempo que Inglaterra, EE.UU. *menos* que Alemania y Japón *menos* que EE.UU.; pero... Rusia necesitó *más* tiempo que Japón sin haber logrado igual eficacia.

de sus "verdades" básicas son incondicionalmente perjudiciales, y aun... irrealizables, como, sobre todo, su postulado de excluir la iniciativa, pues la de hombres superiores, no molestados demasiado por las trabas de una burocracia mayoritaria, será en todas las circunstancias imprescindible, y se impondrá siempre por su propia fuerza, en el mundo soviético aún más fácilmente, porque aquí, por falta de toda legalidad ordenada, no hay apenas una norma que pueda restringir la lujuria de los individuos. En realidad, tras la cortina, a quienes en el momento se toma por superiores (menos por su mayor inteligencia y su valor social que por su energía brutal y su talento demagógico) se otorga aún una mucha mayor "iniciativa autocrática" que en ningún país capitalista. Sería bueno si en todas partes hubiera una sobrevigilancia más estricta de los pruritos dictatoriales, no tanto en los grandes países industriales, como en las pequeñas "naciones" atrasadas, en que las grandes masas pían por dictaduras.

Hasta en Rusia se lo parece comprender, tomando por eso como sucesor del voluntarioso STALIN al más amansado MALENKOV, y luego al "amigo de EISENHOWER, al general BULGANIN quien, sin embargo, podría significar también el comienzo de la dictadura militar, en que una vez deberá terminar la trastornada Rusia. Que BULGANIN es hoy buen comunista no es garantía –también el general BUONAPARTE era jacobino antes de hacerse emperador–. En fin, ya desde los tiempos de la NEP, la distinción entre economía estatal y privada va dificultándose cada vez más (volviendo Rusia a "métodos capitalistas" y progresando Europa en el camino de una lenta y prudente socialización), y es ya hoy en gran parte sólo verbal; y, lo que es esencial, en ambos lados de la cortina se *trabaja* –cuando se trabaja– según los mismos principios, aunque no con igual eficacia. Pero por mucho que en las cuestiones de principio los dos bandos se aproximen, queda por ahora una gran diferencia cuantitativa –la innegable superioridad del Occidente en todas las esferas de la actividad humana: en lo cultural, científico, técnico, industrial, etc.– y, con esto, también en la riqueza, prosperidad y bien-

estar de los pueblos. Acaso se podría exceptuar lo militar, donde Rusia está relativamente poco atrasada, casi sólo por el intervalo indispensable para imitar los adelantos del Oeste.

Yo personalmente, por razones biológicas, psicológicas y culturales, soy un adversario decidido de lo que actualmente es el comunismo asiático (ruso-chino), por estar convencido de que su victoria mundial, por la cual sus jefes se esfuerzan, sería un desastre mundial; mas no veo una razón por qué, *económicamente*, el socialismo estatal, manejado por hombres más hábiles de lo que pueden ser aquellos que han llegado a su puesto en la industria sólo gracias a sus méritos políticos, no podría dar resultados satisfactorios; hasta una ciencia sería en tal Estado posible.

En general se sobreestiman los acontecimientos contemporáneos y se les atribuye demasiada importancia, pero mirándolos con el sobrio ojo de un naturalista, que juzga las actualidades sensacionales según las "líneas largas" de la evolución, ellos pierden gran parte de su importancia, y se comienza a entrever que, también esta vez, los árboles no crecerán hasta el cielo, y que, si el capricho de los hombres se obstina en poner todo al revés, las leyes de la naturaleza orgánica, con su *imperativo categórico de adaptarse a las necesidades de la vida,* al fin restituirán el equilibrio. Contra la natura (en especial contra su propia natura humana, fijada por su origen y, la historia de su evolución) individuos y pueblos son impotentes: *"Naturam expellas furca; tamen usque recurret"* ha dicho ya, con el notable sentido común de un observador-poeta, el cuerdo HORACIO hace dos mil años, lo que los franceses han traducido con *"Chassez le naturel, il revient au galop"*. Esto fué siempre así, y valdrá también para el *"experimento ruso"*. Nunca se necesita desesperar del destino de la humanidad, él es más fuerte que todos los esfuerzos que tratan de desviarnos de tal camino, que al fin conducirá al hombre hasta el "superhombre", al que llegaremos con necesidad ineludible, aunque se interponga otra vez más una nueva Edad Media.

Desde el punto de vista mundial se podría así desintere-

sarse de Rusia y dejarla freirse en su infierno de fabricación casera, ya que con el tiempo esto se arreglará por sí mismo, y probablemente aun antes de lo que en general se piensa. Además, en un tiempo no lejano tendrá que batirse con sus "concomunistas" asiáticos por la Siberia; pues a los chinos, aunque quizás todavía no se den claramente cuenta de ello, no les interesa mayormente la idea del comunismo, sino que ellos luchan, como buenos nacionalistas por la idea de *Asia*, y, a este respecto, los moscovitas, cuyo "imperialismo" les ha robado el norte de Asia (que ambos creen necesitar para su rápidamente creciente población), no son menos sus enemigos jurados que todos los blancos en general.

En efecto, la situación mundial no es, como histórica y culturalmente debería ser, claramente dualista (la cultura europea contra la de Asia), sino que está caracterizada por el trifolio de Europa-Asia-Soviet (o la trinidad de los blancos, amarillos y rojos), y cada uno de los tres grupos espera que los otros dos anden a las greñas y se debiliten mutuamente tanto, que a él le sea fácil confundirlos a ellos juntos, y así llegar a *su* imperio mundial. Esta probable última lucha, tiene que decidirse pronto, y probablemente con las armas. Pues todo indica que el mundo está por llegar a la unidad y a un gobierno mundial, en el cual, para lograr la imprescindible uniformidad de los tres grupos, el vencedor apenas podrá evitar de tratar a los otros como subordinados, ya que la heterogeneidad de los conceptos fundamentales es tan grande que una *coordinación* y aun una nivelación parecen imposible. Cada uno de los tres tiene en sus manos una carta de triunfo que jugar para la victoria: Europa la cultura científica actualmente triunfante; Asia, junto con todos los atrasados, la inmensa superioridad de la población, y Rusia la idea sugestiva para la masa. Cuál de estos triunfos se impondrá nos lo enseñará el futuro; hoy se puede sólo conjeturar y ponderar *qué victoria sería la más provechosa para el progreso de la humanidad;* y a este respecto creo tener el derecho objetivo de votar por el mantenimiento de la cultura europea.

Pero creo también, por razones históricas y psicológicas,

que la comunidad blanca tiene la mayor probabilidad de salir como "tertius gaudens", y es muy posible que, en ocasión de ajustar sus cuentas con respecto a Siberia, los dictadores caigan, y la gran madrecita Rusia vuelva, arrepentida, al seno de la sociedad blanca, con lo que la victoria de Europa estaría asegurada. Por eso sería acaso lo mejor que los occidentales, según el principio "*quieta no movere*", aceptaran el aislamiento que los orientales han iniciado, y lo hicieran de su parte aún más absoluto, no económica sino sobre todo culturalmente. Pues si las masas del Este pueden contar culturalmente sólo con sus propios recursos, los apuros internos se harán pronto inaguantables. Naturalmente, el Occidente no puede esperar tal fausto desenlace, por probable que sea, con los brazos cruzados, y la confianza en su superioridad no le debe hacer olvidar que en cada momento tiene que estar listo para *forzar la fuerza por la fuerza* (Βία Βία Βιάζεται "*Fuerza no se combate más que por fuerza*", decían ya los griegos); pues en esta lucha mortal entre el hombre cuarto y el tercero, la paz puede sólo llegar *después* de la victoria. Hay que recordar la sabia admonición de CICERON: "¡Videant consules ne quid res publica detrimenti capiat! (vean los cónsules que la república no se perjudique). Por haber desatendido los responsables de la vieja Roma este consejo y tratado con demasiada indulgencia a los germanos bárbaros, se perdió la vieja cultura. —Y ¡basta que tal desgracia suceda una vez!

§ 30 Socialismo Biológico y el Valor Social del Individuo

Los grandes malentendidos y discrepancias respecto al socialismo, se deben, en mi opinión, a que se ha planteado mal el problema en la forma que parece natural, sino indirecta y dialécticamente. Sabido es que en toda la naturaleza orgánica los individuos —con excepción de los hombres— se comportan *como si obedecieran a una ley moral* que les manda que, en caso de un conflicto entre su autoconservación y la de la especie, olviden su egoísmo y se sacrifiquen por la especie. Aunque esta obligación, fundamental para la posibilidad de sociedades animales, ya no sea tan categórica para las *personas* humanas, cuyo valor social es tan diferente, sólo la autoridad soberana de la totalidad puede dispensar de ella a ciertos individuos, como lo ha hecho últimamente EE. UU., liberando a las inteligencias superiores del servicio en el frente durante la guerra. Los animales, en todo caso, obedecen a su ley siempre, aunque sea inconscientemente y por mero instinto; pero, justamente por tratarse de un mero instinto del cual ellos no saben más que nosotros de nuestra digestión, es claro que él se *ha formado exclusivamente bajo la presión de las leyes de la naturaleza,* como se han formado mares y montañas; de modo que bien se podría ver en éste y otros instintos sociales, la *ley natural de las sociedades,* con lo que también su equivalente huma-

no, nuestra ley *moral* –de que frente a la colectividad nuestro egoísmo tiene que acallarse– ya estaría, potencialmente, en la naturaleza y debe por eso tomarse por el fundamento *natural* de nuestras aspiraciones sociales.

Que esta disposición social, por cuanto espontáneamente y sin ser sugerida exista en el hombre, no es una adquisición humana sino que es innata como herencia de los tiempos prehumanos, nos lo indica ya el hecho de que en el transcurso de la evolución no se ha acentuado, sino al contrario decrecido continuamente: cuanto más primitiva y, por eso, menos individualista es la gente, tanto más se comporta como órgano pasivo de la comunidad; y si en los Estados civilizados los cultos son acaso más capaces de sacrificarse que los incultos, no lo son instintivamente sino por razonamiento, mostrándonos así el camino por el que podríamos recuperar lo perdido. Naturalmente, a nosotros como seres razonables nada nos *obliga* a acatar lo que la naturaleza nos prescribe, pero siempre será bueno recordar que la supremacía de la especie era también para los hombres el punto de partida de sus sociedades, las que, como es sabido, ya hemos heredado también de nuestros antepasados.

En el hombre, sin embargo, se marchitaban reflejos e instintos, y se imponía cada vez más el cerebro, que le enseñó que él es un Yo, un ego, con su correspondiente egoísmo que pronto se encargó del mando; y, con su ambición personal, oponiéndose a la idea de ser sólo una rueda pasiva en la sociedad, llevó a la humanidad al conflicto original (o al pecado original) que luego engendró la serie de las dificultades sociales crecientes; pues así el hombre, entre la espada de su nueva individualidad egoísta y la pared de los viejos instintos del animal social, ya no sabía a qué obedecer, y a pesar de su razón (quizá se diría mejor, a causa de su razón) se comportaba más irracionalmente que todos los animales, cuyos instintos, armoniosa y equilibradamente arreglados, no conocen conflictos. En este sentido dice KIPLING acertadamente, que en la jungla se toma a los monos, estos hombres "in statu nascendi", por las criaturas más ridículas, por haber olvidado

la *"ley de la jungla"*, lo que quiere decir, la ley de la naturaleza.

Así la humanidad ha vivido y, hay que decirlo, progresado maravillosamente durante los milenios que van desde entonces hasta hoy. El egoísmo y la ambición de los individuos entrechocaban en asesinatos y guerras fratricidas, en robos y explotaciones del hombre por el hombre. Eran las consecuencias del pecado original, con el que se había perdido el orden de la naturaleza. "Que el Señor los perdone, porque no sabían lo que hacían"; no podían saberlo porque ya no tenían sólo una ley a qué obedecer sino *dos*, y con dos leyes opuestas, no puede haber ni paz, ni justicia, ni moral en el mundo. ¡Hay que restablecer la unidad! y esto no puede hacerse antes de que los hombres sean hombres verdaderos (superhombres), que *con su razón* comprendan y aprueben como saludable todas aquellas necesidades sociales con las cuales el animal cumple espontáneamente porque sus instintos lo fuerzan a hacerlo.

Era sólo hace poco, desde los griegos, que algunos pensadores comenzaron a comprender que este gobierno de las pasiones individualistas —que incluyen también, naturalmente, el egoísmo colectivo de las naciones— con su consiguiente desorden mundial, no podía ser la última palabra de una especie de seres racionales, y que era necesario entronizar otra vez la ley de la especie, esto es, la idea de la humanidad. SOCRATES, quien en otro respecto resultó tan fatal para el progreso, fué el primer hombre que osaba decir: "yo no soy ateniense, soy un ciudadano del mundo, un cosmopolita". Y esta palabra, desde entonces, no se ha olvidado, ni siquiera en la Edad Media; pues la Iglesia Romana era en el comienzo internacional ("kath' holos", que dice "para todos"), y cuando ella olvidó ésta su misión, y se dividió en iglesias nacionales, los nuevos hombres del Renacimiento recogían la idea que ella había abandonado. Era esto lo que, en mi opinión, una vez tenía que suceder, pues creo que, en general, es *una necesidad el restituir, mediante nuestra razón ya más acabada, lo que la ley de la naturaleza enseña inmediatamente en sus instintos a los*

animales, y así remediar la perturbación que una *razón rudimentaría* había causado.

Pero ellos no sabían que era una restitución y, por eso, no sabían tampoco que se trataba de un problema biológico, una consecuencia del perfeccionamiento de nuestro cerebro el que, sin embargo, en algunos varones más avanzados comenzó paulatinamente a comprender las necesidades de la naturaleza y de la vida. Pero, como el progreso es, en parte, una cuestión psicológica, en cuanto los hombres no pueden progresar si no lo quieren, y no lo querrán antes de haber comprendido su necesidad, los observadores hubieran también podido decirse que no se puede adelantar la idea de la unidad humana más que educando a los hombres, con métodos biológico-psicológicos, a aprender a pensar más correctamente, esto es, más conforme con las leyes de la naturaleza. Pero para esto el tiempo todavía no estaba maduro, y así sucedió que se idearon los métodos más heterogéneos para reformar el mundo y la sociedad, cuyo "leit-motiv", en reminiscencia del tiempo en que se había creído confiadamente en la eficacia del "amor al prójimo", y en abierta pugna con las leyes biológicas, consistía en "ayudar a los débiles y frenar el individualismo brutal de los fuertes". Casi todos buscaban el remedio ya en una mayor participación del pueblo en el gobierno, ya en una otra y más justa distribución de la riqueza. No necesito enumerar todos los proyectos anteriores, ya que la solución más popular de ahora, la que casi únicamente se discute y que ha influído profundamente también a todos los que no la aceptan, la solución marxista, restringe el problema, aun más que todos los proyectos anteriores, a lo económico, y quiere entregar el poder integralmente al proletariado, el cual tendría que controlar la obra de los peritos y hombres superiores, prescribiéndoles dictatorialmente lo que deben hacer y cómo lo deben hacer.

El último punto es, obviamente, absurdo, utópico y... pura demagogía, en cuya realización MARX como autor, lo mismo que más tarde LENIN y STALIN que lo repitieron, nunca han pensado siquiera. Mientras sus proposiciones eco-

nómicas son, por lo menos, discutibles y se discutirán, pues nadie puede dudar de que de la distribución de las riquezas y aún más de una buena organización de la producción depende en sumo grado el bienestar de los hombres, y que hay que desarrollarlas en forma tan eficiente como sea posible. Pero, ya lo he dicho, este es un problema técnico y no tiene nada que ver con el verdadero socialismo; y aun concediendo que la producción diera en manos del Estado mejores resultados (lo que, según todo lo que se sabe, es improbable), y que los proletarios vivieran en tal régimen mejor (lo que es aún menos probable), no por eso sería socialismo, sino que quedaría siempre una técnica de producir y distribuir.

Pero el verdadero socialismo creador no es meramente una técnica, sino esencialmente una ideología ética, que, empero, no es, como en general las ideologías, arbitraria, sino una biológica que, por sacar sus prescripciones de la naturaleza misma, tiene una base firme y asegurada, y cuya ética se resume en la frase banal de que a la sociedad interesa, en el fondo, únicamente el florecimiento de la sociedad, y el individuo sólo en cuanto contribuya a tal éxito. Empero, en su bien entendido interés, le conviene favorecer en lo posible y por todos los medios la aparición de *grandes* individuos, sin las cuales nunca podría prosperar. El interés de la sociedad es sólo indirecto y *secundario*, pero los grandes individuos son de primera necesidad; ellos son los mejores puntales de toda sociedad, y quien quiere ser buen socialista, esto es, quiere que la sociedad entera prospere, debe, antes que nada, respetar a los grandes individuos! —esto no es marxismo vulgar— pero es socialismo verdadero.

El socialismo biológico se habría realizado si una preponderante minoría hubiese comprendido esto, y tuviese la voluntad decisiva de llevarlo a la práctica. Siendo, además, este socialismo, como indica ya su nombre, colaboración, él no puede salir de una *lucha* de clases, en la que siempre el número de los combatientes primaría sobre su calidad, sino que las clases, lo mismo que los individuos, deben ser *juzgados* objetivamente según su valor social (esto es, el valor que

tienen para la sociedad). En especial el socialismo no puede ni debe actuar, como lo hace hoy, en el interés de *una* clase, y sea la de los proletarios, sino únicamente, en el de la sociedad (humanidad). Esto no significa que no se deba favorecer a ciertos individuos, clases y naciones, y que no se deba poner coto a la influencia de otros; al contrario, si el interés de la sociedad lo pide, es un deber el hacer lo uno como lo otro. Sin jerarquía ni clasificación ninguna sociedad es viable y nunca la hubo; pero ¡bien entendido!, se debe clasificar únicamente según el valor social, y por ningún otro motivo, ya sea compasión, amor u odio.

El concepto del *"Valor Social"* es prácticamente indispensable, y es una lástima que en las discusiones teóricas acerca del valor, se lo haya olvidado casi completamente. Pues, prescindiendo de todas las *teorías del valor,* una sociedad bien organizada tiene el indiscutible derecho, y aún el deber de atribuir, con soberanía absoluta, a cada uno de sus elementos (hombres y cosas) el valor que juzgue que tenga para ella. Cómo luego recompense a los grandes valores, y si del todo los recompense, es una cuestión secundaria; lo esencial es que ella *facilite la actividad de los valiosos y limite la de los fútiles.* En este sentido se podría llamar a tal valorización social una "eugenesia generalizada", ya que en ambos casos se cumple con la misma función de facilitar lo bueno y eliminar lo malo; ambos son por eso, para el éxito de una sociedad, igualmente necesarios. Con razón ha dicho CHARLES GIDE que la sociedad futura erigirá una vez a BASTIAT una estatua por haber introducido este concepto utilísimo del valor social. Pero BASTIAT ha quedado olvidado junto con su concepto, ambos borrados ya por los injustos sarcasmos de LASSALLE, y luego por la evidentemente falsa teoría del valor de MARX. Esto es tanto más injustificado, cuanto que el concepto del "valor social" es independiente de cada teoría.

Hay que recordar empero, que en esta justa idea del derecho de una sociedad a valorizar soberanamente el valor social de los individuos y clases, se basaba originalmente el principio del *terror* de los bolcheviques, aunque ellos no sepan

nada de BASTIAT. Tampoco le recuerda ARTHUR KOESTLER, quien, en su interesante libro *"Darkness at Noon"*, por boca de su protagonista Rubashov, con consideraciones semejantes, trata de salvar, o al menos de explicar, la despiadada *"Etica del Terror"*, que *tiene* que aniquilar lo que cree malo. El libro apareció en 1940, cuando el autor todavía no se había liberado completamente de su comunismo anterior; pues en realidad, en ese entonces, ya se había perdido toda *"ética"* en el burocratismo de los epígones, y quedó sólo el *"terror sans phrase"* de ambiciosos contra sus enemigos personales.

La base ética del socialismo no puede, naturalmente, por sí sola, nunca conducir a un sistema viable, pero él debe ser el *Norte* según el cual y hacia el cual peritos de muy diferente orden (entre los cuales, al lado de los sociólogos y economistas, a los cuales incumbe lo técnico, los médicos, biólogos y psicólogos no son quizás menos importantes) orienten sus esfuerzos para elaborar una estructura de la sociedad que sea capaz de acercarse a la realización de estos *ideales* lo más que sea posible, esto es, tanto como sea compatible con la naturaleza de los hombres, que no se asemejan al *"homo economicus"* de MARX, pero tampoco son, como las abejas instintivas, perfectos órganos pasivos de la sociedad, sino seres de carne y hueso, con voluntad y pasiones, con egoísmo y conciencia individual; cualidades que, por valiosas que sean, no facilitan justamente el establecimiento de un orden social ventajoso, pero que en el interés de lo humano, en la humanidad no deben tampoco desaparecer.

El arreglo racional de una sociedad que funcione sin fricciones peligrosas, es una tarea dura; su realización tardará aún mucho, y, ciertamente, no se logrará antes de que se haya comprendido que no se trata de un problema meramente técnico, sino de uno que es principalmente cultural y biológico-psicológico, y que pide de todos grandes sacrificios por un ideal. Mas no hay otro camino; pues la humanidad no avanza más que por ideas e ideales bien comprendidos, a base de un cada vez mejor comprendido saber.

§ 31 El Socialismo como Técnica Económica o como Exigencia Etica

El *verdadero socialismo* es todavía un ideal del futuro y, con el actual material humano, tan egoísta y nacionalista, orgulloso y consciente de su clase, no se lo podría lograr tampoco. Pero hasta en el caso de que se lo lograra, él no podría ser más que un *credo*, una convicción que cree que el hombre cumple lo mejor con su deber y se las arregla lo mejor con el mundo y la vida, si juzga todo desde el punto de vista de la sociedad; si se siente por lo tanto socio de los demás y si, en todo lo que hace, tiene la firme intención de pensar en cómo sus acciones repercutirán en la sociedad y, en lo posible, no hace nada que pueda perjudicarla. Como sociedad no comprenderá ni su clase ni *su* país, sino la totalidad de la sociedad humana, pues no olvidará que el ser socialista incluye ser *ciudadano del mundo;* y este credo tratará de forzarlo a los incomprensivos para que al menos se comporten *como* si sintieran la misma obligación. Cada uno lo hará individualmente y en su profesión (1), y si tiene la buena suerte

(1) Según el consejo muy digno de consideración que nos ha dado GOETHE, diciendo: "Si cada uno barre la calle delante de su puerta, toda la ciudad estará limpia".

de ser biólogo, psicólogo o médico, trabajará en su campo para mejorar el material humano, tratando además de difundir la comprensión de las medidas necesarias (hoy sobre todo prevención y esterilización, que son todavía bastante impopulares); pues esto es en el momento lo más urgente que él, como hombre social, puede hacer para la sociedad.

Los medios para acercarse a tal ideal no se los encuentra, evidentemente, por convicción y entusiasmo, y no es esto tampoco la tarea del socialismo, cuyo mérito es justamente el ser una *convicción afectivamente acentuada*, que nos empuje hacia una orientación útil para nuestra especie. Pero la *técnica* para lograrlo es una simple cuestión del saber positivo, que una sobria y objetiva sociología debe investigar sobre la base de la experiencia empírica. Algo se sabe a este respecto, mas no mucho, y ciertamente no bastante para decidirse ya hoy por una de las soluciones propuestas. Sin embargo, puede muy bien ser que, cuando una vez la sociología científica sepa lo suficiente, ella nos recomendará, entre otras cosas, también algunos métodos que correspondan al socialismo en la forma actualmente popular, esto es, una fiscalización al menos parcial de la producción y aún más de la distribución que es el flaco del "capitalismo", mientras la producción apenas deja algo que desear. Pero aún en el caso de que así sucediera, el Estado no se encargaría de la producción como ideal socialista, por lo cual los marxistas lo toman, sino simplemente como una forma adecuada de mejorar la producción y distribución.

Personalmente dudo de que la socialización integral de la producción pueda ser jamás aceptable para seres humanos, a cuyas condiciones psicológicas parece demasiado contraria. El viejo PLATON tenía probablemente razón cuando echa la carga de vivir la vida abnegada de un comunista sólo a la pequeña minoría de hombres superiores (guardas del Estado), para quienes el trabajo desinteresado es por sí mismo una compensación suficiente. Es esto lo opuesto de la moderna opinión vulgar que ve en los proletarios los puntales del socialismo. El socialismo —por su obligación de cuidar a los débiles— es, al contrario, una tarea exquisitamente aristocrática.

Siempre, hasta los que no creen en la oportunidad del socialismo integral, no negarán que la socialización de ciertas profesiones, como por ejemplo la médica, puede ser ventajosa. Al menos se dedicarían a ella únicamente los que sienten la vocación de ayudar a los enfermos y no se la tomara, como hoy, por una cómoda manera de ganarse la vida (1).

Yo dudo, y, en todo caso, se *puede* dudar, de que las *medidas meramente económicas* tengan algo que ver con las finalidades del verdadero socialismo, esto es, con el perfeccionamiento de la sociedad. Pero nadie puede dudar ni por un momento de que las modernas aspiraciones de la higiene pública y de la medicina social, por estar orientadas directamente hacia la meta de una sociedad corporal y mentalmente más eficaz, son medidas indiscutiblemente sociales, cuya introducción sería --en todo caso a la larga— mucho más útil que todo lo que el socialismo político y sus adversarios, los banqueros y economistas, han propuesto a este respecto. Con esto la medicina lograría una nueva y apenas sospechada significación y formaría el *verdadero gobierno providencial*, de cuyas reformas dependería el bienestar universal. De esto no hay que extrañarse demasiado, pues en los tiempos pseudo-científicos de la Magia el *medicine-man* era ya una vez el espontáneamente venerado jefe de su tribu. Entonces llegó el largo período religioso-filosófico, en el que los fuertes, luego los astutos o, como VOLTAIRE dice, los impostores se hicieron reyes, y cuando la gloria real, perdido su prestigio divino, se había

(1) La medicina es una de las pocas profesiones en que hoy el egoísmo no estimula a perfeccionar el oficio. En general se gana más si se obra mejor, pero con el médico es inversamente: él gana más si su cliente está todo un año enfermo, y gana menos si es capaz de curarle en un día. Por eso el tratamiento psicoanalítico, calculado para durar meses y años, es tan lucrativo y atrae a muchos médicos y profanos, lo que obviamente no es en beneficio de la sociedad. Para la *profesión* médica el gran principio de la *concurrencia libre* no es exclusivamente ventajoso; mientras, naturalmente, para el *estudio científico* de la medicina, como para toda la ciencia, la socialización y toda tutela sería en absoluto nefasta.

hundido en un símbolo tradicional, entraron en escena los *genuinos* demagogos; lo que, por cierto, no era mejor; y ahora, cuando todos reconocen que el mundo está enfermo, en nuestra época de veras científica, el *médico científico* –como representante de la ciencia en general– reasume el papel de su antecesor pseudo-científico, del medicine-man mágico.

A mí esto me parece lo más natural del mundo, pues no se debe olvidar que *la suerte que corre nuestra especie*, aunque sus instituciones políticas no sean completamente descuidables, *es fundamentalmente una función de sus cualidades biológicas y especialmente de sus facultades mentales*. Un pueblo sano, sobrio e inteligente, trabajador y contento, que cuenta además con un número suficiente de hombres superiores a quienes respeta, prosperará en todas las circunstancias; y si todos los pueblos fuesen así, la humanidad en su totalidad progresaría. Una especie sana y bien adaptada sobrevive, y una demasiado debilitada muere; esto es una ley en toda la naturaleza, y no puede ser de otra manera entre los hombres, pues también entre ellos obra y obrará la *selección natural*. Es verdad que ella últimamente, gracias sobre todo a la demagogia política, ha obrado tan mal que la degeneración (panmixia darwiniana) es ya visible, y que se debe aun contar con la eventualidad de un derrumbe de nuestra cultura y con el consiguiente caos de una nueva Edad Media.

Parte Cuarta

LA EUGENESIA

IV

La Eugenesia

§ 32 Arreglo con y sin Eugenesia (Neanderthalenses, Roma y la Crisis Actual)

Una nueva Edad Media no será una amenidad; además de que, en todo caso, sería una superflua pérdida de tiempo; pero ella no será eterna; con su lucha de todos contra todos, como la había también en los *primeros* siglos de la última Edad Media (invasión de los bárbaros y tiempo de los Merovingios), se restablecerá la selección natural, y eso, en la forma más brutal, y dejará a los que sobrevivan, embrutecidos, eso sí, pero diezmados y salvajemente robustecidos: otra vez se impondrá el más fuerte, y, como ya se lo ve en Rusia, reducirá a los débiles a la esclavitud, y con esto renacerá al menos una jerarquía, que, por primitiva que sea, es imprescindible en toda comunidad. Pero como no se la habrá introducido en forma humana, por la razón, sino por la fuerza en forma animal, no podrá ser tampoco una que, por estar precisamente basada en la razón, pondría a cada uno en su debido lugar, sino que probablemente será la misma inadecuada de siempre que, por su erróneo principio de elegir a los que tienen que ser guías, no puede servir para sacar del material humano el máximo de rendimiento.

Siempre habrá otra vez un cierto equilibrio, como lo hubo

también en la última Edad Media y con el mismo bajo nivel cultural. Las masas, amedrentadas por haberse acostumbrado a crímenes y horrores de toda clase, serán menos sentimentales que las europeas del siglo XX, pero, por haber sido físicamente domadas y mentalmente intimidadas, también serán menos revolucionarias, de modo que, bajo el yugo brutal de los nuevos amos, que apenas serán diferentes de los viejos caballeros y sacerdotes feudales, a quienes HENRI ROCHEFORT llamaba "sabre et goupillon" (espada e hisopo), ya no pertubarían el orden de cementerio en que yacería enterrada la cultura europea. Por triste que fuera tal período retrógrado, como, con la desaparición de la cultura, desaparecerá también su complejidad, la sencillez de la barbarie permitirá a la humanidad al menos seguir existiendo, y andando el tiempo establecerse y mejorar sus miserables condiciones de vida; esto correspondería a la época de CARLOMAGNO, y desde ese momento se prepararía, lentamente, un nuevo Renacimiento. Luego llegaría un corto período cultural en que probablemente habría un nivel de vida más elevado que el de hoy, pero terminaría otra vez en otra Edad Media, como ha sucedido ya tantas veces. —Así es la historia del pasado:— una alternación entre cortos períodos culturales (positivos) y largas interrupciones pasivas (negativas) y así seguiría también en el futuro aun por mucho tiempo, si el *hombre* no se hace capaz de cambiarlo todo radicalmente.

En tal terriblemente aburrida alternación de un día adelantador y seis estacionarios (pues este era el ritmo en los tiempos históricos (1) los hombres inútiles y los genes indeseables se eliminarían al fin por vía natural, sin que el hombre lo ayudara Pero ¡con qué lentitud!. Un ejemplo de ella

(1) 300 años de trabajo progresista en Grecia (PYTHAGORAS hasta ARQUIMEDES) — luego 1800 años de estancamiento — otra vez 300 años de trabajo europeo (desde GALILEI hasta EINSTEIN) — y 300 : 1800 = 1 : 6. Así, si no se hiciese algo para contrarrestar el aflojamiento del espíritu moderno, tendríamos que contar con los 1800 años de la siguiente Edad Media.

nos lo ofrece la extirpación de los neanderthalenses que, durante centenares de miles de años, fueron los únicos representantes de la humanidad, y que, en todo ese largo tiempo, apenas progresaron. Entonces vino, no se sabe bien de dónde, el hombre *mejor*, el *homo sapiens*, el aurignacense, que llevaba en sí la facultad de progresar incomparablemente más rápido, pero, para poder hacerlo, tenía que limpiar la tierra del hombre malo, inservible para el progreso. Fué unos quince mil años atrás que el nuevo hombre inició esta acción depuradora, y, aunque lo hizo con toda su alma de salvaje, con sangre y fuego, y en el comienzo aún con los dientes (se han encontrado restos de un tal banquete caníbal en Karpina), y aunque mostró cierta comprensión eugenésica, ya que parece que nunca se mezclaba en mayor número con la raza (¿especie?) inferior, todavía no ha terminado con el neanderthalense; pues aun sobreviven australianos que son más o menos sus puros descendientes, además de que puede haber aislados mestizos en diversos otros pueblos, cuyo desenvolvimiento han disturbado siempre.

La indispensable extirpación del neanderthalense –indispensable "sub specie humanitatis", ya que sin ella seríamos todavía subhombres– no fué únicamente obra de la naturaleza, sino que en ella nuestros abuelos han tomado ellos mismos una parte activa, dando a sus descendientes un buen ejemplo de lo que hay que hacer. Pero su tarea era relativamente fácil, porque los "morituros" formaban tribus definidas, cuyos miembros el vencedor pudo comerse o matar. Pero hoy los genes indeseables que hay que extirpar, están casi indistintamente distribuidos en toda la población terrestre, y de ahí se sigue que la selección se debe hacer *individualmente*, después de un detenido estudio de cada caso. Para tal tarea no sirven ni siquiera los mejores instintos del salvaje, los que, aunque en el nacionalismo hayan sobrevivido, ahora se han vuelto *contraproducentes*, ya que el nacionalista moderno, si se le dejara libre, extirparía, como su antepasado, pueblos enteros, y a menudo pueblos que valdrían más que el exterminador. Pero esto ya no serviría; pues, como ahora se trata de

extirpar lo malo que existe en *todos* los pueblos, aunque no en todos en igual cantidad, se tendría que matar a toda la humanidad, si se quisiera, con este método bárbaro y primitivo, terminar con todos los genes indeseables; –lo que significaría sacar al diablo con Belzebú.

El pobre salvaje que era el aurignacense, pudo cumplir con su tarea de librarnos de lo que de malo había en la tierra, porque tenía que obedecer únicamente a su instinto egoísta de autoconservación, esto es, a un instinto con el que ya desde siempre la naturaleza ciega realiza su selección. Si hoy vemos que otra vez el material humano es, al menos parcialmente, malo, amenazándonos con interrumpir el ascenso ordenado de la humanidad, y si queremos repetir la hazaña de la salvación –esta vez no por egoísmo, sino en el interés bien comprendido de la humanidad–, no podemos hacerlo con los métodos de antaño; tenemos que recurrir a procedimientos más refinados y más humanos, y estos métodos sólo pueden ser elaborados por la ciencia, que, diríamos, sabe *detectar* los genes indeseables que, invisibles para el ojo común, siguen proliferando como genes recesivos bajo la superficie del buen aspecto fenomenal. Ella sabe también cómo destruírlos, esto es, ella está lista para comenzar la lucha. Pero con esto termina su competencia, y ahora la sociedad tiene que decidir si quiere hacerlo o no. Pues ,en el consejo de naciones, la ciencia no tiene poder ejecutivo, ni siquiera voto, y apenas voz; y el real poder ejecutivo lo ejercen en las democracias las masas; a ellas hay que convencer entonces: tarea en la que todo hombre razonable y de buena voluntad puede colaborar.

El mismo problema se presentó hace unos dos mil años ya una vez, y porque no se lo pudo resolver, cayó la cultura antigua. Grecia y Roma no habrían sucumbido al asalto de los bárbaros, si sus poblaciones no hubiesen estado degeneradas (1). Sobre este punto están todos los historiadores de

(1) La degeneración cultural admiten todos; pero, como ya he mencionado hablando de la influencia de las enfermedades en la historia mundial (§ 7) quizás es más importante que Grecia e Italia estaban fatalmente debilitadas por la malaria que, en ese entonces era crónica en los dos países; lo que puede haber sido la causa principal de todo el

acuerdo, y esto *debe* también ser así, pues una cultura sana, vigorosa y confiada de sí misma no tiene que temer a ningún bárbaro, por belicoso y agresivo que sea. Por eso una avanzada medicina social, combatiendo racionalmente la incipiente degeneración, hubiera podido salvar a Grecia y Roma, y con esto, a la cultura antigua. Tampoco hubiera sido imposible que la ciencia prestara este servicio. Pues si ella, que se había iniciado tan magníficamente en Alejandría, después de la muerte de ARQUIMEDES que prácticamente puso fin a su labor, hubiese podido continuar su misión no sólo después de una interrupción de casi dos mil años, sino inmediatamente durante unos cuatro siglos –lo que corresponde al tiempo en que *realmente* se ha continuado desde COPERNICO y GALILEI hasta EINSTEIN– ya en los primeros siglos de nuestra era *ella habría podido estar a la altura del siglo XIX*. Dos mil años se han perdido en todo caso; y se ve otra vez cuán perjudicial resulta obstaculizar a la ciencia: la historia mundial hubiera podido tomar otro rumbo y, sin la noche medieval, estaríamos hoy a la altura en que (si logramos escapar del peligro actual) nuestros nietos estarán en el año 3700.

Todo esto hubiera podido ser así, pero... no había quinina, no se podía hacer nada contra la malaria, y la invasión del Occidente por las ideas, religiones y misterios del Oriente terminó con el espíritu científico de Europa, y así ya nadie pudo salvar a Grecia y a Roma. Si, además, se piensa que, en el momento crítico, también la medicina estaba en decadencia y ya no podía curar a ningún enfermo y menos a un mundo enfermo; tanto menos podía pensar en tal cosa, en cuando el concepto de una *medicina social* como hoy se la

---

desastre. La posibilidad no se deja excluir que, en la degeneración actual, la sífilis haya desempeñado un papel semejante: ella vino en el siglo XVI por primera vez a Europa (desde América) y debe haber contagiado, directa o indirectamente, a toda la población, pues ella es ahora ya relativamente inmune contra la peste. Aunque mucho hable en pro de esta hipótesis – p. ej., la degeneración de las culturas americanas poco antes de su descubrimiento, por haberse contagiado también antes de Europa – sería difícil comprobarlo.

comprende, no cuadraba con la ética de los médicos de antaño, como ella está depositada en el juramentum hippocraticum, que es del todo *individualista.*

Pero hoy se lo puede; y se sabe que —en analogía con la cría de los animales domesticados, donde el hombre ha logrado en miles de años resultados que la naturaleza ciega no hubiera logrado apenas en millones— se podría hacer lo mismo en la estera humana. Es verdad que el problema no es idéntico en el caso del hombre por ser en muchos respectos más complicado, pero, prosiguiendo con la ayuda de la ciencia moderna, razonable y consecuentemente este fin se lo podría llevar a cabo y, tal vez, mucho más rápidamente que en general se piensa— quizá en siglos. Y si no se lo ha iniciado siquiera, esto se debe en gran parte al principio de la *vieja medicina individualista.*

§ 33 Objeciones que se Hacen en Contra

La resistencia a la eugenesia no se debe únicamente a prejuicios; muchos, y sobre todo muchos de los más escrupulosos genetistas, dirán que mi criterio es demasiado optimista ya que respecto de la herencia humana, que no se puede tratar experimentalmente, nuestros conocimientos fuesen relativamente escasos, y lo poco que se sabe no muy prometedor: por ejemplo, el que la mayoría de los genes indeseables parecen ser recesivos y, aunque fuese relativamente fácil encontrar genes dominantes y luego eliminarlos, la eliminación de genes recesivos es circunstanciosa y exige mucho tiempo (para reducir los genes del albinismo que hay en la masa hereditaria humana siquiera a la *mitad,* se necesitan, aun esterilizando a todo albino que aparece como fenotipo, según los cálculos de HOGBEN, unos dos mil años –lo que, sin embargo parece por mucho exagerado). Además parece que los genes patógenos pueden formarse espontáneamente de nuevo por mutación (se cree, por ejemplo, aunque no se lo haya comprobado, que tal neoformación del gene hemofílico se ha operado en la reina VICTORIA, que luego transmitió la enfermedad a toda su descendencia.

Esto es realmente poco halagüeño; pero si de ello se con-

cluye, como lo hace WILLIAM C. BOYD, que sería mejor dejar de combatir los genes para contentarse con combatir sus *efectos*, como se lo ha hecho en el caso de la diabetes congénita, a cuyas víctimas ya se les puede salvar hoy la vida gracias al tratamiento con insulina, ésta es mala medicina vieja, que combate los síntomas mas no la enfermedad misma: ella no combate la causa como debería hacerlo y como lo haría la esterilización. Pues cada vez que el hombre, por *esterilización*, elimina un gene diabético (como lo ha hecho hasta ahora la naturaleza por la muerte del enfermo), el gene está definitivamente eliminado, y la morbilidad general ha disminuído proporcionalmente. Mientras que con insulina, por mucho que se alivie al enfermo *individual*, la morbilidad *general* no disminuye, sino, al contrario, *aumentará* grandemente; pues así no se elimina ningún gene, pero sí se elimina la acción salvadora de la selección natural que hasta ahora frenaba la propagación ilimitada, puesto que la diabetes congénita suele matar a los jóvenes antes de que puedan procrear. Dando ahora a todos los diabéticos la posibilidad de sobrevivir, se les da también a todos la posibilidad de transferir a las generaciones futuras sus genes morbosos, que así se multiplicarían sin freno alguno, hasta que al fin la humanidad entera sería diabética y no podría vivir sin tomar, durante toda su vida, insulina, además de docenas de otros medicamentos para defenderse con otras enfermedades hereditarias, que los adversarios de la eugenesia recomiendan "combatir de este modo". Ellos olvidan que justamente tales "éxitos" de la medicina han conducido a la crisis actual.

Esto sería también una adaptación al nuevo ambiente, y aun una que se podría llamar "científica" —una humanidad enfermiza, padeciendo toda clase de enfermedades hereditarias y manteniéndose con el uso de docenas (quizá centenares) de sucedáneos que, más o menos, calman sus sufrimientos—; pero no creo que sería ésta una adaptación recomendable, sobre todo si ya se entrevé la posibilidad de una humanidad de veras sana.

Así, el caso de la diabetes no me parece una razón en *contra* de la eugenesia, sino más bien un ejemplo concreto y muy demostrativo que muestra su *necesidad*, y que por eso nos impulsa a hacer, a pesar de todas las dificultades, lo posible para realizarla en la forma más eficaz que podemos.

Más substancial es la ya mencionada objeción de que, en el momento actual, no hay conformidad general sobre *la dirección en que se debería hacer obrar la eugenesia*, ya que para decidir esto habría que tener en cuenta qué destino quiere darse el hombre, o, como lo expresa BOYD, saber si un NEWTON o un BEETHOVEN sea más valioso para la humanidad. Pero esta última finalidad de la eugenesia como determinadora del destino en la esfera cultural, puede por el momento dejarse aparte, ya que esta coronación de su actividad pertenece a una *fase posterior* de su aplicación; y que su *tarea inmediata* –restringir los excesos de la natalidad y eliminar dentro de lo posible genes patológicos– es independiente de todo lo que se piense sobre la utilidad de físicos y músicos, y, como un mero asunto médico, incondicionalmente oportuno, pocos deberían poner en duda. Esto basta para iniciar la obra, sobre cuya continuación, generaciones futuras tendrán ciertamente que cavilar aun mucho.

Sin embargo, se puede ya hoy iniciar también la fase posterior, al menos prepararla, si sólo se dirige el desarrollo de la humanidad en tal sentido que, sin prejuzgar la futura elección, la *facilite;* y esto se logra con hacer a la humanidad más apta para decidirse adecuadamente, esto es, haciendo a los hombres más racionales. Quien, como yo, ve lo específico –lo *único* específico– de nuestra especie en el predominio del cerebro, que nos condiciona para gozar del privilegio de la razón, que por su unicidad en la tierra nos separa de las demás creaturas y nos destaca entre ellas como algo único, sin par y hasta sin análogo, verá ya hoy la *misión del hombre en el cultivo de la razón*, y con esto, verá también el significado supremo de la eugenesia, como el de todos los instrumentos que el hombre se ha creado para facilitar su obra, en la ayuda

que eventualmente pueden prestar a este cultivo de la razón. Para mí, tal decisión provisoria sería así ya la definitiva; pero también aquellos que toman tal opinión por un prejuicio, pueden (y deberían) tratar de *hacer con la eugenesia a los pueblos más racionales y más razonables*, sin ocuparse a dónde va a parar todo eso, ya que con tal racionalización no se puede perder nada. Aunque más tarde prevalezca otro criterio, la racionalización será en todo caso oportuna; pues cuanto más razonable sea la humanidad, tanto mejor sabrá lo que ella debe hacer consigo misma: si nos encaminamos hacia la razón, no cerramos ningún camino, sino los abrimos todos.

Así, no sólo por mi persona, sino también objetivamente, aun reconociendo en principio la legitimidad actual de esta objeción, creo poder rechazarla, porque con luchar por la razón no se puede cometer nada que comprometa el futuro Y ¡ojalá! que justamente en este sentido se pueda ya hoy realizar algo, ya que apenas debería haber un perito genetista que dude en la posibilidad, y aun relativa facilidad de librarnos, en gran parte, de la idiotez congénita y también de otros graves defectos mentales; lo que sería ya mucho (véase las historias familiares de los "Jukes" y de los "Kallikaks").

Entre los argumentos que se aducen en contra de la eugenesia se oye a menudo decir que hay algunos (muy raros) hombres superiores con defectos congénitos, cuyo nacimiento, bajo un régimen eugenésico, se hubiera impedido, con lo que nos hubiéramos vistos privados de sus obras (en realidad no se puede citar apenas más que a BEETHOVEN, cuyo padre dicen que era alcohólico, aunque también se ha mencionado a DOSTOIEVSKI (?) y a STEINMETZ, que era jorobado). Pero ni siquiera es probable, y menos aún probado, que ellos serían víctimas de la selección futura, ya que nadie piensa en esterilizar a *todos* los que aman demasiado el vino, y aun menos a todos los jorobados, que ni siquiera eran perjudiciales cuando el militarismo espartano los sacrificaba todavía en el Taygetos. Pero no se puede negar que tales casos *podrían* ocurrir, y que uno u otro, que eventualmente resultaría un genio de la humanidad, fuese interceptado.

Sin embargo, el asunto debe considerarse con criterio estadístico, y entonces nadie puede dudar de que, en una sociedad regenerada y más sana, nacerá un número *mayor* de hombres superiores, y esto es lo que a la sociedad únicamente interesa. Pensando individualmente, nadie podría ser eugenista, pues, naturalmente, la esterilización forzada significa una restricción de los llamados *"derechos del hombre"*, cuyo alcance, empero, la sociedad tiene que determinar; y si ella dice que el hombre no tiene el derecho ilimitado de procrear a su gusto, ya no tiene tal derecho. Sin eso no sería factible ninguna reforma social, que siempre restringirá a ciertas categorías de individuos el uso de sus cualidades, sean éstas físicas, espirituales, económicas o de otra índole.

Pero mi optimismo se basa menos en tales detalles que en el hecho histórico de que, con su primitiva eugenesia, el hombre, sin ningún conocimiento científico y casi únicamente guiado por su predilección a ciertas formas, ha logrado, empíricamente, transformar a sus animales domésticos según su voluntad. Y lo que los salvajes podían hacer ¿les estaría vedado a los hombres del siglo XX, que tienen un amplio conocimiento teórico de las reglas, además bastante simples, según las cuales hay que proceder? Esta demostración "ad oculos" me parece más fehaciente que la enumeración de todas las dificultades que se quieran, que, por lo demás, eran también dificultades para nuestros antepasados. Yo sé que la tarea es más difícil que en el caso de los animales que se quería criar sólo como instrumentos —aunque, desde el punto de vista social, se podría decir que cada hombre, grande o pequeño, *debería* sentirse no sólo como personalidad sino también como un instrumento para ser usado en y para el perfeccionamiento de la humanidad—. ¡Conforme!; el problema es más complicado y dificultoso, pero ahora se lo puede atacar con la razón y con métodos científicos.

DARWIN nos dice que ha aprendido mucho sobre la *selección natural*, de los métodos que usaban los criadores con

su selección artificial; en parte basándose en ella, nos ha hecho comprender la evolución, y con esto ha transformado la *biología* y hasta cierto grado *toda la ciencia*. Hoy se trata otra vez de aplicar las reglas de la evolución; y esta vez para transformar la humanidad; y otra vez tenemos que recurrir a los simples criadores, no para aprender, como DARWIN, algo sobre la herencia (de esto ya se sabe bastante), sino porque su ejemplo nos puede servir de *apoyo moral*, mostrándonos que nuestro intento es posible, porque ya se ha realizado una vez.

§ 34 El Nuevo Médico y su Posición Frente a la Vida

Desde que se habla de moral, había probablemente siempre una diferencia entre la moral aprobada y confesada y la seguida en la práctica, ya que el principal motivo del hombre, su egoísmo, apenas se debería haber designado directamente como moral, a lo más cuando se tratara del egoísmo colectivo de grupos. Pero la diferencia no puede haber sido grande en tanto que los pueblos llamaban moral a sus "mores", a sus costumbres, que por haberse formado en la vida real, nunca podían ser completamente anormales. Todavía hoy la moral de los pueblos es, aunque quizás no mejor, siempre más sincera, más práctica y real que la moral oficial.

De veras divorciada del mundo se hizo la moral sólo cuando la especulación de los filósofos intervenía y, al fin, llegó a basarla en el altruísmo; pues un tal sentimiento no es una calidad normal ni natural en la humanidad sino, si la hay del todo, una rara excepción en hombres excepcionales; — y sobre excepciones no se erige una moral. Es por eso en absoluto impropio llamar a tal moral *humana*, y menos aún *natural;* por bueno y útil que fuese que tal sentimiento se hiciere universal en la humanidad.

Tampoco se puede decir que es artificialmente implantada; pues sentimientos (morales u otros) podrían a lo sumo for-

marse artificialmente si, durante bastante tiempo se *forzara* a un pueblo a adoptar un comportamiento (que correspondería a la moral deseada) hasta que la gente se hubiera acostumbrado tanto a esta nueva forma de vida que, aunque sea sólo *pasivamente*, la incluyese en sus sentimientos como "mores". En un futuro lejano sería eventualmente posible que los hombres, *activamente* y por sí mismos, comprendieran tal necesidad. Pero como en los dos mil años nadie, fuera de en pequeñas fraternidades, en general con tendencias comunistas, que, empero, casi nunca sobrevivían a sus fundadores (1), ha siquiera ensayado basar una comunidad en la práctica de un verdadero altruísmo, y como la comprensión de su necesidad se ha aun, en lo posible, estorbado, por declararla ser una ley sobrenatural, no puede sorprender que el sentimiento del altruísmo no se ha anidado en el corazón de los hombres. Así, él no es ni natural, ni humano, ni tampoco artificialmente implantado, sino que es una mera ficción que por eso, tampoco pudo ser eficaz.

La verdadera moral humana debe basarse en cualidades humanas, es decir, debe siempre contar con este archiinstinto de la autoconservación que a nosotros, como a toda la animalidad nos es innato como bueno e indispensable consejero que, en lo vivo ¡por suerte! es también indestructible (pues sin la *voluntad de vivir* sería la vida imposible), y del cual nuestro egoísmo consciente es sólo la forma que, en un ser racional, tal instinto tiene que adoptar.

¡No se asusten! — yo no predico un egoísmo eterno sino más bien confío en el verdadero socialismo biológico y, con esto, como yo lo comprendo, en el naciente *sentimiento fraternal entre los hombres* que, sin embargo, por falta de otro semillero, tiene que nacer del egoísmo — y lo hará; pues es fácil demostrar que nuestro *egoísmo terminará en algo que, en su*

(1) Las órdenes monásticas eran bastante longevas, pero ejemplos típicos del egoísmo colectivo, sociedades de socorros mutuos, como lo eran las guildas medievales, y hoy lo son los sindicatos, pero también old-fellows, masones y asociaciones similares.

efecto será idéntico con el más perfecto altruísmo. Pero tal evolución deseable no se la fomentará con predicar el altruísmo sino sólo con hacer nuestro egoísmo más racional. La historia misma nos prescribe este camino en el *desarrollo del egoísmo de grupos,* el que muestra claramente que, en la práctica, los dos no son tan fundamentalmente contradictorios, como en general se cree; pues con el mismo derecho, se podría llamar al mismo desarrollo real: *un desarrollo del altruísmo de grupos.* Los grupos del egoísmo y del altruísmo han crecido a la par: siempre han abarcado las mismas comunidades cada vez mayores — desde el círculo de la familia hasta el nacionalismo actual — y cuando una vez hayan abarcado el grupo "Humanidad", será el *non plus ultra* de lo que en la tierra se puede lograr. La cuestión de si acaso se extenderá aún más cuando, tal vez, en otros planetas tropecemos con otros seres racionales, podría parecer actual ya que todo el mundo discute el problema de la aviación espacial, pero la podemos, tranquilamente, dejar al futuro, siendo muy improbable que tropecemos jamás con otros seres racionales (1). En todo caso sería este sueño de una simpatía cósmica entre seres razonables el máximum absoluto, pues más allá del círculo de los racionales ella no puede y no debe extenderse.

---

(1) En nuestro sistema planetario, por el cual, probablemente podremos pasearnos una vez, somos (y seremos, hasta que la tierra se haga inhabitable) los únicos; y la navegación interestelar tiene sus dificultades, menos acaso por razones técnicas que por las enormes distancias: aún avanzando con velocidad cósmica (cerca de 150.000 kms. por hora, con que se iría en dos minutos y medio de América a Europa) se necesitarían, para un viaje (ida y vuelta) aun sólo hasta la *estrella más cercana* (Próxima Centauri), donde acaso no hubiera ni siquiera planetas y, casi seguramente, ni seres racionales, unos 650 siglos (lo que corresponde a más del décuplo de todo el tiempo histórico) de modo que, cuando mejor, la dos milésima generación volvería. Para encontrar con cierta probabilidad seres racionales se debería ir al menos cien veces más lejos, lo que daría 6,5 millones de años y doscientas mil generaciones (desde el primitivo paleolítico hay apenas 4 ó 5 mil generaciones). Tales tiempos geológicos deben hacernos reflexionar. Piénsese ¿cuántas mujeres se debería llevar a bordo, para poder responder de que la

Creo que tal transformación del egoísmo en altruísmo no es una fantástica ilusión, sino que en esta forma el cosmopolitismo se realizará en efecto, y me empeño en acelerar su llegada; pero debo confesar que no lo hago por motivos morales, sino únicamente por razonamiento: por una parte (lo que será el motivo), porque creo que esto fuese el mejor camino para realizar finalidades humanas y, por otra (lo que será la "causa cognoscendi") porque veo este camino señalado por el desarrollo histórico del egoísmo en la realidad del pasado (por su *"trend"*). Probablemente los que tienen el mismo ideal han llegado a su convicción del mismo modo, lo que no contradice que una vez también al "altruísmo" se tome, *generalmente* por un imperativo moral. Pues siempre era así (véase el ejemplo de la moral de alimentarse): primero se busca, frente a una necesidad vagamente sentida, con su más o menos desarrollado cerebro, un recurso y se lo usa; luego, una vez acostumbrado a él se llama — al instinto, a la costumbre, o más generalmente dicho al reflejo condicionado que se ha formado — moral; y al fin se lo siente como tal. Así será también con el altruísmo: cuando él haya existido de hecho durante cierto tiempo como costumbre establecida, se lo aceptará como se ha aceptado a todos los subsidios que

---

tripulación no se extinga un día? ¿Y cuántos víveres y agua potable? ¡Decenas de miles y hasta millones de toneladas por persona! Y, quizás las mejores conservas no sean comestibles después de tanto tiempo, de modo que se tendría que instalar agricultura y ganadería a bordo. ¿Y qué de la ropa para los muchísimos operarios que se precisan en tal nave gigantesca? ¿Y la de sus familias? Pues los zapatos más sólidos no sirven ni siquiera para una generación. Tampoco las máquinas trabajan eternamente, se usan y, a lo sumo, después de siglos son quincalla. ¡Se debe por eso llevar toda la maquinaria a centenares o millares! Y si, a pesar de todo, se lograra construir tal monstruo kilométrico, es casi seguro que, durante estos tiempos geológicos, encontraría a uno u otro aerolito que acabaría con toda la grandiosa expedición. Se ve que las dificultades son... sobrehumanas y, aunque no sea *imposible* de que un hombre viera una vez a un ser racional de otro mundo, la posibilidad es sumamente escasa y, prácticamente, nula. Lo que aún sueñen los entusiastas, ¡hay en todas partes límites infranqueables! Aunque, por otro lado es siempre arriesgado decir que algo sea para la ciencia imposible.

el hombre ha encontrado en su camino, y, al fin, se verá en él un efluvio de un sentimiento *espontáneo*.

Pero, como ya he dicho, yo no siento todavía este efluvio espontáneo (y es aún posible que en el futuro nadie lo sentirá, cuando todos sepan que se trata sólo de reflejos condicionados, y que lo de espontaneidad es palabrería). Tanto menos puedo persuadirme de sentir algo parecido, en cuanto realmente siento que yo quiero el deseado Estado Mundial sólo si estuviese basado sobre la *cultura europea*. Yo me digo que lo hago por estar convencido de que la cultura europea más adaptada a nuestro tiempo que la asiática (cuyos grandes méritos reconozco de buena gana), sirve mejor al progreso y, con eso, llegará más rápido al estado final, pero — ¿quién sabe, si en ésto no haya un resto del nacionalismo europeo? — Se engaña uno tan fácilmente a sí mismo; además sería sólo lo común; pues ya he dicho que en cada fase, la tradición de la anterior está todavía viva; y me consuelo sólo con que así no sería un declarado reaccionario, ya que el nacionalismo cultural de Europa sería un grado intermedio entre el nacionalismo actual y el futuro nacionalismo mundial.

Pero antes de que este ideal de un universal cariño fraternal se haya establecido como un hecho psicológico, no se debe actuar como que exista; pues entonces se obraría en un vacío. Si el mundo está una vez en paz, entonces sí, se puede amar a quien se quiere; pero hasta ese día, los que creen de veras en el ideal de la comprensión mutua, tienen que *luchar* por él, y sería imperdonable cobardía de *"amar a sus enemigos"* (1), esto es, a aquellos que hacen todo lo posible para obstaculizar su advenimiento. Es un sagrado deber de combatirlos; pues sin eso y con dejarlos hacer, el amigo de la paz ayuda él mismo a que las guerras se eternicen.

Pero ¿por qué discutir? — en la realidad *todos* han hecho,

(1) Amar a sus enemigos es, en el sentido literal, una contradicción imposible. Hay hombres felices que no tienen enemigos, y ellos pueden amar a todo el mundo; pero para quien sabe que tiene, como el dicho citado presupone, enemigos que *adrede* quieren perjudicarle, será psicológicamente en absoluto imposible de producir, aun cuando se sirviera

hacen y harán así, ya que es humanamente imposible hacer otra cosa; y la iglesia, con su inquisición y sus hogueras, nos ha dado un *buen* ejemplo (aunque no sea necesario imitarla al pie de la letra). Ella ha sentido lo que han sentido los mejores hombres (MONTESQUIEU, GOETHE y otros) que "la vida es una lucha" y que nadie puede mantenerse a sí mismo y a sus ideales más que luchando. Se debe luchar para que la lucha termine o, al menos, no se la haga más que espiritualmente; pero... antes de que se haya logrado la victoria de la paz, sería traición rendir las armas.

Posible y además justo sería, por eso, decir: — no ames ni odies a tus enemigos sino trátalos con comprensión y justicia, como te lo aconseja tu razón! — La frase del evangelio no puede por eso tener el sentido que se le suele dar; pues, hasta quien no sabe nada de lógica, comprenderá que es *inmoral* amar lo malo; ella puede sólo significar, o sea: ¡no contestar a una maldad con otra! —o, lo que es más probable: —¡resígnate a la maldad de tus enemigos, como a todos los males de esta tierra!— Esto no es, acaso, buena moral, pero, al menos, no es inmoral y, para los débiles y esclavos, a quienes el sermón de la montaña tenía, especialmente, en cuenta, aun un buen consejo, que ellos, sin embargo, nunca, y menos hoy, han tomado a pecho. Muchos dirán que GANDHI con su palabra de la no-resistencia prueba que se puede así ser también eficaz. Pero esto no es así; pues, además de que el líder hindú nunca aconsejaba de amar a los ingleses, lo de la no-resistencia no era más que una palabra. El *ha resistido* — no con las armas *duras*, que en este caso hubieran sido un medio desesperado, pero sí, con el arma *blanda* de la huelga de todo un pueblo. Y las armas blandas son, según el

---

de los procedimiento de un yogui, en su alma un sentimiento que se asemeje a lo que se comprende como amor. En tal caso podemos, con estoica ataraxía, aguantar ya a ellos ya al mal que nos ocasionan; podemos aun llegar a tratarlos como no existentes, mas no podemos amarlos — fuera acaso, de que *comprendamos* que su actitud enemiga está justificada (p. ej., por nuestra propia actitud). Pero, en este caso, la causa efectiva no sería el amor sino la razón.

gran LAOTSE, siempre más eficaces que las duras.

Si GANDHI se dió cuenta de que su palabra de la no-resistencia no correspondía a la verdad, no lo sé; pero sé, creo al menos saber, que vencer por pasividad no es históricamente una victoria, lo que, un día u otro, se evidenciará en una u otra forma.

Siempre hay que reconocer que GANDHI mismo era un filósofo, y su doctrina moral el fruto de especulaciones; y esto no impresiona a los pueblos nunca y no les gusta tampoco, por lo cual, al fin y al cabo, le han también asesinado, como a su — en tiempo y espacio — distante correligionario SOCRATES y, eventualmente también a JESUS; pues es vieja experiencia que tales moralistas se soportan mejor (y se veneran también mejor) cuando están ya muertos. En todo caso es seguro que en pueblos no adoctrinados la moral popular no era nunca sentimental, sino más bien brutal; y, hasta en los pueblos adoctrinados, en general, la verdadera práctica de la vida, sin hacer mayor caso de su catequización, siguió en la pauta de sus antepasados. Especialmente, lo que aquí interesa, ellos pensaban todavía en las necesidades de la comunidad, y no vacilaban en sacrificar al individuo: en todas partes se excluía a los leprosos de la vida social y se los dejaba morir; en Esparta se exponía en el monte del Taygetos a los niños defectuosamente nacidos, y en otras regiones se mataba aun a los ancianos y enfermos crónicos; en tanto que los embrutecidos y atemorizados medioevales quemaban vivos a los infelices extranjeros que, huyendo de la peste imploraban su hospitalidad, porque les parecían sospechosos de ser portadores de la peste. Aun dejando de lado tales medidas brutales de una primitiva higiene social, hay muchos antecedentes instructivos para la cuestión: ¿medicina individual o social?; y para la ética profesional la historia ofrece un gran material, aunque sólo sea estudiando cómo las diferentes épocas han capitulado con el juramento de HIPOCRATES, cuyo valor ético, por lo demás, se sobreestima a menudo: aunque contenga algunas prescripciones que podrían llamarse morales, él es todavía, esencialmente, un documento del egoísmo de clase, con que

el joven médico se obliga a respetar los *intereses de su gremio* y, especialmente, de su maestro.

Tales cuestiones gremiales siguen, todavía hoy, preocupando a muchos médicos, y dificultan la socialización de la medicina, que, por diversas razones, sería tan deseable. Pero, al lado de estas luchas gremiales, que también forman parte del grande y todavía no resuelto problema básico de la humanidad de equilibrar las necesidades del individuo (sea este el médico o el enfermo) con las no menos necesarias exigencias de la sociedad, se destaca cada vez más que el problema propio de la medicina no es un problema gremial-económico, y ni siquiera uno meramente médico-técnico, sino que es un problema *ético,* de cuya contestación depende el futuro de la medicina y... el de la humanidad!; pues con la mejor comprensión de la influencia que tienen las *enfermedades* en historia y sociedad e, inversamente, de la que tienen las *condiciones sociales* en la salud pública, la *higiene social* logra de año en año mayor importancia, y, a la par, crece la responsabilidad social del médico como factor decisivo del progreso en general.

El nuevo médico es más ético que el viejo, al menos así pretende él. Pero su ética es otra, ya influída por el nuevo saber de la ciencia, y choca a menudo con la tradicional. Para imponer su criterio social, debe, naturalmente, apoyarse sobre todo en su mejor saber científico, pero hay que *entenderse también con el pasado,* y con sus tradiciones que, como indiscutibles hechos, todavía existen y tienen bastante poder real; hay que saber al menos cómo nuestros padres se entendieron con la medicina social. Una cierta higiene social la hubo siempre. Aunque también a este respecto el desarrollo de la medicina no fué rectilíneo, y que hubo muchas vueltas, en general prevaleció entre los primitivos, todavía poco diferenciados, el interés de la comunidad. Con una cultura superior, que destaca el valor de la personalidad, y, más tarde, bajo la influencia de la religión, también la medicina se hizo compasiva e... individualista. Mientras ahora se abre otra vez paso la convicción de que la medicina o higiene social (que, según su tarea

más importante de cuidar de una sana descendencia, se llama, desde GALTON, también eugenesia – "el nacer bien") debe estar en el centro, ya que sabemos que de su eficacia depende el futuro de la humanidad.

El problema es, en el momento, candente, en gran parte gracias al progreso mismo de la medicina. Aun hace poco, cuando los médicos no podían hacer gran cosa en provecho del individuo, y menos aun en el de la sociedad, era relativamente indiferente lo que pensaban sobre su profesión; la naturaleza gobernaba en todo caso con sus implacables leyes reguladoras. Pero hoy el progreso del saber nos ha puesto en condiciones de *cambiar intencionalmente los efectos de estas leyes*: desde que tenemos los medios de hacer sobrevivir a todos los débiles, y desde que nuestra irreflexiva sentimentalidad, aprovechándose de este poderío, realmente los conserva a casi todos, la selección natural ya no puede obrar apenas, y la calidad del material humano tiene, por eso, que empeorar. Y desde que, por exterminio de las pestes y por otros gratos adelantos, la gran mortalidad, especialmente la infantil, ha disminuído tan maravillosamente, ella ya no puede regular, tan oportunamente como antes, tampoco la *cantidad*, y el espectro de una sobrepoblación aniquiladora nos amenaza.

Hasta un *niño* debería comprender que, si se destruyen las regulaciones *naturales* hay que reemplazarlas por otras *artificiales;* pero la incomprensiva obstinación de nuestros *adultos* no ve (o no quiere ver) que la eugenesia no es un *problema* a *discutir*, sino una *necesidad con que cumplir;* al menos si no se quiere, como otra PENELOPE, deshacer lo a duras penas logrado, y volver a la Edad Media, con sus suciedades y enfermedades, sus guerras y hambres (que son los expedientes con que la naturaleza regula), y así, en vez de crear artificialmente *regulaciones racionales*, reintroducir artificialmente *miseria* y *muerte*. En este dilema estamos: esterilizar hoy a algunos o, entregando el futuro a guerras miserias y hambre, *matar de antemano a las generaciones venideras y, eventualmente, destruir a la totalidad.* Y es bueno saber que "tertium non datur", y que hay que decidirse por *una*

de las dos alternativas. Puestos así entre la espada y la pared, la decisión no puede tardar mucho, y creo que su contenido no puede ser dudoso tampoco.

Respecto al peligro de la sobrepoblación, será bueno recordar que, si el aumento actual de algo así como 1,16 % por año no disminuye, ya en un siglo habrá una población más de tres veces mayor que la de hoy, esto es, ocho mil millones de terrícolas, los que, según los peritos, no podrían nutrirse ni con la más intensiva y más científica producción agropecuaria, ni aun con algas o cualquier otro de los propuestos recursos más o menos fantásticos. Y quien espera que entretanto se lograra producir alimentos sintéticamente (lo que no está excluído, pero muy inverosímil), debería pensar que en mil años la tierra tendría cabida para sus habitantes sólo si estuviesen de pie (dos hombres en cada metro cuadrado), y que en 2400 años la masa de la humanidad superaría la de toda la tierra, lo que, evidentemente, es físicamente imposible.

Se ve que la reducción de la natalidad se deja acaso un poco postergar — siempre que las próximas generaciones se muestren dispuestas a aguantar, para "salvar su conciencia", dificultades cada vez mayores — pero que, a la larga, los más virtuosos tienen que tragarse la píldora; y sería de desear que lo hicieran a tiempo, o, usando otro símil, que acudieran con el agua antes de que hubiese ardido la casa.

Este es un problema de la humanidad entera; pero a los médicos les incumbe la mayor parte de la responsabilidad (al menos la responsabilidad moral, pues la jurídica la tienen los parlamentos o respectivamente las masas): por una parte, porque fueron sus éxitos los que nos han *conducido* a la encrucijada fatal al desquiciar el viejo equilibrio natural, bajo el cual habían vivido precariamente animales y hombres; y por otra, porque son los médicos, al lado de los sociólogos, los más competentes para ayudarnos a *salir* del apuro. Pues ellos deben saber mejor que otros, que todas las reformas políticas, económicas o sociales, por razonables que sean, tienen que quedar proyectos utópicos si, por falta de una eugenesia que regule cantidad y calidad, *faltan los hombres correspondientes*

con quienes se las podría poner en práctica: la materia prima tiene que existir antes de que se la pueda elaborar; con mal hierro no se hubiera edificado la torre Eiffel, y con la población mundial de hoy no se edifica, en las complicadas condiciones actuales, una buena sociedad, y menos aun una buena Sociedad de las Naciones.

Que las masas, de las cuales depende cada vez más el destino de la humanidad, no están preparadas, sino todavía son socialmente inaptas para las grandes tareas que les esperan, lo vemos en casi todas las partes de la tierra. Hay que mejorarlas y elevarlas a un nivel en que, aunque no comprendan de veras lo que se hace en beneficio suyo, al menos no lo resistan. Felizmente sabemos que hay los medios técnicos para hacerlo, aunque falte mucho para dominarlos soberanamente. Sin embargo ya se sabe hoy bastante para poder comenzar; y hay que comenzar pronto, antes de que la progresiva proletarización de la sociedad haga incurable el mal; pues si todo continúa como ahora, pronto faltarán los hombres superiores que podrían tomar la iniciativa. Se dirá que se debería educar a las masas — ¡Claro que se lo debe! — Pero esto necesitaría siglos y una revolución social (una verdadera), y siglos ya no están a nuestra disposición; además de que lo uno no excluye lo otro y, para lograr que *todos* sean educados, se debería en todo caso eliminar a los *ineducables*. ¡Y los hay! — ya que en nadie se puede *desarrollar* más que aquello con que haya nacido; pues "lo que natura no da, Salamanca no presta". Se vé — ¡no hay remedio! — no se puede prescindir de esta maldita eugenesia.

§ 35 El Inmenso Poderío de la Nueva Medicina en el Futuro

Con esto la medicina ha llegado a un momento crítico en que su campo de acción comienza a extenderse hacia nuevos e inesperados horizontes. Es una imagen grandiosa que ya se trasluce la de una medicina renacida que, soportada por expertos comprensivos en psicología y sociología hará el papel de un *ángel guardián de la humanidad*. Como sabia y previsora preparadora de las generaciones por nacer, renovará a nuestra especie, formando conscientemente al nuevo hombre, al hombre del mañana, al esperado superhombre. De su sabiduría dependerá *cómo* serán los hombres que mañana harán la historia. Así realizará en forma racional y eficaz el viejo deseo de los antiguos, de tener un genio tutelar que vigile su bienestar, de lo cual era símbolo sagrado la *"Gran Madre de* FRIGIA", la "μεγά λη μήτηρ", la magna mater que, bajo diferentes nombres, se adoraba como representante de la virtud procreadora de la naturaleza, y luego, como madre de toda civilización y cultura.

Por otra parte esta medicina del futuro que por métodos eugenésicos *determina el destino* de la humanidad, es directamente comparable a las moiras (parcas) de los griegos (o las normas de los pueblos germánicos), que *"tejen el destino"*. Al tejer el *destino de los dioses,* que así no se tomaban por in-

mortales y ni siquiera siempre por inmortales (1), lo mismo que el de los hombres, ellas nos suministran una prueba del sobrio y aun científico espíritu de los pueblos europeos, que confiaban –sobreponiéndose a las supersticiones asiáticas de las civilizaciones pregriegas que entregaban el mundo a la arbitrariedad de dioses omnipotentes (ya antes de que del genio helénico naciera la ciencia consciente– cuasi instintivamente en la *legítima necesidad de todo acontecer,* en la *"Ananke"* (2), que significa lo que hoy se llama determinismo.

La "Moira" de HOMERO, la "Ananke" de los jonios, fué la directriz suprema del mundo; y la medicina moderna, que ahora es de veras capaz de "tejer el destino" (aunque no para el universo, al menos para la humanidad) es su sucesora en *condiciones mejores,* ya que cumplirá en la realidad lo que los antiguos habían sólo conceptuado como *posibilidad explicativa.*

Es una vieja y profunda palabra la de que el *verdadero estudio del hombre es el hombre* (en tiempos recientes lo han dicho CHARRON, POPE y GOETHE (3), y, efectivamente, muchos, quizás todos nuestros esfuerzos de descifrar la naturaleza se remiten, en último término, a facilitarnos la vida. El éxito a este respecto era enorme, pues, con estos estudios alrededor *suyo el* hombre ha logrado crearse un ambiente que

---

(1) Los dioses olímpicos habían liquidado a la generación de los dioses que les precedió; y los germanos creían en el crepúsculo (ocaso) de los dioses, en que todos perecerían.

---

(2) También el *Karma* del viejo brahmanismo de los invasores del Norte muestra rasgos parecidos: él determina, *según lo que ha acontecido,* la forma en que el hombre renacerá, con exclusión de toda intervención sobrenatural, mientras la *negación de la vida* por el concepto posterior de Nirvana no es más que pasividad asiática.

---

(3) P. CHARRON (1601) en el prólogo de su "Traité de la Sagesse"; A. POPE (1733) en su "Essay on Man", 2. 1; y GOETHE (1809) en sus "Wahlrerwandshaflen", II. 7.

es ahora casi completamente artificial por haber modelado, en un trabajo milenario, a casi todo lo que le interesaba, especialmente a plantas y animales a su servicio, en la forma que le convenía, destruyendo a gran parte de los nocivos y dotando al resto de aquellas cualidades que creía útiles para sí. Sólo al objeto central, en cuyo beneficio se hicieron todos estos estudios y esfuerzos, al hombre mismo, no se pudo transformar sino se tuvo que seguir aceptándolo tal como nació como producto natural de lo que los griegos llamaban "ananke" (determinismo del acontecer universal) y lo que hoy se llama más específicamente la mezcla casual de sus genes (1).

Y no era el caso de que los hombres renunciaban a su mejoramiento porque estuvieran tan convencidos de su propia excelencia que se creyeran inmejorables, sino, por lo contrario, padres y gobiernos, filósofos y religiones no se han hartado nunca de ensayarlo verbalmente con sus diversos consejos, disculpando luego los inevitables fracasos de tal método con la deficiencia del objeto, acusando, con pesimismo injustificado, en vez de a su método a la humanidad entera, con decir que "todo designio de los pensamientos del corazón humano es malo desde su juventud" (de lo cual más tarde se originó la doctrina del pecado original). Que así procedieron, era sólo natural; pues niños, si no pueden lograr algo, dicen siempre: "esto no lo puede nadie". — Pero esta vez tenían con su excusa razón: sus métodos educacionales, por bien intencionados que fuesen, eran ineficaces, pero —al menos hasta hace poco — no se conocía nada mejor para cambiar fundamentalmente las cualidades del hombre y adaptarle mejor a su ambiente y, con eso, ayudarle en cualquier otra forma que hubiera sido eficaz en la realidad, y también a su misión futura de un ser racional. Quien del todo quiso hacer algo, debía bastarse con dar buenos consejos, que empero, acababan por lo general en la admonición moral de que los pecadores se mejoraran, interior y espiritualmente, ellos mismos a sí mis-

(1) Que casualidad y necesidad no siempre son contradicciones, sino a menudo expresiones que, bien comprendidas, se refieren a la misma realidad, nos lo enseñan las modernas ciencias naturales, lo que aclara mucho aquello que antes parecía enigmático.

mos lo que a ojos vistos es una malsana ilusión, siendo, como es sabido, buenos consejos, aun si fuesen de veras buenos, raras veces oídos. Pues, con toda razón, los pueblos no quieren consejos sino ayuda real: — ¡déles el ciertamente buen consejo de no hacerse comunista, y se harán inscribir en masa en las listas del partido! — ¡dóbleles el sueldo y ya no pensarán más en comunismo!

Es verdad que, con el cambio de las condiciones exteriores, se transforman las acciones de la gente y hasta sus ideas (lo que únicamente importaría), pero de ningún modo su mentalidad fundamental; pues aunque sea indudable que obreros bien pagados tendrán ideas políticas menos radicales que mal pagados; y que lo mismo vale, con ciertas modificaciones, también para la mayoría de las clases superiores, estos cambios "interiores" son, en el fondo, sólo exteriores: — los interesados creerán, acaso, que ahora piensan de otro modo, pero en realidad siguen siendo, son las mismas criaturas sugestionables de siempre, y otra sugestión les transformará de nuevo.

Para cambiar de veras al hombre, se debería, *dentro de él*, realmente cambiar algo real, esto es, su estructura biológica; y, como ella, desde el momento de su generación, en todo lo esencial está determinada por sus inalterables genes, no se puede y no se podrá nunca transformar fundamentalmente al *hombre una vez nacido* (fuera de que puede enfermar, y que esto puede eventualmente corregirse). Tampoco se puede cambiar la próxima generación (sino sólo suprimirla eventualmente); pues el mecanismo de la herencia no podemos ni nosotros ni la naturaleza alterar. El único camino que lleva a un buen fin es el expediente que usa la naturaleza: — seleccionar y arrancar las malas hierbas. Como siempre, hay que tomar a la naturaleza como maestra, aunque, con la prácticamente muy importante diferencia de que ella mata a los ya nacidos, mientras nosotros podemos evitar su generación, con que se ahorra mucho tiempo y energía. Con esto el asunto es ahora completamente otro: todavía no podemos cambiar a propósito ningún gene del *hombre* (lo que,

sin embargo, teóricamente tampoco sería imposible); pero sí podemos, por disminución y luego por eliminación de aquellos genes que no nos gustan, cambiar el *surtido de genes* que existe en la *humanidad*, y así, lentamente, transformarla en una que corresponda mejor a nuestros ideales, sean ellos lo que sean. Con esto la ciencia podría realmente ejercer la función directriz que una vez se creía personificada en las moiras o en la providencia divina.

Es ésta una tarea grandiosa, y otra vez se podría hablar metafóricamente de los "divinos" discípulos de ASCLEPIOS. ¿Es imaginable que haya médicos que no acogieran con entusiasmo jubiloso tal oportunidad de hacer de su profesión, en cierto sentido, la coronación de toda la evolución humana, se podría aun decir, de toda la evolución orgánica? Pues, con esto, el médico llevaría a cabo lo que, como "finalidad" yacía en el fondo de todo el desarrollo histórico del hombre: las transformaciones desde la amiba, la adquisición de órganos naturales y luego de instrumentos cada vez más potentes, la arrogancia de la fase mágica, el presentimiento del espíritu europeo, los esfuerzos de la ciencia y las aspiraciones de los filósofos (incluso de los idealistas). Todo esto servía y *tendía a libertar al animal y luego al hombre cada vez más de la dependencia de la naturaleza*, darle mayor poderío y, con esto, la posibilidad de vivir su vida como un ser cada vez más autónomo, disponiendo así, libre y espontáneamente, de todas sus facultades, hasta que al fin pudiera decir con cierta autorización, que *determinará él mismo su destino*. Con esta autodeterminación han soñado muchos filósofos (especialmente J. G. FICHTE), y esperaban poder lograrla con profundizar sus discusiones sobre su *concepto metafísico* del libre albedrío. Eran sueños; mas ahora — aunque, naturalmente, no en forma absoluta — ellos resultan alcanzables por métodos prácticos que la *ciencia* ha puesto a nuestra disposición. Si queremos, podemos formar al hombre futuro a nuestra voluntad: científico o artista, sensual o asceta, o de otra índole cualquiera— tal como lo deseemos.

§ 36 Libertad y Autodeterminismo del Hombre (Filosófica y Biológicamente Visto)

Sin embargo, la libertad, por mucho que se hable de ella, deja a los más, y sobre todo a las masas, indiferentes, y si se les da, no la usan; lo que se muestra también aquí, pues no se puede negar que la gran mayoría de los médicos (para no hablar de los profanos) se opone todavía a dar este próximo paso de autoliberación que el pasado ha preparado (1), y dejarán su terca obstrucción sólo cuando, a la larga, el ya hoy inequívoco trend de la historia – de la universal como de la de la medicina – la haya hecho materialmente imposible. Tarde o temprano se dará este paso, con el que, gracias a las conquistas de la medicina, no sólo se otorgará existencia a una humanidad mental y corporalmente sana y vigorosa (lo que ya en el momento está a punto de hacer), sino que ella nos ayudará también eficazmente a cumplir con nuestra *misión que, para*

---

(1) Las razones no son siempre muy nobles: uno de ellos me decía el otro día: ¿qué será de los médicos si todo el mundo será sano? –No hay que temer cesantía; los médicos estarán más ocupados que antes; sólo que ya no serán pobres remendones, sino que tendrán la tarea más noble de elaborar el material humano en forma tan perfecta que no necesita de continuos zurcidos.

seres racionales, no puede ser otra que la de determinarse libremente a sí mismo como individuo, y a su destino como especie.

Durante mucho tiempo Filosofía y Religión han postulado — en contra del por ellas mal comprendido determinismo de la ciencia — la *autodeterminación del hombre*, aunque, naturalmente, sin poder hacer algo más en pro de ella que... ¡postularla! Y ahora, cuando al fin la ciencia nos regala la *posibilidad* de tomar en nuestras propias manos, gracias al conocimiento de las leyes de la herencia, la determinación de nuestro futuro, los que siempre han pretendido ser los guardias de una moral *eterna*, cambian de repente su criterio y niegan a los que tienen que cuidar de la salud de los pueblos, el derecho *moral* de tomarse la libertad de autodeterminarse; son ahora ellos quienes predican el determinismo, al que antes llamaban la "esclavitud del hombre", ya que recomiendan que la humanidad progrese como las leyes naturales mandan, mas no como ella misma lo desee. Muchos dirán que tal posición incomprensible se debe simplemente a la conocida costumbre de esta gente de contradecir, por principio, a la odiada ciencia, aunque sea a costa de la lógica y de la dignidad y fidelidad que el hombre se debe a sí mismo; pero puede también ser que no hayan pensado nada, y sólo muestran que son como niños porfiados, que cada día quieren lo contrario de lo que han querido el día anterior. En ningún caso se puede tomar una oposición tan tornasolada y contradictoria por seria; más bien ella brinda a la ciencia — que en este caso defiende su principio realista, y, además, el principio fundamental de toda moral, pues, sin admitir, en una u otra forma, una autodeterminación, ninguna moral es ni siquiera imaginable — la grata confirmación de estar firme sobre sus dos piernas, sobre los dos puntales en que debe apoyarse todo lo que un hombre hace: en su saber positivo y en su ley moral — y así sentirse *doblemente* segura de su posición.

Si el *principio de la autodeterminación* es imprescindible para el concepto de una moral cualquiera (pues la acción de quien obra únicamente bajo la presión de circunstancias exte-

riores, no puede llamarse ni moral ni inmoral), el *indeterminismo filosófico*, que además no es otra cosa que una abstracción irreal que, últimamente, aprovechándose de ciertas oscuridades neocuantísticas, se hace circular de nuevo, no tiene nada que ver ni con la moral ni con la libertad humana que, en todo caso, nos está garantizada. Pues, lo que se olvida a menudo, el cerebro y su funcionamiento, que constituye el equivalente de nuestras ideas y voliciones y, en fin, de nuestra personalidad, es una parte, y para nosotros aun una parte importantísima del *acontecer real*, que tiene, como tal, en cada una de nuestras resoluciones, igual que toda otra realidad en el mundo energético, un *voto final y causal*. Dicho con otras palabras: somos *libres* porque *tenemos que obedecer* siempre a la configuración de nuestro cerebro! Esto suena paradojalmente y necesita por eso una aclaración.

Nuestras intenciones y voliciones, exteriorizándose en movimientos moleculares de nuestro cerebro, constituyen un factor real tan eficaz como cualquier otro factor físico-químico; y así nuestra voluntad personal, naturalmente junto con otros factores — pues causas que fuesen únicas no puede haber en un mundo en que todo influye en todo — determina nuestras ideas y acciones, con lo que, *nuestra libertad y nuestro libre albedrío son hechos reales en el mundo real.*

Es verdad que hay hombres que quieren aun *"más libertad"*, una libertad que por sí sola decida lo que luego harán. Pero ya sabemos que tal quimérica libertad absoluta, tal loco deseo de tomar algo por causa única, es, ya *a priori*, imposible en el mundo del funcionalismo universal; además de que la *experiencia* muestra que tal cosa realmente no existe. Esta imposibilidad la deberían reconocer hasta aquellos que fantasean con tales desvaríos: si DESCARTES dice que *"con sólo pensar el mundo* con perfecta claridad, se lo podría crear", o si el conocido existencialista JEAN PAUL SARTRE, caricaturizando aun a su maestro declara: *"un día yo decidí nacer"*, me es materialmente imposible creer que ellos creían en lo que decían, ya que otras manifestaciones suyas evidencian que no son locos. El por qué lo decían, es un problema del

análisis psicológico, que aquí no interesa; el hecho es que prometían lo imposible, y que sus palabras no tienen un sentido real.

¡Bueno! Contra tales extravagancias el determinismo no nos puede defender; pues es un lamentable, aunque acaso necesario, epifenómeno de nuestra libertad, de que el hombre puede con ilimitada arbitrariedad pensar, decir y hasta hacer imprimir los disparates más inverosímiles. Siempre es consolador que, en el interés del mantenimiento del orden mundial, el determinismo, o, como se puede también decir, las leyes de la naturaleza, pueden al menos impedir que tales cosas, además de pensarse, decirse e imprimirse, también se realicen! — Y, si cada idiota o malvado, a guisa de SARTRE, decidiera él mismo su nacer, la mejor organización eugenésica estaría aviada.

Especialmente en lo moral el determinismo nos presta una ayuda eficaz; pues es ya muy grato, también desde el punto de vista moral, que las leyes de la naturaleza a menudo no permitan que la gente *cometa* las más atroces de las extravagancias que piensan, dicen o imprimen; pero hay algo más, y algo más específico: que el determinismo nos fuerza a todos nosotros a vivir y actuar *conforme con la propia personalidad* de cada uno. Y que esto es el fundamento más seguro de la moral humana, lo afirman nuestros dos más grandes poetas-pensadores: GOETHE nos manda directamente que cada uno viva "en su esfera" y "según las leyes con que se ha iniciado", (esto dice exactamente lo mismo que "según los genes con que se ha nacido"); y SHAKESPEARE, en su Hamlet, nos dice en versos célebres:

"This above all: to thine own self be true,
And it must follow, as the night the day
Thou canst not then be false to any man".
(Más de todo esto: *sé fiel a ti mismo*
De lo cual se sigue, como el día a la noche
Que desleal no puedes ser jamás a nadie).

Esta lealtad a sí mismo nos la impone el determinismo:

nace el hombre con cierto intelecto, carácter y temperamento que forman su personalidad, y al mismo tiempo con la correspondiente estructura de su cerebro; y esta estructura le fuerza a pensar y actuar, durante toda su vida, según la pauta con que ha nacido: el oportunista buscará en todas las oportunidades lo que le conviene a él personalmente, y el hombre recto lo que le parece justo; nunca podrán trocar sus papeles. Pero sí, pueden disfrazarse: el ladrón nato puede vivir como banquero respetado (y todos lo sabemos que a menudo lo hace), pero... aún así quedará ladrón; el hombre pensador y aun el ateo pueden hacerse elegir Papa (y lo han hecho, sobre todo en el Renacimiento en tiempos de los BORGIA y de los MEDICI); pero nunca han creído en la transubstanciación.

Pero podría ser que, en un caso dado, uno quisiera ser desleal consigo mismo, y cometer algo que no corresponda a su personalidad verdadera, pero entonces el determinismo le pone a salvo y no le deja desmentir su carácter: ni oportunista ni ladrón dejarán pasar ocasión alguna si creen poder aprovecharla impunemente; el hombre justo no puede mentir y el naturalista no puede creer en muchas cosas, aunque tal vez, por conveniencia, lo pretenda. Así, el *determinismo,* cuidando que nuestro *autodeterminismo* quede incólume y no se comprometa con elementos heterogéneos, obra como guardián seguro e incorruptible de nuestra dignidad de hombre, la que se pierde si se deja de ser fiel a sí mismo.

Reflexiónese un poco sobre esta simple demostración respecto del significado ético del determinismo. Ella no es mera broma, pues muestra al menos lo que tan a menudo se ha negado: que la verdadera libertad del hombre, y con esto también su moralidad individual, no sólo es *compatible* con los más estrictos postulados de la ciencia, lo que en el fondo nadie duda, sino que el determinismo aun *ayuda* al hombre a lograr y conservar esta unidad y continuidad de su carácter, que es la "conditio sine qua non" de toda moral, ya que sin tal base el hombre se perdería en la confusión y el aturdimiento. Mientras que todos aquellos que no quieren contentarse con la libertad que se limita por el principio shakes-

peareano-goetheano de la fidelidad a sí mismo, son siempre sospechosos de que apetezcan su soñada libertad ilimitada sólo para abusar de ella en escapadas ilícitas, el cual deseo muestra que no han nacido como hombres morales (sociales), sino que son siervos de sus pasiones.

La demostración se refiere también a nuestro tema. Pues el hecho de ser el determinismo el que pone al hombre en condiciones de ser moral, indica que, en general, con métodos físicos, como lo son los de la eugenesia, se puede influir en lo moral, y que por eso, su aplicación, si sólo se orienta hacia tal finalidad, además de acelerar el progreso general, en especial, podría también servir para hacer a los hombres más morales, lo que, naturalmente, sería imposible si la moral fuese, independiente del determinismo universal, un asunto sobrenatural. Así también todos aquellos que, por estar interesados sobre todo en el progreso moral, no quisieron hasta la fecha saber nada de la eugenesia, que tomaban por demasiado materialista, deberían felicitarse de tener ahora un medio realmente eficaz para lograr lo que en todo el pasado no han logrado con sus sermones y con todas sus bien intencionadas doctrinas de moralidad. Si no quisieran hacerlo, probarían que no son más que fariseos que se enorgullecen de ser los *únicos* seres morales, y no quieren que los demás lo sean también, para poder, como dice el virtuoso TOMAS de Aquino, sentir doblemente el placer de su pureza cuando ven a sus prójimos en el lodazal de sus vicios.

§ 37 Para Llevar la Eugenesia a la Práctica Se Necesita la Buena Voluntad de la Sociedad

Así, todos — médicos y gobiernos, personajes superiores y las capas inferiores, mundanos y santos — podrían y deberían regocijarse de que la medicina moderna comience ahora a ser capaz de sanar, además de individuos, también a la humanidad enferma, y de que disponga hasta de métodos para hacer de nuestra especie lo que razón y moral piden. Así como hemos cambiado los lobos salvajes en pachones y galgos, en bloodhounds y sabuesos, ovejeros y perdigueros, podríamos actualmente cambiarnos a nosotros mismos, y si así nos gusta, crear una humanidad de científicos o santurrones, de trabajadores serios o de comediantes, de especialistas o de hombres de vasta cultura general.

Estas prácticamente infinitas posibilidades de desenvolvernos nos abren horizontes inmensos para el futuro, pero... el "embarras du choix" es siempre una ventaja precaria, y en este caso puede significar un desastre! Pues, como en nuestro mundo democrático depende en último término de la voluntad de las mayorías el cómo y con qué objeto se aplicarán los nuevos conocimientos, es de temer que ellas, contentas en su ignorancia y no sintiendo el estímulo de la neofilia, resuelvan perpetuarse (con lo que todo quedaría como es) o aun resuel-

van transformar su mayoría en totalidad (con lo que todo sería peor). Probablemente harían de la Eugenesia una Malgenesia, y usarían su poder de criar a hombres sobresalientes en cualquier campo de la actividad humana, *no* para procurarse un *Estado Mayor* de personajes de relieve que podrían ser útiles para el progreso científico, artístico, moral, etc., sino para establecer un criadero de sus *tipos favoritos:* astros de cine y superboxeadores, dictadores aún más dictatoriales que los que hoy vitorean, y el correspondiente material de hombres serviles. La ciencia les habría dado los medios para llegar a la última perfección, y ellas los habrían usado únicamente para su degradación y autodestrucción. Claro que esto sería sólo lo de siempre: la lluvia que cae en campo fértil hace crecer el trigo para el pan, pero si cae en el lodo produce sólo un lodazal; y con el mejor instrumento se puede hacer lo bueno y lo malo: con la bomba atómica se puede defender la cultura o destruirla! Todo depende de cómo se use el regalo de la ciencia: — con la razón o contra la razón.

Pero aun en el caso de que se lograra que hombres que saben participen en la decisión, su tarea sería sumamente difícil, y su responsabilidad enorme. Cuando los hombres criaban las diferentes razas de perros, sabían perfectamente lo que necesitaban: perros rápidos para atrapar liebres, perros fuertes para atacar osos y jabalís, perros inteligentes para guardar (cuidar) sus rebaños, etc. Estas finalidades las perseguían consecuentemente y el resto no les preocupaba, ya que los perros no eran para ellos... nada más que instrumentos.

El hombre, empero, no puede — y no debe — ser nada más que un instrumento (véase, sin embargo, lo que he dicho al fin del § 28 (pág. 202) sobre el hombre como instrumento), además de que, por otra parte, en la humanidad se necesitan incomparablemente más tipos diferentes que tipos perrunos hay. Esta dificultad no sería insuperable si sólo se fijara razonablemente *cuántos* de cada tipo se necesitan; pero no se los puede criar con facultades tan unilaterales como las de los perros, sino que cada hombre, además de ser eficiente en su

especialidad, tiene que ser, al menos hasta cierto grado, una *personalidad armoniosa, un hombre cabal.*

Se ve que tener el instrumento para hacer a la humanidad razonable no basta; se debe saber usarlo *con razón,* esto es, con lo que precisamente se espera que se produzca. Muchos han desesperado de que así se pueda lograr, y ven el único remedio en lo que H. G. WELLS ha propuesto, esto es, que los hombres superiores y los técnicos poderosos se retiren al Tibet y aquí preparen sus irresistibles armas, y luego con ellas *sujeten* al mundo, para entonces reconstruírlo.

Sería el último remedio: el camino de la violencia. Puede ser que, al fin y al cabo, no quede otro; más yo no soy tan pesimista. Creo que el camino de la razón es todavía transitable. De esto ya he hablado, pero es tal vez útil aclarar una posible objeción; pues el hecho de que se debe tener ya razón para hacer el mundo razonable, parece un círculo vicioso, que recuerda el famoso problema sofístico del huevo y de la gallina: para tener un huevo se necesita la gallina que lo ponga, pero para tener una gallina se necesita un huevo del que nazca, Los escolásticos lo tomaban por un problema serio y aun creían que era insoluble; pero hoy se sabe que no es insoluble, ya que toda dificultad desaparece con el principio de la evolución, que nos enseña que todo lo nuevo en la naturaleza orgánica se introduce lentamente por cambios casi imperceptibles, de modo que apenas se puede hablar de una primera gallina o de un primer huevo, y que en todo caso, ambos se han desarrollado, a la par, de sus antecesores. Así ya no hay siquiera un problema!

Y este principio de que en la naturaleza no hay nada de verdaderamente nuevo — nada de revoluciones sino sólo evoluciones — lo entrevió, como regla para la vida práctica, ya el sentido común de los pueblos, y lo depositó en sus proverbios, p. ej., en el italiano, que ya conocían los antiguos: "*Chi va piano va sano*". En nuestro caso nos dice que no se debe querer comenzar *de inmediato* con la determinación del destino humano, sino andar hacia tal finalidad paso a paso. Lo que en el momento es urgente — disminuir la natalidad y

eliminar las más peligrosas enfermedades heredables, como por ejemplo la hemofilia, y sobre todo la imbecilidad y otros trastornos mentales — es relativamente simple, y sabemos cómo hacerlo. Cuando con esto se haya logrado una humanidad física y mentalmente más sana, ella será también más comprensiva; y como entonces habrá mayor experiencia con respecto a los efectos selectivos de la eugenesia, se podrá pensar en orientar, a título de ensayo, la selección hacia una lenta transformación del material humano en el sentido de que contenga cada vez más elementos socialmente útiles y menos dañosos. Progresando en tal dirección se aprenderá siempre más, y se verá más claramente el final, que así se podrá perseguir cada vez más directamente y... siendo menos obstaculizado por las masas,cuya comprensión irá con el tiempo aumentando. Hay que desarrollar también esto *"orgánicamente"*.

Creo que se puede, a pesar de todo, ser optimista. Y si se puede ser, se debe serlo; pues el optimismo es, ya de por sí, un factor de éxito. Si sólo por esta vez se lograra eludir el peligro de una nueva Edad Media que nos amenaza, hay esperanza fundada de que el *progreso social* sea tan rápido y extraordinario como lo fué el *técnico* en el siglo pasado, y que, tal como se habla (a causa de la rapidez de su progreso) de una *revolución técnica*, se podrá una vez también hablar de una (verdadera) *revolución social y humana*. Y, cumplidas estas dos revoluciones indispensables ¿qué nos falta para entrar en una era de la razón? —ya que el tercer factor que se precisa (el del saber o respectivamente el de la ciencia), ya hace tiempo está preparado para desempeñar en tal era su papel orientador, y sólo necesita ser más difundido y reconocido. De modo que ya nuestros tataranietos —acaso no los míos pero al menos los de ustedes, lo que significa siempre dos generaciones más— podrían vivir en el tiempo que todos los hombres de buena voluntad siempre han ansiado, en esa *soñada era de la razón*.

Así se puede, sin ser fantástico, ser optimista, ya que sabemos qué hay que hacer, cómo hacerlo y también que la hora

es propicia; pues lo único que falta es la *voluntad* de los que tendrían que actuar, y, a este respecto, las manifiestas calamidades públicas del momento, que exigen perentoriamente medidas enérgicas de reparo, podrían resultar hasta útiles por dar a los titubeantes y contemporizadores lo que les falta: la necesaria voluntad de hacer lo necesario. Quien mira a lo sucedido en tal forma, parece decir con esto que la naturaleza ciega nos haya prestado ayuda, y esto tomarán muchos por misticismo. No lo es, sino nada más que un ejemplo de la correlación que hay en todo, y aquí especialmente entre la lógica del acontecer y una particularidad psíquica de nuestra especie: el hecho de que, en contra de la advertencia de MALTHUS, se ha dejado por demasiado tiempo de remediar un manifiesto inconveniente, tenía como consecuencia natural y necesaria de que el inconveniente llegara a constituir una calamidad pública que, de año en año se hizo más intolerable y, por otra parte, el hombre tiene la fastidiosa costumbre de acudir con el agua sólo cuando la casa está ardiendo.

Un milagro, si se lo analiza resulta siempre la cosa más natural del mundo, y donde la ingenuidad primitiva sospechó la mística intervención de una providencia o una finalidad sobrenatural, el físico comprensivo no encuentra más que una consecuencia lógica del viejo principio físico de que todos los procesos en la naturaleza tienden a un equilibrio más estable; lo que siempre puede llamarse "finalista", aunque expresado en otra forma (aumento de la entropía, la que nos amenaza con la muerte calórica) podría parecer más bien antifinalista. Pero tales expresiones antropomorfas, engendros de una ilícita personificación de la naturaleza, carecen de un sentido real, y se las evitaría mejor en una discusión que no tiene la pretensión de ser poética.

Fuese esto como fuera, en las dos guerras mundiales el niño se ha quemado los dedos, temerá ahora al fuego y será por eso de más fácil acceso a razonables medidas preventivas como la eugenesia Y esto es bueno; pues, aunque tampoco sea más que una consecuencia de la correlación, es muy a pro-

pósito que de los escarmentados nacen los avisados, y ¡ojalá que nazcan bastantes avisados, y, lo que no sería menos deseable, hombres de buena voluntad! ¡Esto fué siempre la jaculatoria de los que quisieron adelantar a la humanidad, lo es hoy y lo será siempre! Pues nada de grande se hace sin *buena voluntad;* aunque la desgracia está quizás menos en la falta de la *voluntad,* que en la falta de quiénes *sepan* lo que es *bueno.*

¡Hay que multiplicar a los que *saben!* En esto comienza y acaba todo.

§ 38 "Eritis sicut Deus"

La antigüedad endiosaba a los médicos, como a sus héroes en general, no sólo en forma metafórica y verbal, sino que los trasladó oficialmente a la sociedad de los inmortales: a ASCLEPIOS, quien en HOMERO era todavía un simple médico del ejército, los tiempos clásicos lo veneraban como Dios; lo mismo sucedió en Egipto con su colega IMHOTEP, quien fué médico bajo el rey ZOSER (3150 a. de J. C.) y figura como tal también en los viejos papiros, mientras los más recientes le llaman Dios, y le dan por padre a PTAH, uno de los principales dioses de Menphis y protector de todas las artes. Esto indica el alto prestigio de que gozaba la profesión. Mas, si se piensa que estos pobres esculapios, lejos de tener poder divino, con todos sus méritos que tenían, en la práctica, aun durante siglos, no podían ni siquiera sanar enfermedad alguna, la extravagancia del homenaje nos parece más bien grotesca.

Hoy ya es otra cosa; hoy podría parecer tal endiosamiento —naturalmente que sólo en sentido figurado— ya menos desproporcionado, en cuanto, como he ensayado exponer, la medicina tiene ahora, efectivamente, el poder de *crear* (también esto sólo en sentido figurado) *una nueva y mejor humanidad*, operación que se consideró siempre como un privilegio

de los dioses, aunque, a decir verdad, ninguno de ellos se haya valido de esta regalía: todos se contentaron con la gloria de haber llevado a cabo la creación de un mundo, pero no tenían la ambición de corregir luego los defectos que se manifestaron. Podría parecer curioso que no se les haya ocurrido la necesidad de una neocreación ni siquiera cuando, al fin, tuvieron que darse cuenta de que su primera impresión de que "todo lo que habían hecho, era bueno *en gran manera*", no había sido más que una lamentable ilusión, en la cual, frente a su propia producción, también autores terrestres suelen incurrir. Algunos de los dioses, por ejemplo MARDUK y después JEHOVA, confesaron aun expresamente que toda su obra era una chapucería (lo que en un primer ensayo apenas sorprenderá), "de la cual tenían que *arrepentirse*", y que en especial sus ensayos de sintetizar materia orgánica para formar seres vivos, habían dado resultado tan execrables, que ya no quedaba otra solución que, por medio de un diluvio universal, "raer a los hombres que habían creado, de sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia". Pero ni siquiera en ese instante pensaron en que sería acaso lo mejor empezar todo de nuevo (1), sino que todos se esquivaron de las molestias de la indispensable neocreación, y perdonaron, por eso, la vida a su amigo predilecto de entre la vieja estirpe pecadora, para que éste se encargara de llenar de nuevo la tierra vacía. Así salvó el Dios caldeo a su XISUTTROS, el hindú a su PRITHU, el griego a su DEUCALION, y el judío a su NOE.

Tal arreglo entre amigos era "demasiado humano" para ser bueno: era casi como si el Mandatario Supremo, cuando ya no sabe qué hacer, llama a su mejor amigo al ministerio

(1) Con otras palabras: se comportaron como si su omnipotencia estuviese limitada por la naturaleza ciega, que realmente no puede "empezar de nuevo" sino que tiene que seguir el camino en el que una vez se ha encaminado, aunque termine en la muerte. Empezar de nuevo puede únicamente el hombre, y en este sentido el médico razonable tiene *realmente* un poder mucho mayor que aquel que los dioses, en sus libros sagrados, se *atribuyen* a sí mismos.

para que le saque del apuro (lo que en general tampoco sirve); pero no cabe duda de que el método era cómodo, aunque como casi siempre... contraproducente; pues así no se crió una *nueva* humanidad acaso mejor, sino que continuó la vieja de la cual ya sabían que era *mala*. Es muy posible que a este lamentable descuido se deban todos los males de que padecemos, ya que, en el caso de que los dioses hubiesen hecho, como debían, un segundo ensayo con la fabricación de hombres, es muy probable, y casi seguro, que los resultados hubieran sido mejores, y que hoy los descendientes de un nuevo ADAN llevarían en su tara hereditaria menos genes indeseables de los que llevan como descendientes del viejo. Pues también los dioses no deberían ser incapaces, como no lo son los hombres, de aprender algo de sus errores.

Desgraciadamente, ellos se contentaron con el mal remedio de elegir como padre de la futura humanidad al hombre más virtuoso que conocían, evidentemente creyendo que hombres virtuosos no pueden tener más que hijos virtuosos. En esto, sin embargo, participaban –lo que parece muy explicativo para el asunto– sólo de los errores de su tiempo, pues casi *todos* los pueblos de ese entonces creían también que toda la descendencia de un hombre superior, durante generaciones innumerables, tenía que ser excelente (ya que en tal creencia se basa la universal institución de la nobleza). Siempre parecerá, en dioses omniscientes, extraño que ellos ignoren que el mejor hombre, en el que *dominan* completamente los genes deseables, es o puede ser al menos, el portador y transmisor de indeseables genes *recesivos*, que luego reaparecerán en la descendencia. La única explicación plausible sería tal vez la de que en el momento crítico, cuando daban rienda suelta a su célebre *ira divina* que los impulsaba (sobre todo al excepcionalmente iracundo ¡EHOVA) a destruir cada vez de nuevo a toda la humanidad menos uno, se habían olvidado completamente (o quizás sólo reprimido) que, en ocasión de la creación del mundo, habían impuesto a los organismos la ley por la que la transmisión de sus diferentes calidades a las generaciones posteriores tenía que hacerse con-

forme a las reglas de MENDEL, incluídas las eventuales correcciones que sus sucesores añadirían.

Fuera esto como fuese –pues sobre razones divinas los mortales no pueden hacer más que vagas conjeturas–, es sumamente deplorable que JEHOVA haya cometido el mismo error aun en otra oportunidad, cuando ya sabía que su ensayo eugenésico con NOE había fracasado, que los hombres seguían siendo malos, y que su ira tuviera ahora que destruir a los sodomitas. Que en este caso, para la purificación, no usara agua, sino azufre y fuego, es de poca monta; lo grave es que otra vez salvó sólo a uno: a LOT, y que lo salvó sin su mujer –lo que acaso no sería perjudicial desde el punto de vista de un naturalista, pero sí del de un moralista–, con lo que forzó a este infeliz a procrear a sus hijos por incesto con sus hijas! –pues aunque el incesto no sea tan nefasto como antes se creía, bueno no es tampoco– bueno lo sería sólo si, de antemano, se hubiera comprobado con métodos científicos que la estirpe que se quiere procrear por incesto, es, en todo respecto, irreprochable.

Estos divertidos cuentos de antaño tienen, empero, ahora sólo interés histórico, ya que hoy los hombres de ciencia saben todo esto mejor, y no se dejan llevar por accesos de cólera, sino únicamente por su razón. Nadie piensa tampoco en destruir toda la humanidad (aunque fuese menos uno), lo que hoy se podría hacer, aunque no con agua, azufre y fuego, pero eventualmente sí con la energía nuclear. Con tales métodos brutales operan las fuerzas ciegas de la naturaleza; ellas destruyen sin orden ni concierto, dejando a las leyes de probabilidad y a las de la selección natural el determinar la sobrevivencia de los mejor adaptados en mayor número. Tales manifestaciones de la naturaleza ciega y *a*moral, las imputaban judíos ignorantes a un Dios a quien dotaban de razón y, eventualmente, también de sentimientos morales, en quien, tales manifestaciones tenían, naturalmente, que hacer el efecto de *in*moralidad; mientras el hombre, como único poseedor de la razón, y por eso único ser moral, en circunstancias semejantes, debe servirse de su privilegio de poder seleccionar se-

gún lo que de antemano juzga a propósito, para suprimir directamente lo que le parece malo y favorecer lo conveniente: lo uno como lo otro, en forma humana y sin el sufrimiento de millones de inocentes.

Con esto hemos superado a la naturaleza y —al menos según lo que nos cuentan de sus acciones los peritos en la materia— también a los dioses. La palabra de la vieja tía, la serpiente: "eritis sicut Deus", se ha cumplido y aun en exceso porque... los hombres han comido del *árbol de la ciencia* y están a punto de comer del *árbol de la vida*. La medicina y, en fin, la humanidad en general, como única poseedora de la razón previsora con la que puede determinar su propio destino, tiene el derecho de sentirse como legítima exteriorización de lo divino por tener el poder divino de perfeccionarse a sí misma, y eso según su propia voluntad y bajo su propia responsabilidad.

§ 39 ¿Se Impondrá la Razón Biológica al Idealismo Sentimental?

Hay revoluciones que, al contrario de las políticas, son constructivas, libertadoras y progresistas, y ellas se deben siempre a un nuevo saber, que cambia y mejora de repente las condiciones tradicionales que hubo desde tiempos inmemoriales. Todas se han realizado sin derrame de sangre y todas servían al progreso de la cultura; y las tres más importantes entre ellas, que hicieron época en el ascenso de la humanidad, parecen en su conjunto como si se hubieran emprendido expresamente para demostrar que el hombre es capaz de derogar los efectos de la conocida condena bíblica que, para castigarle por causa de su deseo de *saber*, le impuso *comer* con pena y parir *mala prole* contaminada por el pecado original, pues todas las tres, basadas en el saber, facilitaron su desarrollo en el futuro, facilitaron también el *comer*, disminuyeron la pena de procurárselo, y la última le promete además tener *mejor prole*.

La primera revolución libertadora, la agropecuaria de hace unos diez mil años, liberaba al hombre de buscarse su comida a lo animal y de morir si no hallaba lo que necesitaba, pues desde entonces el hombre producía sus alimentos él mismo, lo que le costaba menos trabajo y le aseguraba la con-

tinuidad de su existencia. De este modo, ahora le quedaba tiempo para dedicarse, sin mayores preocupaciones, a obras culturales. En realidad, lo que puede llamarse *cultura*, se inició cuando el cazador y recolector se avecindó como *agricultor*.

La segunda revolución libertadora, la que en los últimos siglos puso a disposición del hombre la máquina y la energía de la naturaleza bruta (carbón, etc.), continuó la obra de la primera; en especial redujo la pena del trabajo manual aún maravillosamente más, pues ahora cada hombre, si se lo calcula energéticamente, puede contar con el trabajo de unos diez esclavos de acero que hacen —al menos con un arreglo adecuado podrían hacer— todo el trabajo pesado. El proletario debería ya hoy haber desaparecido, y ha sobrevivido sólo porque la masa de los proletarios resiste el arreglo adecuado y acaricia ideas utópicas.

La tercera revolución libertadora, la biológica-social que está ahora en marcha, completará y coronará las dos anteriores al independizarnos de la casualidad de nacer —gracias a la herencia de un "pecado" que malos ascendientes han adquirido— eventualmente con genes indeseables. Pues el hecho innegable de que la medicina científica no pueda hacerse la poderosa benefactora de la humanidad antes de que se hayan resuelto ciertas dificultades y contestado ciertas preguntas secundarias que yo he señalado, no es una razón valedera para postergar la *iniciación* del trabajo práctico. ¡Más bien al contrario! Las dificultades son de tal naturaleza que únicamente el estudio por ensayos prácticos puede procurar los conocimientos que todavía faltan. En todo caso, el programa en sus grandes rasgos está listo, y con esto, la medicina ha cumplido por el momento con su deber de orientarnos. Ahora toca a la sociedad (democracia) cumplir con el suyo de decidir cómo encuadrar este nuevo regalo de la ciencia en la estructura social, y dar así a la ciencia la oportunidad de llevar sus teorías a la práctica.

¡Esto fué siempre el momento crítico! El conceptuar lo nuevo se debe al saber y al ingenio de los avanzados, pero

la ejecución, sobre todo en democracias, es desgraciadamente de la competencia de los atrasados; y ellos han resistido siempre, por ignorancia e inercia, los beneficios que la mejor comprensión de los avanzados les quiso regalar. Pues, en la fase actual aún no estamos dentro del *orden aristocrático de la ciencia,* donde tiene que imponerse el *mejor* saber, esto es, el que puede comprobarse como única verdad segura, sino dentro del caos democrático de opiniones personales, entre que decide el *principio plebeyo del número.* A tales momentos críticos nos recuerdan muchos esqueletos que han quedado en el camino del progreso. El más viejo ejemplo que se conoce, es la resistencia que los atrasados, luchando de buena fe en defensa de la libre vagancia de los nómades, oponían a la gran proeza del saber, que, reemplazando la *desordenada búsqueda de alimentos,* cuyo éxito en gran parte dependía de casualidades que el hombre no dominaba, por la *sistemática producción agropecuaria,* forzaba a los hombres a avecindarse y sujetarse a la ley de las ciudades. Y cuando al fin se había vencido mayormente la hostilidad de los salvajes, el mal arreglo social, en especial la inadecuada distribución del suelo, impedía por mucho tiempo el amplio disfrute de los beneficios que este adelanto hubiera podido traer. Este contraste entre lo que los avances del saber prometían y aun realmente contenían, y lo que luego la sociedad obtenía de ellos, se nota a menudo en la historia, y su penúltimo ejemplo fué el problema de la máquina.

A fines del siglo XVIII la ciencia comenzó a trazar las diversas máquinas que forman el portentoso instrumento que luego ha cambiado bruscamente todas las condiciones *exteriores* de la vida; instrumento que, por sustituir ventajosamente el trabajo humano, está destinado a liberar a los obreros manuales de la condena bíblica de ganarse el pan con el sudor de su frente. La marcha triunfal de la nueva técnica era incontrarrestable y, con su ayuda, la producción aumentó tan fabulosamente que cada hombre tiene hoy, por inverosímil que suene, contando todas las comodidades de la vida, algo como mil veces más de ellas a su disposición que antes

de la Revolución Francesa. Era técnicamente un progreso fantástico, y se debía creer que la *Edad de Oro* estaba en los umbrales.

Hoy sabemos que ella no ha llegado, aun cuando –y ¿por qué no?– la técnica de las máquinas hubiera podido realizarla. Pero la sociedad resultó incapaz de manejar debidamente este regalo de la ciencia. En el comienzo se repitió lo de los nómades, pues los mismos obreros se oponían a la introducción de las máquinas, y a menudo las destruyeron "porque ellas los dejaban sin trabajo". Como si, justamente, *esto* no fuera la finalidad de la nueva era: –dejar a los hombres exentos del trabajo manual agotador; lograr la consiguiente desaparición del proletariado y, con eso, dejar bastante tiempo libre para que todos puedan participar en la cultura de la época.

La hostilidad directa era sólo pasajera; las máquinas se impusieron soberanamente y funcionaban a la maravilla. Lo malo era que la sociedad no funcionaba bien; pues no logró lo que hubiera sido necesario: adaptar sus instituciones a las exigencias del nuevo tiempo. Así sucedió –lo que generaciones futuras apenas comprenderán– que, a pesar de los inauditos progresos técnicos y a pesar de que el standard general de vida, especialmente el de las clases inferiores, se levantó, solamente en este único siglo más que en todos los siglos desde el advenimiento de la agricultura juntos, la introducción de la máquina no ha servido para nada en lo que atañe a las relaciones humanas, y sólo ha contribuído a crear nuevas dificultades, agravando la lucha social y creando enemistades insalvables entre las clases y naciones que deberían colaborar. En el siglo XIX, glorioso por su progreso científico y técnico, se propagó también la peste del nacionalismo sobre toda la faz de la tierra, y en lo social el siglo fué una miseria y aun un retroceso. La humanidad había desperdiciado una oportunidad, y ahora estamos en una situación que hace temer por la continuidad de la cultura occidental; pues los más estupendos progresos de la ciencia no harán

progresar a la sociedad, si ella no quiere – o no puede llevarlos a una práctica benéfica.

Y ahora el último ejemplo (aunque todavía esté pendiente): otra vez la ciencia nos ha regalado un maravilloso instrumento, y esta vez uno para mejorar nuestras condiciones *interiores,* lo que podría, hasta cierto punto, subsanar los perjuicios sociales que han resultado del inadecuado uso que se ha hecho del penúltimo regalo, pues si los hombres mejoraran, las relaciones entre ellos mejorarían por sí mismas.

Esta vez, sin embargo, la tarea es más dificultosa y complicada: la perfección de las máquinas, así como la de la ciencia misma, es un asunto exclusivamente entre Natura y científicos, con el que los profanos (ni los buenos ni los malos) no tienen nada que ver. Ellos podrían, eso sí, decir que "todo esto no les hace", y aún, a lo Edad Media, prohibirlo brutalmente; pero, como hoy los que se llaman "idealistas" (que hoy en todas partes, también en los países nazis y comunistas, forman la mayoría) tienen un vivo interés en las comodidades *materiales* que la ciencia les regala, no lo hicieron, y hasta el Papa hablaba de los beneficios de la ciencia, y borró en el Index, uno tras otro, a los científicos condenados. Así la máquina, quedando al cuidado de la ciencia, podía avanzar en su marcha triunfal sin el menor estorbo, y los "idealistas" y los políticos (que, por extraño que sea, suelen también lucirse de "idealistas") tenían que darse por bien pagados con haber logrado mantener, al menos en lo social, a los círculos políticos, especialmente a los parlamentos, fuera de todo contacto con la ciencia Con esto habían siempre ganado algo; pues si ella interviniera eficazmente en la política, la amada politiquería tendría que desaparecer.

Este era el caso de las máquinas; con los hombres es otra cosa. No se los puede montar como a una máquina, y para experimentar con las masas se les debe pedir su consentimiento, que ellas pueden negar, y así impedir, no sólo como en el caso de las máquinas, la aplicación de la reforma a una finalidad social, sino la reforma misma. Para inventar máquinas, construirlas y luego complementarlas, bastaban cien-

tíficos con genio inventivo, y por eso se las podía perfeccionar con velocidad sin par (para posibilitar, por ejemplo, al hombre a *volar* mejor que las aves actuales, la ciencia necesitaba, desde los primeros ensayos aerostáticos con mongolfieras, unos 150 años; la naturaleza, desde los primeros ensayos con Pterosaurios jurásicos hasta las verdaderas aves, unos 150 *millones* de años).

Así trabaja la ciencia si se la deja sola; y con relativamente semejante velocidad ella podría también crear la nueva humanidad del superhombre. Pero como ella en este caso necesita para poder aun sólo iniciarlo el beneplácito de los profanos, es de temer que el último ejemplo del antagonismo entre el saber y el temperamento de las masas salga hasta peor que el penúltimo.

Sin embargo, no seamos pesimistas: todavía "Polonia no está perdida", como se dice proverbialmente en Alemania, y este "Jescze Polska niezgineta" de la marcha de DOMBROWSKI, con la que los polacos mantenían su tan escasa esperanza y animaban su actividad hasta que viniera el día de la libertad, debe ser el santo y seña de cada minoría que lucha por una buena causa. Y todavía la causa sagrada de libertar a la humanidad de sus males, *no* está perdida, y no es un hado inmutable de que el siglo XX repita el error del siglo XIX. Si todos los peritos comprensivos que creen en la posibilidad de mejorar a la humanidad con métodos eugenésicos —y deberían haber de ellos un millón, lo que, empero, es sólo un 0,04 % de la población mundial— reúnen sus fuerzas y luchan enérgicamente por su buena causa, no está de ningún modo excluído que, como el día de la libertad llegó para Polonia, llegará también para la humanidad; pues las minorías que luchan por fines soportados por hechos que la ciencia aprueba, tienen que vencer tarde o temprano; ya que hechos son hechos, y, como tales, invencibles.

Se podría tomar por mal agüero que estas víctimas del nacionalismo extranjero, una vez libertadas por los pueblos del oeste, inmediatamente iniciaron la persecución nacionalista de sus minorías étnicas y que, ya cinco lustros después,

se entregaron de nuevo, y esta vez, más o menos voluntariamente a la esclavitud soviética. Esto es realmente un mal agüero, pues apenas se puede esperar que muchos pueblos se comportarían mejor que los polacos. La gente es así, y de este modo el futuro podría llevarnos aún a muchas edades medias.

Pero éstas son preocupaciones a las que tendrán que atender las generaciones venideras, y no se debe olvidar que, *con una humanidad regenerada, el peligro de tales recaídas será cada vez menor* hasta que, al fin, se disipará definitivamente, y la humanidad podrá marchar en un ascenso continuo, ya que desde entonces el hombre, seguro ya de sí mismo por haber comprendido su misión como ser racional, habrá tomado en sus manos su propio destino y lo llevará adelante según sus *propias* intenciones y necesidades.

¿Qué saldrá de todo esto? —nadie puede decirlo a ciencia cierta siendo el futuro siempre incierto, y sobre todo, si se trata del hombre, quien no está forzado tan estrictamente como el resto de la naturaleza a cumplir con lo *necesario*, sino que tiene cierta libertad —lo que es la fuente de su gloria y de su desgracia— de poder hacer lo *razonable*, pero también lo *irrazonable* y, en un caso dado, con casi igual probabilidad, aunque es un buen consuelo saber que en el trend de las "líneas largas", lo razonable al fin siempre se haya impuesto.

Alentador en esta incertidumbre angustiosa, es también que *ya existe el instrumento* que da a la humanidad el *poder* de perfeccionarse; y larga experiencia nos enseña que, *existiendo el instrumento, se lo usará:* los armamentos llevan consigo la guerra, y la brújula condujo a descubrimientos transatlánticos. Así es con todo, en lo bueno como en lo malo: toda fuerza o potencia reclama imperiosamente su realización en la realidad, y una fuerza que no accionara —p. ej., una fuerza atractiva que no atrayera— es en física ni siquiera concebible, y sería en un organismo por lo menos paradojal, ya que, en todo el reino orgánico, la formación de un órgano y su funcionamiento son inseparables, mientras en el hom-

bre el no aprovecharse de una potencialidad que le está otorgada, sería además contrario a su condición de un ser racional, y de hecho, históricamente, él no ha nunca dejado de agotar todos los resortes y posibilidades que se le ofrecieron, amén acaso de que no lograra descubrir en tal oportunidad objetiva ningún provecho personal para sí mismo.

Como *esta* dificultad se puede allanar por mejor información, se puede confiar en que, al fin y al cabo, también en esta ocasión, lo haráan; sólo se debe convencerles de la simple e innegable verdad de que, esta vez, su propio interés es, en último término, idéntico con el de la comunidad. Les ayudará a comprenderlo el hecho de que ya comienzan a resentir de su propio cuerpo las consecuencias desastrosas de haber faltado a su deber de hacer lo necesario a tiempo: el triste contraste entre el enorme poder técnico que poseemos, y lo poco que hemos logrado con él en lo social, no puede dejar de instigarnos a esfuerzos máximos para recuperar lo perdido. Y, si, por desgracia, fuésemos tan torpes para obstinarnos en no usar nuestro poder, muy pronto, la creciente sobrepoblación sería *físicamente* insoportable y nos forzaría *físicamente* a hacer lo necesario y entonces todo marcharía bien.

Pero ¿necesitamos realmente esperar hasta que la situación se vuelva en absoluto insoportable? ¿No podrían estos hombres tradicionalistas, y entre ellos sobre todo los religiosos que hablan tanto de su bondadoso amor al prójimo, tener un poco de compasión con sus prójimos que tienen que vivir en los próximos siglos, y evitarles los sufrimientos que, de no servirse de este recurso, serían inevitables? Y ¿no podrían estos otros, los filósofos idealistas que están orgullosos de su libertad espiritual, hacer lo necesario *libremente* antes de tener que hacerlo como galeotes?

Si no son sólo idealistas, sino además razonables y "hombres de buena voluntad" lo harán, y usarán, tan pronto como sea posible, su poder para crear la nueva humanidad más sana y más fuerte, más consciente y más "sciente" y, con esto, también más feliz. Sería realmente grata tal lealtad a lo que

teóricamente profesan; pues si estas dos categorías dejaran de oponerse, apenas habría oposición seria.

Es verdad que la opuesta opinión de los hedonistas y de la mayoría de las religiones celestes y terrestres —de que al hombre no convenga perfeccionar su razón, sino que haya nacido para buscar la felicidad en éste o en el otro mundo— se deja defender dialécticamente, si sólo se da al concepto de la felicidad un sentido arbitrario y contrario al que tiene en el lenguaje común. Pero aún así no es más que palabrería vacía, sin relación alguna con la realidad. Unicamente del deseo de perfeccionarse se puede decir que tiene analogías y raíces en la realidad por corresponder a lo que es natural y normal en todo el reino orgánico: pues el hombre, por grande que se estime el valor de su personalidad, no ha nacido por ningunas razones particulares e individualistas, sino él nace, igual a todos los seres vivos, de por sí, únicamente para continuar, como eslabón entre pasado y futuro, la cadena vital de su especie; y en su calidad de eslabón tiene que transmitir lo que ha recibido de sus padres —sea por herencia corporal, sea (lo que en el caso del hombre importa más) por enseñanza durante la vida— a la próxima generación, y lo transmite, como regla general, en forma algo mejorada, participando así en lo que, en sentido metafórico, podría llamarse la *"finalidad de lo orgánico"*, esto es, participando en el fenómeno universal de que todas las especies, hasta el día de su desaparición en la tierra, van siempre perfeccionándose. Es este el "trend" de lo vivo que, además el hombre nunca ha abandonado y, gracias al cual, él es ahora ya no un mono, sino algo por mucho superior; ascenso que no hubiera podido realizarse, si nuestros antepasados hubiesen sentido la misma idiosincrasia contra la perfectibilidad que sus epígones modernos.

Aunque así se puede tomar por establecido que la búsqueda de la felicidad no corresponde al camino "humano", sino que es un camino del error *"demasiado humano"*, como dice NIETZSCHE, se puede admitir que el aumento de la felicidad, al menos en nuestra raza, está también relacionado

con el progreso general, con tal que ella sea un *epifenómeno* (una consecuencia necesaria) de una razón más perfecta y más comprensiva, sólo que no es una finalidad en sí. Sin embargo, a quien se proponga persuadir a los pueblos de tomar medidas que tiendan a perfeccionarlos en lo *esencial*, parecerá muy oportuno que puede (como es lícito en el caso de la eugenesia) recomendar además tales medidas con la indicación de que ellas, por mejorar sensiblemente las condiciones de la vida, aumentarán, inmediatamente, también la felicidad humana, en el sentido como la comprenden los incomprensivos. Tanto más grato les será esto en cuanto el deseo de ser feliz es y será aún por mucho tiempo el motivo más poderoso por el cual la mayoría de los hombres se sienta dispuesta a hacer algo — lo que aún sea.

Es una rara pero fausta y muy oportuna coincidencia de que con la eugenesia pueden realizarse las dos tendencias aparentemente tan opuestas como lo son el afán de los mejores de perfeccionarse intelectual y moralmente y, al otro lado del abismo, la invencible ansia de la gran masa que quiere ser feliz. El hecho de que así las consecuencias de la eugenesia, si se las mira con imparcialidad, serían aceptables para todos, puede tomarse por un buen augurio de que ella, en un tiempo no demasiado lejano, podrá llegar a ser un hecho: con un poco de trabajo aclaratorio para disipar viejos malentendidos que nos han llegado del pasado, y para insinuar a ambas partes —¡ya busquen perfección o felicidad!— que la una como la otra hallarán su cuenta en la operación, se puede esperar que todo el mundo se reúna para dar, en un consentimiento universal, este paso decisivo hacia un futuro mejor.

Es posible que la esperanza de que esto pudiera suceder en un tiempo no lejano sea demasiado optimista —pero... ¡sin una porción de optimismo, no se luchará con éxito!— y, en todo caso, era este optimismo que, junto con el deseo de colaborar en tal obra aclaratoria, y así acelerar el advenimiento de una medida que en el interés de la humanidad me parece necesaria y urgente, me ha alentado a escribir este

libro, que no pretende dar algo nuevo, sino únicamente se propone recordar que la ciencia moderna comienza a ser capaz de realizar en la práctica la vieja aspiración –que ya siempre ha tenido muy preocupados a los pueblos y a sus más eximios pensadores– de elevar intencionalmente el nivel de la humanidad en lo físico y en lo moral. Durante los siglos de los siglos se lo ha ensayado con persuasión y con buenos consejos morales – todo era en vano, los hombres quedaron renitentes y no querían cambiar. Pero hoy no se precisa ni persuasión, ni consejos, ni la buena voluntad de los hombres; pues hoy se los puede cambiar y mejorar, si quieren o no; ya que ahora, excluyendo toda arbitrariedad del objeto a mejorar, se lo hará por determinadas acciones materiales que, naturalmente, tendrán, como siempre, sus determinadas, previsibles e inevitables consecuencias que dependen exclusivamente de las leyes invariables de la naturaleza y por eso, si las observaciones eran correctas, no pueden fallar.

INDICE

Pág.

Breve noticia biográfica 7
Isasoge, por el Ing. Nicolás Besio Moreno 17
Advertencia preliminar 25
Introducción 31

PRIMERA PARTE

CORTO RESUMEN DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA

§ 1 – Unicidad de la historia de la ciencia 37
§ 2 – Fase popular y mágica de la medicina 41
§ 3 – Fase filosófico-religiosa 47
§ 4 – Los griegos 53
§ 5 – El episodio árabe 56
§ 6 – Avance en Europa y cientificación 58

SEGUNDA PARTE

EL SIGNIFICADO DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA

§ 7 – Influencia de las enfermedades en la historia humana 65
§ 8 – La eficacia de la "nueva medicina" revela el valor de la ciencia 68
§ 9 – Reflexiones sobre la prolongación de la vida 72
§ 10 – El orgullo cultural de Europa y otras ventajas generales 76

TERCERA PARTE

LA ETICA PROFESIONAL DEL MEDICO

§ 11 – Relatividad de la moral y su evolución desde lo individual a lo social 87
§ 12 – Necesidad de la muerte y el quinto mandamiento 95
§ 13 – El miedo a la muerte y la idea consoladora de la inmortalidad 106

Pág.

§ 14 – Papel de la inmortalidad en la vida, y en filosofía y religión 112
§ 15 – La humanidad en la encrucijada 123
§ 16 – El problema de la eugenesia en la actualidad 128

TERCERA PARTE (a)

UNA DIGRESION POLITICA

§ 17 – Rol de la concupiscencia en la humanidad 133
§ 18 – Dos clases de revoluciones 138
§ 19 – El éxito de los marxistas 142
§ 20 – El gran cambio después de 1914 149
§ 21 – Efecto político de la densidad de las poblaciones 154
§ 22 – La ética griega y la necesidad del orgullo cultural 161
§ 23 – La ética hipocrática y el "sistema de los dos hijos" 165
§ 24 – Transformación de la moral en el ejemplo de la alimentación 171
§ 25 – El amor a los débiles y la reacción de NIETZSCHE 177
§ 26 – La moral biológica y el derecho natural 181
§ 27 – La moral social permite y exige métodos eugenésicos 190

TERCERA PARTE (b)

DIGRESION HACIA LO SOCIAL

§ 28 – Sobreestimación del factor económico 199
§ 29 – Los resultados aclaratorios del experimento ruso . 204
§ 30 – Socialismo biológico y el valor social del individuo 210
§ 31 – El socialismo como técnica económica o como exigencia ética 217

CUARTA PARTE

LA EUGENESIA

§ 32 – Arreglo con y sin eugenesia (neanderthalenses, Roma y la crisis actual) 223
§ 33 – Objeciones que se hacen en contra 229
§ 34 – El nuevo médico y su posición frente a la vida . 235

§ 35 – El inmenso poderío de la nueva medicina en el futuro 246
§ 36 – Libertad y autodeterminismo del hombre (filosófica y biológicamente visto) 251
§ 37 – Para llevar la eugenesia a la práctica se necesita la buena voluntad de la sociedad 257
§ 38 – "Eritis sicut Deus" 263
§ 39 – ¿Se impondrá la razón biológica al idealismo sentimental? 268
Indice 279
Indice de nombres 283

INDICE DE NOMBRES

A

ADAN (bíblico) ..... 110 y 265
ANAXAGORAS (500-428 a. de C.) 117
AQUILES (siglo XII a. de C.?) 53
ARISTARCO DE SAMOS (siglo III a. de C.) 40
ARISTOTELES (384-322 a. de C.) ..... 170, 183 y 184
ARQUIMEDES (287-212 a. de C.) ..... 40, 224 y 227
ASCLEPIOS (mit.) 53, 250 y 263
AUGUSTO, CAYO JULIO CESAR OCTAVIANO (63 a. de C., 14 desp. de C.) 110
AVERROES (1120-1198) .. 56

B

BABEUF, FRANCOIS NOËL —GRACO— (1764-97) ... 145
BACON, FRANCIS (1560-1626) 60
BARDELEBEN, ADOLF VON (1819-95) 71
BASTIAT, FEDERICO (1801-50) ..... 215 y 216
BEETHOVEN, LUIS VON 1770-1827) ..... 231 y 232
BISMARCK, OTTO VON (1815-1898) ..... 136 y 157
BOERHAVE, HERMAN (1668-1738) 58
BOLL, MARCELL (contemp.) 48
BORGIA, ALFONSO —Papa Calixto III— (1455-1458) . 255
BOYD, WILLIAM C. (contemp.) ..... 230 y 231
BUDA (siglo V a. de C.?) .. 175
BULGANIN (contemp.) 206
BONAPARTE, NAPOLEON (1769-1821) 206

C

CALIXTO III, Papa (véase *Borgia*)
CARAFFA, JUAN PEDRO —Papa Pablo IV— (1476-1559) 48
CARREL, ALEXIS (1873-1944) 97
CARLOMAGNO (742-814) 224
CARLOS II, rey (siglo XVII) 60
CASANDRA (mitol.) 106
CESAR, JULIO (100-44 a. de C.) 79
CHARRON, PIERRE (1541-1603?) 247
CICERON, MARCO TULIO (106-43 a. de C.) .. 77 y 209
CLEMENTE XIII, Papa (1558-69) 39
CLEVELAND, Duquesa de —Bárbara Villiers— (siglo XVII) 60
COMTE, AUGUSTO (1798-1857) 46
CONFUTSE —Confucio— (550-477 a. de C.) 175
COPERNICO, NICOLAS (1473-1543) ..... 40 y 227
CORWIN, A. H. (contemp) 80
CRISTO, JESUS (iniciador del Cristianismo) 53, 90, 100 y 241

D

DANTE (1265-1321) 120

DARWIN, CARLOS (1809-1882) 104, 129, 143, 233 y 234
DAVID (siglo XI a. de C.) 148
DEMOCRITO (460-360 a. de C.) 118
DEMOSTENES (322 a. de C.) 113
DESCARTES, RENATO (1596-1650) .. 109, 117 y 253
DEUCALION (mitol.) 264
DOMBROWSKI, JUAN E. (1715-1818) 273
DOSTOIEVSKI, FEDOR 1821-1881) 232

E

EDDY-BAKER, MARY (1821-1910) 70
EHRLICH, PABLO (1854-1915) 61
EINSTEIN, ALBERT (1879-1955) .... 38, 200, 224 y 227
EISENHOWER (contemp.) 206
ERASISTRATO (300 a. de C.) 55
ESPARTACO (siglo II a de C.) 134

F

PARADAY, MIGUEL (1791-1867) 38
FITCHE, J. T. (1762-1814) 250
FRAZER, J. G. (1854-1931) 43
FREUD, SIGMUND (1856-1940) ..... 77 y 89
FRIGIA (mitol.) 246

G

GALENO, CLAUDIO (121-201) ..... 40 y 55
GALILEI, GALILEO (1564-1642) ..... 38, 40, 224 y 227
GALTON, FRANCIS (1822-1911) ..... 28, 129 y 243
GANDHI (1869-1948) 240 y 241
GIDE, CHARLES (sig. XIX) 215
GOETHE, J. W. (1749-1832) 74, 92, 119, 146, 187, 240, 247 y 254
GROTTIUS –GROCIO–, HUGO (1583-1645) 187
GUMPLOWICZ, L. (1838-1909) 147

H

HAHNEMANN, SAMUEL C. F. (1755-1843) 70
HAMMURABI (2117-2049 a. de C.) .... 89, 91, 93 y 99
HARVEY, WILLIAM (1578-1657) 58
HEGEL, G. W. F. (1770-1831) ..... 69 y 81
HEIDEGGER, MARTIN 1889-....) 69
HENRY IV, rey (m. 1413) 113
HERACLITO (540-480 a. de C.) 125
HIEROFILOS (320 a. de C.) 55
HIPOCRATES (460-377 a de C.) 54, 55, 59, 76, 79, 163, 190, 191 y 241
HIRAM, rey (1031-997 a. de C.) 89
HITLER, ADOLFO (1889-1945) ..... 130 y 141
HOGBEN, L. (contemp.) .. 229
HOHENZOLLERN, FEDERICO II v., –el Grande– (1712-86) 157

HOHENZOLLERN, GUILLERMO II v., (1859-1941) 152
HOMERO (sig. IX a. de C.?) 53, 247 y 263
HOOD, ROBIN (sig. XII) .. 148
HORACIO, FLACO (65-8 a. de C.) ..... 92 y 207
HUME, DAVID (1711-76) .. 69
HUNTER, JOHN (1728-93) 60
HUXLEY, ALDOUS (con-

I

IBSEN, ENRIQUE (1828-1906) ..... 48 y 111
IMHOTEP (ca. 3150 a. de C.) 263
IVAN –el Terrible– zar (1462-1505) 162

J

JAHVEH (mitol.) 120
JEHOVA (mitol.) 88, 102, 264, 265 y 266
JENNER, EDWARD (1749-1823) ..... 59 y 60
JESAIAS –ISAIAS– (sig. VII a. de C.) 175
JESUS (véase CRISTO) temp.) ..... 121 y 147
JHWE (legend.) 89
JOSE (2113-2003 a. de C.) 145

K

KAISER, GUILLERMO II (véase *Hohenzollern*)
KEPLER, JOHAN (1571-1630) 38
KERENSKI, ALEJANDRO T. contemp.) 147
KIPLING, RUDYARD (1865-1936) 211
KOCH, ROBERT (1843-1910) 61 y 80
KOESTLER, ARTHUR (contemp.) 216
KRUSCHEW (contemp.) 74 y 148
KYBELE (mitol.) 124

L

LAO-TSE (604-517 a. de C.) 175 y..... 241
LASSWITZ, KURD (siglo XIX) 153
LASSALLE, FERNANDO (1825-65) 215
LENIN, VLADIMIR ILLICH (1870-1924) 142, 144, 147, 213
LISENKO, T. D. (contemp.) 57
LIST, FRIEDRICH (1789-1846) 145
LOT (pers. bíblico) 266
LUCRECIO, CARO (95151 a. de C.) 60

M

MALENKOV, JORGE (contemp.) 206
MALTHUS, ROBERT (1760-1824) 104, 128, 129, 152, 153, 157, 159, 165, 192 y 261
MANNHARDT, WILHELM (contemp ?) 43
MANN, THOMAS (1875....) 77
MARDUCK (mitol.) 264
MARX, CARLOS (1818-1883) 145, 146, 204, 213, 215, y 216
MEDICIS, familia de (sig. XIII a XVII) 255
MENDEL, GREGORIO (1822-84) 266
MICHURIN, J. V. (1855-1935) 57

MOLIERE, J. B. (1622-73) 70
MOLINA, LUIS (sig. XVI) 188
MONTESQUIEU, CARLOS DE SEGONDAT, barón de (1689-1755) 240
MORGAN, L. H. (1818-1881) 177
MOZART, WOLFGANG A. (1756-91) 177
MUSSOLINI, BENITO (1883-1945) 141

N

NEWTON, ISAAC (1642-1727) 38, 119, 188 y 231
NIETSCHE, FEDERICO (1844-1900) 162, 177, 179, 276
NOE (legend.) 264 y 266

O

OWEN, ROBERT (1771-1858) 182

P

PABLO –apóstol– (2 a. de C. - 68 desp. de C.) 110 y 135
PABLO –Papa– (1555-59) 48
PAN (mitol.) 152
PARE, AMBROISE (1509-90) 58
PASTEUR, LUIS (1822-95) 61
PATROCLOS (mitol.) 53
PENELOPE (mitol.) 243
PHIPPS, JAMES (sig. XIX) 59
PITAGORAS (540-479 a. de C.) 224
PLATON (427-347 a. de C.) 50, 69, 107,109, 117, 118, 146, 176, 185, 191, 192, 204 y 218
PLUTARCO (46-120) 44
POMPEYO (sig. I a. de C.) 125
POPE, ALEXANDER (1688-1744) 247
PRITHU (legend.) 264
PTAH (mitol.) 263

R

RASIN, STENKA (mur. 1671) 148
RATZENHOFER, GUSTAV 1841-1904) 147
RINALDINI, RINALDO (sig. XVIII) 148
RINGELMANN, MAX (contemp. ?) 48
ROBESPIERRE, MAXIMILIANO (1758-94) 141
ROCHEFORT, HENRI, conde de (1830-1913) 224
ROTHSCHILD, MEYER A. (1743-1812) 158

S

SALK, JONAS (contemp) 71
SALOMON, rey (1020-962 a. de C.) 89
SAMUEL (1100 a de C.) 148
SARTRE, JEAN PAUL (contemp.) 69, 253 y 254
SAUL (sig. XI a. de C.) ... 148
SAVONAROLA, GIROLAMO (1452-98) 141
SCHILLER, FREDRICH (1759-1805) 148
SCHWEIZER, ALBERT (contemp.) 190
SENECA (2-62) 191
SHAKESPEARE, WILLIAM (1564-1616) .... 45, 113 y 254
SOCRATES (471-399 a. de C.) 241

SOFOCLES (sig. IV a. de C.) 194
SPARTACUS (véase *Espartaco*)
SPENGLER, OSWALD (1880-1936) 152
STALIN, JOSE (1879-1954) 74, 141, 146, 148, 206 y 213
STEINMETZ, S. R. (sig XX) 232
SWIFT, JONATHAN (1667-1745) .....70 y 73
SYDENHAM, THOMAS (1624-89) 58

T

TAMINO (legend.) 177
TOMAS DE AQUINO –santo– (1225-71) 113, 114 y 256
TORQUEMADA, TOMAS (1420-98) 141
TROTZSKI, LEON (1879-1940) 147

V

VESALE, ANDRES (1514-64) ..... 40 y 58
VICTORIA, reina (1819-1901) 229
VILLIERS, BARBARA (véase duquesa de *Cleveland*)
VIRGILIO, PUBLIO (79-19 a. de C.) 201
VOGT, C. W. (1817-98) 163
VOLTAIRE, F. M. AROUET 1694-1778) 219

W

WELLS, HERIBERTO G. (1866-1946) 152, 153, 201 y 259
WIELAND, C. M. (1733-1813) 177

X

XENOPHANES (siglo VI a. de C.) 175
XISUTTROS (legend.) 264

Z

ZOSER (ca. 3150 a. de C.) 263
ZOROASTRO (siglo V a. de C.?) 177

WELLCOME LIBRARY INSTITUTE

Se terminó de imprimir el
2 de Marzo de 1957 en los
Talleres Gráficos "Corolaire"
Paso 192 Avellaneda.

ALGUNOS ENSAYOS Y CONFERENCIAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADOS EN DISTINTAS REVISTAS Y FOLLETOS

★

"Qué es la Vida Biológica y Psicológicamente"

"Escuelas Prácticas o Universidad Científica"

"El Doble Funcionamiento del Corazón"

"Las Isópsicas de los Animales y la Relación entre la Inteligencia y el Cerebro"

"Los Trabajos Prácticos en la Fisiología"

"La Influencia de la Guerra Mundial sobre los Deportes"

"Algunas Experiencias con el Pupilómetro"

"Consideraciones Biológicas sobre la Jornada de Ocho Horas"

"La Ciencia y la Moral"

"La Superioridad del Hombre Mediano"

"La Influencia de los Estudios Puros en la Formación de la Nueva Conciencia"

"Localizaciones Cerebrales"

"El Problema de la Convivencia"

"El Origen Social de las Facultades Superiores del Hombre"

"La Igualdad y la Educación Clasificadora"

"Significación de la Obra de Pavlov para la Sociología"

"Instintos Sociales"

"Socialización Clandestina"

"Juego, Ritmo y Trabajo"

"Eugenesia o Proletarización"

"Imperialismo"

"Explotación del Hombre por el Hombre"

"Regularidad e Irregularidad en el Progreso Humano"

"El Progreso Parabólico"

"La Inflación Psicológicamente Vista"

"La Perfectibilidad del Hombre y el Problema del Progreso"

"Los Límites de la Perfectibilidad Humana o la Superación del «Principio de Penélope»"

★